



Alma Leiva

TE CONTARÉ TODOS MIS
SECRETOS

TE CONTARÉ TODOS MIS SECRETOS

Alma Leiva

©Alma Leiva

1ª edición, marzo de 2019

C.A.B.A.: B. Cano & J. M. Cubells

H.M.: Juani Hernández

Diseño de portada: ©Unanime Creativos

Edición y retoque fotográfico: ©Pili Jarque

Imagen: ©Shutterstock

Portada interior: ©Pili Jarque

Imagen interior: ©Rigel Herrera

Fuentes: *Amatic* ©Vernon Adams. *Brizel* ©Alessandro Morelli. *Architects Daughter* ©Kimberly Geswein

Firma personal: ©Pili Jarque. Fuente *Scriptina* ©Apostrophic Labs

Reservados todos los derechos. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros). La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ABI.

Hay personas que caminan a tu lado mientras tratas de alcanzar un sueño y algunas lo hacen tan cerca que terminan formando parte de él.



SINOPSIS

VOL. #1. SAGA SECRETOS. Puede que la vida de Alejandra no fuera un idílico cuento de hadas, pero mientras pudiera escoger quién ser y cómo actuar, era perfecta para ella. Sentirse libre era su único mandamiento.

La aparición de Diego sacudirá su mundo justo cuando ha decidido dar un cambio a su vida. Atraída por su promesa de sinceridad y una filosofía que despierta su curiosidad y la excita, confía en él y le permite que la guíe por el abismo de las relaciones sin sentimientos.

Por otro lado, la llegada de David a Valencia y la obligación de relacionarse con él propiciará un acercamiento entre ambos que acabará por convertirse en un tira y afloja, sumergidos en esa especie de embriaguez que se provocan mutuamente.

Sin embargo, la realidad no es siempre lo que parece. Los malentendidos y las inseguridades, el viento en contra, los miedos y el orgullo serán los que vayan tejiendo un entramado de situaciones en las que corazón, cuerpo y mente pugnarán por salir vencedores en una batalla de voluntades.

«Cero por cien sentimientos, cien por cien placer» es la única regla que ha de cumplir. ¿Hasta qué punto será capaz Alejandra de arriesgar su corazón para saciar su lado más oscuro?

La *Saga Secretos* es un viaje de autodescubrimiento en el que la protagonista se atreve a quedar expuesta para enfrentarse a su verdadera naturaleza, sin máscaras que la protejan. Una búsqueda, a través del placer, de aspectos más hondos, más íntimos y desconocidos que revelan su imperfección, sus miedos e inseguridades. Es una historia de preguntas por responder, de morbo, pasión y secretos que están saliendo a la luz, de amistad y traición, de palabras vacías, silencios llenos y sentimientos por etiquetar, en la que todos se esconden de todos, incluso de ellos mismos.

Índice

SINOPSIS

Primera Parte

TE CONTARÉ TODOS MIS SECRETOS

PRÓLOGO

1 AHORA PUEDO ESTAR POR TI...

2 A VECES LA MENTE Y LAS SENSACIONES CHOCAN

3 LOS AMIGOS DE TUS AMIGAS...

4 *QUID PRO QUO*

5 LA SEGURIDAD DE LA IRREALIDAD

6 ¿SIEMPRE QUIERES SER LA MEJOR EN TODO?

7 SIEMPRE HAY SENTIMIENTOS...

8 NO ME CONFUNDAS...

9 YA, SI ESO, LE MANDO UNA SOLICITUD AL REY ARTURO...

10 PASADO Y QUESO GRUYER

11 DE ESOS QUE TE PONEN UN 69 EN UNA ESCALA DEL 1 AL 10...

12 TODAVÍA NO SÉ TU NOMBRE

13 ¿POR QUE DEJAR PARA MAÑANA LO QUE PUEDES EMPEZAR ESTA MISMA NOCHE?

14 SI NO ESTÁS DISPUESTA A CUMPLIR LAS REGLAS...

15 BLANCANIEVES, EL PRÍNCIPE Y EL FLAUTISTA DE HAMELÍN

16 ¿IMPOSIBLE, SEGURO?

17 EL PRÍNCIPE DE LAS MAREAS

18 A LOS AMOS TAMBIÉN LES HUELEN LOS PIES

19 ¿DE DÓNDE EXTRAES EL PLACER?

20 ¿Y SE SUPONE QUE ESO ES *LIGHT*?

21 ¿HAS DICHO DAVID?

22 UNA DUDA DE VITAL IMPORTANCIA...

23 «LA MALDICIÓN DE LA B»

24 SIMPLEMENTE, ALEJANDRA... SIMPLEMENTE, DIEGO

25 TÚ ME DAS ALGO, YO TE DOY ALGO

Segunda Parte

TE DESNUDARÉ TODOS MIS MIEDOS

26 TU CUERPO ES DE QUIEN LO TOCA

27 ¿JUNTAS HASTA EL INFINITO!

28 CONOZCO EL SITIO PERFECTO

29 ME HACES COMETER MUCHAS ESTUPIDECES

30 HÁBLAME DE TU «LOCURA»

31 ¿OTRA VEZ, PROTEGIÉNDOME, SUPERHÉROE?»

32 «ME ENFADO, LUEGO ESCRIBO»

33 ¿POR QUÉ TE BUSCO?

34 «DONDE DIJE DIGO, DIGO DIEGO»

35 ¡AH! Y SANTA...

36 ¿NO DEBERÍAS SER TÚ QUIÉN ESCUCHE MIS PROBLEMAS?

37 LOS PASTELES NO SON DE CHOCOLATE...

38 CUIDADO CON LO QUE HACES

39 ¿ESO ES POR MÍ?

Primera Parte

TE CONTARÉ TODOS MIS SECRETOS

PRÓLOGO

—*Seis meses atrás*—

Me despierto de golpe, desorientada, y, por un instante, no sé dónde me encuentro. Estoy bocabajo y siento que estoy desnuda porque noto el contacto de las sábanas contra mi piel. Me quedé dormida. La habitación está manchada de claroscuros gracias a la luz nocturna que se filtra por el balcón. Todavía no ha amanecido.

Aguzo el oído y, cuando escucho su respiración profunda, me tensó y comienzo a recordar: congreso; desconocido; su imagen garabateando un número de móvil en mi mano, tras cuestionarle algunos puntos de su ponencia sobre los que no estaba de acuerdo, mientras me observaba con aire divertido como si no tuviera derecho a rebatir sus argumentos... Irradiaba seguridad en sí mismo y un punto pedante perturbadoramente atrayente.

Cuando vi aquellos nueve números escritos con tinta roja en mi palma y alcé la vista, su mirada era tan intensa, tan íntima y penetrante, que sus ojos parecían albergar esa clase de secretos que solo se desvelan en la penumbra de una habitación de hotel...

¿Cómo resistirse a hacer esa fantasía realidad?

Tras cortar con mi ex hace un año, emergió una parte de mí misma, desconocida, que había permanecido oculta bajo la piel, pero de la que ni siquiera era consciente, a no ser por una vaga sensación de estar perdiéndome algo.

Roberto adoraba mi cuerpo, lo acariciaba y estimulaba de una manera pausada, casi reverencial, tomándose su tiempo en mojarme, en prepararme para sus embestidas hasta culminar un baile de instintos tan perfecto como mecánico. Mismo inicio, mismo final, misma sensación de vacío que terminó rayada por el uso, como si sus dedos, diestros en estimular el punto g o mi clítoris hinchado y anhelante, fueran incapaces de adentrarse en el laberinto inexplorado de mis necesidades más oscuras y profundas para hacer que me entregara por completo.

Yo deseaba experimentar la tensión sexual que te engulle, la sensación adictiva de querer más que no desaparece.

Roberto no era ese tipo de hombre.

Estoy cansada de saber qué ocurrirá, de las emociones envasadas al vacío, del sexo predecible y del orgasmo conocido e irreprochable. Quiero el estremecimiento de la incertidumbre, la sensación de vértigo en el estómago, el ansia, los nervios... Tener la seguridad de que, cuando alguien me arrastre al borde del precipicio, me encontraré con esa parte irreverente y prohibida de mí misma que nunca salió a la superficie.

Lo llamé desde allí mismo, cuando el último asistente salió y cerró la puerta a sus espaldas. El sonido de la melodía de su móvil retumbó en la silenciosa sala de conferencias, provocando que alzara la vista de la pantalla de su portátil y la dirigiera hacia las gradas, cruzándose nuestras miradas. Sin bajar un instante la suya, sonrió ladinamente y descolgó, sabiendo a la perfección que era yo la que le hablaba al otro lado del auricular. La conversación fue corta y prometedora...

—Hotel Meliá Valencia. Habitación 307. Diez en punto —me dijo.

Colgó el teléfono y lo guardó en el bolsillo de su americana, haciéndome un gesto de complicidad en la lejanía que encendió de golpe mis más oscuras y secretas perversiones.

Segundos antes de tocar a su puerta, vacilé por un instante si debía llamar o deshacer el camino que habían recorrido mis pies por el pasillo.

Nunca antes había hecho algo así.

Respiré hondo.

«No soy de ese tipo de chicas...», me dije a mí misma con convencimiento.

Golpeé la madera y esperé con la mano descansando sobre el pomo, expectante y nerviosa, con una embriagadora sensación de alerta.

Había imaginado el momento en que él abriría un millón de veces de camino al hotel, pero la certeza de que me arrastraría sin mediar palabra hacia el interior de la estancia para empujarme sin contemplaciones al abismo de una sesión de sexo duro y primitivo se desvaneció en cuanto escuché su voz dándome paso, y el olor a pescado cocinado inundó mis fosas nasales a medida que caminaba hacia la mesa que estaba dispuesta en mitad del dormitorio.

Suspiré para mis adentros cuando me miró sonriente y me dijo que se había tomado la licencia de pedir por mí, al tiempo que apartaba ligeramente la silla

con gesto caballeroso para que tomara asiento.

No tengo mucha experiencia en hombres, ni siquiera en polvos de una noche, pero soy una experta en fantasías y, si a los diez minutos de cruzar la puerta de la habitación de un hotel en el que te has citado con un extraño sigues llevando las bragas puestas, es que algo falla.

Una cena a la luz de las velas para terminar la noche haciéndome el amor hasta quedarme dormida entre sus brazos hubiera sido mi sueño tiempo atrás, pero el único pensamiento que retumbaba en mi cabeza en ese instante era que me follara salvajemente como jamás nadie lo había hecho en el mundo y, en esa ecuación, el bacalao encebollado y una ensalada tropical no tenían cabida.

Después de que el servicio de habitaciones nos trajera una tila para mí y un cortado para él, me entraron unas ganas irrefrenables de darle una charla sobre cómo mantener la tensión sexual con alguien a quien acabas de conocer y no echarlo todo a perder durante la primera hora. Pero, cuando estaba a punto de abrir la boca, me dejó clavada al asiento con un «me muero de ganas de besarte desde que apareciste por la puerta», e hice lo mejor que se puede hacer en estos casos: resumir mi frustración en una palabra y atascar mi elocuente discurso en la garganta para darle una oportunidad al resto de la noche.

—¡Ah! —contesté, momentáneamente fuera de juego, mordiéndome el labio inferior.

Nos quedamos mirándonos en silencio sin hacer nada. Esperaba que se levantara como un resorte, dejando que la silla aterrizara en el suelo, se lanzara sobre mí y me comiera la boca con pasión, acorralándome contra la pared, buscando mi piel bajo el vestido.

Se quedó quieto. Esperando. ¿¿Qué?! ¿Al violinista?

Así que fui yo quien tomó la iniciativa, me aparté de la mesa y apreté uno de los interruptores, dejando la habitación a media luz. Le hice un gesto para que se acercara y avanzó hacia mí con determinación. Tragué saliva. Su expresión había cambiado y mi cuerpo reaccionó ante la mirada caliente de aquel hombre que por fin iba a poseerme.

Podía escuchar mi corazón frenético.

Cuando empezó a besarme, metí las manos por debajo de su ropa, deseosa de más contacto. Notaba sus músculos, duros y marcados, bajo mis palmas, su pecho ardiendo y su corazón latiendo, golpeando casi al mismo ritmo que el mío. Él dejó escapar un gemido, y aquel sonido de placer me recorrió como una caricia esperanzadora. Se subió la camisa, se la sacó por la cabeza y la

tiró a un lado. Después, agarró el bajo de mi vestido e hizo lo mismo, hasta dejarme en ropa interior.

Me observó de arriba abajo como el depredador que está a punto de comerse a su presa, hambriento y ansioso, casi desesperado por saciarse.

Me tomó de la cintura con la respiración entrecortada, levantándose en volandas y obligándome a abrirme y a que le rodeara las caderas con mis piernas. Entonces, avanzó en dirección a la cama sin dejar de besarme y, en cuanto me dejó caer sobre el colchón, se acomodó sobre mí y unió su torso a mi pecho, pegando sus labios a mi oído.

—Me ardían los dedos por acariciarte —susurró lascivo mientras introducía los pulgares por las tiras de mi tanga.

Pero, en lugar de deslizarlo con delicadeza por mis piernas, tiró bruscamente de la fina cuerda hasta romperlo, dejándome completamente desnuda. Yo di un grito ahogado y pensé para mis adentros: «¡Dios existe!».

Sin mediar palabra, se apartó de mí, se desabrochó el pantalón y permitió que su erección se liberara. Estaba hinchado y grande. Después retrocedió, me puso a cuatro patas y, tras deslizar sus dedos por los labios de mi sexo, me introdujo dos de golpe y comenzó a bombearme al tiempo que torturaba mi clítoris, con prisa y movimientos descoordinados.

—Mmmm —musitó a mi espalda—. Estás tan deliciosamente resbaladiza —añadió sin ser consciente de su torpeza al acariciarme.

Desesperada por alcanzar el orgasmo que él no estaba siendo capaz de arrancarme, decidí ayudarlo, tocándome yo misma, pero, justo en el instante en que mi sexo comenzó a palpitar alrededor de sus dedos y estaba a punto de correrme, los sacó de mi vagina y me penetró de una sola vez, fuerte y salvaje, como si le fuera la vida en llegar a lo más profundo para demostrar lo mucho que me deseaba.

Y yo acepté sus embestidas, húmeda y apretada, deseosa de que me llenara y sentirlo. Pero mientras bombeaba en mi interior y lo escuchaba jadear, una insidiosa sensación de *déjà vu* del sexo entre Roberto y yo me hizo darme cuenta de que seguía siendo lo mismo de siempre, pero sin sentimiento. Y cuando cayó abatido sobre mí, tras alcanzar el orgasmo, no pude culparlo por no ser lo que buscaba.

* * *

Me doy la vuelta para mirar el otro lado de la cama y lo observo con

curiosidad. Está tumbado junto a mí, dormido y completamente desnudo. La sábana apenas lo cubre, dejando su espalda y parte de su trasero a la vista.

Salgo del colchón con cuidado de no despertarlo y me pregunto cómo fui tan ingenua de pensar que esta vez sería distinto.

No quiero conformarme.

«No, no soy de ese tipo de chicas... No soy del tipo de chicas que temen hacer lo que realmente desean».

La sociedad te enseña a esconderte de ti misma. Te hace tener miedo a ser diferente. Y a mí no me gusta que me digan cómo ser o cómo sentirme. Me gusta la libertad.

Recojo mi vestido del suelo y me lo pongo abatida, mientras observo el resto de mi tanga inservible junto a uno de mis zapatos de tacón.

Me gusta el sexo... si surge y me apetece, ocurre, pero lo cierto es que las historias que he tenido hasta ahora solo han servido para acentuar la idea de que me encuentro en el lugar equivocado. No busco enamorarme, pero tampoco me va lo de ir de cama en cama; no todo es cuestión de piel, sudor y orgasmos de una noche. Necesito algo más.

«¿Existirá ese lugar donde se encuentra lo que busco?».

Cuando cierro la puerta tras de mí, camino del ascensor, las preguntas siguen llenando ese hueco de insatisfacción que me dejó la noche...

«¿Existirá esa persona capaz de hacerme perder el control o solo está en mi cabeza?».

Me pregunto si es alguien real o solo un sueño mío.

1

AHORA PUEDO ESTAR POR TI...

Nuestros secretos limitan nuestro comportamiento. Dime qué quieres saber. Si te lo cuento todo, al fin seré libre para actuar como desee.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

—En la actualidad—

¿Eres feliz...?

VIERNES, 30 DE SEPTIEMBRE DE 2016

¿Eres feliz? ¿Existe una pregunta más personal que esa? Una pregunta que te deja expuesto y desnudo ante ti mismo y ante el que te la realiza... Que remueve, que despierta, que evitas plantearte, que rehúsas confesar. Piénsalo... ¿Cuántas veces al día alguien te pregunta si eres feliz? ¿Cuántas veces lo preguntas tú? Mmmm. ¿Ninguna? Nadie quiere caminar desnudo por la calle...

Publicado por A.L. en 13.05

Etiquetas: Te contaré todos mis secretos

Estoy escribiendo en el portátil, tratando de lidiar con la irritación que siento, cuando escucho sonar mi móvil en algún lugar del comedor. Lo ignoro y termino de redactar un *post* que nadie leerá porque ninguna persona tiene acceso a mi blog. A mí me sirve para reflexionar sobre determinadas cosas y con eso me basta. Pero creo que hoy no hay «Monólogo en conserva» que me quite la mala leche.

La melodía salta de nuevo y dudo si contestar. Estoy demasiado cabreada y no me apetece hablar con nadie. Pero el teléfono suena, y suena, y suena, consiguiendo ponerme nerviosa; así que finalmente lo saco del maletín del

trabajo y descuelgo, fuera de mis casillas, sin importarme siquiera quién se encuentre al otro lado.

—¡Diga!! —contesto en tono hostil.

—¡Guau! Si fuera masoca, ahora mismo me tendrías chupándote los pies, total y absolutamente cachonda, nena —se burla mi mejor amiga.

—Perdona, Paula, no tengo un buen día. Estoy que muerdo.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿*Miss Tanga* te ha enviado a hacer algún trabajo de campo mientras su retoño se quedaba en la consultoría limándose las uñas? ¡Ah, no!, espera, eso lo hace siempre —se mofa, haciendo caso omiso de lo que acabo de decirle.

Miss Tanga, como ella la llama, es mi jefa y la dueña de la consultoría turística donde trabajo desde hace tres años. Paula la rebautizó así un día en que vino a recogerme en su coche y atisbó su ropa interior a través de la vaporosa tela amarillo pálido de su vestido primaveral. Aquella imagen la traumatizó de por vida y decidió desquitarse por ello. Mi mejor amiga es muy dada a poner motes en señal de venganza.

—Hoy han publicado una entrevista que le hicieron a Catalina sobre las conclusiones del estudio en el que me he dejado la piel estos últimos meses y... —Resoplo, fuera de mí—. ¡Es que no se dan cuenta de la imagen que damos al dejar que una niñata responda a preguntas sobre las que no tiene ni puñetera idea?! ¡Ni te imaginas la de gilipollecitas que se puede llegar a soltar en media página! —replico con tirantez.

Decirlo en voz alta me hace sentir incluso peor que pensarlo. Golpeo nerviosa el suelo con mi pie mientras siento crecer la tensión en mi interior y sé que estoy a un paso de descargar toda mi frustración contra mi mejor amiga.

«Paula no tiene la culpa», me recuerdo.

—A mí que no me mencionen me trae sin cuidado... ¡Pero es mi estudio, joder! ¡Que Catalina se cuelgue las medallas si eso la hace sentirse realizada, pero que me avise su madre y yo le dejo un guion para que no parezca tonta del culo! Pero no, me entero hoy de la dichosa entrevista porque la ha puesto delante de mis narices para regocijarse de lo favorecida que salía en la foto. ¡Esa chica es idiota y su madre lo sabe! Después, cuando mi jefa habla conmigo, todo son flores y palmaditas en la espalda. ¡Si me valorara realmente, estas cosas no pasarían!

Paula pega un bufido al otro lado del auricular, interrumpiendo mi monólogo precipitado.

—Ale, no sé de qué te sorprendes. Si *Miss Tanga* te contrató, es porque te

vio capaz de compensar la incapacidad de esa niñata sacando tú sola los proyectos adelante —repone con naturalidad—. Sabías que esto sería el pan nuestro de cada día desde el minuto uno. ¿Acaso no lo ha sido siempre?

La respuesta de Paula no me pilla desprevenida. Directa y clara, como siempre. Ese es nuestro pacto. Nada de mentiras ni de quedar bien. Aunque en este minuto me repatee su discurso con sabor a «ya te lo dije», tiene razón. Lo ocurrido hoy no es un hecho aislado ni me sorprende, de ahí que me haya pasado la mañana meditando renunciar.

—Estoy pensando en dejar la consultoría. Tengo dudas.

—¿Dudas? Te pagan mal, te explotan y no te valoran. Eres docente. Pediste la excedencia para trabajar en la consultoría. ¡Vale, perfecto! Lo probaste. No funciona. Ha llegado el momento de cambiar de aires, de cambiar de pasión. Vuelve al instituto a dar clases.

—Ya te he dicho que lo estoy pensando. Me lo curré mucho para entrar en Catatur. Era mi sueño y lo sabes. Si dejo la consultoría, ya no habrá vuelta atrás —repongo mientras camino de un lado a otro del salón.

—Me reclaman, Ale, tengo que dejarte... ¡Ya voy! —le grita a alguien al otro lado del auricular—. Sé que es tu sueño, pero cuando esta tarde regreses a trabajar a un lugar donde no te sientes respetada ni valorada, evalúa cuánto tiempo más podrás seguir fingiendo que no te afecta. Quizás, entonces, me des la razón.

Paula cuelga sin más y yo resoplo con fastidio porque, en el fondo, sé que no me hace falta pisar la oficina para dársela.

Me estoy asfixiando.

Por eso se lo he contado. Tenía que decirlo en voz alta para hacerlo más real, dudar una última vez antes de llegar a la misma conclusión a la que llegué a solas y en silencio durante estas últimas semanas. Hacía tiempo que la idea de dejar la consultoría se había convertido en una opción, hasta que me di cuenta de que pensar en ello me reportaba tanto alivio que era como si de pronto pudiera respirar y me sintiera libre. Entonces supe que me moría de ganas de hacerlo y que tan solo necesitaba encontrar el momento adecuado. Aparte de eso, tenía ganas de discutir. Sí, lo reconozco. Estaba cabreada... sigo cabreada, pero no con ella, sino con Catalina y su tendencia obsesiva a buscarme las cosquillas.

Se me ha quitado el apetito. Necesito sudar, meterme en una clase con la música a todo volumen y olvidarme de esta historia por unas horas. Agarro un paquete de rosquilletas, la mochila del gimnasio y las llaves del coche y me

detengo un segundo para escribir en el móvil. Tengo que hablar con Diego.

<**Alejandra**> Hola, Diego. ¿Estás? Llevo en tensión toda la mañana. Me iría bien hablar un rato, antes de planear el asesinato de tu «vieja amiga» Catalina.

<**Diego**> Hola, Alejandra. En este momento no puedo. Me reúno ya. Te escribo en un descanso, a las cuatro.

Pese a haber pasado casi ya seis meses desde aquella conversación casual en el chat, todavía no sabría explicar quién es Diego. En todo este tiempo, apenas me ha contado nada sobre él. No sé cómo es, ni siquiera a qué se dedica. Diego es... Diego. Sin más. Un desconocido con demasiado protagonismo en mi cabeza.

* * *

He consumido la última hora golpeando sin tregua, como si me fuera la vida en ello y, aparte de que parece que me ha pasado un camión por encima, no consigo sentirme mejor. Mientras saco el neceser de la mochila para ducharme, escucho el sonido inconfundible de la llegada de varios mensajes seguidos y saco el móvil del bolsillo sin poder evitar sonreír. Puntualidad alemana. Son las cuatro.

<**Diego**> Ahora puedo estar por ti. Dime.

<**Alejandra**> Acabo de darlo todo en una clase de *bodycombat* e iba a desnudarme para meterme en la ducha. No tardo nada. ¿Podemos hablar después?

<**Diego**> Te dije que te escribiría a las cuatro. Así ha sido. Tienes diez minutos... *Ahora*. Explica qué te pasa, pero, antes, desnúdate. Quédate solo con la toalla y cuéntame qué te preocupa.

Su mensaje me pone en guardia, como si accionara un interruptor en mi interior. Cuando le sale la vena *dómine* para según qué cosas, algo dentro de mí reacciona y me activa. Mi cuerpo responde a su tono autoritario y noto como la adrenalina va calentando la sangre en mis venas.

<**Alejandra**> ¿Para qué quieres que me desnude?

<Diego> ¿Todo ha de tener un fin? Ibas a hacerlo de todas formas. ¿Te molesta que yo te lo pida?

<Alejandra> No creo que me lo estés «pidiendo».

<Diego> Cierto... ¿Y eso te hace sentir mal? ¿Violenta?

<Alejandra> Sabes que no... conoces de sobra el efecto que tienes sobre mí.

<Diego> Entonces, déjate llevar. Has dicho que estás tensa. Quiero que liberes tu mente de todo lo superfluo y te quedes con lo esencial; que la despojes de prejuicios e inquietudes que la cubren y te aferres a lo primero que pase por tu cabeza. Desnuda tu mente, desnudando tu cuerpo.

<Alejandra> Eres un mandón, lo sabes, ¿no?

<Diego> ¿En serio? ¿Con quién crees que estás hablando? Desnúdate, Alejandra.

«¿Por qué cuando me ordena algo me pongo tonta? ¿Cómo puede ser que me excite de esta manera, si yo nunca he soportado que me digan lo que tengo que hacer?».

Supongo que hace demasiado tiempo que contengo el deseo que siento por él; tanto que la necesidad se va acumulando tras una compuerta, esperando ansiosa momentos como este, en que la deja entreabierta para sus juegos.

Suelto el móvil en el banco y me deshago del atuendo deportivo. Mientras me envuelvo en la toalla, el vestuario se llena de chicas que salen de la clase de *spinning* y que me arrinconan en un extremo para dejar sus cosas. Cojo el teléfono de nuevo y todo a mi alrededor desaparece para quedarnos él y yo a solas cuando tecleo un nuevo mensaje.

<Alejandra> Estoy desnuda...

<Diego> Ocho minutos. ¿Y bien? Tienes solo un par de líneas para explicarte. Concreta. Ya filosofarás más tarde.

<Alejandra> ¡No me estreses! Creo que mi etapa en la consultoría está llegando a su fin y estoy pensando en cambiar de aires. Todavía no lo tengo decidido del todo.

<Diego> ¿Tienes miedo a lo inesperado o ambición por ser feliz? Decide.

Me apresuro a contestar sin pensar.

<Alejandra> Yo no le tengo miedo a nada. Nunca le he temido a los cambios y, además, siento que no es el único que debo plantearme.

<Diego> ¿Eres feliz, Alejandra?

Su pregunta remueve algo en mi interior. Me quedo en silencio un instante.

<Alejandra> Ahora mismo, por culpa del trabajo, no cuanto debería... Pero eso está a punto de cambiar.

<Diego> Suficiente. Eso es todo lo que necesitabas saber.

De alguna forma, tengo que darle la razón porque, justo en ese instante en que escribí mi respuesta, lo vi claro. Quizás fuera el empujoncito que andaba buscando.

<Alejandra> Y tú... ¿Eres feliz?

<Diego> ¿Quieres que me «desnude»?

<Alejandra> Yo acabo de hacerlo, es tu turno.

<Diego> No, no soy feliz. En algún momento de mi vida creí serlo. Ahora solo creo en la felicidad relativa. La felicidad absoluta no es compatible con el ser humano, a poco que te dé por pensar. Si no piensas, puede que haya gente totalmente feliz. Siempre he dicho que me gustaría ser tonto.

<Alejandra> Falta tu argumento.

<Diego> Cuando «pruebas el chocolate», lo querrías comer siempre, aunque tu cabeza diga que no puede ser.

Su sinceridad me pilla desprevenida. Sé que está hablando de la dominación y del hecho de haberse apartado de ese mundo, pero no me había planteado que su elección fuera algo autoimpuesto que lo aleja de lo que desea en realidad. Nunca me ha hablado de ello abiertamente y sé que no lo hará, aunque admitiera hace poco que confía en mí. Aun así, tengo que intentarlo.

<Alejandra> ¿Qué hizo que te apartaras?

<Diego> La última experiencia fue negativa. En parte, es la razón por la que no quiero nada. Ahora mismo, ser Amo no me completa.

<Alejandra> No me lo vas a contar, ¿verdad?

<Diego> Sigues siendo impaciente. Acabó mal, ese es el resumen. Por eso no quiero más sumisas por el momento. No necesitas saber nada más.

<Diego> Cinco minutos...

<Alejandra> Si algún día nos vemos, ¿qué seré para ti?

<Diego> No sé qué serías porque no has sido. Cuando seas, podré definirte con palabras.

<Alejandra> ¿Has llegado a pensar en un encuentro real entre nosotros? ¿Te atrae esa posibilidad?

Diego tarda unos segundos en contestar. Permanezco por completo expectante, mirando fijamente la pantalla a la espera de su mensaje; el corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

<Diego> Sí. Me da morbo. Por eso hablo contigo. Por eso me excitas. Morbo. Deseo...

<Alejandra> Me gusta cuando me dices lo que piensas.

<Diego> Lo sé. Pero te lo diré si me apetece, el porqué y el cómo. Igual que es cosa tuya excitarte, no eres mía, es cosa mía lo que provocas. Soy contradictorio y complejo. Aunque en algo tienes razón... No haría que te desnudaras si no me pusiera duro imaginarte.

<Alejandra> ¿En eso estás pensando ahora? ¿En mi cuerpo desnudo?

<Diego> Ahora y antes, sí. En eso, y en cómo te mojas y te corres en mi boca. Desearía tu orgasmo en mi lengua.

Un suave gemido sale de entre mis labios, vaticinando el placer que aguarda tras su respuesta, y mi cuerpo se tensa porque sabe a la perfección lo que viene ahora.

<Diego> Me gustaría escucharte gritar de placer, sentir tu estremecimiento y el temblor de tus piernas, notar el calor de tu orgasmo y lamer cada gota de deseo resbalando por ti...

Imaginar la escena me vuelva loca y se me eriza la piel al pensarlo. Mi sexo reacciona de forma instintiva; la toalla me estorba y me noto caliente.

<Alejandra> Me está subiendo la temperatura. Como sigas por ahí, voy a tener que darme una ducha bien fría.

<Diego> Tu cuerpo sube grados... El mío centímetros. Se nota mi erección, pero no puedo liberarla.

<Alejandra> ¿Estás con gente?

<Diego> Todavía no, pero me reúno ya. Alejandra... Quiero un orgasmo

tuyo.

<Alejandra> ¿Aquí? ¿En el gimnasio?

<Diego> No, ahora no. Una vez en la oficina, ve al baño y dámelo. Solo uno, suave pero rápido, para sonreír luego mientras trabajas. Te sentará mejor la tarde y yo tendré una reunión más provechosa.

<Alejandra> Pero tú no podrás...

<Diego> No todo es correrse. Estar duro. Notarla húmeda. Disimular. También es muy placentero.

<Alejandra> Si sigo fantaseando contigo entre mis piernas, me va a ser muy difícil no acariciarme mientras me ducho.

<Diego> No lo hagas. Saborea el deseo palpitando en tu sexo y exprime el goce que te reporta ver crecer las ganas. Ansiando que te coma. Pensando que necesitas tocarte. Que quieres que yo te toque. Nota como ardes por dentro, pero mantén el calor y ve alargando esa línea de placer... Mejor orgasmo si aguantas, es más intenso.

<Diego> Una vez en el trabajo, acaríciate para mí. Si sigo reunido, descríbeme lo que haces, pero libérate. Regálame esa fantasía que pervierte ahora tus pensamientos. La leeré más tarde, cuando termine la reunión.

<Diego> Han pasado cuatro minutos de tu tiempo. Tengo que irme. Siempre acabo dándote más. Hasta luego, Alejandra.

2

A VECES LA MENTE Y LAS SENSACIONES CHOCAN

Mis fantasías no tienen pudor alguno en mi cabeza, se tejen transparentes, lascivas, desnudas, sin ocultar sus detalles, sin secretos entre ellas. Nunca se visten cuando se presentan ante mis ojos.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

Cuando abro la puerta de casa, todo está oscuro... pero no en calma. El obsceno golpeteo contra la pared, proveniente de la habitación de Paula, le echa un pulso a la estridente melodía de risas groseras, vocales desnudas y aullidos en Si mayor, que inundan cada rincón de mi pequeño apartamento. Aun en el umbral, no me es difícil reconocer la banda sonora de la «Historia —de polvos— interminable» y asumo que esta noche me costará conciliar el sueño.

Sabiendo el día de mierda que he tenido, mi mejor amiga podría haber tenido la deferencia de montárselo en otra parte. Supongo que ha sido su venganza por ignorar los quince *whatsapps* que me envió esta tarde. Me ha llevado más horas de la cuenta concluir el diagnóstico turístico en el que estoy trabajando y me fue imposible avisarla de que no vendría a cenar. Tampoco creo que me haya echado mucho de menos, escuchándola gemir.

Avanzo tratando de evitar las prendas tiradas por el parqué que, como un reguero de pólvora, conducen hasta un dormitorio «envuelto en llamas». Estoy agotada y deseando rendirme a la fatiga después de un día en exceso largo y frustrante.

Me desvisto en mitad del comedor y lanzo mi ropa al suelo en señal de protesta. Yo también puedo hacerlo, pese a irme a dormir sola. Cuando me quito el sujetador, me siento tremendamente sexi, aunque enseguida busco a

tientas algo que ponerme entre la colada que recogí esta mañana del tendedero. Deambular en pelotas por la casa no es lo mío.

Al desplegar la camiseta elegida, sonrío. En ella se puede ver la imagen de un pitufo abrazando a la Pitufina, bajo los que mi mejor amiga mandó serigrafiar: «¡Atención! Si me llevas puesta esta noche es que hoy tampoco follas». Me la regaló las Navidades pasadas para hacerme saber que el *duelo* tras cortar con Roberto estaba durando demasiado, y yo la uso de pijama porque es enorme, tanto que el cuello se me desliza por uno de los hombros y la parte baja me cubre hasta mitad del muslo.

Admito que se ha convertido en una de mis prendas favoritas y que, sí, en efecto, desde el episodio del hotel con el congresista no tengo sexo; «sexo real compartido con orgasmo», como diría Diego... Lo que pasa con él cuando jugamos no tengo muy claro en qué categoría entra; seguramente no computa. Así que la camiseta no miente, no tengo sexo porque con quien quiero no puedo y con el resto, no me da la gana.

Observo el reloj digital tamaño XXL que se encuentra sobre el televisor de tubo de veinte pulgadas que hay junto al sofá, y descubro que ya es la una menos cuarto de la noche. No sé cuánto tiempo llevan aquí, aunque no creo que a estos dos les queden muchas pilas. Hoy, más que nunca, necesito que terminen pronto para poder dormir. Con un poco de suerte, este es el último y Paula cae derrotada hasta mañana por la mañana.

Camino hacia mi cuarto, que está junto al suyo. Bueno, más exactamente junto al que mi mejor amiga usa para dormir cuando se queda en mi casa y de picadero cuando quiere echar un polvo como una diosa. Y es que ella no vive conmigo, pero pasa tanto tiempo aquí que no puedo reprocharle su instinto de supervivencia al haberse ido adueñando del espacio poco a poco.

No es muy grande y cuenta con pocos muebles, todos ellos de estilo mexicano, salvo un precioso espejo de pie de cuerpo entero, de color blanco y aspecto rústico, que me suplicó que no sacara de allí porque le ponía muchísimo verse reflejada mientras se tiraba al *aspirante* de turno, esto es, esos especímenes masculinos a los que se folla y que no recuerda a la mañana siguiente.

A la derecha de la cama hay una mesita de noche y una cómoda a juego con el ruidoso cabecero con forma de panal de abeja, y a la izquierda un baúl sobre el que descansa una lámpara con la forma de una bombilla naranja gigante que se trajo de su casa.

La puerta entornada de la habitación me incita a detenerme. Aguzo el oído,

pero no consigo adivinar si ha cambiado de chico o está repitiendo con uno de sus últimos fichajes. ¡Si le ha dado una segunda oportunidad al pijo engreído que se ligó el mes pasado, vomito! Desde que Paula le dio la patada en el culo hace un par de semanas, no hace más que llamarla suplicándole que salgan juntos porque se ha dado cuenta de que ella es su alma gemela. Que a mí me da igual, pero es que siempre lo hace de madrugada y con alguna copa de más. Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza.

Al final, no puedo resistirme y la curiosidad me empuja a asomarme. Como se esté tirando a ese idiota, mañana mismo cambio la cerradura. Echo un vistazo con cuidado de que no me vean, y la imagen que descubro frente a mí me atrapa y me fascina. Un juego de sombras anaranjadas revela un espacio íntimo y cálido que incita al deseo.

Paula está arrodillada en el suelo frente al cuerpo desnudo de su amante, y él le sujeta la cabeza con las manos y mueve las caderas, ayudando a que su miembro entre y salga de su boca. Ella se aferra a sus muslos y recoge cada embestida con ansia, succionando con desesperación y cada vez más deprisa. Él jadea y la observa con el rostro desencajado, como si deseara dejarse ir y estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano para retener el placer que está sintiendo. Entonces, baja el ritmo un momento y acelera de nuevo, hundiéndose más entre sus labios y empujando con fuerza contra su boca.

Clavo la mirada en el desconocido, tan concentrada en su imagen que todo lo que lo rodea se vuelve oscuro y desenfocado. La habitación entera casi ha desaparecido para mí, y Paula no es más que una silueta borrosa, un susurro lejano que se enmaraña con el silencio. Siento cada uno de sus movimientos, cada respiración. El *aspirante* tiene los ojos fijos en el rostro de ella, las manos enterradas en su pelo. No puedo apartar la vista de su expresión. Presenciar el modo salvaje en que la desea me produce la misma sensación obscena y prohibida que las fantasías que tengo con Diego cuando me masturbo. Sus profundos bramidos y su respiración entrecortada resultan adictivos, y noto que mi propia necesidad aumenta a medida que su placer crece y crece.

Sus manos se cierran en un puño en el cabello de Paula y tira de ella para apartarla de su erección, al tiempo que da un paso atrás con la mirada encendida.

—¡Para! —exclama con la voz ahogada, su pecho subiendo y bajando.

Gime aliviado cuando ella obedece y se levanta como si supiera a la perfección qué ha de hacer y cómo, respetando los pasos de una coreografía

que ambos conocen de memoria. Mientras Paula lo rodea, él se pone un preservativo, y ella se coloca a cuatro patas sobre el colchón y apoya medio cuerpo sobre sus hombros, elevando las caderas para recibirlo. Su melena azabache contrasta con el encarnado de las carísimas sábanas de seda que visten la cama.

La atrae hacia la orilla, y Paula desplaza las manos hacia su miembro y lo dirige hacia su entrada empapada; él empuja hasta penetrarla, tan sumamente hondo que los dos emiten un prolongado alarido, haciendo que, con cada nuevo suspiro, me suba la temperatura. Hace demasiado calor.

Estoy espiando una escena íntima, escondida tras una puerta entreabierta, y la posibilidad de que me descubran en cualquier momento me excita de un modo desconcertante. Me revuelvo nerviosa, consciente de que estoy haciendo algo prohibido y de que me gusta cómo me hace sentir. Mi respiración se vuelve irregular por esa vaga sensación de culpa que no me permite abandonarme del todo.

Esto no tiene comparación con nada que haya hecho hasta ahora, ni siquiera con lo que hice esta tarde en la consultoría para satisfacer el deseo de Diego.

Me pasé la primera media hora sin poder concentrarme en el texto que mostraba la pantalla de mi ordenador, sin dejar de imaginar su cabeza entre mis piernas, sus labios rozando mi piel, su lengua caliente saboreando la humedad de mi sexo. No vacilé cuando me levanté para ir al servicio de señoras y comenzó a sonar el teléfono del despacho. Ni siquiera me detuve para atender la llamada.

En mi mente solo estaban Diego y un ansia irracional por darle placer y dejarme fluir una vez tras otra para él. Me senté en el suelo del cuarto de baño con las piernas abiertas, deseosa y caliente, al tiempo que tecleaba en el móvil cómo me sentía y lo que estaba a punto de hacer, tal y como me había pedido. Recordar sus palabras alimentó todavía más mis ganas. Saber que cada mensaje era una vibración en su bolsillo que lo pondría más cachondo incrementaba mi propio placer.

Cuando Catalina comenzó a aporrear la puerta del aseo, preguntando si me sentía bien al escuchar mis respiraciones profundas cuando alcancé el orgasmo, no me importó. Sabía que ese detalle todavía le resultaría más placentero a Diego.

* * *

Ahora no estoy fantaseando, la escena que tengo delante es real. Escucho a Paula decir algo y su voz se me antoja irreal y lejana; palabras que apenas distingo sobre estar a punto de correrse, sobre querer que él se corra. Su acompañante retrocede, ella suplica y él la penetra de nuevo de un modo deliberadamente dulce y pausado, adelante y atrás, dentro y fuera. Paula parece sollozar extasiada al compás de sus embestidas y le pide más, le implora que la folle duro. Noto como ardo por dentro; siento que deseo lo mismo que ella. Y él lo hace. Aumenta el ritmo poco a poco, y escucho su respiración agitada reverberar por encima de los jadeos de ella.

La necesidad crece y empiezo a sentirla, primero a la altura de mi ombligo y después bajando hasta detenerse entre mis muslos. Mis ojos resbalan por su piel sudorosa, él se mueve y goza, pero no la está contemplando a ella porque tiene la cabeza girada hacia otro punto de la habitación. Instintivamente, busco el destino de esa mirada y descubro mi imagen reflejada en el espejo de cuerpo entero que tanto adora Paula... una imagen cautivadora. Observo ensimismada a una persona que no reconozco. Mi rostro enrojecido, la expresión oscura, los labios entreabiertos, los pezones duros marcándose a través del algodón. El espejo me habla de mi propio deseo y me muestra el reflejo del desconocido para hablarme también de él.

Sus ojos brillantes se clavan en los míos y me estremezco bajo el peso de su mirada, tan honda que entra en mí y me remueve por dentro, desencadenando un hormigueo que se dilata hasta ocuparlo todo y que hace crecer el calor entre mis muslos, pervirtiendo mis pensamientos. Entonces, embiste una vez más, sin separar sus ojos de los míos, y yo lo siento, como si se hundiera en mí y el placer lo obtuviera de mi cuerpo. Mi sexo se contrae y moja mis bragas. Gimo, y él sonrío malicioso por haber despertado mi deseo, mi necesidad, porque sabe que quisiera estar en esa cama en lugar de mi mejor amiga.

A veces, la mente y las sensaciones chocan, y esta es una de esas veces. Siento un placer incómodo. No sé cómo describirlo; ahora mismo no quiero estar en ningún otro sitio ni sentir ninguna otra cosa. Y, al mismo tiempo, sé que no debería estar aquí ni sentir lo que estoy sintiendo. Quiero huir, pero no puedo moverme porque él me retiene, y lo que me provoca me gusta. Hasta que escucho a Paula decir algo y su voz me saca de mi ensimismamiento, espoleándome y obligándome a desaparecer.

Avanzo apresurada hacia mi habitación con el corazón a mil y su sonrisa

clavada en mi retina, incapaz de hacer caso omiso del subidón de adrenalina que me ha provocado su mirada y consciente de que tardaré en dormirme. Cierro la puerta de golpe y camino de espaldas hacia la cama como si creyera que el desconocido aparecerá en cualquier momento para amonestarme por mi condición de *voyeur*.

Respiro hondo varias veces. Me coloco en una esquina y permanezco inmóvil con la vista fija en la entrada, no sé por cuánto tiempo. Mi mente se ha quedado en blanco; mi cuerpo toma la iniciativa y es el único que habla. Estoy nerviosa, desconcertada... caliente. Necesito un minuto para asimilar lo que acaba de ocurrir.

Cierro los ojos y me concentro en los sonidos que invaden mi habitación, porque en el cuarto de al lado todavía no han terminado. Mi respiración entrecortada se confunde con la sinfonía de susurros y jadeos que se cuele por debajo de la puerta, y me sorprendo deseosa de escucharlo gemir de nuevo para sentirlo más cerca.

Debería sentirme culpable por haberle robado el protagonismo a mi mejor amiga y hacer que su *aspirante* estuviera pendiente de mí, en lugar de adorarla a ella. Y quizás también estúpida y abochornada por mi exposición kamikaze frente a la puerta del «Olimpo del placer y el sexo» que es la habitación de Paula, permitiendo que descubriera mi fascinación por él y el modo en que la hacía suya. Pero, aunque experimento el poso de esas emociones, me importan tan poco en estos momentos que apenas las reconozco como mías, porque la atracción que siento hacia ese desconocido ahora mismo lo llena todo, no dejando espacio para nada más que el recuerdo de la intensidad de su mirada, atrapando mi deseo en sus ojos hasta hacerme perder la razón. Una sensación irracional de dejarse ir como la que me provocó Diego la noche en que «nos conocimos», aunque sutilmente diferente... más intensa, más real.

El extraño de la habitación de al lado es real, de carne y hueso. Diego solo una fantasía tras la pantalla de mi móvil, un enigma al que ni siquiera puedo poner cara porque nunca se la he visto.

Inspiro hondo para tranquilizarme. En el mejor de los casos, Paula también le da una patada en el culo y no lo vuelvo a ver nunca más en mi vida. Nunca jamás... Y sin embargo, pensar en esa posibilidad no me satisface del todo.

De pronto, se expande el silencio y sé que esa es la señal: que por fin se han matado a polvos y me puedo ir a dormir. Muevo mi trasero hasta la otra punta de la cama y, cuando me acurruco entre las sábanas, siento demasiado calor. Me toco las mejillas y están ardiendo.

Aún percibo la pasión y el deseo que me tienen atrapada. Los siento en la necesidad demencial de mi cuerpo por obtener placer. En cuanto cierro los ojos, me asalta su imagen en el espejo y me revuelvo inquieta sobre el colchón. Solo soy consciente de mi cuerpo y de su canto de sirena. Necesito correrme o no podré dormir en toda la noche.

Me muerdo el labio con fuerza y cedo a mis tentaciones; mi mente comienza a fantasear y, cuando me doy cuenta, tengo las manos dentro del pantalón del pijama. Noto mis bragas mojadas. El roce húmedo de mi piel con el algodón me advierte de lo increíblemente caliente y excitada que estoy, mucho más allá de lo que puedo soportar. Me acaricio por encima de la tela suave y se me escapa un leve suspiro entre los labios, pensando en él.

El desconocido aparece bajo el umbral de la puerta y clava su mirada oscura en mí, con un brillo endiablado en sus ojos y la sonrisa en sus labios. Yo lo observo de pie, junto al escritorio, y a cada paso que avanza a mi encuentro, el corazón se estrella contra mi pecho y noto como hierve la sangre. Cuando se detiene frente a mí, no dice nada; me sienta sobre la mesa, tomándome de la cintura, y se acomoda entre mis piernas mientras me desnuda sin dejar de mirarme. Al notar su lengua bajando por mi garganta, solo pienso en sentirlo, rozarlo, acariciarlo...

Mi cuerpo reacciona instintivamente a la ilusión y me pide más.

Aparto el edredón que me estorba, sin dejar de tocarme, y abro más las piernas. Mi pelvis empuja fuerte, reclamando más contacto, y mis dedos se adentran entre las costuras de mi ropa interior, buscando el tacto tibio de la piel. Me vuelvo irracional y me dejo llevar por el hambre, la necesidad y el deseo.

Mi respiración profunda y acompasada se abre paso entre el silencio mientras me deslizo por los labios jugosos, abriéndolos y mojando mis dedos. Comienzo a excitar mi clítoris con suavidad, despacio, con movimientos circulares, notando como crece, como se hincha. El aire escapa por la boca entreabierta, voluptuoso y obsceno, y mis gemidos inundan el cuarto.

Me abandono a mi fantasía y comienzo a perder el ritmo de mi respiración a medida que aumenta la excitación. Noto como ardo por dentro, apretada e hinchada hasta unos límites increíbles. Me mojo cada vez más. Se me seca la boca. Acelero el ritmo de mis caricias sobre mi clítoris sensible y siento el placer arremolinarse en torno a mi sexo, alrededor de ese punto delicioso que

no dejo de estimular. Un placer que me hace jadear. Aumento la presión sobre esa perla encendida; la hundo exigente, rápido y con fuerza. Sin parar. Cada vez más veloz...

Mi sexo palpita y, en ese instante, siento que me quema, que quiero dejarlo ir... Mis músculos se tensan, y un placer intenso se propaga desde mi clítoris a todo mi cuerpo, estremeciéndome. Un orgasmo indescriptible y embriagador me toma por completo y resbala por mis dedos empapados. Y cuando me hundo en el colchón, exhausta y sonriente, gimo con una extraña mezcla de satisfacción y vacío, porque lo necesitaba y porque sé que, esta noche, su mirada perversa y provocativa ha conectado con mi lado oscuro.

Me rindo a la fatiga y al sueño, rezando para no encontrármelo cuando me levante.

3

LOS AMIGOS DE TUS AMIGAS...

Las conversaciones, como ciertas partes de la anatomía, siempre fluyen mejor cuando se lubrican.
Marqués de Sade.

—ALE—

Me despierta una acuciante necesidad de beber agua.

«¿Qué hora será?».

No lo sé. No quiero saberlo. Refunfuño. Quiero dormir, quiero quedarme en la cama y no despertar hasta el lunes por la mañana. Pero tengo la boca seca y me muero de sed, y sé que, hasta que no beba, mi cuerpo no parará de enviar mensajes a mi cerebro para entorpecer mi sueño y conseguir lo que quiere.

«¡Vale, tú ganas!».

Me obligo a salir de la cama a regañadientes. Me siento aturdida, desconectada de mi cerebro y mis extremidades. Camino adormecida, con los ojos entrecerrados, dando tumbos y tropezando con todo a mi paso hasta que, al entrar en la cocina, mi nariz choca contra una espalda desnuda y salgo automáticamente de mi estado de ensoñación, como si alguien me hubiera zarandeado apremiante para avisarme de algún peligro.

En ese instante, él se gira y, en cuanto nuestros ojos se encuentran, siento un brinco en el corazón y el susto deja paso a la vergüenza que hace que desee que me trague la tierra ahora mismo.

El frío suelo de baldosas bajo mis pies descalzos no consigue mitigar el calor que siento de repente. Noto que se me va a salir el corazón por la boca. El *aspirante* sigue en mi casa y lo tengo delante y semidesnudo en mi cocina.

A la luz del fluorescente descubro detalles en él a los que anoche no presté demasiada atención. Parece mayor que nosotras. ¿Treinta y uno o treinta y dos?

Atractivo. Alto, con un pelo corto y castaño oscuro que le cae alborotado sobre la frente, y unos brillantes ojos almendrados de color negro que resaltan en un rostro anguloso de pómulos rectos y muy marcados. Su nariz es fina y su boca, de labios definidos y carnosos, está ahora semiabierta y no puedo dejar de mirarla.

Está quieto, observándome atentamente en calzoncillos, con un trozo de tarta de manzana en su mano izquierda y una botella de yogur líquido en la otra. La forma en que me mira me está poniendo nerviosa: de arriba abajo, como si también sintiera la necesidad de descubrir los detalles en mí que anoche le pasaron desapercibidos.

Me dormí confiando en que Paula lo enviaría por correo certificado a tomar viento antes de que me levantara. Ni siquiera reparé en la posibilidad de tropezarme con él hasta ahora.

No quería encontrármelo por nada del mundo... Pero es que, además, no debería habérmelo encontrado. Es la única norma que debe respetar Paula para poder hacer en su habitación todo lo que quiera con quien le dé la gana: «desayuno sin amantes». No tendría que estar aquí.

«Cuando se levante se va a enterar».

Lo miro, todavía conmocionada porque he pasado en un nanosegundo de encontrarme retozando con Morfeo a un estado de máxima alerta termonuclear y no estoy segura de no estar soñando despierta. No digo nada. Él tampoco. Solo nos miramos como si fuéramos animales de especies diferentes, con una curiosidad inquietante.

Nos quedamos los dos frente a frente hasta que me doy cuenta de que estamos demasiado cerca, tanto que noto su respiración en mi pelo, y retrocedo algunos pasos para mantener la distancia. Él sonríe ante mi reacción, mordisquea el hojaldre y pasea la lengua muy despacio por la comisura de sus labios calientes para recoger los restos de una crema pastelera dulce, suave y fresca que comenzó a deshacerse en ellos. Después, le pega un trago interminable al yogur, sin apartar sus ojos de mí.

—¿Te has levantado a desayunar conmigo? —inquire de un modo neutro, sin rastro de inflexión en su voz ni la más mínima expresión en la cara.

Su tono grave y profundo lo convierte en un ser de carne y hueso, cuyos pensamientos apenas me atrevo a imaginar, pero que intuyo en el brillo lascivo de sus pupilas. Definitivamente, no estoy soñando.

No sé qué responder ni si debería hacerlo. Desde anoche, no he podido deshacerme del recuerdo de su expresión de deseo en el espejo y, aunque he

hecho lo posible para expulsar esa imagen de mi mente, fue tan intenso lo que me hizo sentir que, en cuanto me asalta, mi termostato se dispara y el calor crece entre mis piernas.

Tenerlo delante no me ayuda en absoluto a mostrarme indiferente. Me incomoda que él pueda notar el modo en que me excita, así que desvío la mirada a las manos y entonces advierto mis muslos desnudos.

«¡Mierda!».

Olvidé que ando en camiseta. Una camiseta que, además, insinúa que «habitualmente» no follo. Pensará que soy una mojigata virginal o que me mato a masturbarme y estoy desesperada por echar un polvo. La idea hace que se sonrojen mis mejillas.

«¿Puede haber algo más humillante?».

Observo mis pechos, los pezones marcados.

«¡Maldita sea! ¡Sí, puede!».

Levanto la barbilla y veo sus ojos resbalar por mi cuerpo hasta mi pecho, donde los abre un poco más de lo normal. Enseguida regresa a mi rostro y su mirada se va oscureciendo poco a poco, como si quisiera advertirme que lo sabe y que le gusta lo que ve. Nos miramos con intensidad durante lo que parecen varios minutos, desgastándonos en silencio y haciendo que el espacio de la cocina parezca cada vez más y más pequeño.

Necesito moverme, que deje de mirarme de ese modo que hace que las imágenes de anoche y lo que sentí se agolpen en mi cabeza, sacudiéndome todo al mismo tiempo. Lo rodeo para acercarme al frigorífico y me roza el muslo al pasar. Un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza y noto como me arde la piel allí donde me ha tocado. Por la sonrisa fugaz que esbozan sus labios sé que ha sido a propósito. Me está provocando. La idea me pone nerviosa y siento pánico porque no puedo dejar de pensar en la necesidad que me provoca y que estoy perdiendo por momentos el control sobre mis emociones.

—¿No piensas decir nada? —lo escucho decir a mi espalda. Y puedo oír la sonrisa en su voz.

Lo ignoro mientras rebusco ansiosa en la nevera, tratando de encontrar el capricho que me reservo para la mañana de los sábados. Necesito morder cualquier cosa, distraer mis sentidos con algo delicioso.

—Soy...

—No te molestes —lo interrumpo cortante—. Sé perfectamente quién eres: un *aspirante* más que no debería estar en mi cocina en este instante.

—Relájate un poquito, nena. Deberías ser más amable con tus invitados. Esta no será la última vez que nos veamos.

—Si Paula repite contigo, no será en esta casa, te lo aseguro.

—Yo no soy como el resto.

«Otro ingenuo que cree haber encontrado al amor de su vida», concluyo para mis adentros. «Si empieza a llamarla a las tres de la madrugada, le quito las llaves a Paula».

—Todos pensáis lo mismo, seguramente.

—No te estás enterando... —me reprocha—. No dije que fuera a venir por ella.

La pausa que sigue parece durar siglos. La promesa de placer implícita en sus palabras me provoca una sensación extraña. ¿Cómo explicarlo? Cuando pasas una larga temporada sin sexo, te vas volviendo cada día más y más selectiva, de forma que, si ocurre, casi es como tu primera vez; nunca te acostarías la vez primera con un gilipollas.

Aparto sus ocho últimas palabras de mi cabeza y cierro la puerta del frigorífico con un golpe seco, frustrada por no encontrar lo que busco. Al darme la vuelta, lo veo apoyado en la mesa de la cocina, observándome con atención, con los pies cruzados al frente. Apura el último trago de yogur, se limpia la boca con el dorso de la mano y deja la botella vacía sobre la mesa. Entonces, mis ojos se van a la tarta que sujeta con la otra mano.

«¡¿Seré estúpida?!».

Avanzo hacia a él y lo encaro.

—¡¡Te estás comiendo mi desayuno!! —le reprocho en tono hostil cuando por fin me doy cuenta de que lo que se está zampando es justo lo que estoy buscando.

Aprieto los dientes y tengo la absoluta certeza de que ahora mismo me sería imposible odiar más a un desconocido. Aun así, me esfuerzo por mantener el control, pero por dentro imagino hasta cuatro formas distintas de terminar con él.

—Estoy muerto de hambre. Anoche consumí demasiada energía... Lo sabes bien, estabas allí —me reta sin inquietarse lo más mínimo a causa de mi mirada asesina.

Parpadeo y no doy crédito a su desvergüenza.

«¡Me cago en...!».

—Me llamo David. ¿Y tú te llamas...?»

Pega otro mordisco a la tarta, la pasa a su mano izquierda y se limpia la

derecha restregándola en su muslo para luego ofrecérmela. La observo con desprecio un segundo y le hago ver que no pienso estrecharla con la mía. Él sonrío burlón y me hace un gesto con el índice para que me acerque.

«¿Me está vacilando o este tío es idiota?».

Las mejillas me arden. He traspasado el umbral de un cabreo monumental y estoy a punto de perder los papeles.

—Mmmm. Tienes que invitarme más a menudo a desayunar. Aunque la próxima vez compra un trozo más grande. Me he quedado con hambre —se queja, metiéndose el último pedazo de mi deliciosa tarta de manzana en la boca.

—¿Quéééé?! —salto indignada, con los ojos abiertos como platos—. ¿Cómo puedes ser tan...?! ¿Cómo te atreves a...?! ¡Acabas de dejarme sin desayuno, pedazo de... de...!

El *aspirante* gira su mano con arrogancia, invitándome a proseguir, y yo me detengo en seco ante su provocación, consciente de que está disfrutando y de que, si termino la frase, habrá ganado la batalla. Una sonrisa de suficiencia aparece en su cara ante mi silencio, haciendo que me sienta tan impotente que estoy a punto de tirarme de los pelos, por no tirar de los suyos.

—Tú eres la anfitriona, ¿no? Los amigos de tus amigas también somos tus invitados, y podríamos ser incluso tus amigos, *si tú quieres*.

Tras hacerle un guiño a la famosa canción de Objetivo Birmania, finaliza la frase en un tono tan sensual que el significado que se esconde detrás de las palabras hace que sienta una oleada de calor subiéndome por los pies que ignoro. Aprieto los puños a ambos lados, rabiosa.

«¡Ni muerta!».

—Paula no me dijo que su compañera de piso era tan... tan... —se detiene a propósito, fingiendo buscar la palabra adecuada e imitándome con descaro.

Lo miro desafiante y me sostiene la mirada divertido.

—Deberías tener cuidado con lo que vas a decir —me apresuro a advertirle con el ceño fruncido.

Sonríe beatíficamente, y mi irritación se eleva un grado más.

«¡Mierda, si es que estoy entrando en su juego!».

Su capacidad para ponerme nerviosa me produce una insólita sensación de inseguridad. Es inútil no rendirse a la evidencia. Más bien *me pone*, a secas, de un modo irracional, y él lo sabe.

—¿En serio? ¿Qué piensas hacer si no te gusta lo que digo? O lo que es mejor... —se interrumpe, quemándome con la mirada—. ¿Qué me dejarías que

te hiciera si te gusta?

Pensar en las posibles respuestas hace que mi temperatura se incremente de nuevo. Me giro para obligarme a dejar de mirarlo como una idiota y regreso a la nevera para buscar algo que llevarme a la boca. Tendría que estar penado por la ley que alguien tan estúpido te resulte tan apetecible.

«Necesito morder algo y quemar pasión en una hora de elíptica».

—Nada —sentencio cuando consigo recuperar la cordura—. No me gustan los tíos de segunda mano.

Agarro una manzana del cajón de abajo y me sobresalto cuando lo siento a mi espalda. Trato de alejarme todo lo que puedo de él, pero me está bloqueando contra los cajones de la verdura y, aunque no me toca, está tan cerca que noto su calor y todos mis músculos se tensan.

—Esa no fue la impresión que tuve anoche —afirma con malicia, y su susurro grave junto a mi oído me desconfigura el sistema durante un segundo, un largo e interminable segundo.

—¡Dichosos los ojos! Te esperamos anoche hasta el aburrimiento. ¿Dónde te metiste? —saluda atropelladamente una Paula totalmente inmersa en su mundo, radiante, relajada y con la melena recogida en una coleta que le brilla de forma increíble.

Ambos nos volvemos de golpe al oír su voz, y la manzana cae a los pies de David cuando lo empujo nerviosa para distanciarme de él, sintiéndome incómoda y rara. Él la recoge, la rueda por su antebrazo para limpiarla y le pega un bocado de un modo tan pecaminoso que tengo ganas de que se atragante. Avanza un paso, me la ofrece con una sonrisa, sabiendo que me está llevando al límite, y yo lo odio con todas mis fuerzas; se la arrebató con saña y la muerdo imaginando que es su hombro derecho. Pero, en lugar de disfrutar haciéndole daño, me pongo cachonda con la idea.

«¡Maldita sea! Que sean dos horas».

Paula me cierra el paso cuando estoy a punto de salir de la cocina y me envuelve en un cálido abrazo de buenos días, mientras que yo reprimo mis ganas de matarla por no haber respetado la única norma que hay en esta casa. Pero ella se ha despertado tan pletórica por el maratón de polvos de anoche que no se percata de mi reticencia a aceptar su achuchón, ni de mi cara de perros ni de que estoy tan rígida que podría llegar a confundirme con el palo del mocho.

Ajena a la tensión que se respira en el ambiente, se acerca a David con una sonrisa de oreja a oreja y le da un casto beso en la mejilla, que él recibe

clavando sus ojos en los míos. Luego, se echa a un lado y se coloca entre los dos como si de forma inconsciente evitara ponerse de parte de ninguno. Vestida con su pijama rojo de seda de dos piezas, pone más en evidencia lo escasamente vestidos que vamos nosotros.

—Veo que ya os conocéis. David es...

—La prueba de que cada día tienes peor gusto —concluyo la frase con aspereza.

Paula parpadea y me mira arqueando las cejas. Luego se gira hacia a David, regresa a mí de nuevo, y termina clavando sus ojos en su *aspirante*.

—¿Me he perdido algo? —pregunta dirigiéndose a él.

—Me comí su desayuno sin querer —aclara con tono burlón—. Ahora me odia.

El *estúpido-engreído-robadesayunos* me contempla divertido. Yo le lanzo una mirada asesina. Paula nos observa en silencio y la atravieso con la mirada, exigiendo una explicación.

—¡Dile que se largue! —le recrimino enojada—. ¡Si no cumples las reglas, ya sabes lo que va después!

Mi irresponsable amiga me hace un gesto pidiendo clemencia.

—Ale... —trata de justificarse, incómoda—. David no es...

—No, Paula, no me has entendido —la interrumpo—. No quiero palabras, quiero ducharme y no verlo aquí cuando salga.

—¿Necesitas mensajero? —escucho decir a David—. Acércate y dímelo tú misma.

Paula sacude la cabeza y le pega un codazo, avisándolo de que está pisando terreno peligroso.

—¡O te vistes y te vas o...!

—¿O qué? —me provoca de nuevo, haciendo caso omiso de la advertencia de mi amiga.

«¿O qué?», me pregunto yo también.

Pienso por un segundo y salgo de la cocina airada, sin dejar de pensar. Pienso, pienso... Siento su risa en mi espalda. Su arrogancia. Pienso... La vista se me va a la ropa que sigue desperdigada por el suelo del comedor. Sonrío.

Dejo de pensar.

Agarro lo primero que encuentro a mi paso: un par de zapatos y un suéter, ante la atenta mirada de Paula y David, que me observan desde la puerta de la cocina. Cuando paso junto a ellos para dirigirme a la terraza, ninguno de los

dos trata de detenerme, como si confiaran plenamente en que no haré lo que parece que estoy a punto de hacer.

—No te atreverás —se mofa.

Pero yo ya tengo su ropa suspendida al otro lado de la barandilla del balcón y su escepticismo me envalentona. Me giro para mirarlo y le sonrío satisfecha mientras dejo caer sus cosas desde el tercer piso.

—¡Estás loca! —exclama Paula reprimiendo una risa, antes de salir corriendo a toda pastilla escaleras abajo para recuperar la ropa que ha caído en la terraza de la anciana cascarrabias de la puerta uno.

—Ahora ya tienes fundamento para terminar la frase. —Miro a David y le guiño un ojo al pasar junto a él, camino de la ducha.

Él no responde, pero su sonrisa petulante borra la mía y hace que se me acelere el corazón, porque sé que no esconde nada bueno.

* * *

Paula clava su mirada en mi rostro reflejado en el enorme espejo que ocupa la pared del baño mientras yo me concentro en terminar de peinarme. Me conoce demasiado bien y ha venido en busca de respuestas para satisfacer su curiosidad desmedida, así que dejo que sea ella quien hable primero porque todavía sigo enfadada.

—Ya se ha marchado... —apunta con precaución.

—Es lo que tenía que haber hecho antes de que yo me levantara. Ese era el trato, Paula.

—Me costó un mundo recuperar su suéter —prosigue, ignorando mi reproche—. La señora Herminia dijo que le gustaba para su nieto y que no pensaba devolvérmelo. Esa mujer no está bien, te lo digo yo...

En el espejo advierto como se coloca detrás de mí y, por la expresión en su rostro, sé que está tanteando el terreno antes de comenzar su tercer grado.

—Lo de esta mañana no ha sido solo porque se ha comido tu desayuno —suelta por fin.

Y, aunque lo afirma, a la frase le faltan los signos de interrogación y le sobra urgencia por conocer mi versión de los hechos. Creo que ni ella sabe muy bien lo que me está preguntando, pero tiene claro que en algún momento ha ocurrido algo que le ha pasado desapercibido.

—Por supuesto que no. Súmale que tu *aspirante* es idiota.

—David no es exactamente un *aspirante*. Que estuviera aquí tiene una

explicación...

—Ahórratela, no me interesa. Si vuelvo a verlo en mi casa, te quedas sin picadero.

Salgo del baño sin darle tiempo a contestar y me dirijo a la cocina porque me muero de hambre y necesito desayunar como Dios manda.

Paula me sigue y tengo claro que no se va a rendir hasta conseguir lo que quiere. Nunca lo hace.

—Mientras te duchabas he bajado a la panadería... —la oigo decir a mi espalda—. No había tarta de manzana —se disculpa en tono lastimero—, pero he comprado dos trozos enormes de una tarta de chocolate que tiene una pinta que te mueres.

Cuando entro en la cocina, observo que lo ha dejado todo preparado en la mesa y que incluso ha hecho café. Paula se adelanta, pone al fuego un cacillo con un poco de leche y yo me siento y le pego un bocado a la tarta, pringándome los dedos con la cobertura de chocolate y certificando que sí, efectivamente, está increíble. Ella permanece de pie, apoyada en el banco de la cocina a la espera de que termine de calentarse la leche.

—¿Qué me estás ocultando? —Sus ojos verdes están fijos en mí y los ha entornado en una acusación silenciosa.

—Anoche os dejasteis la puerta entreabierta —confieso con naturalidad mientras me relamo las yemas de los dedos, antes de pegar un nuevo bocado.

Mi mejor amiga parpadea como si no esperara un detalle tan remoto, y yo sonrío porque impresionarla me resulta cada vez más difícil.

—¡Señorita Leiva! —me riñe, fingiéndose escandalizada—. Así que viste la puerta entornada y una fuerza irrefrenable te empujó a asomarte a preguntar si necesitábamos condones. Claro, como tú no usas los tuyos —ironiza con los brazos en jarra.

Ya se ha crecido. Si no la conociera desde hace tantos años, me caería gorda.

—Yo uso los que tengo que usar, la diferencia es que tú los malgastas.

—Por lo menos no me caducan la mitad en el cajón —se jacta al tiempo que apaga el fuego y se acerca a la mesa con la leche.

—Porque tú te tiras a cualquier cosa que se te pone delante, Paula. Yo necesito algo más...

—Tu problema es que estás buscando al *Dios del Sexo* en la sección de *Príncipes Azules*.

Paula rellena las dos tazas que había dejado en la mesa y se sienta frente a

mí.

—Y el tuyo, que siempre lo buscas en la sección de saldos —contraataco, al tiempo que añado un chorro de café a mi leche.

—El sexo es solo sexo, Ale. ¿No decías que querías experimentar?

—Quiero experimentar, no follarme a media Valencia. Para mí, no es una cuestión de abrirse de piernas y esperar el orgasmo. Eso ya lo consigo yo sola sin ayuda de nadie.

—Pues con David no tendrías que hacer nada... Él sabe perfectamente dónde se encuentra *todo lo que necesita*... —enfatisa incisiva, al tiempo que le pega un bocado inmenso a su tarta de chocolate—. Además, yo diría que cumple algún requisito de esa lista tuya a los Reyes Magos y, encima, es de carne y hueso, no como otros —concluye sarcástica, con la boca llena y esa mirada asesina que se le pone cuando se refiere a Diego.

—A ver cómo te lo explico... Anoche, «tu amigo» *me puso* cachonda y esta mañana, *me puso* de los nervios, demostró ser un gilipollas y se acabó la magia... Fin del cuento.

—No, Ale, no —se apresura a corregirme mientras chupa el resto de chocolate de sus dedos—. El cuento no se ha acabado —sentencia misteriosa, esbozando esa sonrisilla que me saca de quicio—. David quiere tema, y te aseguro que no es de los que se rinde fácilmente. Yo te diría que te dejes de historietas virtuales, le permitas echarte el polvo de tu vida y que disfrutes, aunque solo si te sientes capaz de mantener tus sentimientos al margen. Algo me dice que David es algo más que un *casiquesí*.

—Paula, anoche ese tío se estaba revolcando contigo en tu cama. No pienso liarme con uno de tus *aspirantes* en la segunda vuelta... ¿Lo siguiente qué sería? ¿Compartir las bragas? Lo siento, pero lo de ponerme a la cola para ser una más no va conmigo.

—Tú sigues ocultándome algo. Dime qué es —insiste exigente y le pega otro bocado a su tarta.

—Nada —me hago la interesante, aunque es cuestión de segundos que lo adivine. Paula tiene un sexto sentido asquerosamente infalible.

Mi mejor amiga arruga la frente como si estuviera atando cabos en algún lugar recóndito de su cabeza y no tarda demasiado en hallar algo, porque abre mucho los ojos, se lleva la mano a la boca con teatralidad y exclama eufórica:

—¡Te pilló mirando!

Sonrío de nuevo. Sorprenderla una vez era difícil; hacerlo dos, una hazaña enormemente satisfactoria.

—Sí... y el subidón fue increíble —admito con expresión malévola, apurando el café con leche de mi taza.

—¡Me cago en...! ¡Con razón...! ¡Así que después tú...! ¡No me lo puedo creer! —Paula pestañea, y las frases se le amontonan en la garganta.

—No soy ninguna puritana, Paula —me quejo, cansada de tener que lidiar continuamente con la imagen equivocada que tiene de mí, y más ahora que mis conversaciones con Diego han demostrado que ni yo misma me conocía del todo.

—¡Oyeeeeee...! —exclama molesta, sin prestar atención a lo que le estoy diciendo, como si se hubiera percatado de pronto de algo que no le hace ni pizca de gracia.

—¿Qué? —pregunto asustada por el cambio de su expresión.

—Si anoche estaba concentrado contemplándote a ti... ¿Yo a quién me estaba beneficiando? ¿A su avatar?

Alzo los hombros y le hago una mueca burlona.

—¡Qué fuerte!

—¿Qué pasa? —inquiero de nuevo, consciente de que sus palabras no presagian nada bueno.

—Llevo tratando de decírtelo toda la mañana. —Y ahora es ella la que sonrío, y creo que está a punto de tomarse la revancha. Pega un trago largo a su taza y entonces prosigue—. David ni es un *aspirante* ni es en realidad un desconocido para ti —aclaro, y tengo la certeza absoluta de que lo que está a punto de decir no me va a gustar un pelo—. No he parado de hablarte de él en los últimos meses. —La miro sin comprender—. El «idiota» que te puso cachonda anoche y al que has puesto de patitas en la calle esta mañana es la mano derecha de Salvador, el *Jefe Supremo*. —Alza las cejas en un gesto de advertencia—. Él es quien confió en mí para ponerme al frente de El Recreo de MedianoXe y dirigirlo juntos. Anoche le pedí que me acompañara para presentártelo y celebrar los tres mi ascenso. Tardaste demasiado... el resto fue pura improvisación.

—¡Mierda! —es lo único que consigo decir—. Paula, yo...

—No te preocupes —me interrumpe tranquilizadora—. Quería tu camiseta de los pitufos y dejé que se la llevara para compensar —aclaro, a caballo entre la recriminación y la burla.

—¿Que has hecho qué?! —pregunto incrédula y enojada.

—Nada reprochable en comparación con lo que tú hiciste antes —sentencia metiéndose el último trozo de tarta en la boca.

Su respuesta me deja sin argumentos y consigue que mi irritación se desinfle.

—Así que vete pensando en dulcificar el carácter con David porque vas a tener que verlo más a menudo de lo que te gustaría...

Un casi me gustas

SÁBADO, 1 DE OCTUBRE DE 2016

Para follar sin miedo a enamorarte, tienen que gustarte como si nada, de forma insustancial. Un «casi que sí, pero no». Del estilo de «te libras por poquito». Los casiquesí son protagonistas de un presente que ni puede ni quiere estirarse, en el que no tiene cabida el tiempo futuro y que pronto se transformará en un pasado no memorable.

Para follar debería bastar con que te resulte apetecible y despierte tu deseo... Eso es lo que dice la teoría, pero para mí no es suficiente. Quizás sea ese el problema, que no me conformo. Lo quiero todo o nada. Quiero morbo, perder la cabeza, sentir que no puedo controlarme porque el deseo me engulle... Que el revolcón realmente ha valido la pena. Pero, para alcanzar esa sensación, se requiere algo de complicidad, confianza, conocerlo un poco... El orgasmo solo es fin de trayecto y yo quiero disfrutar el camino. Para mí, el placer implica atravesar esa barrera superficial que convierte al otro en el consolador sin pilas de una noche.

El inconveniente es que, para conseguir todo eso, tienes que ir un poco más allá, relajar tu guardia y quedar expuesta para establecer un tipo de conexión que trasciende el mero contacto físico. Eso entraña el peligro de que termine gustándote un poco más de la cuenta. Ese poquito que lo transforma en un «parecía que no, pero sí».

Al final, lo más práctico es no follar. Hacer el casting te provoca dolor de cabeza. Y ya se sabe qué pasa cuando te duele la cabeza. A una se le quitan las ganas.

Publicado por A.L. en 12:20

Etiquetas: Cábalas existencialistas de una aspirante a perder el control

Cuando mi cuerpo habla...

SÁBADO, 1 DE OCTUBRE DE 2016

Te deseo. Quiero sentirte. Entregarte cada centímetro de mi mente, de mi cuerpo. Desaparecer y ser tuya... Diego.

Publicado por A.L. en 20:05

Etiquetas: Te contaré todos mis secretos

4

QUID PRO QUO

*Lo importante no es lo que han hecho de nosotros, sino lo que hacemos
con lo que han hecho de nosotros.*

Jean Paul Sartre.

—DAVID—

—Esa misma noche del viernes—

—Si tú me cuentas tu secreto, yo te cuento el mío —me sugiere Paula mientras echa un vistazo a los ingredientes del mojito que están sobre el banco de la cocina.

—No me interesan los secretos de los demás.

—Yo no soy «los demás», David. —La nueva gerente de El Recreo de MedianoXe se muestra ofendida y me mira con el ceño fruncido.

—Tampoco me interesa el tuyo, Paula. Tu pasado me es indiferente.

Sonrío en cuanto observo como se contrae su expresión. Paula odia que la metan en el mismo saco que al resto de los mortales. Y en eso tiene razón, ella no es como los demás. Salvador, el dueño de El Recreo, me envió a Valencia hace un año a escoger al empleado que considerara más preparado para dirigir el club conmigo. Supe que era ella en cuanto la conocí. Paula es una persona capaz, inteligente y leal, pero lo realmente decisivo fue que su mirada y su sonrisa son genuinas, que siempre dice lo que piensa y que no actúa con dobleces. Estoy asqueado de las personas artificiosas.

—Me gustaría conocerte mejor —insiste, al tiempo que machaca hierbabuena en el mortero y me hace un gesto significativo para que recoja la mesa y tire los envases del menú del McDonald's que nos trajimos para cenar—. Todos los que vagamos por el *lado oscuro* tenemos una razón con nombre propio. Una historia que me gustaría conocer para saber cuál es tu excusa.

Paula también es directa y obstinada. Una pésima combinación en alguien inteligente. Sabe lo que quiere, no se detiene hasta conseguirlo y, además, tiene armas suficientes para forzarte a estar atento si no quieres que se salga con la suya. Te obliga a pensar demasiado y a mí no me apetece pensar a estas horas de la noche. Ni me gusta hablar sobre mí.

Detesto esas historias que pretenden justificar lo que somos de mil maneras absurdas. No es mi alma lo que estoy interesado en desnudar cuando hablo con una mujer, sino su cuerpo. Si hoy en día no busco más que sexo y paso de relaciones de ningún tipo es porque me va bien así. No creo que sea culpa de nadie. Sencillamente, es una elección.

—¿Quieres saber cuál es mi excusa? —le pregunto de forma sugerente.

Paula me sonrío y le brillan los ojos como si estuviera a punto de desvelarle un secreto. Sonrío para mis adentros. En el fondo, es más cándida de lo que está dispuesta a reconocer.

Me inclino hacia ella y le digo en voz baja:

—Me encanta follar.

Y dejo que mis palabras fluyan hasta sus oídos con una seductora y suave cadencia. Paula aprieta los labios y se muestra indignada. Le sonrío con descaro, pero ella no se deja conquistar con facilidad. En realidad, tampoco es mi objetivo. Simplemente, no puedo evitar jugar.

—Pensaba que, además de compañeros de trabajo, empezábamos a ser amigos —repite con tristeza.

Su comentario me descoloca. Conozco a mucha gente, demasiada, pero procuro no dar pie a una confianza excesiva. Los «amigos» esperan cosas de ti, y yo no espero nada de nadie ni quiero que nadie lo haga. Confío en ella, me siento cómodo en su compañía, pero yo voy por libre.

—No me gusta ponerles nombre a las cosas, Paula —aclaro—. Y tampoco me gusta hablar de temas personales. Son cosas mías.

Ella no dice nada. Pasa la hierbabuena a una coctelera, añade azúcar y, mientras exprime un par de limas ante mi atenta mirada, decide exprimir también su pasado, ignorando deliberadamente mis palabras.

—A lo mejor te resulta más fácil hablar si yo te cuento mi historia primero... —pronuncia con naturalidad agitando con energía la coctelera. Alza la vista, observa mi reacción y, al ver que no la detengo, sonrío y continúa hablando al tiempo que vierte la mezcla resultante en un par de vasos, añade hielo picado, ron blanco, más hielo y soda—. Mi excusa se llama Mateo. Yo tenía diecinueve años y él, veintidós. Lo típico, un flechazo. Estaba

tan enamorada que creía que envejeceríamos juntos... No llegamos a tanto —apunta, esbozando una media sonrisa, entre melancólica e irónica. Coge los dos cócteles, me ofrece uno y camina hacia el comedor, dando por sentado que voy a seguirla. Se sienta en el sofá y, después de pegar el primer sorbo a su mojito, prosigue—. Al año de comenzar a salir, a mi madre le diagnosticaron un cáncer de pecho. La muy idiota no se tomaba en serio las revisiones. —Su voz se endurece hasta convertirse en un reproche baldío—. Falleció al año y medio...

Se interrumpe y le brillan sus ojos verdes, la mirada perdida en el pasado. Su respiración se hace más profunda, como si necesitara aire para empujar sus emociones hacia dentro. Su historia me deja sin palabras. No soy la persona adecuada para una confesión tan íntima y, aun así, valoro su gesto de confianza. Hace tiempo que evito emitir juicios de valor sobre la vida de los demás, y no quiero que interprete mi silencio como una falta de interés. Paula escudriña mi rostro a la espera de que intervenga y yo lo hago, sin saber muy bien si estaré a la altura de lo que desea escuchar.

—Seguro que se fue feliz, orgullosa de lo que había construido.

Parpadea y me mira desconcertada.

—¿Eso piensas?

—Sí. Eres una tía auténtica y ella lo sabía, seguro...

—Gracias, David —musita—. Cuando la gente se entera de que mi madre ha muerto, les cambia la cara, les cambia el tono... Odio que me traten con condescendencia o como si fuera a romperme de un momento a otro —se interrumpe, niega con la cabeza y arruga la nariz.

—Entiendo lo que quieres decir. Yo también detesto la maldita compasión —convengo.

—¡Brindemos por eso! —Una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Por qué exactamente?

—Por que nunca nos tengamos pena mutuamente.

—Me parece perfecto. ¡Brindemos, entonces!

Chocamos nuestros vasos y apuro mi mojito de un trago. Necesito otro. Paula se levanta y se dirige a la cocina para preparar un nuevo cóctel con la mezcla que dejó preparada. Dejamos que el silencio se prolongue unos segundos hasta que, finalmente, es interrumpido por su voz, que retoma el hilo de su historia cuando regresa al comedor y se sienta con el segundo mojito en las manos.

—Mateo me dejó. —Una mezcla de tristeza y rabia se tragan su voz. Pega

un sorbo para rescatarla del fondo de su mojito. Carraspea y bebe de nuevo. Alza la vista de su vaso y por fin me mira a los ojos. Después prosigue—. Unos meses antes de que mi madre falleciera, sencillamente, desapareció sin decir nada. Ni siquiera un «ahí te quedas, guapa»... Ale estuvo ahí todo el tiempo —se interrumpe e inspira profundo, como si le faltara el aire—. No sé qué hubiera hecho de no estar ella. Y más cuando mi mejor amiga tampoco estaba para tirar cohetes.

Un nuevo silencio se cierne sobre nosotros. Un silencio que se suma al anterior y que parece anunciar que ha llegado mi turno.

—Quizás no pudo aguantar la presión... O la situación le vino grande y tuvo miedo —me sorprende, concluyendo en voz alta.

Paula alza la vista de su mojito y me observa atentamente con un ligero deje de reproche.

—¿Hablas de Mateo o de ti?

Le sostengo la mirada y, por un segundo, me planteo la misma pregunta que ella. Dudo qué responder a eso.

—Hay personas incapaces de soportar el dolor de alguien a quien quieren. Muchos hombres somos...

—¿Unos hijos de puta? —termina mi frase sin permitirme aclarar lo que pretendía decir.

La miro en silencio sin decir nada. Entiendo que esté dolida, que se sienta impotente ante lo que ocurrió, pero no creo poder decir nada que consiga hacerla sentirse mejor. Posiblemente tenga razón y Mateo es un hijo de puta. Y a lo mejor, después de todo, yo también lo soy. Puede ser. No me he parado a valorarlo.

—Paula, yo no soy Mateo —le recuerdo para que no se confunda.

—Lo sé... Pero también huiste, ¿verdad?

—En realidad, me quedé hasta el final. Lo valiente hubiera sido marcharse.

Paula muda su expresión contraída y me mira con curiosidad, instándome a equilibrar la balanza. De hecho, tiene la gentileza de darme tiempo para tomar una determinación sobre si quiero o no hablar de mi pasado. Se levanta y va a la cocina. Saca dos cervezas de la nevera, regresa, se sienta frente a mí y vuelve a fijar su mirada inquisitiva en mis ojos mientras le quita la chapa a uno de los botellines y me lo ofrece. En ese instante, decido satisfacer su curiosidad. Reconozco que a lo largo de estos meses se ha ganado mi respeto. Es por ello que voy a entregarle un trozo de mi historia, lo justo para quedar en paz con ella por haberme entregado parte de la suya.

—Mi excusa se llama Cass... de Cassandra. Valenciana como tú. Aterrizó en la capital para estudiar danza clásica en el Conservatorio. Cinco años, tres en el cielo y dos en el infierno. Tiempo suficiente para dejarme sin nada que ofrecer y sin ganas de ofrecerlo.

Paula me mira como si le estuviera vendiendo un bolso de imitación por mil euros en cuanto ve que me detengo.

—¿Ya está? —pregunta indignada.

—No hay mucho más que contar. Pajas mentales y melodrama existencial. No sé qué interés puede tener eso.

—Lo tiene y lo quiero —reclama en tono exigente, sedienta de mi intimidad y mis palabras.

Me pregunto por qué las mujeres son tan poco partidarias de la brevedad. Pídele a una mujer que resuma su vida en tres minutos y, cuando la cortes, todavía te estará relatando el polvo que echaron sus padres para concebirla. Pídemelo a mí y, para cuando termine, te habré explicado incluso mis planes para la semana que viene.

Pego un trago de mi cerveza y respiro hondo. No me gusta sacar a pasear mis propios fantasmas, y más cuando me reconforta saber que están enterrados bajo capas y capas de polvo.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —Paula no se rinde—. ¿Desde cuándo «cotizas al alza» en el mercado femenino?

—Hace cuatro años que voy por libre.

—Así que es a tu ex a quien le debes ser tan irresistible en una pista de baile —me sonrío con complicidad.

La miro imperturbable. No tengo nada que decir al respecto.

—¿Y qué pasó? ¿Se tiró a un director para entrar en una compañía? ¿Se fugó con un bailarín?

—Nunca llegó a estar en ninguna compañía.

Paula pega un bufido de desesperación.

—¡David, *quid pro quo*! ¡Si yo me desnudo, tú también!

—Yo no te pedí...

—¡No! Pero no me detuviste. Y escuchaste. Y opinaste —me corta—. Es tu turno.

La observo en silencio. Admito que tiene parte de razón.

—Terminó de gogó en una discoteca —le aclaro—. Tiró la toalla, frustrada al ver como bailarines mediocres con mejores contactos conseguían todos los contratos; se le metió en la cabeza que jamás lo conseguiría. Dejó de creer en

ella misma, se volvió insegura y yo no estuve ahí para reconfortarla, para hacerle saber que estaba equivocada, que bailaba de forma increíble y que tenía que seguir luchando por su sueño.

—¿Y por qué no lo hiciste, si pensabas que era tan buena?

—Soy ambicioso. El último año de Cass en el Conservatorio, convencimos a Salvador de que expandiera el negocio de restauración y el proyecto me absorbió por completo. Apenas nos veíamos. Pasaba tan poco tiempo con ella que una noche me di cuenta de que no la conocía, de que había cambiado.

—¿A qué te refieres?

Enarco las cejas y la insto a sumar dos y dos.

—¿Drogas?

Asiento con la cabeza y me sacuden la culpa y la impotencia que me asolaron entonces. Siento náuseas en el estómago.

Necesito otra cerveza. Le enseño el botellín vacío y se levanta a por dos más. Su ausencia me permite reorganizar mis emociones y mis ideas. No me gusta remover el pasado. Cuando lo hago, siento que me precipito al vacío en una caída sin fin, embargado por una sensación constante de miedo a golpear contra la superficie y deseando con todas mis fuerzas estamparme de una vez para alcanzar un final y poder pasar página. Pero yo sigo cayendo. Y caer me aterra más que chocar contra el suelo.

—Cass necesitaba ayuda. Me suplicó que no la abandonara.

—¿Lo pensaste?

—No lo sé... Puede... Quizás sí, pero no lo hice. Sentí que le había fallado, me sentí responsable y me quedé. Estuve mirando una clínica de desintoxicación, aunque ella se negó a ir. Me juró que no estaba tan enganchada, que podía controlarlo, y yo la creí.

—¿Así, sin más? ¿Confiaste en ella?

—Soy egoísta. Estaba desbordado y no tenía tiempo que dedicarle. Creerla era la alternativa más simple. Y le fallé por segunda vez. Debí tomar las riendas y no lo hice.

Paula suspira hondo y me observa en silencio. Ahora es ella quien se ha quedado sin palabras y soy yo quien espera que no me tenga pena.

—¿Soy un hijo de puta? —inquiero de sopetón.

Ella bebe de su botellín como si estuviera sopesando el debe y el haber para emitir una valoración justa. Paula tiene un sentido de la justicia muy desarrollado.

—No lo sé. No sé qué decir. No estaba allí. ¿Lo creía ella?

—Seguramente lo pensó y por eso terminó odiándome tanto.

—Imagino que es complicado tratar de ayudar a alguien que no quiere ser ayudado y que, al mismo tiempo, cree tener derecho a que lo ayuden y la convicción de que los demás tienen la obligación de hacerlo. Tiene que ser frustrante.

—Debí dejarla marchar cuando terminó sus estudios. Cass se volvió insegura y dependiente emocionalmente; necesitaba a alguien a su lado que la protegiera y la apoyara, y yo no era esa persona.

Paula me escucha con atención, pero no dice nada.

—Un día llegué a casa y se había llevado todas sus cosas y parte de las mías. Arrampló con todo lo que encontró de valor en el piso y se marchó a vivir con un tipo con el que llevaba liada unos meses. Nunca más supe de ella.

—¡Joder!

—Desde entonces, no quiero que nadie espere nada de mí, ni volver a tener la sensación de que le he fallado. Ya me puedes desmitificar, no soy perfecto ni mucho menos.

Paula me mira en silencio.

—No lo has dicho ni una sola vez.

—¿El qué?

—¿Estabas enamorado?

—Necesitaba espacio para alcanzar mis propias metas, y Cass empezó a querer ocuparlo por no poder alcanzar las suyas.

—David, no marees... ¿Sí o no?

—Si la pregunta es si lo hubiera dejado todo por ella... mi respuesta es no. ¿La quise? Sí. Especialmente los primeros años. Pero nunca ocupó el primer lugar de la lista.

—¿Y quién ocupaba ese lugar?

—Yo. —Apuro la cerveza. Ya he perdido la cuenta de todo lo que he bebido esta noche

Por primera vez, Paula pestañea como si no esperara una contestación así.

—Al final, nuestros motivos para terminar en el «lado oscuro» son muy diferentes, al igual que nuestras expectativas —añade, categórica.

Caigo en el mutismo y la observo inexpresivo. Yo no le he pedido que me psicoanalice y tampoco necesito que me entienda.

No me molestó en rebatir sus teorías. Es su realidad, no la mía.

—Tú has cerrado la puerta al amor, parece. En mi caso, la mantengo «abierta» —ironiza, y luego sonrío como si acabara de hacer un chiste que

solo ella entiende—. Si me muero mañana, espero que por lo menos me pille en bragas... O mejor, sin ellas. —Sonríe traviesa—. No pienso esperar sentada a que un príncipe azul me escoja. Ni soy una princesa ni quiero que nadie me confunda con una. —Paula hace una mueca de desagrado—. Aquí, el *casting* lo hago yo, y mientras decido con quien quedarme, quiero disfrutar de la vida sin calentarme la cabeza con gilipolleces. No es que todo me sea indiferente. Sencillamente, solo me intereso por aquello que de verdad vale la pena. Considero que relativizar y otorgar el peso justo a cada cosa ayuda bastante. ¿Tú qué crees?

Paula me agota. No tengo tiempo ni ganas para esto.

—Lo que yo creo es que tanta metafísica me aburre.

Ella sonríe, consciente de que se estaba emocionando en exceso con sus voladas transcendentales. El trato era conocernos un poco mejor, no terminar convirtiendo la celebración de su ascenso en una terapia de grupo.

—¿Te apetece hablar de otra cosa?

—Quiero follar. Punto.

—No te andas con rodeos.

—¿Necesitas que lo haga para llevarme a tu cama?

—En realidad, no, señor Hidalgo. Aunque me pregunto si será ético tirarse al jefe antes de firmar el contrato.

—Habla demasiado, señorita Garrido —la reprendo con una sonrisa maliciosa—. Resérvese los dilemas morales para después del polvo. La charla ya ha durado suficiente por esta noche.

* * *

Cuando Paula se arrodilla ante mí con la intención de reavivar mi erección, me queda claro que no se va a conformar con el polvo que acabamos de echar.

Empiezo a dudar si fue buena idea terminar en su cama, considerando que vamos a dirigir El Recreo de MedianoXe juntos. Lo suyo hubiera sido celebrar nuestro ascenso invitándola a un par de copas y follándonos a otros, pero ella tuvo que empeñarse en que viniéramos a la casa de su mejor amiga para sorprenderla con la noticia.

Salgo de su boca con la respiración entrecortada y, mientras regresa a la cama, me coloco otro condón antes de iniciar el segundo asalto. Estoy duro y caliente.

Sin embargo, pese a lo buena que es, mañana nos levantaremos como

colegas, y este revolcón pasará a ser uno más que pronto confundiré con el resto. Al final, siempre es lo mismo, se abren de piernas y, cuando terminamos, me olvido de sus nombres, de ellas, de lo que nunca significó nada. No guardo su recuerdo porque no me importan. No hay sentimientos. Me gusta que sea así, pero, por una vez, agradecería tirarme a una tía que sea capaz de sorprenderme y que me provoque sensaciones desconocidas.

De pronto, siento como si alguien posase su mirada sobre mí intensamente, provocándome un ligero hormigueo en la piel y haciéndome saber que no estamos solos en la habitación; aparto mis sentidos de Paula y la vista se me va hacia un espejo que hay junto a la cama, donde veo reflejada la imagen de una desconocida, contemplando la escena por la apertura que ha dejado la puerta sin cerrar.

Debe de ser la famosa amiga del alma de Paula. En estos meses, me ha contado muchas cosas sobre ella; lo que nunca mencionó es que fuera tan... curiosa. O igual lo hizo, pero nunca presté demasiada atención a lo que me decía. Debería haberlo hecho.

Me cautiva su ingenua imprudencia.

Nos observa creyendo que está a salvo, mientras yo la recorro de abajo arriba sin que ella se dé cuenta. Mis ojos ascienden desde sus pies desnudos por sus pantorrillas hasta unos muslos que la tela solo cubre hasta la mitad. Sus pechos se adivinan bajo un eslogan que anuncia a los cuatro vientos que no folla. Por la suave curva que insinúan, sé que debajo de la camiseta va desnuda, y la idea me excita.

No es muy alta, su cuerpo es delgado sin curvas exageradas, y estoy convencido de que, en otras circunstancias, ni siquiera habría reparado en su existencia y, sin embargo, ahora no puedo dejar de mirarla. Tiene algo, no sé lo que es, pero es algo que me tiene fascinado.

En este instante es perfecta. Su rostro, la viva imagen del deseo, un deseo primitivo y salvaje, recluido tras la razón que hace que no tenga sexo. Estoy seguro de que, si no lo tiene, es porque no quiere. Yo me la follaría ahora mismo y quemaría esa camiseta.

«¿Cómo consigue parecer tan increíblemente sensual con algo tan poco sexi?».

Gimo.

«Lo siento, Paula, pero en esta ocasión no ha sido por ti».

Sus ojos se encuentran con los míos por primera vez, observándome hipnotizada con expresión intensa, los labios entreabiertos, los pezones tensos

bajo la tela, haciéndome sentir más grueso y duro, más fuera de mí, no pudiendo pensar en nada más que no sea saciarla. Hace muchísimo tiempo que nadie me ponía tanto.

—¡Sigue, David, no pares! Fóllame duro —suplica Paula al borde del orgasmo, sacándome de mi ensoñación.

La necesidad de alcanzar el clímax crece, la tensión familiar acumulándose en mi pelvis, el calor abrasándome la espalda. Aumento el ritmo de mi balanceo tirando de las caderas de Paula y empujo con ferocidad hasta el fondo para enterrarme en lo más profundo de su sexo, sin apartar la mirada del reflejo de su amiga, deseando que no se mueva de donde está para poder seguir empapándome de ella y de todas y cada una de sus reacciones.

Mi cerebro tarda unos segundos en advertirme que el placer que siento nada tiene que ver con el cuerpo de Paula, sino con la imagen que me devuelve el espejo de esa desconocida, de su excitación, de su anhelo.

Me centro en la deliciosa sensación que empieza a extenderse por mi cuerpo. Echo la cabeza hacia atrás y siento el impulso de mi orgasmo, disparándose caliente y líquido, mientras Paula se corre casi al mismo tiempo. Cuando mis ojos regresan al espejo, ella ha desaparecido, dejándome confuso y sorprendido junto a mi amante, que todavía permanece en la misma posición hasta que su respiración se serena.

La voz de Paula reclamando mi atención interrumpe mis pensamientos. Hablamos un rato antes de que se quede completamente dormida, aunque lo cierto es que habla más ella y yo me limito a asentir de vez en cuando porque mi cabeza está en otro sitio, justo en la habitación de al lado. Quiero más y eso es lo que ocurre en mis sueños, cuando la habitación se queda en silencio, y yo también me abandono a mi cansancio.

* * *

«¡Joder, qué susto!».

Me giro y mis ojos se clavan en su rostro. Anoche, Paula dudaba si invitarme a desayunar y presentarme a su amiga o si debía desaparecer antes de que se despertara y así cumplir no sé qué estúpida norma hogareña. Cayó redonda antes de tomar una decisión.

No me gusta intimar con las tías a las que me tiro, por lo que siempre me largo temprano a la mañana siguiente para evitar que una noche de «sexo y punto», se transforme en «sexo y puntos suspensivos». Pero Paula no es

exactamente una *aspirante*, como llamamos a los rollos de una noche, y yo amanecí hambriento, en gran parte por su culpa, así que me salté mi propia regla para con toda seguridad incumplir la de ella. Haber asumido el riesgo sin duda valdrá la pena por haberla visto de nuevo.

A la luz del fluorescente de la cocina me parece más atractiva que anoche, su cabello castaño y liso enmarca un rostro ovalado en el que destacan unos preciosos y grandes ojos oscuros. Tiene las mejillas sonrosadas. No estoy acostumbrado a que se sonrojen de esa manera; bueno, ni de esa ni de ninguna.

Está demasiado cerca, tanto que puedo inhalar su aroma, una mezcla adictiva de piel ardiendo, colonia Nenuco y ganas. Suspiro profundo, y ella retrocede nerviosa como un animalillo asustado. Sonríe sin dejar de mirarla mientras me relamo después de pegar un bocado a la tarta de manzana que encontré en la nevera. Está deliciosa, pero seguro que no tanto como ella.

—¿Te has levantado a desayunar conmigo? —rompo el silencio, para romper el hielo.

La atmósfera de la cocina empieza a cambiar poco a poco, y el recuerdo de anoche se enreda con el silencio mientras espero una respuesta que no llega. Pego otro bocado más y observo sus reacciones. Si se disculpa por mirar perderá cien puntos de golpe. Me atrae ese toque de ingenuidad virginal, pero no me gustaría tener delante a una mojigata beata.

No contesta, desvía su mirada hacia el suelo y se revuelve nerviosa. Parece haber descubierto algo que la incomoda y que despierta mi curiosidad. Yo la imito, dejando resbalar mis ojos por su cuerpo hasta detenerme en la sensual imagen de sus pezones apretados y duros insinuándose bajo la tela. Cuando alzo la vista, le hago saber que estoy tan al tanto como ella, solo que, en mi caso, la idea me encanta.

Nos miramos más de la cuenta y estoy casi seguro de que ambos estamos pensando lo mismo en este momento. No sé cómo consigue excitarme de esta manera. Si continúa mirándome de esa forma, le voy a arrancar la maldita camiseta y me la voy a tirar sobre la mesa de la cocina.

Al final, se mueve y me rodea para dirigirse a la nevera. Cuando pasa por mi lado, busco su piel desnuda con mis dedos y le rozo el muslo, sintiendo la recompensa de su estremecimiento. Sonríe al ver como se pone más nerviosa.

—¿No piensas decir nada?

Ella me ignora y se pone a rebuscar en la nevera, dándome la espalda.

«¿Qué estará buscando?».

—Soy...

—No te molestes —me corta sin ni siquiera girarse—. Sé perfectamente quién eres; un *aspirante* más que no debería estar en mi cocina en estos momentos.

Su voz es sensual, sugerente y embriagadora, pese al tono hostil que emplea para hacerme saber que me odia. Tiene carácter y eso me gusta.

Si supiera lo que tengo ganas de hacerle ahora mismo, estoy convencido de que saldría corriendo asustada... o quizás no. Esta última posibilidad me hace sonreír. Ni se imagina lo que podría hacer con ella.

* * *

—Anoche te advertí que tenías que largarte antes de que Ale se despertara —me reprocha Paula con las cejas levantadas mientras me lanza el suéter para que me vista.

—Te equivocas —la corrijo, categórico—. Si lo pensaste, te quedaste dormida antes de comunicármelo. Me levanté muerto de hambre. Me hiciste consumir demasiada energía.

Paula me observa detenidamente, como si tratara de extraer algún secreto de mi cabeza. Nunca entenderé por qué las mujeres siempre están buscando respuestas... ¿A qué?

—¿Le has echado el ojo a Ale? —inquieta sombría—. David, ella no juega en nuestra liga —me advierte, al más puro estilo *señorita Rottenmeier*, sacudiendo la cabeza.

Le miro arqueando una ceja y me niego a responder a una pregunta cuya respuesta es más que evidente.

—David...

—Pau-laaaaa...

—Por tu bien, ya te puedes ir olvidando de ella —me exige.

—¿Desde cuándo necesito que me escribas mi plan de ruta? —repongo molesto.

—Desde que la chica con la que quieres tema es mi mejor amiga.

Suelto un bufido.

—Deja que sea ella quien decida con quién se acuesta. ¿O hace falta que te recuerde cuáles son las reglas?

La miro desafiante. Ella me sostiene la mirada, frunce el ceño y entrecierra los ojos. Luego abre la boca y enseguida la cierra. Se ha quedado sin argumentos. En nuestra *liga del lado oscuro* hay normas, nos gusta el sexo, el

sexo por el sexo, sin ataduras. No mentimos ni engañamos a nadie. Nuestros *aspirantes* saben a lo que se exponen, saben a lo que van. Nadie hace preguntas ni pide explicaciones ni juzga ni se inmiscuye. Libre albedrío.

Paula muda su expresión de mala leche y parece relajarse.

—Tienes razón. Que sea ella quien decida si quiere algo contigo. Ale sabe cuidarse sola. —De pronto, se interrumpe y observa la bolsa que he dejado en el suelo con el *souvenir*—. ¿Qué llevas ahí? —Se acerca para curiosear y no se lo impido.

Mientras ella estaba recuperando mi ropa, he abierto la puerta del baño y me he tomado la revancha.

Se gira y alza las cejas, exigiendo una explicación.

—Un regalo —le aclaro con la sonrisa torcida.

Paula me observa recelosa.

—¿Ale? —Sacude la cabeza con escepticismo—. Es su camiseta favorita.

—Pasó a ser mía en el instante en que tiró mi ropa por la ventana.

—Recuperé tu suéter y los zapatos... —me corrige, cuestionando mi sentido de la justicia.

—Podrías no haberlo hecho.

Paula se muerde el labio y parece meditar mi alegato.

—Va a odiarte por esto —me advierte con complicidad, poniéndose de mi parte.

—Créeme, ya me odia. —Mi sonrisa de satisfacción se ensancha.

—Pues será mejor que no te encuentre aquí cuando salga de la ducha. Por tu bien y por el mío —apunta, empujándome hacia la puerta con urgencia.

La beso en la mejilla y me pierdo escaleras abajo. Siento la adrenalina haciendo bullir la sangre por mis venas porque, al final, he sido yo quien ha ganado la batalla. Tarde o temprano se dará cuenta. Pero, para cuando lo haga, la camiseta estará a buen recaudo en mi casa, haciendo que su recuerdo y el de esta noche no se confundan con el resto.

5

LA SEGURIDAD DE LA IRREALIDAD

Cierro los ojos y siento tu mirada recorriéndome, como si no existiera rincón seguro en el que no tuvieras acceso hasta al más insignificante de mis secretos...

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

La imagen del panel que anuncia que el metro con dirección al aeropuerto tardará once minutos en llegar evoca en mi mente la noche en que Diego y yo nos conocimos. Ya casi ha transcurrido medio año desde entonces, pero es como si el andén de la línea 5 de la estación de Colón le perteneciera, obligando a mi cuerpo a tensarse cada vez que estoy aquí para recrearse de nuevo en todo lo que experimenté el día en que irrumpió en mi vida.

Era viernes y había tenido que quedarme hasta tarde trabajando. Catalina y su amiga se marcharon a las seis, sin molestarse siquiera en apagar su ordenador para disimular a qué se habían estado dedicando las últimas horas. Cuando me acerqué a su mesa, la página de una sala de chat dedicada al BDSM estaba abierta, y una ventana en primer plano mostraba la conversación que había desatado primero sus risitas inmaduras y, poco después, su reacción airada y su salida de la oficina con cara de pocos amigos.

Me picó la curiosidad y no pude evitar echarle una ojeada.

Ella le había entrado, provocadora y solícita, pero con ese punto engreído y narcisista de niña rica que solo atraería a alguien que busca sexo fácil en la red. Sin embargo, el Amo con el que chateaba no mostró el más mínimo interés por ella, hasta el punto de que su indiferencia debió de suponer un duro golpe para el amor propio de Catalina, que, rabiosa, terminó preguntándole si era gay y si todos los Amos parecían, como él, tener un palo metido en el culo. Mi simpatía por el desconocido no dejó de aumentar mientras sus ingeniosas

respuestas minaban el orgullo de la hija de la jefa y dibujaban en mi cara una sonrisa cada vez más y más grande.

Al terminar de leer, me encontré con la vista clavada en el listado general, buscando su *nick*. El desconocido todavía estaba conectado. ¿Cómo resistir la tentación de escribirle para decirle que acababa de hacer algo que yo deseaba haber hecho hace meses?

—*Chat. Cinco meses y medio atrás*—

<chica_sin_nombre> Has estado genial.

<DOMINE_VLC> ¿Todavía ahí?

<chica_sin_nombre> No soy ellas... Yo soy otra. Catalina y su amiga se fueron hace rato.

<DOMINE_VLC> ¿Y tú quién eres?

<chica_sin_nombre> Esto es un centro de trabajo... aunque algunas solo vengán por aquí a perder el tiempo. Yo ya terminé mi jornada y, mientras recogía, he visto el ordenador encendido. Solo he venido a apagarlo.

<DOMINE_VLC> Pero no lo haces. Ahora eres tú la que está «perdiendo» el tiempo. Tal vez no seas tan responsable como crees.

<chica_sin_nombre> ¿Eso crees que estoy haciendo? ¿Perder el tiempo?

<DOMINE_VLC> Depende de lo que estés buscando...

<chica_sin_nombre> No estoy buscando nada. Solo quería agradecerte haber puesto en su sitio a la hija de la jefa y decirte que me has hecho disfrutar muchísimo... pero yo ya me iba. No quiero molestarte.

<DOMINE_VLC> No me molestas. ¿Qué edad tienes?

<chica_sin_nombre> Veintisiete. ¿Y tú?

<DOMINE_VLC> Treinta y tres. ¿Tu nombre es...?

<chica_sin_nombre> Saber el nombre de las cosas te otorga poder sobre ellas y, aunque supongo que eso puede resultarte atractivo...

<DOMINE_VLC> Tu nombre no es más que una presentación. El control sobre ti lo obtendría del conocimiento de tus límites, tus inquietudes, tus necesidades... tus secretos. Dímelo.

<chica_sin_nombre> Me llamo Alejandra. ¿Y tú?

<DOMINE_VLC> Me llamo Diego. ¿Te atrae la sumisión, Alejandra?

<chica_sin_nombre> Tu mundo me parece fascinante y despierta mi curiosidad, pero no es lo mío.

<DOMINE_VLC> ¿Y no te apetece preguntarme nada?

<chica_sin_nombre> ¿Puedo ser curiosa contigo?

<DOMINE_VLC> Sé como quieras ser. No tengo nada que esconder. Adelante, curioseá. «Perdamos» el tiempo juntos.

Cuando compruebo que son las nueve no me puedo creer que llevemos casi dos horas chateando, inmersos en una conversación cada vez más personal, como si estuviera desnudándome lentamente con cada pregunta que me hace y cada respuesta que no me resisto a darle, dejándome expuesta ante él como hace mucho que no lo estaba ante nadie.

Y cuanto más me desvela sobre su forma de concebir la D/sⁱⁱ y su papel de Amo, más me atrae conocer a la persona que se encuentra tras el nombre, esa que dejó de ser inaccesible hace rato y me abrió las puertas de su intimidad, haciendo vibrar mi imaginación y el deseo de abarcarlo todo, despertando en mí la extraña necesidad de que esta charla no termine nunca.

<DOMINE_VLC> Para mí la D/s es un mundo de sensaciones donde no se habla, se actúa. Habrá Amos a los que les guste conversar, insultar, pedir, humillar, explicar... En mi caso, me sobran las palabras. Para mí son gestos, es vello de punta, escalofríos, nervios, tensión, deseo. Yo doy placer, y de ese placer obtengo el mío. Me vuelve loco provocar un orgasmo en una mujer; saciarla con mi lengua hasta notar en sus ojos la desesperación por que la folle salvajemente hasta partirla en dos; sentir la deliciosa vibración de su clítoris entre mis labios, el contacto cálido y húmedo de su sexo; beberme cada temblor de su cuerpo, saborearlo en mi boca en medio de sus sacudidas, imprimado de sus jugos y su sabor... Pero piensa que así es como a mí me gusta. Como veo yo este mundo.

<chica_sin_nombre> Cualquiera diría que haces el amor en lugar de follar.

<DOMINE_VLC> ¿Acaso hay diferencia?

<chica_sin_nombre> Para mí sí la hay. Cuando «follas» es algo superficial, piel con piel, sexo con sexo. Hay placer, instinto, necesidad... Es irracional, más primitivo... más egoísta, la mayoría de las veces. Podría no serlo tanto; depende con quien.

<DOMINE_VLC> ¿Y hacer el amor?

<chica_sin_nombre> Cuando «haces el amor», el placer traspasa la superficie y se mezcla con un sentimiento que vibra bajo la piel; se propaga

como un eco, llenando cada rincón. Todo tú eres placer. Tu cuerpo se convierte en un único órgano sensorial que lo recibe y estalla sin dominio alguno, desde lo más profundo.

<DOMINE_VLC> No lo veo así. Tal y como lo describes, «follar» sería masturbarse usando a alguien con el único objetivo de correrte. Para mí, un orgasmo es mucho más que la polla escupiendo.

<chica_sin_nombre> Porque tu enfoque es algo más «altruista»... Te preocupas por dar y recibir placer.

<DOMINE_VLC> Llámalo como quieras, pero yo no «pajeo» a nadie. En mi caso siempre es «hacer el amor». Siempre es quererlo todo.

<chica_sin_nombre> Pero lo haces sin implicar al corazón. Sigue siendo solo placer. No hay una emoción añadida.

<DOMINE_VLC> Sí, yo no obtengo sentimientos, obtengo placer. No creo en el «amor». Las emociones no están en el corazón, sino en la mente. Por eso, cuando consigues dejarla en blanco, te sientes libre, porque tu corazón no te hace creer en cosas que no existen, y se abre una puerta que permite a tu cuerpo abandonarse al placer en estado puro. Cero por cien sentimientos. Cien por cien placer.

<chica_sin_nombre> Demasiado perfecto para ser verdad.

<DOMINE_VLC> Si te da morbo mi mundo podrías buscar un Amo... Probar.

<chica_sin_nombre> ¿Un Amo como tú...?

<DOMINE_VLC> No. Soy *Dómine*, recuerda. Acepto mi carácter y mis gustos, pero ahora mismo no quiero ser Amo. Me he apartado. No tengo sumisa ni la busco.

<chica_sin_nombre> Querrás decir que no buscas nada serio porque, si no, no estarías aquí.

<DOMINE_VLC> Tampoco lo tengo claro. Placer, sí. El resto, ni busco ni pretendo. ¿Eso implica que no te ataría? Mmmm... Podría atarte.

<chica_sin_nombre> No soy una sumisa, recuerda. Además, por lo que dices, no eres muy distinto de esos que entran en los chats buscando cibersexo. En esencia, todos pretendéis lo mismo empleando estrategias diferentes, pero idénticas excusas para evitar el compromiso.

<DOMINE_VLC> Te equivocas. Ellos lo único que te brindan es sexo convencional, que es lo que quieren. Yo te ayudaría a descubrir los límites de tu deseo y a conocerte a través del placer. Te ofrecería realidad, sinceridad absoluta y la libertad para ser tú misma, sin censura ni tabúes. Te enseñaría a

no depender de nadie y a experimentar el goce en su estado más primitivo e irreverente.

<chica_sin_nombre> Me desconciertas. Haces que suene atractivo...

<DOMINE_VLC> A lo mejor el BDSM sí es lo tuyo.

<chica_sin_nombre> Haría falta más que una conversación de chat para descubrirlo.

El sonido de entrada de tres *whatsapps* seguidos engulle el silencio y me devuelve a la realidad de una oficina en penumbra, de la que me tendría que haber ido hace rato. Paula se está subiendo por las paredes porque había quedado con ella para ir al chino y se me pasó por completo.

<chica_sin_nombre> ¡Diego, tengo que irme! Olvidé que tenía una cita y hace rato que debería estar en la estación de Colón cogiendo el metro. Eso me pasa por decirte mi nombre. ¿Ves lo que has conseguido?

<DOMINE_VLC> Me gustaría darte tareas, pero intuyo que esta conversación se termina aquí. Que buscas la seguridad de la irrealidad y prefieres el anonimato que proporciona la red.

<chica_sin_nombre> Más bien soy de las que prefieren el cara a cara. No me gusta el mundo virtual existiendo el real. Aunque no descarto convertirme en una fantasía, la de encontrarme algún día contigo.

<DOMINE_VLC> Igual nos cruzamos en otra ocasión. Quién sabe. Un placer este rato de charla. Si algún día quieres hablar...

Su teléfono aparece en la pantalla y su demostración de interés me hace sentir halagada, desatando una serie de sentimientos contradictorios que oscilan, inestables, en una báscula que no termina de inclinarse hacia un mismo lado. No esperaba encontrar a alguien así en este tipo de chats, pero me aferro a la idea de que, en el fondo, solo es uno más de los muchos que buscan sexo en la red. Aun con todo, anoto su número en un *post-it*, sin ser consciente del peso que nuestra conversación va adquiriendo en mi mente.

<DOMINE_VLC> Soy real, no una fantasía.

Cuando su *nick* desaparece del listado general, me siento como si cortaran la cuerda que me mantenía unida a su quimera y, de repente, mi cabeza se llena de realidad y es invadida por un único razonamiento: llego tarde y Paula va a

matarme.

Agarro el papel con su número y lo arrugo entre mis dedos, decidida a olvidarme de este asunto, pero, cuando estoy a punto de arrojarlo a la papelera, una ligera punzada en el pecho me impide hacerlo y lo guardo en el bolsillo sin una intención precisa, tratando de no pensar en la desazón que me provoca el hecho de cerrar la puerta de golpe a la posibilidad de retomar nuestra charla, un tipo de inquietud especial difícil de clasificar que no tendría por qué estar ahí.

Mientras espero la llegada del metro en el andén 5, lo ocurrido esta tarde regresa a mi mente una y otra vez, y me descubro sopesando la idea de escribirle, pese a haberme prometido a mí misma que no iba a complicarme la vida con una «historia virtual». Diego se ha despedido dejando la puerta entornada y la pelota en mi tejado, y debo decidir qué hacer con ella. Me abrumba la intensidad con la que ese pensamiento se adentra en mi mente y lo eclipsa todo. No entiendo cómo en tan poco tiempo ha conseguido que confíe en él, y eso me desconcierta. Al final, no puedo resistirme y añado su número a la lista de contactos, ansiosa por curiosear en su perfil. Cuando accedo al WhatsApp y descubro la imagen de una palma adulta chocando en lo alto los cinco con la de un niño en lugar de una foto suya, la decepción es tan grande que me sirvo de ella como excusa perfecta para escribirle. ¿Acaso no era eso lo que estaba buscando?

<Alejandra> Hola, Diego. Soy Alejandra. Hemos tenido una conversación en el chat hace un rato.

<Diego> Hola, Alejandra. Aún no estoy senil... Te recuerdo ;)

<Alejandra> Por tu foto deduzco que eres entrenador, estás cañón y eres rico ;)

<Diego> Ja, ja, ja, ja. No soy entrenador.

<Alejandra> ¡Ah! Pero lo otro no lo desmientes.

<Diego> Imagíname como quieras. ¿Acaso importa?

<Alejandra> A mí sí. Esperaba encontrar una imagen tuya... Ahora estamos en desventaja. Tú sí sabes cómo soy.

<Diego> Confía en mí.

<Alejandra> Lo estoy haciendo. Esto ya no es el chat y sigo hablando contigo.

<Diego> Entonces no necesitas nada más.

<Alejandra> ¿Por qué me has dado tu número?

<Diego> Porque la conversación no estaba terminada. Me atrae tu situación, tu control y tus ganas «escondidas» de experimentar. Eres una mujer atada socialmente que busca «libertad», caos dentro del orden. Me apetece ayudarte a descubrir qué te gusta, porque te has estado limitando y no te conoces realmente. Lo deseas, ansías liberarte... Es demasiado evidente. Me necesitas.

<Alejandra> Pensé que no buscabas sumisa.

<Diego> Tranquila. No tengo ánimo de «someterte». Eso no se impone. Se da. Se entrega. Y ahora no estoy en un momento de «ir más allá». No quiero «intimar» contigo. No quiero una relación «personal». No quiero «quedar». Parejas, líos, sumisas, para mí todo entra en el mismo saco. Supongo que soy frío, pero prefiero sinceridad absoluta. No me gustan las medias verdades. No quiero hacerte mía. Quiero ayudarte a disfrutar de tu cuerpo, pero sin ningún tipo de rol. Sé que es complicado, pero has de entender eso.

<Alejandra> Para mí todo esto es nuevo. No tengo ni idea de cómo enfrentar este tipo de «relación».

<Diego> Seguirás siendo libre. No quiero controlarte, de veras. Puedes preguntarme lo que quieras, yo te responderé. No tengo límites, creo. Aunque, a veces, soy extremadamente sincero y las respuestas no son sencillas. He tenido mis momentos «oscuros»... no lo escondo. Tú pregunta, pide, y te daré lo que pueda.

Asimilo sus palabras y pienso en su ofrecimiento durante unos segundos. Diego llena mis espacios en blanco y tengo la certeza de que solo con alguien como él me atrevería a experimentar todo eso que me ha contado. Mi sentido común me dice que me aleje antes de que sea demasiado tarde, pero mi intuición me grita que me quede, porque este capítulo se merece otro final menos apresurado. La decisión está tomada.

<Alejandra> Si me dices hace unas horas que iba a terminar aceptando tu ayuda para conocerme... No te creo.

<Diego> El azar. Si me dices hace unas horas que querría dar placer a una mujer... No te creo.

<Alejandra> ¿Me deseas?

<Diego> Sí... Deseo que explotes, porque sé que lo necesitas y me gustas. Así que me atrae darte placer.

<Alejandra> Me estás poniendo nerviosa.

<Diego> Me provoca placer ponerte nerviosa. Es un buen comienzo.

<Alejandra> Me provoca placer saber que sientes placer. Es una buena continuación a tu comienzo.

<Diego> ¿Cuánto placer?

<Alejandra> El suficiente para querer saber adónde nos conducirá esta conversación.

<Diego> ¿Hasta dónde estás dispuesta a dejarme llegar?

<Alejandra> Hasta el final.

<Diego> Mmmm. Cada vez me gustas más.

<Alejandra> ¿Ves...? Soy buena alumna.

<Diego> ¿Siempre quieres ser la mejor en todo?

<Alejandra> No quiero ser «la mejor», lo que hagan los demás no me importa. Solo trato de dar el máximo de mí misma.

<Diego> Buscas superar tus propios límites.

<Alejandra> Sí, siempre.

<Diego> Paseémonos por ellos. Veamos dónde se encuentran... ¿Alguna vez te has acariciado mientras alguien te miraba?

<Alejandra> No, pero he fantaseado con ello.

<Diego> Alejandra, hagamos realidad tus sueños más húmedos, ¿quieres?

<Alejandra> ¿Ahora? ¡Estoy en una estación de metro!

<Diego> Sí. Esto dejó de ser una fantasía en el instante en que me escribiste al WhatsApp y aceptaste mi invitación. Ha llegado el momento de vivir la realidad tal y como estabas deseando. ¿Estás preparada?

<Alejandra> Estoy agitada, intrigada... Desconcertada.

<Diego> Desconcertada, ¿por?

<Alejandra> Porque haces que me sienta desnuda y vulnerable. Hay algo en ti que me da seguridad y, al mismo tiempo, formulas preguntas cuya respuesta parece saber mejor que yo misma... y ambas cosas son una locura porque apenas te conozco.

<Diego> ¿Eso te asusta?

<Alejandra> No... Me hace desear que esto no se acabe e incrementa mi curiosidad...

<Diego> ¿Hacia el BDSM?

<Alejandra> Hacia ti.

<Diego> Alejandra, déjate llevar, porque no pienso detenerme. Descríbeme las sensaciones que te provoca saber lo mucho que me calienta

imaginar tu piel desnuda bajo la ropa... Cuánto me excita la idea de que te toques para mí, de que te mojes con cada roce de tus manos recorriendo un rincón de tu cuerpo que me pertenece.

<**Alejandra**> Hablas como si fuera tuya.

<**Diego**> En este instante lo eres...

Sus palabras son como una descarga demoledora que prende cada célula que encuentra a su paso y pervierte mis pensamientos.

<**Diego**> Quiero que acaricies la unión de tus muslos y que me cuentes cómo estás de húmeda.

Vuelvo la cabeza y observo a los dos chicos con los que estoy compartiendo el banco que hay junto a la máquina de bebidas. Ambos se encuentran concentrados en la pantalla de su móvil, retándose a un videojuego en línea. Alzo la vista con el corazón estrellándose contra mi pecho. El panel de información anuncia que apenas quedan seis minutos para que llegue el metro y la multitud comienza a agolparse en el andén, dándome la espalda.

<**Alejandra**> Hay gente a mi lado, no puedo hacer lo que me pides.

<**Diego**> No te lo estoy pidiendo, Alejandra. Pasa la mano entre tus piernas y dime cómo estás de excitada.

El tono imperativo de sus mensajes acelera mi pulso, que bombea con furia en las sienes, en el cuello, en las muñecas. A pesar del zumbido que experimento en mis oídos, puedo escuchar mi respiración irregular, y una punzada de bochorno y ansiedad me provoca un ligero hormigueo en el estómago.

No me puedo creer que esté participando en un juego sexual en un lugar público con un desconocido que parece saber exactamente lo que deseo. Diego me nubla el juicio, y su actitud autoritaria e imprevisible me pone muchísimo. Jamás nadie me había hecho sentir así.

Obediente, comienzo a deslizar una mano por mi muslo con una mezcla de timidez y atrevimiento, lanzando una mirada asustadiza hacia todas partes, sin ser realmente consciente de lo que ocurre a mi alrededor. Mi cuerpo entra en calor mientras continúo el sendero ascendente hasta alcanzar mi sexo, que rozo fugazmente por encima de la ropa interior, con la certeza de que, si sigo con esto, no podré detenerme.

<Alejandra> Estoy sofocada, tensa... Deseosa.

<Diego> Muy bien, Alejandra. ¿Ves? Ese par de adolescentes están demasiado pendientes de su móvil para fijarse en lo que tú haces.

Su respuesta me pone en alerta y me levanto de golpe, presa de la excitación y la conmoción del momento. Trago saliva con dificultad, tengo la garganta seca y mis pulmones parecen haberse quedado sin aire, apretados y comprimidos. ¿Cómo sabe quién está sentado a mi lado? Sé que debería estar recelosa y asustada de que él se encuentre aquí, pero lo único que siento en este instante es como crecen en mí la expectación y las ganas de descubrir su apariencia. Despego la vista del WhatsApp y comienzo a mirar en todas direcciones.

Esto es absurdo, no sé cómo es, no sé a quién estoy buscando. El sonido de un nuevo mensaje me obliga a regresar la vista a la pantalla.

<Diego> Baja la vista, Alejandra. No me busques...

6

¿SIEMPRE QUIERES SER LA MEJOR EN TODO?

A través de la palabra escrita pueden fascinarte, pueden aconsejarte, pueden excitarte, pueden desconcertarte, pueden irritarte... pueden cambiarte.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

Hago lo que me dice y me dejo caer en el banco de nuevo, tratando de tranquilizarme para digerir la sensación de vértigo que me aturulla ante la posibilidad de conocerlo en persona. Ni yo misma me daba cuenta de cuánto lo deseaba hasta que me descubro sofocada por la efervescencia que embarga mi cuerpo, ansiando empaparme de su presencia con avaricia.

Siento temblar mis dedos al deslizarlos por el teclado, convertida en pura gelatina.

<Alejandra> ¿Estás en la estación? Dime dónde te encuentras.

Diego ignora mi mensaje.

<Diego> Me excita lo que contemplan mis ojos en este instante... el modo en que te remueves, tu mirada brillante y tu pecho agitándose... Ábrete del todo la chaqueta y roza tus pezones por encima de la ropa. Quiero ver cómo se tensan a través de la tela de tu blusa.

A mi lado, los dos adolescentes comienzan a perseguirse por el pasillo, molestándose mutuamente entre risas, reprochándose uno al otro haber ganado la partida haciendo trampas. Me encuentro sola en el banco y nadie está pendiente de mí... salvo él.

La idea de que me esté observando despierta en mí los más primitivos instintos, y una mezcla de morbo e irracionalidad me domina, embriagándome

y haciendo que el pudor y lo poco que me queda de sentido común me abandonen, llevándose consigo el control de mis emociones, de mis acciones, de mi cuerpo...

Me encuentro flotando en un universo paralelo en el que no existe nada más que el eco de su orden en mi cabeza y el frenesí de dejarme ir para complacerlo.

Clavo la mirada en la multitud que espera pacientemente la llegada del tren a pocos metros de mí e introduzco la mano por dentro de mi chaqueta, temerosa de que alguien me descubra.

Empiezo a acariciarme, desafiándome a mí misma, notando bajo la palma el aleteo desbocado en el pecho y como la adrenalina empuja la sangre caliente, elevando mi temperatura de golpe y endureciendo mis pezones.

<Diego> Separa las piernas, Alejandra. Siente el contraste con el aire rozando tu entrada anhelante. Me gustaría beberme cada gota de placer que ahora empapa tu sexo, recogerla con mi lengua y deleitarme con tu humedad... Presentir como ardes por dentro me ha puesto duro. La noto erecta en el bóxer, tal vez mojada... Sí, mojada.

Sus palabras avivan en mi interior la necesidad adictiva de contentarlo para prolongar el placer que me produce descubrir que soy la razón de su excitación.

La atmósfera se agita como una suave brisa, seguida del traqueteo del ferrocarril subterráneo que anuncia su llegada, pero yo sigo pendiente de la pantalla, como si creyera que Diego va a desaparecer si aparto la vista de ella.

<Diego> No te despistes o perderás el metro.

Sin saber muy bien cómo, en medio de la turbación, la incomodidad y el deseo, me encuentro caminando hacia la masa que aguarda en el borde del andén, con las mejillas ruborizadas y mi cuerpo encendido. A mi espalda, alguien se arrima, obligándome a avanzar hasta quedar atrapada entre una chica cargada con varias bolsas y el pecho del desconocido, tan pegado a mí que noto el calor que desprende y percibo el ligero aroma a lavanda y sándalo que emana de su piel.

Me tenso incómoda, cohibida por su proximidad, e intento separarme para

huir de su contacto, mas es imposible. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza cuando se inclina sobre mi cuello, rozándome apenas, poniéndome la carne de gallina. Sobresaltada y temerosa de que sea algún perverso que me ha visto acariciarme, comienzo a girarme hacia él, decidida a enfrentarlo, pero sus manos me empujan ligeramente hacia el interior del vagón, antes de que cierre sus puertas. Una vez dentro, me doy la vuelta indignada para censurarle su comportamiento, aunque desisto, desconcertada, al encontrarme a un padre enfurecido, regañando a su hijo.

Avanzo apresurada y confusa por el pasillo, abriéndome paso entre la gente hasta detenerme en el otro extremo de la cabina, donde experimento un profundo alivio, cobijada por la distancia. Inmóvil, junto a la puerta, miro a mi alrededor, pero nada extraño capta mi atención; el vagón está atestado de pasajeros inmersos en su propio mundo, ajenos a nada ni nadie que no sean ellos mismos.

«¿Habrá subido Diego?», la duda me agujonea.

El móvil vibra en mi mano, advirtiéndome de la llegada de un nuevo *whatsapp* que no tarda en disipar mis temores.

<Diego> Bájate en Ángel Guimerá y haz trasbordo para tomar la línea 1 con dirección a Bétera. Hueles muy bien...

El corazón me da un vuelco ante la revelación de que lo he tenido tan cerca. «Era él». Me tiemblan las manos, y un cosquilleo nervioso me recorre el estómago, transformando el recuerdo de su contacto en algo electrizante; la piel del cuello me arde allí donde imprimió su aliento; casi puedo notar sus ojos recorriéndome, aunque no lo vea. Quiero buscarlo, pero me obligo a mantener la mirada fija en el suelo, esforzándome a duras penas por controlar el ansia y la impaciencia por satisfacer mi deseo de ponerle rostro.

«Próxima parada: Ángel Guimerá. Combinación con líneas 1, 2, 3, 5 y 9», anuncia una voz por megafonía.

Abandono la línea 5 sin detenerme a pensar un solo instante en lo que estoy haciendo y recorro con paso apremiante la distancia que me separa del punto de trasbordo, dispuesta a dirigirme a un destino que desconozco.

Al llegar al andén, me fundo con la muchedumbre que avanza en dirección al suburbano detenido en la vía, dejándome arrastrar hacia el interior, donde termino en un hueco cerca de la entrada, junto a una pareja que planifica su salida de esta noche. Estoy tan concentrada en recuperar el aliento de la

carrera que, cuando el teléfono se agita en el bolsillo de la chaqueta, me sobresalto y pego un respingo.

<Diego> Sal al exterior en la estación del Turia y dirígete hacia la explanada de Nuevo Centro. Tengo ganas de correrte...

Por poco se me cae el móvil de las manos cuando leo su *whatsapp*. La necesidad silencia mi mente y el deseo toma el control de mis actos, dispuesta a hacer lo que sea para que se acerque a mí. Las piernas me flaquean y tengo que agarrarme a un asidero que hay junto al acceso al vagón para no perder el equilibrio, pero antes de que las puertas se cierren, irrumpen un último grupo de pasajeros que me obliga a soltarme, quedando atrapada entre sus cuerpos. Somos un amasijo de manos irreverentes, torsos contra espalda, caderas y piernas empujando mi trasero, respiraciones profundas enredándose con mi pelo... y calor. Un calor que me abrasa y que no mitiga el aire acondicionado.

El metro arranca de forma brusca y me voy hacia atrás, chocando contra el pecho de alguien que absorbe el impacto, arropándome con carácter posesivo. Sé que es Diego por el modo íntimo en que me estrecha contra él, embriagándome con su fragancia a lavanda y sándalo.

—Diego —suelto una ligera exhalación, prisionera entre su calidez y el gélido y vulgar espacio ocupado por el pasajero que viaja delante—. Por favor... —se me corta la voz, apenas logro pronunciar dos sílabas, tejiendo el ruego silencioso de lo que deseo con todas mis fuerzas... necesito reflejarme en sus ojos, que me deje tocarlo.

Su respiración se altera al escuchar mi voz suplicante; noto su sonrisa maliciosa y el suave roce de su aliento errático en mi sien; no dice nada. En lugar de hablar, aparta mi cabello hacia un lado y besa mi cuello apenas, templando la fría piel con los labios, en un gesto tan increíblemente erótico y a conciencia que solo soy consciente de mi cuerpo encendido bajo la ropa y del suyo, duro, pegado contra mí.

Desesperada por verlo, hago el amago de darme la vuelta, pero él me lo impide anticipándose a mi gesto, bloqueándose con sus caderas e inclinándose sobre mi hombro, de forma que no pueda girar la cabeza para mirarlo.

Acto seguido, aprisiona mi muñeca con un movimiento rápido y me obliga a levantar el brazo para asirme a la barra de la parte superior del vagón, de la que también él se sujeta, encajándose conmigo; su torso totalmente pegado a

mí, sus fuertes muslos en contacto con la parte trasera de mis piernas y el erótico roce de su erección, sólida y prometedora, presionándome en la base de la espalda, en una postura que despierta mis perversiones más oscuras y profundas y me hace sentir desnuda, desinhibida y avergonzada a la vez.

Echo un vistazo a los pasajeros a nuestro alrededor, pero la imagen se me antoja desenfocada; tan solo son un mar de caras que no me importa.

No soy racional. Toda mi atención se concentra en Diego, cada poro, cada célula, cada uno de mis sentidos agitado por su presencia, hambrienta, tensa y excitada. Mis pensamientos empiezan en él y terminan en el delirio que se arremolina en torno al movimiento lento y sensual de su mano descendiendo por mi costado derecho, el suave tacto de sus yemas recorriéndome, pasando por mi axila y deslizándose de forma deliberada por mi pecho hasta alcanzar la cintura desnuda.

El cosquilleo entre mis piernas se intensifica, y libero un largo y fuerte suspiro que sale del fondo de la garganta mientras cierro los ojos para empapar me de las sensaciones que me prodigan sus caricias. Lo busco con mi trasero, apretándome contra su miembro claramente excitado. Absoluta y dolorosamente consciente de su aliento resbalando por mi nuca; de cada músculo en tensión, de la incandescencia, de cada latido y de la insoportable necesidad de alivio... Una especie de frenesí por sentirlo que me está volviendo loca y que jamás había experimentado antes por nadie; la inusitada ansiedad urgente de que esto que ha empezado no acabe nunca.

Pero de forma inesperada lo hace. El Amo se aleja de mi cuerpo, confundiéndome, mientras noto como el calor comienza a desaparecer en la piel que ambicionó con sus manos; la frustración aumentando por dentro por no poder moverme con libertad, por no poder verlo y tocarlo como necesito.

—Diego —gimo, imbuida en mi propia desesperación; no sé qué otra cosa hacer o decir para que me hable, para que siga acariciándome—. Por favor...

Permanece a mi espalda y en silencio mientras yo trato de calmar mi respiración con los labios entreabiertos, esforzándome por controlar la excitación que me domina tan fuerte que duele, resistiendo las ganas de girarme y mirar atrás, de buscarlo; obligándome a mantenerme inmóvil, con los ojos cerrados, esperando, obedeciendo...

El metro se detiene en una nueva parada, y la entrada de un grupo de estudiantes numeroso y alborotador proporciona una coartada a nuestras perversiones, convirtiendo la situación en algo incendiario y difícil de controlar.

Antes de que pueda reaccionar, lo siento detrás de mí otra vez, cerrando las manos sobre mis hombros, la presión de su cuerpo que se apoya sobre mi espalda; la de su tremenda erección empujando contra mi trasero. Diego suspira, acercándose más, y un creciente calor me invade, enardeciendo el deseo que me atraviesa como una punzada en el vientre. Mi corazón no me responde.

El Amo enreda sus dedos en mi cabello y tira con suavidad hacia atrás y a un lado, para atrapar el lóbulo de mi oreja con la boca, de un modo tan pecaminoso que tengo que afirmar la mano a la barra con más fuerza porque me tiemblan las piernas.

Mi respiración se acelera, haciéndose más superficial; la suya, profunda y caliente, encaja a la perfección en la curva de mi cuello y estimula las terminaciones nerviosas de mi cuerpo embrujado. Me siento desbordada y llena con su presencia, su amaderado perfume masculino, el ardiente y narcótico efecto que me produce la presión húmeda de sus labios en mi piel, tomándose su tiempo para saborear cada lametón, centímetro a centímetro, atrozmente despacio, mientras yo me retuerzo, azotada por los dulces escalofríos que me recorren la columna, los brazos, los pechos y pezones, y bajan como un rayo hasta alcanzar mi sexo, que vibra ansioso a medida que aumenta la excitación.

El vagón entero ha desaparecido para mí y la cabina parece empequeñecerse, reduciéndose tan solo a una tórrida melodía de resuellos, succiones y suaves gemidos. Me siento caliente, sofocada y confusa. Jamás había experimentado un placer tan exquisito estando vestida.

Embriagada de deseo, paso la mano por encima de la cabeza y entierro los dedos en su cabello, sintiendo el movimiento de su cuero cabelludo en las yemas. Diego me aparta y, acto seguido, en un claro gesto de advertencia silenciosa, hunde la cara en mi hombro y aprieta sus dientes con tal fuerza que me muerdo con tanta vehemencia el labio inferior para no chillar que noto como se rasga.

Incapaz de soportar el hormigueo que me estremece hasta lo más profundo de mi ser, trato de apartarme de los manojos de su boca, pero él me sujeta con firmeza de las caderas, impidiendo que me mueva, al tiempo que se entierra más en la carne, aumentando las fuertes sensaciones que me golpean hasta que, de pronto, sus labios se vuelven más dulces, transformando el dolor en una sacudida de violento placer que me hace medio sollozar.

Me aferro con fuerza al asidero para no desplomarme, tratando de

recuperar el aliento. Antes de que se aquieten los estremecimientos, cierra la boca sobre mi cuello y continúa su asedio sobreestimulando la sensible piel, como si se hubiera desprendido de su enorme autocontrol. No espera ni me permite relajarme. Su lengua, sus labios, su boca me devoran, me beben, me chupan, lamen y besan sin tregua, de la manera más deliciosa y absorbente, obligándome a acoplarme al ritmo enloquecedor de su asalto, con el que señala sin pudor el camino del éxtasis sobre mi cuerpo.

El fuego me rodea por todas partes cuando me agarra por los costados e impulsa las caderas, presionando su tremenda erección contra mi trasero mientras disfruta de mis gemidos y gritos ahogados. El deseo arde, me duele y vibra, y yo gimo, lo busco, apretándome contra él, incapaz de articular palabra, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás.

La excitación se me hace inaguantable al sentir sus manos deslizándose lenta y tortuosamente por mis piernas, para adentrarse sin decoro en el lugar más recóndito de mi cuerpo. Pequeñas descargas eléctricas me recorren la columna, y el placer se desborda desolando cualquier pensamiento que no sea sentirlo cálido en contacto con mi piel. Pero su roce no pasa de mis muslos, enloqueciéndome por que lo haga; Diego aviva mi necesidad sin llegar a saciarla del todo, atormentándome en un juego cuyo final desconozco.

—No pares, por favor. —Mi súplica se enreda con la voz que anuncia la siguiente parada por los altavoces, sacándome de golpe del trance, devolviéndome a una realidad inesperada.

De repente, se agita el aire a mi espalda como una suave brisa y se me eriza el vello de los brazos y la nuca; Diego ya no está. Me encuentro sola en el vagón, atontada y rodeada de extraños, sin tiempo para detenerme a pensar en nada más que en la urgencia de apearme en esta parada.

La única señal de lo que acaba de ocurrir es el sendero de humedad que ha dejado en mi cuello; el rastro de sus manos ascendiendo por mis muslos; el ardor que siento en la piel de mi hombro, allí donde me mordió; la promesa de placer frustrada por su huida.

Entonces, comprendo su intención de fusionarme con una experiencia sensual orientada a llevarme al límite, a verme desearlo y necesitarlo hasta hacerme una con la fantasía de someterme... una fantasía que no sabría decir si es suya o es mía.

Camino conmovida, sintiendo la sorda vibración de deseo insatisfecho por todo el cuerpo. La ropa interior me resulta incómoda y me embarga una desazón extraña que se mezcla con el temor de que haya desaparecido sin más,

dejándome con el anhelo insatisfecho de volver a sentirlo. Tecleo con dedos temblorosos, notando el pulso acelerado en mi cuello.

<Alejandra> ¿Dónde estás? ¿Por qué te has ido?

<Diego> Es tu turno. Entrégame tus sensaciones.

<Alejandra> Estoy confundida. Me has dejado sola.

<Diego> No. Esa no es la respuesta. Deja que hable tu cuerpo.

<Alejandra> Estoy caliente y ansiosa, falta de juicio, frustrada... tan excitada... necesito...

<Diego> ¿Correrte?

<Alejandra> Sí.

<Diego> Si lo pides por favor...

Tecleo sin regatear, sin pensar.

<Alejandra> Quiero correrme para ti, por favor.

Es al observar el mensaje suplicante en la pantalla cuando me doy cuenta de que estoy perdida. No entiendo qué me está pasando. Solo sé que en este instante haría cualquier cosa que me pidiera para llegar hasta el final y que la idea de no conseguirlo me enloquece...

<Diego> Dirígete a El Corte Inglés. Ve a la última planta y métete en el primer baño de la derecha.

Permanezco un instante mirando el móvil preguntándome qué va a ocurrir a partir de ahora. Diego es exactamente lo que andaba buscando, pero me asusta ser incapaz de controlarme porque siento que él me domina. No sé en qué momento perdí el control de mí misma para dejar que tomara las riendas y decidiera por mí, decidiera por ambos. Una pequeña parte de mi cerebro me indica que debo parar esto, pero otra me dice que preferiría morirme antes que dar marcha atrás.

Subo las escaleras mecánicas notando la intensidad de su mirada recorriéndome de la cabeza a los pies. Solo puedo pensar en cómo hace pocos minutos me ha hecho perder la cordura en el metro y en lo que es capaz de provocarme el mero roce de sus manos. Una vorágine de sensaciones se arremolina en mi vientre y empieza a bullir lentamente. Nunca en mi vida

había experimentado un deseo tan intenso, imaginándonos piel con piel, cada centímetro de nuestros cuerpos tocándose.

Camino acelerada hacia el aseo de señoras, necesitando calmar la excitación que se ha apoderado de mí por completo. Al comprobar que no hay nadie en su interior, me encierro en el baño que Diego me ha indicado y me siento sobre la tapa del váter esperando a que se reúna conmigo. Contengo la respiración cuando escucho abrirse la puerta y como alguien accede a los servicios. Permanezco quieta contemplando el hueco entre las cabinas que hay a mis pies, hasta que dos grandes zapatillas de hombre aparecen en mi campo de visión al otro lado del panel. La llegada de un nuevo mensaje me sobresalta y casi se me cae el móvil al suelo.

<Diego> Alejandra...

La pantalla permanece inmóvil durante unos segundos que se me hacen interminables. Tenerlo tan cerca y no poder verlo me desespera, pero empiezo a comprender que esa es una de las normas implícitas en este juego que él diseña y ejecuta con precisión milimétrica.

Tras lo que me parece una eternidad, observo que está escribiendo. El sonido de su *whatsapp* resuena por todo el baño.

<Diego> ¿Quieres correrte para mí?

El silencio invade la estancia mientras leo y puedo escuchar mi corazón estrellándose contra el pecho.

<Alejandra> Sí. Te deseo.

<Diego> Apártate la ropa. Vas a acariciarte para mí sin limitar tus gemidos, sin controlar... Me gustaría darte placer yo mismo... saciarte.

<Alejandra> Hazlo. Cámbiate de baño, conmigo.

<Diego> ¿Tienes prisa, Alejandra? No corras. Todo a su tiempo. Date placer y avísame cuando te queme, cuando quieras dejarlo ir. Solo en ese momento.

—Meto la mano entre mis piernas y noto la humedad contra mis dedos. Estoy muy caliente, tanto que podría correrme con el simple roce de tus manos... Solo imaginarlo hace que mi sexo se contraiga, lubricado y cada vez

más ansioso; que mi corazón lata enloquecido. No recuerdo haberme sentido tan excitada en mi vida. Mis pechos están elevados de deseo; los pezones sobresalientes, apretados y duros...

Intoxicada por el deseo, me encuentro susurrándole lo que hago y mi voz se desliza hasta su baño con una sensual cadencia, aumentando la abstracción, el calor y la vehemencia, mientras me sumerjo en la ilusión de que estamos juntos en la cabina y son sus manos las que me tocan.

<Diego> Continúa, Alejandra. Me excitas...

Diego no me permite escucharlo y sigue comunicándose a través de sus mensajes a mi móvil.

—Deslizo los dedos entre los labios resbaladizos y comienzo a masajear el clítoris en círculos dulces y lentos. Siento mis manos extrañas, como si mi cuerpo hubiera dejado de pertenecerme y mi sexo se abriera, se mojara y respondiera a tu deseo y no al mío. Necesito acariciarme, pero no solo para mí, deseo hacerlo para ti. Me abandono al deleite de saber que, por un instante, estoy siendo tuya...

<Diego> Mmmm... Sigue, suave pero sin parar. Permite que tu placer tome forma y se presente ante mí.

—No dejo de hundir mi clítoris, duro y turgente, de rodearlo. Presiono más fuerte... Me vuelve loca la sensación que se arremolina y concentra en esa pequeña zona de deseo; un placer profundo y ondulante que se agudiza y se despliega hasta desbordarse, llenándolo todo. Mi sexo hinchado, palpitando, mojándose cada vez más, ávido de tus dedos, de tu lengua, de tu miembro...

<Diego> Junta los dedos y palméate suave varias veces seguidas, notando como chocan sobre tu clítoris. Luego vuelve a acariciarte. Esta vez más rápido, moviéndote a más ritmo...

—Azoto esa pequeña perla y la excitación sube conforme aumenta la intensidad. Escuece; me cosquillea con fuerza. No dejo de jugar con ese punto delicioso, permitiendo que cada sacudida deje paso a un vibrante hormigueo que se concentra en mi sexo, deseando estallar. Siento crecer la tensión y lo empujo más rápido hacia arriba, hacia abajo y también hacia los

lados. Mi clítoris está caliente, encendido.

<Diego> Mmmm... No ahogues tus gemidos, Alejandra; déjalos fluir como tu cuerpo. Quiero escucharte...

Un suspiro escapa de mis labios, tan sensual que la respiración de Diego se agita al otro lado, volviéndome loca. Cierro los ojos y trato de aguantar un poco más, deseando emborracharme con sus resuellos entrecortados, que me haga partícipe del placer que extrae de mi cuerpo; un sonido tan tremendamente erótico y adictivo que me dejaría arrastrar por la mortal y lenta agonía de no dejarme ir con tal de alargar la excitación que le provoca escucharme, pero sé que no puedo... estoy al borde.

<Diego> Me gusta... Sigue... Avísame cuando te vayas a correr.

—Estoy muy cerca... el calor se va concentrando en mi pelvis... Lo noto.

<Diego> Mmmm... Abre la boca, deja escapar el aire contenido... Dámelo.

Jadeo de puro deleite en una mezcla embriagadora de súplica y gozo contenido, como si jamás hubiera suspirado de un modo tan sincero. Se me resecan la boca y los labios de tanto abrirlos al máximo para poder respirar.

<Diego> Córrete.

Mi sexo reacciona a sus palabras. Las caderas se mueven contra mi mano, y una deliciosa espiral abrasadora me serpentea por todo el cuerpo cuando mis caricias exigentes me arrancan un orgasmo húmedo y profundo, deshaciéndome para él entre sensuales y largos gemidos que inundan el baño, silenciando todos los demás sonidos que nos rodean.

Me hundo en el asiento, desmadejada y sudorosa, apoyándome sobre el borde de la tapa para no dejarme caer mientras trato de recobrar el aliento. Cuando abro los ojos, clavo la vista en la pantalla del móvil.

<Diego> Mmmm. Buen momento para succionar ese clítoris. Ahora saborea los dedos que te han dado placer. Seguro que tienen parte de tu

esencia.

<Alejandra> ¿Y tú? Yo también quiero darte placer.

<Diego> Acabas de hacerlo, entregándome tu orgasmo. La tengo tan dura que me duele, pero en mi caso preciso estímulos más directos para correrme. Solo con texto, hablando, no lo haré; necesito la participación de todos mis sentidos para alcanzar el clímax.

<Alejandra> Si no me dejas verte, lo único que puedo ofrecerte son palabras.

<Diego> Alejandra... Créeme que ha sido muy morboso escuchar cómo te dabas placer. Ahora tengo que irme. Córrete para mí en tu cama esta noche. Regálame una vez más.

Diego sale del WhatsApp, y el sonido de sus pasos abandonando el aseo de señoras me deja confusa e incompleta. Mi pecho sube y baja por la agitación, todavía conmocionada por lo que acaba de ocurrir. Mi primer impulso es ir tras él, pero sé que no debo.

Me quedo quieta durante un buen rato, memorizando hasta el último detalle de este momento, notando el enorme vacío que me engulle: la sensación de haberme pasado los últimos minutos tratando de alcanzarlo sin haberlo conseguido.

Poco a poco, algunos detalles de la cabina donde me encuentro aparecen de nuevo ante mí, devolviéndome bruscamente a la realidad del baño de El Corte Inglés. La puerta garabateada, las manchas ligeramente marrones de las filtraciones en el techo de escayola, la luz brillante y blanca que desprenden los *downlight*, el suelo de gres, el móvil que sostengo en mi mano... el silencio.

Diego se ha marchado.

He deseado ser suya con todas mis fuerzas, tal y como él me advirtió que ocurriría.

Quiero más...

Y entonces me doy cuenta de que algo ha cambiado, de que nada volverá a ser lo mismo después de esta tarde porque Diego tiene razón.

Lo necesito.

SIEMPRE HAY SENTIMIENTOS...

Pensar demasiado te vuelve estúpido, no por el hecho de no conocer la respuesta a determinadas preguntas, sino por la tendencia a imaginar en los silencios de los demás teorías que, en ocasiones, hacen más daño que el espacio en blanco.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

—De vuelta a la realidad—

Cuando abandono el metro en la estación de Mislata, siento el irrefrenable impulso de escribir a Diego, después de haberme pasado todo el trayecto pensando en él y en el modo en que nos conocimos, lo cerca que lo tuve, lo mucho que deseo un encuentro real.

Aquella noche descubrí un mundo mil veces más estimulante que el que yo conocía y supe, con toda certeza, que solo con él me atrevería a hacer cosas que nunca imaginé que haría. Diego consiguió despertar mi curiosidad como ningún otro hombre lo había hecho antes, y eso me asusta. Algo me atrae hacia él, una fuerza que me hace perder la cabeza. Mientras hablamos, solo tengo ganas de complacerlo, de conseguir que se vuelva loco cuando obedezco, cuando realizo las tareas que me pone... cuando me entrego.

La imagen de David se suma a mis pensamientos sin poder evitarlo. Y entonces me pregunto si también existen otras personas en la vida de Diego, alguien real que conoce sus caricias, que puede tocarlo y verlo, tener una parte de él que a mí me niega y, de pronto, la idea me hace sentir incómoda y se me forma un nudo en la garganta que se extiende, presionándome el estómago con una vaga sensación de ¿celos? Me sorprende darme cuenta de cuánto me importa.

Necesito preguntarle algo que me ronda la cabeza desde hace tiempo.

<Alejandra> Hola, Diego. ¿Estás? Tengo curiosidad por saber algo...

<Diego> Hola, Alejandra. Estoy en el aeropuerto. Me voy a Londres por unos días. Tengo poco tiempo para hablar. ¿Qué quieres saber?

Aunque me muera de ganas, no parece ser el mejor momento de mantener «conversaciones existenciales», así que decido salir del paso escribiendo lo primero que se me ocurre.

<Alejandra> ¿Por qué escogiste la foto de esas manos para tu perfil del WhatsApp? Seguro que significa algo.

<Diego> Mmmm. La foto... Es un regalo. La hicieron para mí. No la tengo porque sea bonita ni buena ni nada. Las cosas tienen el valor que tú les das, tienen valor porque tú las quieres. La puse porque es solo mía. Por eso significa algo.

<Alejandra> ¿Eres tú? ¿Es tu mano?

<Diego> Sí.

<Alejandra> ¿Seguro que no eres entrenador?

<Diego> Ja, ja, ja, ja. Si te sirve de consuelo, me apasiona el básquet. Puedes pensarlo si eso te pone caliente. Imagínate siendo cómo y lo que quieras, Alejandra, pero ten presente dónde empiezan y terminan tus fantasías.

<Diego> Última llamada para embarcar. Tengo que dejarte.

* * *

Cuando la dependienta de Intimissimi coloca en mis manos las prendas que le he pedido y me indica con gesto cómplice dónde se encuentra el probador, le sonrío y confío en haber acertado con mi elección para la fiesta a la que Paula me ha invitado en diciembre. Desde que las vi esta mañana en el escaparate, no he dejado de fantasear con ponérmelas algún día para Diego y, sin embargo, la incertidumbre de no saber si hay alguien más no me está dejando disfrutar del todo de este momento.

Mientras dejo la delicada lencería sobre el taburete, un nuevo recuerdo me obliga a abstraerme, y una sensación de intranquilidad me invade, tan persistente que no puedo liberarme de ella.

* * *

—Tres meses atrás—

<Alejandra> ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

<Diego> Si quieres decir compartido con orgasmo, no lo recuerdo. No he estado con nadie desde hace meses. ¿Sorprendida?

<Alejandra> Mucho. Pensaba que...

<Diego> ¿Que por ser Dominante sería promiscuo?

<Alejandra> No. Que por ser hombre te sería más difícil pasar sin sexo. Eres tú quien demuestra tener prejuicios, no yo...

<Diego> OK. Es mi error, pero tu afirmación sigue siendo un prejuicio igualmente. Puedo pasar sin sexo, *aunque sea hombre*, pero me masturbo a menudo, por si quieres saberlo. El sexo se necesita, pero ahora estoy *out*. La última experiencia se me fue de las manos. En parte, es la razón por la que ahora no quiero nada.

<Alejandra> ¿Una pareja?

<Diego> No. Una sumisa.

<Alejandra> Para ti, ¿pareja y sumisa no es lo mismo?

<Diego> No, no lo es. Pareja es compartir vida. Sumisa es compartir juegos, básicamente sexuales. He tenido pareja y he tenido sumisas. Lo ideal sería identificar ambos términos en la misma persona, pero ni lo busco ni lo he conseguido.

<Alejandra> ¿Y qué pasó con esa sumisa? ¿Se enamoró?

<Diego> Bueno, eso ya me había pasado con una anterior que se confundió, pero esta no solo se enamoró, me idealizó, me persiguió... estaba mal de la cabeza. De algún modo, también fue mi culpa por no dejar claros los límites, por no ver su obsesión y no frenar a tiempo...

<Alejandra> Ahora me descolocas. Pensaba que habías dicho que en sumisión no había sentimientos

<Diego> ¿Acaso no los hay siempre? En la D/s se intenta mantenerlos bajo un control estricto para evitar que ellos te *dominen*. Para mí es algo sencillo; suelen decirme que soy frío y que no tengo sentimientos. No lo es tanto para una sumisa abocada a elegir entre dos «amos» igualmente exigentes: la obediencia a sus emociones y la fidelidad a aquel que las provoca en ella, pero le marca la inexorable condición de un alejamiento sentimental.

<Alejandra> Mmmm. ¿Y sexo virtual o compartido sin orgasmo? ¿Cuándo

fue la última vez?

<Diego> Contigo. En ocasiones, miro una web. Pero en general, nada. Tampoco busco el real. Evito algunas situaciones en las que podría. Alguna quiere que caiga y me ha tentado por WhatsApp con fotos, vídeos, mensajes de voz, pero no le he dado cancha

<Alejandra> ¿Te gusta «alguna»?

<Diego> No. Me follaría a más de una, por eso las evito.

<Alejandra> ¿De qué tienes miedo? ¿De que se enamoren o de perder el control?

<Diego> Mmmm. No sé. ¿De fallar? No sé si es miedo, pero marco la distancia con todo el mundo.

<Alejandra> Algo he notado ;) Creo que necesitas sentirte seguro, y controlar tu deseo incrementa esa sensación de seguridad. El placer es algo irracional, por eso lo evitas. Follar implica pérdida de control.

<Diego> Puede ser. No me he analizado. Hay momentos en los que casi caigo... Pero sí, me resisto. Es tonto. ¿Follaría? Sí, pero algo me frena; mi mente dice que no.

* * *

Nunca me planteé que esa situación pudiera cambiar.

Diego y yo no somos nada; desde el principio dejó claro que no buscaba ningún tipo de relación y yo me limito a controlar lo que siento, sea lo que sea... a no anhelar. No me hago ilusiones pensando que pueda tener sentimientos por mí. Me conformo con que seamos ¿amigos? Con Diego es complicado ponerles nombre a las cosas.

Sin embargo, que me diera a entender que soy la única a la que deja acercarse me hacía creer que entre nosotros existía cierta complicidad. La idea de estar equivocada hace que me sienta de un modo que no deseo.

Tengo que salir de dudas de una vez.

Saco el móvil de mi bolso y tecleo sin pensar, sin saber muy bien adónde me llevarán mis preguntas.

<Alejandra> ¿Es fácil darte morbo?

Dejo el teléfono sobre el banco, dudando si me contestará desde Londres, pero a los pocos segundos escucho la entrada de un mensaje.

<Diego> ¿Fácil? No lo sé. ¿Que me lo provoque más de una persona? Sí. El morbo no lo da el sujeto, sino la suma de situación y persona. A veces te dan morbo personas con las que nunca tendrías nada. No es directamente proporcional. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Tienes ganas de sexo y no sabes cómo pedirlo?

Su respuesta no consigue mitigar la desazón que siento en este instante, y un poso de inseguridad hace que me ponga a la defensiva, embargada por unas ganas apremiantes de que escriba algo que me haga sentir mejor. Daría lo que fuera por saber qué puedo esperar, si algo ha cambiado. Necesito respuestas y, ahora mismo, una discusión me parece mejor que la incertidumbre bullendo en mi cabeza.

<Alejandra> No creo que sea el momento. Me pillas comprando lencería y hay una cola inmensa fuera esperando entrar en el probador.

<Diego> Mmmm. Compras lencería para estrenar... Eso es que hay alguien a quien enseñársela y no soy yo.

<Alejandra> Podrías ser tú... Lo único es que no quieres.

<Diego> Cierto que no quiero. Falso que pudiera ser, porque «es» alguien que no soy yo y del que no me has hablado.

Que parezca que le importa no ser el único me sorprende, y aprovecho para confirmar sus sospechas con la esperanza de que se sienta igual de molesto que yo cuando pienso en la posibilidad de que en su vida también pueda estar *ayudando* a alguien más.

<Alejandra> Hay alguien que no eres tú, pero la lencería la compro para mí. Ya te conté que Paula me ha invitado a un *cosplay* en la playa justo el día de tu cumpleaños... Me apetece estrenar algo especial.

<Diego> ¿Te corres con él?

<Alejandra> ¿Estás celoso o es solo que no te gusta perder?

<Diego> Para mí ganar sería que goces con él o conmigo, pero teniendo claro qué y por qué te gusta. Ganar no sería que te quedes conmigo... Eso sucedería si yo quisiera.

<Alejandra> ¿Si tú quisieras?

<Diego> Sí. Eres inteligente, Alejandra. Te estoy enseñando a disfrutar de

tu cuerpo, por lo que, a la hora de escoger, tendrías claro quién de los dos te da placer y por qué.

Su arrogancia me irrita, así que sigo tirando del hilo con la intención de fastidiarlo de la misma manera.

<Alejandra> Él me da tanto o más placer que tú... él es real. Además, no todo se reduce a eso. Mi corazón también podría ser suyo.

<Diego> Tu corazón es mío. Recuerda, no existe, es la mente, y en tu mente estoy yo. En tu *corazón* también sabes que prefieres lo que yo te doy a lo que sueñas que te dé él.

<Alejandra> ¿Quieres que me enamore de ti?

<Diego> Quiero que me enseñes lo que te estás probando.

Cuando no responde a mis preguntas, tengo la impresión de que le gusta atormentarme con sus contradicciones y su falta de claridad. Llevamos cinco meses hablando y todavía no sé por qué me ayuda. Dijo que no sacaba nada, que no quería nada. Pero nadie hace las cosas a cambio de nada.

Extiendo sobre el asiento de madera del probador un corsé de tul liso, en negro intenso con transparencias en los laterales, bordado de un rojo vivo en las copas, y le hago una foto con el móvil para enviársela. Después, hago lo mismo con uno de satén en un brillante tono rosa claro, acordonado a la espalda.

<Alejandra> El primero es muy sexi, pero el segundo tiene un toque retro irreverente que hace que la elección sea complicada. Ayúdame a escoger. Imagínalos con unas medias lisas negras, que son las que llevo puestas.

<Diego> Los corpiños son sexis por definición. Póntelos... Así es difícil valorar. Se han de ver en la piel.

<Alejandra> Ya... pero en la piel no te los voy a enseñar. Tendrás que imaginarme.

<Diego> Bueno. No enseñes. Valora tú, entonces.

<Alejandra> No estás siendo de gran ayuda. Aunque no importa, porque sé perfectamente con cuál te quedarías.

<Diego> Sigues sin entenderlo, Alejandra... No te lo estoy «pidiendo». ¿Sabes lo que te haría si estuviera ahí contigo por no obedecerme?

<Alejandra> No lo sé porque no estás. Ven aquí, ahora, y me lo cuentas.

Yo te espero con el corpiño puesto.

<Diego> No me desafíes, Alejandra.

<Alejandra> No pretendo que me enseñes tus cartas, solo que los dos juguemos con la misma baraja.

<Diego> Habla. Haz preguntas cuando quieras, pero los tiempos los pongo yo, el ritmo lo marco yo. Cuanto más creas que exiges, menos obtendrás. Tienes prisa y, antes de correr, has de saber caminar.

<Alejandra> Solo te estoy reclamando algo de realidad. Si estuvieras aquí, haría todo lo que me pidieras.

<Diego> ¿Estás segura?

<Alejandra> Completamente.

<Diego> Veamos si dices la verdad.

8

NO ME CONFUNDAS...

«Egocentrismo» es sentirse el centro del mundo y de los acontecimientos; el eje alrededor del cual todo y todos orbitan y dependen.

«Egoísmo» es sentirse no solo el centro, sino el único cuyos deseos e intereses importan, como si no existiera nadie más que fuera digno de consideración en este mundo.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

<Diego> Desnúdate por completo. Quiero que te pongas el corpiño que crees que yo elegiría y te dejes las medias puestas... solo eso, nada más.

La tensión que emana de nuestra conversación me activa; tengo la sensación de estar en mitad de un duelo y quiero ganarlo para recordarle que no soy suya y que nos relacionamos en igualdad de condiciones. En ocasiones, se olvida de que no soy una sumisa y de que todo cuanto hago es como una mujer que actúa en función de sus propias motivaciones y deseos.

<Alejandra> Lo llevo puesto.

<Diego> Bien. Saca tus pechos por encima de las copas. Mírate al espejo y dime qué ves.

La imagen que me devuelve el espejo hace que sienta vergüenza por un instante, descarada y obscena, al tiempo que increíblemente fascinante y poderosa. Se me enciende la piel y noto como mi cuerpo reacciona ante su parcial desnudez, consciente de que Diego me está imaginando tal y como yo me veo ahora, lasciva y pecaminosa porque mi reflejo es obra suya.

<Alejandra> No es la Alejandra de siempre...

<Diego> ¿Y quién es más real? ¿La que muestras o la que guardas, la que ven o la que escondes?

Su pregunta me hace dudar.

<Diego> ¿No lo sabes? Mírate bien. Esa también eres tú... la que se oculta tras la racionalidad. Descríbela.

El suave y elegante tejido del corsé rosa se adapta a mi cuerpo, acariciando la piel y apretando mis pechos, que emergen por encima de las copas del sujetador con los pezones rosados y sensualmente erguidos, rogando que su boca y sus manos los toquen. La irreverencia de mi sexo desnudo, limitado por la tela, provoca que mi mirada se concentre en ese punto, palpitante y ansioso de que su miembro lo sacie

<Alejandra> Radiante y salvaje, provocativa y excitante... apetecible.

<Diego> ¿Cómo te hace sentir?

<Alejandra> Caliente... Deseosa de que estés aquí y calmes mi cuerpo. No dejo de preguntarme qué me harías si estuvieras conmigo.

<Diego> Cosas que ni te imaginas, Alejandra. Me excita imaginarte mojada y desnuda, removiéndote, impaciente por que te haga mía. Incrementa mis ganas de follarte hasta que pierdas la consciencia de puro placer.

La necesidad va en aumento mientras leo, atizada por las imágenes que contiene cada una de sus frases.

<Diego> Pero no voy a escribir. No vas a escribir. Acaríciate para mí como si pudiera verte y avísame cuando estés a punto de dejarte ir.

Realizo una inspiración, y mis pechos se elevan por encima del corpiño, sintiendo el roce apretado de las copas, que me provoca una placentera sensación de dolor. Obedezco y hago lo que me pide, con la vista fija en el espejo y el móvil en la otra mano.

La boca se me hace agua, y el flujo se acumula en la entrepierna al imaginar los lametazos de su ardiente y deliciosa boca. Mis pezones se endurecen todavía más, mi sexo humedece mis dedos, dejándose llevar por el

roce familiar y exigente sobre mi clítoris, por encima y alrededor, suave... despacio. Notando como se aviva el fuego.

Sin embargo, el reflejo de mí misma acariciándome es demasiado vívido, la fantasía, insuficiente, y no me siento como esperaba. Me falta algo. Solo hay morbo y masturbación, y lo que yo anhelo es su cuerpo desnudo y obtener placer de otras manos que no sean las mías; que me aplaste contra la luna de cristal y se beba mis gemidos mientras hace resbalar mi deseo por sus dedos, por su lengua. Necesito sentirlo, experimentar que el riesgo es real en un lugar donde la gente espera al otro lado de la cortina, inconsciente de lo que pasa a escasos metros de distancia. Pero Diego no está conmigo.

Aun así, le reclamo a mi cuerpo que responda a cada roce, sabiendo que alcanzaré el orgasmo como siempre lo hago cuando necesito quemar pasión acumulada... me conozco demasiado bien. Cierro los ojos y me centro en la deliciosa sensación que empieza a extenderse por mi pelvis. Estoy muy cerca, justo al borde.

<Alejandra> Casi.

<Diego> Deja de tocarte. No quiero que te corras.

Su mensaje hace que me detenga en seco, asfixiando el clímax que amenazaba con embestirme y dejándome con una desagradable sensación de insatisfacción e impotencia.

La impresión de que lo complace verme desearlo y necesitarlo como si fuera una sumisa, sin importarle cómo me siento o lo que yo necesito, despierta mis ganas de boicotear el placer que estará experimentando en estos momentos torturándome de esta manera por no haberme hecho esa foto.

<Alejandra> ¿Eso era lo que pensabas hacerme?

<Diego> No dije que fuera a gustarte.

<Alejandra> Y no me gusta, pero ¿cómo rebelarse contra uno mismo cuando son tus propias manos las que te recorren? Demasiado fácil detenerse.

<Diego> No sigas provocándome, Alejandra. Si tensas demasiado la cuerda, podrías echarlo todo a perder.

<Alejandra> No lo hago. Te informo de un hecho objetivo. Si soy yo quien controla las caricias y el deseo, no tiene ningún mérito resistirse al descontrol y al placer que me proporcionan mis propias manos.

<Diego> ¿Nunca has hecho nada que no quisieras hacer? No siempre

puedes controlarte. Puedes no querer seguir acariciándote y perderte.

<Alejandra> ¿No querer y seguir? Si sigues tocándote es porque quieres. Otra cosa muy distinta es que pare porque quieres tú. Pero aún así, sigo siendo yo quien decide cuándo continuar y cuándo detenerme para complacerte.

<Diego> Deja de filosofar. Puedes comer chocolate y no querer. O puedes no querer follar y hacerlo. Lo mismo masturbarse. Puedes no querer y notar como tus manos se mueven solas, que tu mente no te obedece y que tu cuerpo tampoco. Y terminar dejándote llevar hasta un punto de no retorno, haciendo caso a lo evidente: lo necesitabas.

<Alejandra> *Señor Antifilosofía*, si no quieres, ni siquiera te planteas la necesidad. Otra cosa muy distinta es que «no quieras querer» y te falle la voluntad de negarte. Si no quiero correrme, paro y punto. Te lo demuestro cuando quieras.

<Diego> Demuéstramelo ahora. Veamos si te resulta tan fácil como dices. Repítelo si puedes.

De pronto, lo siento a cien mil años luz, como si hubiera desaparecido la conexión que hay entre nosotros y me hubiera vuelto transparente; algo muy sutil que lo diferencia de nuestros juegos y que me pone en alerta.

<Alejandra> Te excita que no lo consiga, ¿verdad?

Nuevamente, no responde a mi pregunta, y eso me cabrea. El móvil comienza a sonar, avisándome de una llamada entrante. Cuando observo en la pantalla su nombre, mi corazón comienza a latir con fuerza, martilleándome el pecho, y he de hacer varias respiraciones profundas para calmarme. La sola idea de escuchar su voz por primera vez hace que mi cuerpo se tense de golpe y me tiemble la mano cuando descuelgo. Contesto, con apenas un hilillo de voz avergonzado y las sílabas atoradas en la garganta.

—¿Diego?

Contengo el aliento mientras espero a que responda, pero no dice nada.

Está jugando sucio. Me gustaría concentrarme en bajarle los humos y que se trague sus palabras, pero, de pronto, me olvido de que me está probando y deja de importarme demostrarle que se equivoca.

—¿Quieres saber lo que te haría si estuviera ahí contigo, Alejandra? —Su voz profunda me alcanza cuando menos me lo espero, embistiéndome como un tsunami y colándose en mi interior; pronunciando mi nombre de una manera en

que nadie lo había hecho antes, en un tono tan pecaminoso que hace que me estremezca.

Me sorprende preguntándome cómo sonaría susurrado al oído mientras se corre. Mi propio pensamiento incrementa mi excitación.

Tantos meses esperando este momento, codiciando que alguno más de mis sentidos confirme que Diego es real, que cada sonido resbala por mi cuerpo como esas caricias que tanto ansío, provocándome una sensación increíblemente deliciosa y perturbadora... Escuchar su voz en este momento solo acrecienta mi necesidad de él.

—Quiero que te des placer. Si estuviera contigo te lo daría yo mismo. Saborearía los labios de tu vulva; largas y lentas caricias lamiendo tu sexo; la punta de mi lengua paseándose por encima de tu clítoris, introduciéndose en la profunda cavidad, sintiendo el calor, disfrutando de la tensión de tu cuerpo con cada roce, del temblor de tus piernas que precede al clímax. Acaríciate, Alejandra. Mójate para mí.

Mis sensaciones son totalmente diferentes a las de hace un instante; mi cuerpo responde a su ensoñación y se calienta como si algo hubiera cortado los hilos que me permiten controlar mis emociones.

Cierro los ojos y comienzo a masturbarme, abstrayéndome por completo y olvidándome de dónde me encuentro. Tengo los pechos hinchados. Los pezones en punta se aprietan contra las copas del corsé y el clítoris me vibra ansioso de mis atenciones.

Débiles suspiros se escapan sensuales y desinhibidos de entre mis labios, enredándose con la música de fondo; su respiración se agita al otro lado del auricular, y ser testigo de su excitación intensifica la mezcla de placer contenido y ansiedad por levantar la compuerta para aliviar la tensión de mi cuerpo suplicante.

—Haría resbalar mis dedos por los pliegues mojados hasta hundirme en tu sexo caliente; primero uno, entrando y saliendo lento, muy lento, tomándome mi tiempo en cada penetración, dilatándote y notando como los músculos se contraen alrededor, acogiéndolo mientras sigo dándote placer con mi boca.

Sus palabras me están volviendo loca; la exaltación y el delirio aumentan gradual y profundamente con cada una de las imágenes tejidas con su voz susurrante; apenas puedo respirar. Todo mi cuerpo tiembla, deseoso de estallar.

—Después deslizaría un segundo dedo con el primero, suave, dentro y fuera, en círculo, acariciando las paredes de tu vagina, rozando tu clítoris por

encima y alrededor, manteniéndote al borde. Y más tarde un tercero, penetrándote hasta el fondo, moviéndose a un ritmo creciente hasta tornarse frenético, cada vez con más fuerza, cada vez más veloz.

El apremio de mi calentura provoca que las palpitaciones en mi sexo sean insoportablemente dolorosas y fuertes. Mis ojos se cierran como en trance, a punto de alcanzar un nuevo orgasmo.

—Estoy muy cerca. Voy a correrme —murmuro con voz ronca.

—No. —Su negativa asfixia el primer apretón de mi sexo, dejándome de nuevo colgada al borde del precipicio—. Yo decido cuándo lo haces. ¿No decías que podías controlarte? —ironiza como si fuera el mismísimo diablo echándome un pulso por haberlo desafiado.

Mi orgasmo se me escapa entre los dedos.

La sangre me hierve en las venas, espesa y caliente. El deseo arde, me duele y palpita.

—Sigue acariciándote, Alejandra. Continúa imaginándome empotrándote contra el espejo de ese probador; obligándote a mirar cómo te follo en cada uno de nuestros reflejos, rápido y duro. Todos al mismo tiempo empalándote desde distintos ángulos disfrutando de cómo te deshaces en mis manos.

Sus palabras son todo lo que necesito para que el ardor vuelva a crecer más fuerte. La sola idea de sentirlo hace que me pierda. Imaginar su miembro hinchado, llenándome y haciéndose uno conmigo, hace que mi cuerpo reaccione tensándose de nuevo y volviéndose líquido.

Mi orgasmo se aproxima...

—No puedo más... No puedo aguantar más —confieso inmersa en la desesperación.

—No hables. A no ser que sea para implorar.

Aprieto los labios llena de frustración y rabia.

—Agarraría mi miembro y lo restregaría por tu entrada, mojándolo con tu esencia resbaladiza, acumulada en tu ansiosa vagina, atormentándote...

—Lo siento. Perdóname —gimoteo, arrepentida; el deseo ardiendo en la entrepierna—. Diego, por favor...

—¿Ya suplicas? ¿Tan pronto? —pregunta, en tono afable y medio burlón—. No.

El ambiente denso del probador me hace sentir mareada por la necesidad y el mono, encontrándome allí donde el Amo quería que estuviera, fuera de control en un punto de no retorno.

—Ahora mismo te penetraría de golpe, volviéndome loco, golpeando mis

caderas contra tus muslos mientras me hundo en tu interior, embistiéndote fuerte y salvaje hasta que mojaras toda mi polla de ti... Córrete en ella, Alejandra.

Su orden queda vibrando en mi mente.

No necesito nada más para perder el poco autocontrol que me queda. Con un último contacto de los dedos, siento el devastador latigazo recorrerme desde los pezones hasta mi sexo. Todo mi cuerpo se agita y estallo gimiendo su nombre:

—Diego...

—No siempre podemos controlarnos, Alejandra... —pronuncia con una arrogante satisfacción, concedor de su victoria—. Esto no es un juego. Te estoy ayudando a conocerte a cambio de que cumplas mis reglas. No necesito que me provoques ni que te muestres rebelde. Así solo lo estropeas —desaprueba en voz baja, gélida como un témpano de hielo.

A continuación, cuelga, sin previo aviso, cortando los hilos que me mantenían conectada a su mundo, que se pierde en la lejanía como un globo inalcanzable. El murmullo impaciente de las clientas esperando al otro lado de la cortina resuena en el probador; me sumerjo de nuevo en la realidad de un espacio en el que estoy sola, sin él.

La sensación de vacío que le sigue me hace actuar sin pensar. Cojo el móvil en un arrebato irracional y me sacó una foto dispuesta a enviársela, pero, cuando estoy a punto de hacerlo, me detengo en seco y, en lugar de eso, escribo.

<Alejandra> Acabo de hacerme la foto que me pediste. Todavía mojada y semidesnuda, removiéndome ansiosa por que abras mis piernas y poder sentirte; el deseo resbalando por mis muslos; una imagen increíblemente sensual que recoge el anhelo, mi necesidad de ti y las ganas de dejarme fluir una vez tras otra hasta donde tú me pidas... La instantánea de un momento que te pertenece y que tendría que ser tuya porque fuiste tú quien prendió la llama que la hizo posible.

<Alejandra> Me encantaría enviártela, pero no lo haré, porque me he dado cuenta de que, si lo hiciera, me confundirías con una de esas chicas que te «persiguen para que caigas». No soy una de ellas. No merecía que me castigaras.

Dejo el móvil sobre el banco de madera con el corazón a mil y comienzo a

vestirme como una autómatas, con un nudo en el estómago. El sonido de un mensaje me pone en alerta y agarro el teléfono con una profunda y desagradable sensación de vértigo.

<Diego> ¿Castigar? No soy tu Amo, no eres mía. No tengo por qué castigarte ni ganas de hacerlo.

<Alejandra> Ya sé que no eres mi Amo, me lo dices continuamente.

<Diego> Has de tenerlo claro. Contestaré cuando pueda, opinaré cuando crea y si puedo ayudarte a obtener placer... Disfrútalo.

<Alejandra> No entiendo a qué viene eso ahora. Siempre lo he tenido muy claro.

<Diego> En ocasiones, actúas como si esperaras más de mí. No te voy a dar más porque no tengo más que dar. Simple.

<Alejandra> Me conformo con que me ayudes, con hablar contigo. No espero nada más. Yo también te lo he dicho mil veces.

<Diego> Pues no lo parece.

<Alejandra> Es la verdad, así que no me digas que no eres mi Amo una y otra vez. ¡No soy idiota!

<Diego> No soy tu Amo. No lo soy. Te lo diré las veces que crea necesario.

<Alejandra> ¡Tampoco yo soy tu sumisa!

<Diego> Ni yo quiero que lo seas. Ya no quiero hablar más por hoy. Que pases un buen día, Alejandra.

Ayúdame a recordar

JUEVES, 6 DE OCTUBRE DE 2016

Anoche volví a perderme en una nueva fantasía. Una fabricada con las sensaciones que Diego me provoca y retazos de nuestras conversaciones. Cuando evoco sus palabras en mi mente, me atrapan tejiendo sueños de los que me despierto mojada y anhelante. Nunca le veo el rostro, pero tiene que ser Diego... ¿Quién más si no?

Publicado por A.L. en 07.15

Etiquetas: Te contaré todos mis secretos

YA, SI ESO, LE MANDO UNA SOLICITUD AL REY ARTURO...

*No son las personas o cosas lo que te hace infeliz, sino tus pensamientos
sobre ellos.*

Dr. Wayne Dyer. Tus zonas erróneas.

—ALE—

—Estoy reventada. Los preparativos para la apertura de El Recreo me están matando —gimotea Paula, dejándose caer en el sofá como una muñeca de trapo.

—¿A quién tengo que pegar una paliza por estar explotándote? —pregunto, mitad en serio, mitad en broma, ante el lamentable estado en el que está llegando a casa desde que la nombraron gerente del club.

—Como si no lo supieras. —Me dedica una mirada burlona. Y lo sé, claro que lo sé. Que aun sin nombrarlo, el recuerdo de su cuerpo desnudo todavía consigue removerme algo por dentro y me da rabia—. De hecho, si te lo tiras, yo creo que podríais llegar a un acuerdo que me beneficie —apostilla, juraría que, en su caso, mucho más en serio que en broma.

—Toma, anda, señorita Gerente. —Le paso la cerveza que apenas había comenzado a beberme y me levanto a por otra antes de que lea en mis ojos aquello que no me atrevo a reconocer ni ante mí misma.

—David es jodidamente bueno en lo suyo, pero recuérdame que lo amordace en algún almacén recóndito y tire la llave, porque no conozco a nadie más perfeccionista y entregado al trabajo que él... —la escucho quejarse a lo lejos—. Bueno, sí... tú —sentencia con sorna al verme regresar—. ¿A qué esperas para contarme cómo te ha ido?

—Ya está hecho —confieso, con una sonrisa de oreja a oreja—. Le he dicho a Marisa que no voy a renovar el contrato.

Paula choca su botellín contra el mío y se lleva la mano al cuello, esbozando una mueca de dolor. Tiro un par de almohadones al suelo y, cuando le hago un gesto para que se acomode, ella se lanza emocionada, como si le hubiera tocado premio en una caseta de la feria.

—¡Qué rico! Sigue. No pares —suplica en cuanto siente mis manos deslizarse por sus cervicales, tratando de deshacer la tensión acumulada—. ¿Y cómo se lo ha tomado *Miss Tanga*? —inquire, movida por una curiosidad morbosa mientras suspira en éxtasis, a punto de tener un orgasmo terapéutico.

—Bueno... No es que esperara a la tuna entonando el *Adiós con el corazón*, pero pensaba que, por lo menos, fingiría entenderme y me desearía lo mejor en mi nueva etapa. Algo así como un «final feliz», falso pero civilizado. Si te digo la verdad, ha sido un episodio bastante desagradable. Parecía que su única fijación era humillarme con sus descalificaciones y reproches absurdos para quedar por encima —mi tono se ensombrece con el indigesto recuerdo.

—Eres una idealista, Ale —señala, a medio camino entre el cumplido y la regañina, como si eso justificara cualquier cosa que pueda contarle... pero en esta ocasión, no creo que explique el desasosiego que me ha provocado lo que he tenido que aguantar esta tarde—. Tú siempre esperas demasiado de las personas. Deberías confiar un poco menos en la naturaleza humana, especialmente si lo que tienes delante es a una arpía con traje de marca —me aconseja con dulzura, al tiempo que disfruta del improvisado masaje de emergencia.

—Se le ha metido en la cabeza que lo de reincorporarme a la docencia es una excusa barata y que me largo porque estoy celosa de que su hija me hubiera quitado el protagonismo en *nuestro* último proyecto... *Nuestro*, ¿eh? ¡Hay que joderse! Ni siquiera hoy ha sido capaz de admitir que Catalina no ha dado un palo al agua en estos tres años. —Continúo amasando con los pulgares los duros trapecios de Paula y, mientras sus músculos se van relajando, siento como los míos se tensan ligeramente con la narración de lo ocurrido—. Después, lo ha rematado diciendo que yo no soy nadie fuera de Catatur. «Para el mundo, Alejandra Leiva es lo que Marisa Correcher quiere que sea, ni más ni menos...» —la parafraseo, imitando su voz aguda, impregnada de soberbia y mala leche—. «Y en este preciso instante, no eres más que una desagradecida por dejarme tirada, creyéndote acreedora de mi gratitud por tu dedicación, que, dicho sea de paso, es insignificante comparada con la mía, que te di una oportunidad a ciegas y siempre he apoyado de manera desinteresada todas tus iniciativas».

Llegados a este punto, Paula se levanta como un resorte y regresa al sofá, moviendo el cuello a un lado y a otro como un boxeador antes de comenzar el combate.

—¿A quién tengo que pegar yo ahora por su abusiva amnesia selectiva? —pregunta con complicidad, y por la aspereza de su tono y la expresión contraída en su rostro, creo que, si se diera el caso, no dudaría en hacerlo—. Asumo que lo que *Miss Tanga* quería decir en realidad es que está inmensamente satisfecha por todo el dinero que le has hecho ganar pagándote una miseria. Por todas las horas extra que le has regalado, las dietas para trabajos de campo que no te ha abonado, las cagadas monumentales de la incompetente de su hija que has tenido que solventar... Vamos que, si me apuras, si enumera todo eso en la carta de recomendación, a cualquiera que la lea le van a entrar ganas de beatificarte o pegarte dos hostias por exceso de filantropía.

—¿Carta de recomendación? —repito con sarcasmo—. Cito textuales sus palabras: «Llegados a este punto, te agradecería que no esperes recomendación alguna por mi parte, y así evitarás el desagradable trago de decirles a tus futuros jefes quién es desde este momento Alejandra Leiva para mí...».

—Se merece que no termines lo que quiera que estés haciendo ahora —sentencia con la solemnidad de un juez del Tribunal Supremo

—No es mi estilo, Paula. Nunca me largaría dejando inacabado un estudio. No por ella, por mí... por una cuestión de responsabilidad y de principios.

—Lo que yo te diga. —Deja escapar un dramático suspiro, sin saber aún el as que me estaba guardando bajo la manga—. Ya si eso, le mando una solicitud al Rey Arturo para que os haga un hueco como caballeros de la Mesa Redonda a ti, a David y a vuestro exacerbado sentido del compromiso. ¡Qué cruz! ¡Con menudos dos me ha tocado lidiar! —Se ríe mientras esquiva el cojín que le tiro a la cabeza, y su sonrisa pasa de traviesa a malvada en cuestión de segundos.

—En dos semanas seré libre y podré largarme de allí... —consigo pronunciar antes de que un proyectil de plumas se estampe en mi cara—. ¡Ey! —protesto ante su respuesta a mi frustrado ataque.

—Te lo tienes merecido por marcharte salvándole el culo y engrosando sus bolsillos. —Se repantiga en el sofá y pone los pies sobre la mesita del comedor, tremendamente complacida consigo misma—. ¿Y tú que le has dicho? —continúa su interrogatorio.

—Nada. Ella tiene formada una imagen de mí, y yo no tengo por qué convencerla de cómo soy o dejo de ser, ni me apetecía hacerlo.

—Seguro que te hará la vida imposible lo que te queda de contrato.

—Seguro que no. ¿Idealista? Puede, pero también tengo mi orgullo —repongo misteriosa—. Si la he dejado desquitarse a gusto es porque tenía un modo mejor para hacer que se tragara sus palabras sin necesidad de gastar saliva. —Paula alza una ceja inquisitiva y le devuelvo una sonrisa de suficiencia—. Cuando ha llegado mi turno, le he recordado que sobre *mi* mesa se encuentra, todavía por acabar, una metodología de inventariado adaptada al turismo de interior para entregar en dos semanas y, a continuación, le he dado dos opciones... Le he dicho que o redactaba una carta de recomendación justa y objetiva que resuma mi trayectoria profesional bajo sus órdenes y me abonaba todas las horas extra que tuve que hacer el mes pasado a causa del famoso proyecto que, se supone, motivó mis celos... o, de lo contrario, abandonaba Catatur esta misma tarde para no volver, dejando el boceto sobre *su* escritorio, para que lo termine *su* querida hija y sea ella quien lo presente al cliente el día veintiuno. Esa era mi baza, un farol como una casa. —Mi mejor amiga sonrío en anticipación al desenlace—. Ella ha respondido con petulancia que no iba a hacer nada de eso y que, si se me ocurría salir por la puerta, no cobraría el mes; yo he insinuado, con cara de póquer y cruzando los dedos mentalmente, que me la traía al paio; ella ha tragado saliva y he podido atisbar su expresión acojonada antes de enfilarme hacia la salida de su despacho y, cuando ya estaba a punto de alcanzar el pomo, me ha detenido para informarme de que tendría la carta en mi escritorio, antes de finalizar la jornada y de que, a cambio de las horas extra, me concedía la última semana de vacaciones. Dudo mucho que se atreva a tocarme las narices en lo que queda de octubre.

—¿Y dices que no has tenido un «final feliz»? Daría lo que fuera por haber visto su cara.

—Bueno, en realidad debí matizar que fue Marisa quien no lo tuvo.

—Extiendo mi botellín para chocarlo contra el suyo y brindo por ello.

—Tenemos que celebrarlo. Lo de hoy merece pasar a la historia con una noche loca a ritmo de salsa. —Se levanta de pronto y se pone a hacer el payaso mientras empieza a bailar.

—Déjate de noches locas —la contradigo y amago una sonrisa por cómo aprovecha el tirón para invitarme por enésima vez a la inauguración de no sé qué sitio que llevo declinando desde hace días—. Tú estás reventada y yo no

sé ni las horas de sueño atrasado que tengo que recuperar este finde.

—No seas aguafiestas, *mamita* —pronuncia con acento caribeño—. Tienes que desconectar un rato de tanto proyecto y tanta mala leche. Así que ve pensando lo que te vas a poner porque en unas horas «vas a reír, vas a gozar. Vivir tu vida, la, la, la, la, la »... —tararea desafinada y a pleno pulmón su particular versión del famoso tema de Marc Anthony, y tan solo por hacerla callar, acepto. Bueno, por eso y quizás por algo más...

¿Y si lo que busco no existe?

VIERNES, 7 DE OCTUBRE DE 2016

Necesito echar un polvo. Uno que ponga fin a esa tensión constante que acompaña a mi cuerpo desde hace meses. Pero nada de un encuentro que se reduzca a un magreo estandarizado para correrte en compañía. Hablo de pasión, de necesidad y pérdida... Esa clase de sexo que se transforma en un impulso irracional que te guía hasta alguien sin saber por qué, en la necesidad obsesiva de tocarlo, de provocarlo, de disfrutar aguantando las ganas, alargando esa sensación electrizante todo lo posible hasta convertirla en algo insoportable, fuerte e intenso; en un fuego devastador. En el cálido aliento que sale furioso contra su piel, presa de algo que consigue entorpecer tu autocontrol, haciendo que te abandones al instinto, arrollada por sensaciones que te superan, fantasías que te avergüenzan y te excitan como nunca antes en tu vida, dejándote con la ropa interior mojada, muriéndote por que te folle fuerte y salvaje, hasta deshacer los nudos internos que te oprimen y revelar una versión de ti misma que solo emerge cuando está cerca.

Hablo de perderte hasta no reconocerte más que en el brillo lascivo de sus ojos; en el tacto obsceno de la yema de sus dedos recorriéndote; en el hambre inherente a sus caricias; en la urgencia por descubrir cada centímetro de tu piel y marcarla como suya, tejiendo un recuerdo adictivo, que humedecerá tu sexo y lo estremecerá una y otra vez al recordarlo, aumentando el mono y el deseo; la desesperación por que te calme, te llene y se alimente de ti de nuevo, hasta el punto de necesitar borrarlo de tu mente para no volverte loca. Esa es la clase de sexo que yo busco... aunque sé que no será el que encuentre esta noche... ni siquiera si llegaré a hacerlo alguna vez.

Publicado por A.L. en 22.15

Etiquetas: Cábalas existencialistas de una aspirante a perder el control

* * *

—*Ya por la noche, de madrugada*—

—Vale, tienes razón, necesito un buen polvo. ¿Contenta? —convengo para hacerla callar, porque se ha pasado la última hora con la misma cantinela tras llegar a la pervertida conclusión, después de verme cenar espárragos blancos con mayonesa, un par de salchichas alemanas *Bratwurst* a la plancha y un plátano de postre, de que hasta mi subconsciente está cachondo.

—No, señorita —me corrige con aires de maestra de Primaria resabiada mientras se acomoda en el asiento del conductor—, un «buen polvo» era lo que necesitabas hace casi año y medio cuando rompiste con el capullo de tu ex. Eso que tu cuerpo te está pidiendo a gritos ahora mismo es pillar por banda a un tío con la manguera de un bombero, que te folle hasta quedarse seco y que tenga que venir una ambulancia para llevárselo en camilla directamente a la UCI a que se la plastifiquen —afirma con absoluta convicción, ajustándose el cinturón de seguridad.

Paula, siempre tan comedida y delicada.

—Si encuentro lo que busco esta noche, te prometo que seguiré tu recomendación. —Alzo tres dedos y apoyo la yema del pulgar sobre la uña del meñique, imitando la señal *scout*.

—Con respecto a eso, ya te ahorro yo la pérdida de tiempo y la decepción. Ale, «lo que tú buscas» ni siquiera creo que exista —sentencia con solemnidad, imitando la voz de Darth Vader—. Sé realista. Has pasado del revolcón convencional con un españolito medio a querer que te empotre contra la pared *El Capitán Orgasmo*, y ¡uff! —bufa con exageración, negando con la cabeza, mientras se incorpora a la circulación—. Estamos hablando de elevar el sexo a la categoría de experiencia religiosa a lo Enrique Iglesias, y eso de correrse y levitar al mismo tiempo creo que no lo consiguieron ni los *hippies* en el Festival de Woodstock del 69, y mira que ellos se metían de todo como para ver pitufos chuflándoles la flauta. —Me río con ganas por su ocurrencia, y ella me acompaña—. Además —Paula se detiene en el semáforo en rojo, muda su expresión divertida a una de fingida severidad y me clava la mirada con una ceja levantada, retomando su retorcida misión de seguir tocándome las narices—, hasta donde yo sé, tampoco es que tu vida sexual con Roberto sirviera para inspirar una novela porno de esas que se escriben ahora.

—Pongo los ojos en blanco, todavía con un rastro de sonrisa en los labios, que contrasta con ese gesto de asco que a Paula le nace solo en cuanto mi ex sale a relucir en la conversación—. Tras haberte conformado durante años con una hamburguesa de cerdo de dos euros, de pronto, pretendes disfrutar con todos los sentidos de un delicado solomillo de *wagyu* a ciento setenta euros el cuarto. Y qué quieres que te diga, entre medias existen otro tipo de carnes igualmente sabrosas, mucho más accesibles y fáciles de encontrar en un sitio como al que vamos.

No puedo enfadarme con ella por lo que dice. Mientras Roberto y yo estuvimos juntos, fue inevitable acostumbrarse a una vida sexual *tradicional* porque era lo único que conocía; entonces, me costaba reconocer que mis fantasías nada tenían que ver con lo que mi pareja me brindaba y terminé creyendo que, dentro de lo normal, era lo mejor que iba a encontrar. ¿Había orgasmos? Sí. Pues ya está. ¿No es eso lo más importante? —véase la ironía—. Pero cuando la relación terminó, me di cuenta de que me estaba engañando a mí misma y decidí no quedarme con la duda. Aun así, encuentro injusto tachar a mi ex de mal amante. No creo que el problema fuera él, sencillamente yo necesitaba una *intensidad* que era incapaz de ofrecerme.

—No sé qué te hace pensar que el sexo con Roberto fue malo. Puede que ahora me encuentre buscando algo completamente diferente, pero siempre fue atento y generoso con mi cuerpo —la contradigo en plan salomónico.

—Sí, claro. Hasta que aterrizó en Madrid y comenzó a deshacerse en atenciones hacia el cuerpo de otra. Estoy convencida de que ni siquiera recuerdas vuestro último polvo.

Y lo cierto es que no, no lo recuerdo, me reconozco a mí misma en silencio con un deje amargo, ya no por no conseguir evocar en mi memoria la última vez que me hizo el amor, sino porque ni siquiera consigo acordarme de nuestro último beso o el último abrazo con el que me hizo sentir que yo era lo único que le importaba en este mundo.

Tampoco recuerdo cómo reaccionaba mi piel ante su tacto, el calor que emanaba de la suya o la forma en que encajaba con su cuerpo cuando me envolvía entre sus brazos. No recuerdo su olor, ni si la cabeza me daba vueltas con el roce de sus labios, o era capaz de hacerme sentir totalmente ida con una caricia, y experimentar las ganas en cada poro de mi piel. No recuerdo si su aliento me emborrachaba, ni si llegué a perder el equilibrio con alguna frase subida de tono, o alguna vez se me desbocó el corazón, deseando tocarlo de un modo demencial.

Nunca me había parado a pensar en ello. En cómo terminé olvidándolo todo, hasta borrar incluso ese tipo de recuerdos. No queda nada. Tan solo la vaga sensación de que, quizás, algo de eso ocurrió, pero no fue lo suficientemente... ¿qué? ¿importante? ¿apasionado? ¿verdadero? para grabarse en mi memoria.

Y esa sensación de vacío me abruma, porque es desconcertante no recordar a alguien que te amó durante años, mientras que sí soy capaz de reproducir al detalle en mi cabeza cada segundo del único encuentro que tuve con ese completo desconocido que sigue siendo Diego.

Paula me concede una tregua cuando comienza a tararear una canción que la vuelve loca, y me abandono a la rememoración de los últimos meses de la relación con mi ex.

* * *

—*Dos años atrás*—

Va a hacer siete meses que Roberto está en Madrid por motivos de estudios. Cuando tomó la decisión de cursar un máster a trescientos y pico kilómetros de distancia, no estábamos pasando por nuestro mejor momento, y su idea amenazaba con convertirse en el principio del fin, a no ser que fuéramos capaces de arreglar las cosas a tiempo.

Han sido meses muy largos, y la separación no ha hecho otra cosa que alejarnos un poquito más si cabe, aunque él se empeñe en negarlo; es muy propio de Roberto mirar hacia otro lado, esconder los problemas bajo la alfombra. Hace tiempo que no sé lo que siento, como si se me hubiera entumecido el corazón y llevara los últimos doce meses haciéndole el boca a boca al cadáver moribundo de esta relación a distancia.

Romper, en nuestro caso, sería algo tan sencillo como sumar dos y dos, pero uno de los dos tiene que dar ese paso, y tengo claro que él nunca lo hará. Es evidente que solo necesitamos un empujoncito para reaccionar.

—Hoy se me acercó Jenny para comerme la boca y me aparté —confiesa con naturalidad, al otro lado del auricular.

No sé qué me molesta más, si la posibilidad de que esté tonteando con otra o el modo en que me lo cuenta, como si estuviera hablando del tiempo en un ascensor.

—¿Qué estabais haciendo para que se acercara? —pregunto, curiosa, sin poder evitarlo, aunque nunca haya sido una novia posesiva, celosa o

desconfiada.

—Nada. Estábamos de risas —contesta, restándole importancia—. Me había quitado unos apuntes y yo trataba de que me los devolviera y pim, pam, pim, pam...

«¿Perdón?».

No soy posesiva ni celosa ni desconfiada, pero tampoco gilipollas.

—¿Pim, pam, pim, pam? ¿Tú estás idiota o qué? O mejor dicho, ¿te crees que la idiota soy yo? Una tía no se te lanza al cuello si tú no le das pie.

—Cielo, yo solo estaba jugando. Debí de malinterpretar las señales. Además, cuando trató de besarme, le hice la cobra. ¿No es lo que cuenta al fin y al cabo? Sin beso no puedes enfadarte conmigo.

—¿En serio? ¿Y qué hubiera pasado si tú y yo no estuviéramos juntos? ¿Te hubieras apartado también?

—No lo sé... Mmmm... Quizás no.

—¿Estás admitiendo que esa tía te gusta? —inquiero, incrédula.

—Hombre, pues... —Roberto vacila y duda si le estoy preguntando o acusándolo directamente de algo.

—¿Te gusta o no te gusta? —repito, elevando el tono algún que otro decibelio.

—Yo... —titubea—. Alejandra, tú me gustas más.

Era que pasaba un ángel

LUNES, 12 DE ENERO DE 2015

Me pregunto qué hay detrás del callejón sin salida. Qué encontraré tras ese muro que no puedo salvar y me obliga a volver sobre mis pasos hasta esa bifurcación que conozco de memoria.

Me pregunto qué hay detrás de ese silencio que martillea el día, recordándome que ya me resulta familiar el ángel de Silvio Rodríguez. Que lo saludo al pasar porque es el único que me sonríe, aunque sé que su sonrisa es egoísta, porque él fue quien nos dejó sin voz, quien nos robó el amor.

Me pregunto a qué espero.Cuál es la señal que me permitirá actuar.Cuál será el momento propicio para que duela menos. Necesito pasar ese duelo para olvidar y seguir adelante, para ser yo quien bese en la mejilla a ese ángel que hace meses me susurró al oído que había llegado el final.

Publicado por A.L. en 18.04

Etiquetas: Pensamientos huérfanos

10

PASADO Y QUESO GRUYER

El tiempo ayuda a que se cicatricen las heridas, a enterrar el pasado y desconocer aquello que un día constituyó una parte importante de tu vida. Luego ya no queda nada, ni tan siquiera el vacío, el silencio o los secretos.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

—Admítelo, Ale. Cualquiera diría que perdiste todo el interés por el sexo desde incluso antes de romper con él, como el que abre la nevera y, al ver siempre lo mismo, se le quitan las ganas de comer. —Paula vuelve a la carga y me sobresalta. Me estaba quedando medio dormida, perdida en mis pensamientos.

Por una vez, la hipótesis de la experta en teorías que es Paula no se ajusta a la realidad. Me encanta el sexo, conozco mi cuerpo a la perfección y soy multiorgásmica. Si no follo más es porque no me van los rollos de una noche. ¿Quiero experimentar cosas nuevas y salir de esa zona de confort sexual que me es familiar? Sí. ¿Con el primero que se me ponga a tiro para echar un casquete? No. Eso sería como ponerle en las manos unas tijeras a alguien adicto a los canales de belleza de YouTube y pedirle que te corte un *bob* con flequillo. ¿Lo harías? Pues igual. Ni me quita el sueño follar ni pienso hacerlo a toda costa.

Tras despertarme en aquella cama de hotel con el congresista después de decidir *regresar al mercado* por la puerta grande tras mi etapa de *duelo*, abandoné la *suite* desencantada, incómoda e insatisfecha, y no era precisamente como esperaba sentirme tras hacer realidad una de las fantasías que cualquiera que se precie tiene en su *top ten* de sueños húmedos más recorridos.

Puse las tijeras en las manos equivocadas y salí trasquilada, por lo que me

prometí que nunca más volvería a hacer algo parecido si no era con la persona adecuada.

¿Qué falló? No tengo ni puñetera idea... o, bueno, sí; si soy sincera, el tío. Su actitud, su comportamiento. Ese no sé qué que sabes que no existe si tus bragas no se desintegran por combustión espontánea y te pones a hiperventilar con solo verlo parpadear, como ocurre en las novelas. Ya, sí... que para eso el autor suele incluir entre sus páginas la advertencia de que «cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia». Llámame idealista, pero no pienso parar hasta experimentar esa *casualidad*.

—Es como si después de Roberto hubieras asumido que todos los tíos son igual de aburridos —continúa con su perorata—. Y ahí te equivocas. Si bajas un pelín el nivel de exigencia y le das una oportunidad a alguno, puede que te lleves una grata sorpresa.

—Olvidas que ya he dado esa oportunidad —le rebato, haciendo alusión a Diego.

De hecho, si le permití colarse en mi vida fue porque me pilló en un momento de búsqueda en el que me sentía perdida y necesitaba que alguien como él me guiara. Y así fue como comencé a conocerme a través de su particular visión de la realidad, atrapada en el espejismo de ese mundo en el que me he ido adentrando a través de sus ojos y que *parece* satisfacer parte de mis necesidades. Con él tengo la sensación de sentirme a salvo. Me lleva a hacer cosas que jamás se me ocurriría si no fuera de su mano. Me da esa confianza que necesito para volver a ser yo poco a poco; la de antes de cruzarme con Roberto o, quizás, esa que nunca llegó a revelarse y que ahora está emergiendo con fuerza. Me brinda la posibilidad de experimentar sin riesgos, porque el hecho de no vernos es cómodo, aunque también empieza a ser insuficiente, y porque es de ese tipo de tíos del que crees no poder enamorarte. Con Diego es como si el sexo se encontrara en un universo paralelo inexplorado, en el que descubres algo nuevo cada día... y eso engancha.

—A ver cómo te lo explico... Lo de ir regalándole tus orgasmos virtuales al *Príncipe de las Mareas* como si fuera una ofrenda floral a la Virgen en pleno mes de mayo no computa como sexo del bueno... Además, lo mejor que puedes hacer después de su desplante del otro día por negarte a enviarle fotos en paños menores es olvidarte definitivamente de ese imbécil. Deberías echar un casquete como Dios manda y reservar el onanismo para relajarte cuando estés estresada. —Paula contrae el gesto y puedo ver como sus dedos se

tensan en torno al volante.

A Diego todavía lo aborrece más que a Roberto. Cuando le hablé de él por primera vez, me reservé el detalle de que era un *dómine* porque no creí que comprendiera mi atracción hacia la D/s. De todas formas, no le cayó nada bien y desconfió de él desde el principio. Cuando le confesé lo que era, mi mejor amiga se volvió todavía más inflexible. Y no entiendo esa vehemencia con que arremete contra él sin ni siquiera conocerlo. No en vano para ella es un engreído insufrible e incoherente que me marea; de ahí el mote que le ha puesto con tan mala leche.

No obstante, por esta vez, tengo que darle la razón, aunque sea a medias. Si bien olvidarme de Diego por toda la eternidad todavía no lo creo posible, después de su comportamiento del miércoles no me apetece lo más mínimo pensar en él esta noche, así que cambio de tercio, antes de que Paula se emocione y se dedique el resto del trayecto a ponerlo de vuelta y media.

—¿Tú crees en el amor? —me adentro en una cuestión que me ha estado martilleando desde que Roberto acaparó el protagonismo de esta conversación.

—¡Uff! Menuda preguntita —bufa resignada, aunque casi puedo ver sus neuronas dando saltitos de alegría, porque si algo le pierde a Paula es especular con la metafísica—. Yo creo en mí. Hace mucho que aprendí esa lección, y más después de lo ocurrido con Mateo. Estoy harta de que nos vendan esa visión del amor que nos reduce a algo fragmentario que debemos rellenar con nuestra media naranja. Lo de aspirar a montar un puzle de dos piezas para alcanzar la felicidad plena me toca un poco las narices. Para mí, el amor consiste en dejar la puerta abierta para que entre aquel que desee quedarse a mi lado como resultado de la libre elección de compartir su tiempo conmigo, no de una necesidad motivada por la dependencia o la sensación de encontrarse incompleto. No deseo que nadie se aferre a mi cuello como un naufrago a la deriva que precisa que lo rescaten, como no pienso escoger a nadie bajo la premisa de que llene mis vacíos, porque prefiero ser yo quien corra los riesgos para encontrar lo que me hace feliz y no que mi felicidad dependa de la obligación de hallar un alma gemela para poder sentirme una *persona completa*. No pienso cederle mis ojos a alguien que dice quererme para que me mire y me diga cuál es mi propio criterio, en nombre del amor. —De pronto, pega un frenazo ante la incorporación de un coche que ha salido de la nada y, después de hacerle la peineta y acordarse de su familia en voz alta, me mira de reojo y, como si nada hubiera pasado, me devuelve la

pregunta con ese tono profesional que usa cuando emerge la psicoanalista que lleva dentro—. ¿Qué me dices de ti, Ale?

—Mmm... En mi caso, me basta una sola palabra para definir lo que yo entiendo por amor: libertad. Libertad para ser auténticamente quien soy. Que quien se enamore de mí no lo haga de mis potencialidades o aquello en lo que pudiera convertirme si lograra cambiarme o modelarme a su gusto, sino de lo que ve en este instante. Lo que soy en este momento, haciendo que me sienta libre para mirarlo a los ojos «desnuda», sin miedo a que se vaya. Si eso falla, no creo que sea amor.

—Oye, ¿y a qué viene esa pregunta? —inquire, suspicaz, mientras se tensa ligeramente.

—Creo que no estaba enamorada de Roberto. Por lo menos, no como se tiene que estar. —Mi mejor amiga deja escapar un bufido de alivio, como si mi respuesta no fuera lo que esperaba que dijera y que casi puedo imaginar... «Amor + Diego = Urticaria de Paula».

—Ya sabes que no era lo que se dice fan suya —disimula, centrándose en mi ex—, pero cuando te enteraste de que se tiraba a su compañera de piso, no te vi tocar la pandereta, precisamente.

—A nadie le gusta que lo sustituyan.

—No creo que fueran los cuernos que te puso lo que más daño te hizo. Más allá de herir tu orgullo, ese final tan poco elegante provocó que algo se rompiera dentro de ti, que algo cambiara.

—Era mi mejor amigo y me traicionó... Puedo esforzarme por entender su infidelidad, pero no la mentira. De todas formas, es cierto eso de que el tiempo lo cura todo. Mi pasado con él se ha vuelto tan difuso que apenas consigo recordar ocasiones muy puntuales. Si realmente hubiera sido feliz con él, debería poder recordar por lo menos los buenos momentos, ¿no? Pero esos tampoco los conservo —admito con pesar.

Paula se encoge de hombros, sin desviar la vista de la carretera.

—El ser humano está programado para bloquear aquello que le hace daño. Creamos vacíos en nuestra memoria, convirtiendo nuestro pasado en un queso gruyer con una estructura frágil y caprichosa en la que no tienen cabida los episodios negativos. Sin embargo, yo por lo menos soy de las que piensan que, cuando llega el final, los buenos momentos pueden llegar a ser incluso más dolorosos que los malos. Nos recuerdan lo que hemos perdido. Por eso, quizás, a veces se nos va la mano, y además borramos aquello que sí nos hizo felices. También pudo ocurrir que confundieras tus sentimientos y que, como

dices, no estuvieras exactamente enamorada. Eras muy joven cuando lo conociste.

—Tampoco tanto. Tenía veinte años cuando empezamos a salir.

—Roberto y tú sois tan diferentes que terminar juntos fue un atentado a las leyes de la probabilidad. Nunca entenderé qué te atrajo de él, la verdad. Tan hermético y tan «chufas». Te juro que jamás he conocido a nadie con más horchata en las venas. —Paula aprovecha el tirón para despotricar contra Roberto y yo le lanzo una mirada significativa para que no coja carrerilla.

—Bueno, supongo que nos dejamos llevar en aquel viaje de la universidad, ¿recuerdas?

Mi mejor amiga me mira como haría una niña traviesa que acaba de hacer una trastada y no quiere que la castiguen.

—Quizás debería asumir que, después de todo, fui yo la culpable de que entrara en tu vida. Si no me hubiera ligado a Paul, tú no tendrías que haber dormido con Roberto en su habitación.

—Eso es una tontería —la tranquilizo con sinceridad—. Nadie nos obligó a pasar juntos aquella noche. Aquí los únicos responsables de lo ocurrido en ese viaje fuimos nosotros, como también lo fuimos de nuestra ruptura.

Apoyo la cabeza en el cristal, y el recuerdo de aquel instante aparece como un *flash* cegador.

* * *

—*Primavera de 2015, hace dos años*—

—Llámallo. Te apuesto cincuenta pavos a que, si lo presionas un poco, acaba confesando que ya se la ha tirado —Paula rompe el silencio, al borde de la desesperación por que me haya pasado la última media hora mareando la comida en mi plato, con la mente en otra parte.

—Paula, déjame en paz. No pienso llamarlo para satisfacer tu curiosidad morbosa —reacciono con brusquedad, no por ella, sino por esa idea que lleva rondándome la cabeza desde hace semanas y que me es imposible ignorar.

—Cincuenta pavos y esa camisa que tanto te gusta —insiste, fingiendo despreocupación mientras sus ojos reflejan todo lo contrario—. Necesitas salir de dudas. Si sigues en este plan, conseguirás caer enferma.

—A lo mejor solo estoy sacando las cosas de quicio. Roberto no me haría algo así.

—O sí. —Chupetea sus dedos cubiertos del ketchup y la mayonesa que chorrea de la hamburguesa de dos pisos que se está zampando—. No lo sabrás hasta que no te enfrentes a él y pongáis las cartas sobre la mesa de una puñetera vez.

Suspiro resignada, porque sé que tiene razón.

—Tengo miedo.

Pega un último bocado y se levanta a coger el rollo de papel de cocina para limpiarse las manos, la cara y el estropicio que ha causado en la mesa. Después, alcanza mi móvil, que había olvidado sobre la encimera, y me lo ofrece.

—Cien pavos y te presento a un *boy* para que te tomes la revancha —bromea para quitarle hierro al asunto—. Es por tu bien. Yo no pienso moverme de aquí. —Me sonrío con ternura, y en su expresión puedo ver que está sintiendo antes que yo mi dolor por algo para lo que solo existe un desenlace posible, que en su caso tiene muy claro y que, en el mío, pese a ser consciente de ello, sigo negándome.

Agarro el teléfono y marco su número sin pensar demasiado, tratando de obviar los nervios que hacen que me tiemble ligeramente el pulso. Un sudor frío me recorre la espalda y, a cada tono de llamada, mi corazón se acelera más y más. Roberto descuelga al quinto tono.

—Hola, cariño, ¿cómo te va? —Me esfuerzo por mostrarme natural, pero la tensión de mi cuerpo se refleja en la inflexión de mi voz, un tanto forzada.

—Aquí, como siempre.

El tono de Roberto tampoco es normal. Mi intuición confirma que algo no anda bien.

—¿Vendrás para las Fallas, como teníamos planeado?

—No sé. Estamos en plena temporada de exámenes y tengo que estudiar. Además, cada vez que voy es una pasta en tren o en gasolina. Entiéndelo. Necesito el dinero para pagar el piso. Vivir en Madrid es muy caro.

Su manera excesiva de justificarse me pone a la defensiva ante algo que empieza a vislumbrarse de una manera más que evidente.

—Ya veo. Prefieres reservar tu tiempo y tu dinero *para otras cosas* —respondo con ironía.

—¿Estás tratando de decirme algo?

—¿Se te ha vuelto a lanzar tu compañera de piso desde lo del beso? —suelto a bocajarro.

Los dos contenemos la respiración.

Trago saliva. Creo que él traga saliva también. Y su silencio se enreda con el mío, creando un espacio vacío que en realidad no importa cómo llenemos, porque esta discusión es solo una excusa. Porque la decisión está tomada desde hace tiempo, aguardando detrás de las sombras. Tras unos segundos que se me hacen eternos, por fin habla.

—Hace unos días salimos juntos una noche... —se interrumpe y deja inacabada una frase que queda suspendida en el aire, preñada de malas noticias, de excusas, de un arrepentimiento que se puede incluso respirar desde aquí.

—Salisteis una noche. ¿Y? —lanzo mi pregunta a punto de perder los nervios por su languidez.

—Jenny y yo nos enrollamos —pronuncia en voz tan baja que apenas lo oigo.

Su confesión me golpea desde un ángulo extraño y me hace perder el equilibrio. Siento su impacto en el centro del pecho. Un dolor demasiado intenso, como si, aparte de haber dañado mi corazón, algo más se hubiera roto en mil pedazos. Algo más frágil e irreparable: la confianza.

El nudo que presiona mi estómago se hace más fuerte, y un sabor agrídulce empieza a subirme por la garganta. Trago saliva para dejar espacio a mis palabras, que parecen haberse quedado atravesadas como si ninguna se atreviera a salir o todas desearan hacerlo al mismo tiempo.

—¿Te has acostado con ella?

En realidad, no me hace falta que conteste. Conozco la respuesta. Son ese tipo de cosas que sabes sin que nadie te las diga, pero que ignoras a propósito, esperando el momento adecuado en que te sientas lo suficientemente fuerte para enfrentarte a ellas.

El problema es que no existen instantes adecuados para que tu mundo cambie y, a menudo, son otros los que deciden por ti ese momento.

Y duele. Porque suelen elegir uno en el que te sientes más frágil y vulnerable que nunca.

Duele. Porque pese a creer que estarías preparado para encajar el golpe, cuando finalmente ocurre, resulta ser mucho más duro que nada que pudieras haber imaginado.

—Álex, espera a que nos veamos y hablemos de ello en persona. Iré para allá estas Fallas, te lo prometo.

Resoplo crispada. Estoy harta de esta situación, de parecer estar atrapada en la casilla de salida hacia un destino que ambos conocemos, pero que nunca

alcanzamos porque ninguno de los dos tuvo el coraje suficiente para admitir lo que pensaba en voz alta.

—No. No me da la gana esperar, Roberto. —Noto toda la tensión de mi cuerpo deseando liberarse de algún modo—. Habla. Di ahora lo que tengas que decir. Escúpelos de una vez.

—Álex, tú y yo... Nosotros hace tiempo que...

Su vacilación y que no sea capaz de admitirlo con todas las letras consiguen que me hierva la sangre.

—¿Qué, Roberto? ¿Hace tiempo que nos va mal y te acuestas con otra para ver si nos va mejor? —Siento como el vaso comienza a desbordarse. Respiro hondo e intento calmarme.

—Preferiría no hablar de esto ahora.

—¡Ah, claro! Qué desconsiderado por mi parte... Ya si eso, me avisas cuando te venga bien hablar de ello y vemos cómo lo hacemos —elevo la voz, casi histérica, porque su falta de arrojo puede conmigo.

—¿Hacer el qué?

Me quedo en silencio, pensando en la respuesta más sincera posible a esa pregunta que llevo haciéndome desde hace semanas... puede que desde hace meses. Que actúe como si no fuera consciente de la gravedad de lo que ha hecho es lo que necesito para dar el siguiente paso.

—Echarnos a la cara mutuamente cómo hemos llegado a esto y cortar la relación de una vez. Eso...

Mi corazón se rompe un poco más al pronunciar esas palabras envenenadas por el desengaño y la frustración ante lo que está ocurriendo, y lo odio por haber sido él con su traición quien las provoca, pero ya no hay vuelta atrás. Pudo haber sido de otra forma, pero no ha sido así. El dolor deja paso a una rabia irracional y contenida que llevaba mucho tiempo consumiéndome por dentro en silencio.

—¿Cortar? Álex... Álex, yo no pretendía... No quería hacerte da...

—Ahórrate las explicaciones, Roberto —lo interrumpo con aspereza—. ¿Sabes lo que más me duele? No, no lo sabes. ¿Tú que vas a saber? Lo que más me duele es que seas un cobarde y que me hayas mentido. Si querías libertad para acostarte con ella, haber sido honesto contigo y conmigo, con ambos. Si lo nuestro no tenía solución, por lo menos podríamos haber quedado como amigos. Hasta que te tiraste a esa Jenny, era lo único que teníamos que valiese la pena. Ahora, ya no queda nada por salvar.

—Alejan... —Cuelgo y dejo que mi nombre se muera en sus labios

mientras mi mundo se desmorona delante de mis ojos.

* * *

—2015. *Dos semanas más tarde*—

Hace unos días, Roberto vino a casa a recoger sus cosas. Aquella tarde tuvimos esa conversación pendiente que debería seguir a toda ruptura telefónica o a través de cualquier otro medio impersonal, aunque solo sea para concedernos a nosotros mismos y a la relación la importancia que merecemos, poniéndole fin en persona.

Estaba desmejorado y confundido por que no hubiera respondido a sus mensajes en las últimas semanas, igual que un niño travieso que se arrepiente de lo que ha hecho sin llegar a ser realmente consciente del alcance de sus actos. Actuaba como si solo hubiéramos tenido una discusión tonta, y su visita a Valencia y pedirme perdón fueran suficientes para solucionar lo nuestro. Se me escapó la risa inevitablemente por la actitud que estaba teniendo conmigo, tan predecible. Por quedarse como siempre en la superficie y no pensar demasiado en las cosas, alimentando la fantasía de una existencia feliz y sin complicaciones. Así que, en lugar de enfadarme por que siguiera sin entender una mierda, me limité a sentir lástima por él por no darse cuenta de que no soy lo más importante que ha perdido con esta historia, de que hay comportamientos que jamás deberían ser una opción ni modularse en función de las circunstancias o de quien tenemos delante porque te determinan como persona; de que el día en que decidió traicionar mi confianza también se estaba traicionando a sí mismo, al hombre íntegro y sincero que creía ser, y que esa era, en el fondo, su mayor pérdida.

Con todo, me pareció tan frágil y vulnerable que, cuando me rogó quedarse a dormir esa noche para abrazarme por última vez, no pude negarme. Creo que fue la mejor y la peor decisión de toda mi vida. Un momento raro, de esos que se transforman en un punto de inflexión a partir de los cuales tienes claro que todo será diferente.

Nos tumbamos en la cama uno junto al otro, sin apenas rozarnos, experimentando esa familiaridad de lo conocido y, a la vez, sintiéndonos tan extraños. Ninguno de los dos se movió ni dijo nada hasta que Roberto quebró el silencio con su voz teñida de añoranza, susurrando para sí mismo la partitura de una hermosa despedida, sabiendo que era el final... invitándome a

recordar.

«¿Recuerdas aquel ramo de rosas enorme que te envié a la universidad por San Valentín nuestro primer año? —me dijo—. Cuando trataste de llevártelo a casa en la cesta de tu moto, abultaba casi más que tú, y la imagen era tan graciosa y llamativa que la gente te hacía fotos pensando que formabas parte de la campaña publicitaria de alguna floristería para vender más el Día de los Enamorados...».

No sabría decir cuánto tiempo dedicó a recortar nuestro pasado, pegando cada instante en un *collage* imaginario que se iba revelando ante nuestros ojos como el mapa perfecto de una historia que, después de todo, no había sido tan impecable. Pero mientras él rescataba sus momentos favoritos, recreándose en ellos, comencé a sentir un vacío desconocido en el estómago que me dejó sin voz, concentrada en absorber las sensaciones que me brindaba su *tour* guiado por aquello que un día compartimos, consciente de cómo se iba marchitando cada recuerdo conforme sus palabras le daban forma, como si al sacarlos de la burbuja de la memoria se deshicieran en contacto con el aire viciado de nuestra ruptura, dejando un hueco imposible de rellenar en mi interior.

Mi cuerpo se tensó en el acto cuando tiró de mí para rodearme con sus brazos por la espalda y sentí la calidez de su torso arropándome como siempre; el sollozo nostálgico de su pecho que parecía haber extrañado ese contacto hasta dolerle.

Pero, a veces, no puedes evitar que lo negativo se coma lo positivo. Es lamentable, pero es así. Roberto había metido la pata hasta el fondo y lo había estropeado todo con su infidelidad, precipitando el final de nuestra relación de la peor de las maneras posible. Me dolía lo que se llevaba con él al salir de mi vida. Habíamos compartido cosas que no quería que le pertenecieran. No se las merecía.

De pronto, la habitación comenzó a parecerme cada vez más pequeña; el ambiente se volvió denso y cargado de emociones contenidas que me sobrepasaban, y noté que me asfixiaba a medida que la rabia se enmarañaba con la pena y la aprensión por que me abrazara como posiblemente hasta hacía nada había estado haciendo con alguien que no era yo. Solo podía pensar en acabar con aquello de una vez por todas. Quise levantarme de la cama y gritarle fuerte, pegarle, echarlo de casa y no volver a verlo nunca jamás en la vida. Pero me quedé quieta, apenas respirando el oxígeno que me faltaba, mientras comencé a llorar en silencio, purgando la tristeza por la convicción de una situación irreparable.

También estaba la culpa.

Yo tampoco había sido del todo sincera con él.

Le fui infiel conmigo misma, con esa parte que me guardo para mí a la que nunca tuvo acceso. Con esa parcela de mi corazón que jamás le entregaría a él ni a nadie, porque yo nunca me doy del todo. Y, sin embargo, él había sentido tanto amor por mí que, en ocasiones, me dolía. Me recordaba continuamente que lo estaba *engañando* porque yo jamás podría haberlo amado de esa manera.

La diferencia es que yo nunca tuve opciones porque no gobiernó mi corazón ni lo que está dispuesto o no a entregar, pero él siempre tuvo la posibilidad de parar a tiempo y no engañarme, y eso lo cambia todo. Quizás él me amó más, pero yo lo amé mejor, porque jamás lo habría traicionado como él hizo conmigo.

Me quedé dormida sumergiéndome en mi mundo, dejando a Roberto fuera de él, de nuevo.

A la mañana siguiente, propuso que nos diéramos un tiempo. El desconsuelo y la desesperación teñían sus ojos mientras suplicaba que no terminara con lo nuestro, aunque, muy por encima de eso, parecía asustado. Porque los finales asustan y a él, sobre todo, la soledad le da pánico.

¿Darnos un tiempo para qué?

¿Para elegir el lugar idóneo dónde enterrar el cadáver de nuestra relación?

No era lo que quería.

Le dije que no. Que había llegado el final y era definitivo.

Casi pude escuchar como su corazón se rompía al pronunciar aquellas palabras y lamenté hacerle daño, pero ya no había vuelta atrás. Jenny solo fue la excusa y él tenía que aceptarlo.

En cuanto desapareció por la puerta, se llevó con él mis recuerdos y lo odié por ello...

Recoge tus pedazos, sacúdete el polvo y empieza de nuevo...

LUNES, 7 ABRIL DE 2015

Necesito reinventarme, aunque duela.

Pero tengo miedo a que lo ocurrido me idiotice, a pensar que no hice esto o aquello, a sentirme culpable, a idealizar lo bueno o demonizar lo malo. Tengo miedo a no ser objetiva, a no ser madura, a no levantarme si me caigo al traspasar el umbral de la puerta de mi nueva vida, o a cerrarla con un portazo, dejando tras de mí una tormenta en un espacio donde nunca llegue

la calma, donde el ruido sea ensordecedor y el tiempo se transforme en la goma de borrar que desdibuja los últimos años, que los reduzca a la nada... a un «no recuerdo»... a un «no pasado».

Tengo miedo a que se formen agujeros negros en mi memoria. A que esta sea tan selectiva que convierta mi historia en un queso gruyer.

Pero, aun así, sé que se avecina el renacimiento y estoy preparada para luchar contra mí misma o contra el mundo, si es necesario. Y cuando eso ocurra, espero encontrarme con una nueva Alejandra capaz de recomponer mis pedazos.

Publicado por A.L. en 23.46

Etiquetas: Pensamientos huérfanos

Decir la última palabra

LUNES, 14 DE ABRIL DE 2015

Es difícil decir la última palabra cuando fueron los silencios los que se encargaron de rellenar los huecos que no nos atrevimos a colmar con sonidos. No hablamos de ello y, cuando llegó el momento, era demasiado tarde. Lo sabíamos desde hacía tiempo. Solo que decidimos mirar hacia otro lado y, de tanto hacerlo, perdimos la capacidad de vernos, de mirarnos a los ojos para recordar lo que sentíamos el uno por el otro, para encontrar una razón para seguir juntos, para acortar los kilómetros que nos separaban, estando tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Y, al final, las frases no dichas quedaron en un cajón, inundando rincones donde se marchita lo que no se dice, terminando por pesar como una losa cada vez más grande y dolorosa. Me pregunto si no hablamos porque no nos atrevimos a escuchar lo que teníamos que decir o porque simplemente nos importaba una mierda.

Ahora ya está todo dicho.

Publicado por A.L. en 22.00

Etiquetas: Pensamientos huérfanos

Ni tan siquiera formaste parte de mi vida

MARTES, 22 DE ABRIL DE 2015

Aprendí a odiarte para no echarte de menos. Y con el tiempo descubrí que, para odiarte, fui olvidando los buenos momentos, dejando paso a preguntas que sostenían ese rencor. ¿Por qué traicionaste mi confianza? ¿Por qué te rendiste cuando empezaron los problemas? ¿Por qué dejaste que pasara sin

luchar? ¿Por qué parecía no importarte? Hasta que un día decidí que odiarte también me dolía. Y que ese odio lo había devastado todo hasta convertirte en un «desconocido cotidiano».

Aprendí a olvidarte para dejar de odiarte. Y cuando te olvidé del todo, ya no eras nada ni nadie. Ni tan siquiera «formaste» ya parte de mi vida.

Publicado por A.L. en 00.35

Etiquetas: Pensamientos huérfanos

DE ESOS QUE TE PONEN UN 69 EN UNA ESCALA DEL 1 AL 10...

Necesito creer que algún día mi deseo se hará realidad. Y si no se cumple, seguiré insistiendo hasta que así sea.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

Cuando llegamos a La Salsoteca son casi las doce, y la cola dobla la esquina. Paula se ha olvidado las invitaciones en casa y habla acalorada a través del móvil.

—¡Ni idea! ¡Las habré dejado en la mesita de noche! —grita al auricular mientras se tapa con un dedo el oído derecho—. No te hagas de rogar y haz que nos dejen pasar... ¡Sí, te estoy viendo! —exclama, agitando la mano a una rubia, de pelo largo y cuerpo de infarto, que se asoma por la puerta VIP, haciéndonos señas.

—¿Quién es esa chica?

—La inigualable Marta Martínez —pronuncia con teatralidad, como si estuviera dando paso a una consagrada artista—, curra de animadora de bailes latinos en este *chiringuito*. —Me agarra del brazo y me arrastra hacia la entrada, saltándonos la cola; nos miran con mala cara, pero a ella le da igual—. La conocí hará unos tres años en una fiesta de aniversario que recurrió a La Zona para contratar el servicio de *catering*, hicimos amistad y hasta hoy. Está muy loca y se mueve como una diosa. Ella fue quien nos dio las invitaciones.

Marta, que nos espera junto al guardia de seguridad, le hace un gesto, y este nos deja pasar. Paula nos presenta y después abraza a su amiga, que no deja de sacudir la cabeza, fingiéndose cabreada.

—Pensaba que lo único que perdías eran las bragas —la amonesta con

recochineo y nos ofrece dos pulseras para deambular a nuestras anchas por el local—. Perdonad que no me detenga, pero en quince minutos tengo una actuación con Marco y lo he tenido que dejar plantado calentando para venir al rescate —se disculpa con voz entrecortada mientras recorremos a paso ligero un largo pasillo que desemboca en una pista de baile enorme, delimitada por un espacio con mesitas, tenuemente iluminado.

En el extremo izquierdo hay una barra circular inmensa, y arriba, un piso estrecho que rodea el perímetro a modo de balcón con vistas a toda la planta baja. La despampanante rubia continúa hablando sin dejar de caminar y le indica a Paula que el «resto del grupo» se encuentra repartido entre las proximidades de la barra y la zona de bailoteo que hay cercana a los reservados.

—No veas lo que les está costando que los atiendan, porque ha sido brutal la cantidad de peña que ha acudido a la inauguración —explica la animadora—. La última vez que los vi, habían enganchado a *Marc* por las pelotas para que los escoltara a pedir las copas y evitar pasarse toda la noche pegados al mostrador —añade, enfatizando el nombre masculino en un tono malicioso.

—¿Marc? —Paula frena de golpe, sorprendida, obligando a Marta a pararse—. ¿Marc Gualda?

—¡El mismo! —Sonríe ella satisfecha por el efecto de su revelación—. Ya te dije que te tenía preparada una sorpresa. —Alza ambas cejas varias veces seguidas con gesto cómplice—. Es el jefe de relaciones públicas.

—¡No fastidies! Yo lo hacía en Berlín, currando en aquel antro del barrio bohemio.

—Pues mira por donde, está aquí, y creo que se muere de ganas por retomar algo que dejasteis pendiente —anima a una Paula exaltada, a la que parece que acaban de caérsele las bragas—. Fue él quien me pasó las invitaciones.

—Siendo así, démosle el gusto, ¿no? —apunta mi amiga con expresión depredadora.

—*El gusto* te lo va a dar él en cuanto te pille por banda. Me piro, que me quedan dos canciones para salir a escena. Nos vemos luego, chicas —se despide, antes de desaparecer como alma que lleva el diablo.

—Marc también curró en el restaurante en la misma época que Marta —me explica Paula con las pupilas casi en llamas—. Es un yogurín que tiene un polvazo que ni te cuento, entre otras cosas, porque, aunque quisiera hacerlo,

nunca llegamos a revolcarnos. No por falta de morbo ni de ganas, que de eso íbamos sobrados y nos poníamos tontorrones solo de vernos, pero se cortó a la hora de entrarle a una tía cinco años mayor que él, ya ves. Creo que lo acojonó pensar que no estaría a la altura de las circunstancias. Así que me quedé con la espinita clavada de lo que apuntaba ser un maratón multiorgásmico de esos de no poder sentarte en una semana. A ver si su estancia en Berlín lo ha espabilado y, ahora, con tres añitos más, ha perdido la vergüenza. —Se ríe, descarada—. Vamos y te lo presento —me anima a seguirla, pero niego con la cabeza y le hago un gesto con la mano para que sepa que paso de ir de aguantavelas; ella retrocede y me observa con expresión culpable.

—Paula, ve tú, en serio —la tranquilizo, casi agradecida por la aparición en escena de su *polvo platónico*. Un codiciado y onírico plan D de «dormir a pierna suelta» le está ganando el pulso al impulsivo plan C de «cazafantasmas»—. Me tomo algo y me vuelvo a casa. Estoy deseando pillar la cama.

—Si le das una oportunidad a la noche, estoy convencida de que hay alguien por ahí dispuesto a pillarla contigo.

Aunque su insinuación no me parece del todo inocente, decido no darle importancia, pese a su mirada traviesa y ese tono que me advierte de que hay algo más agazapado bajo la superficie.

—Nada me gustaría más que poder *quemar pasión* acumulada, de verdad, pero, ahora mismo, el cansancio supera con creces mis ganas de buscar candidato para echar un polvo, te lo aseguro.

—Entonces, sobra decir eso de que no me esperes despierta.

—No podría hacerlo, aunque me lo propusiera.

Paula se despide con un beso cariñoso en la mejilla, antes de mezclarse con la muchedumbre. Me dejo caer en un taburete que ha quedado libre a unos pasos y recorro con la mirada el gentío agolpado en torno a la barra. Ella se ha quedado a unos metros, charlando animadamente con alguien a quien no puedo ver, y que intuyo será el amigo ese suyo.

Mientras espero a que el camarero se apiade de mí, me impulso con las piernas para hacer rodar el asiento y echar un barrido al interior del local. Cuando regreso al punto de partida y clavo la vista de nuevo en mi mejor amiga, se me para el corazón de golpe y casi me caigo del asiento al descubrir, en el momento en que ella se inclina sobre él para susurrarle algo al oído, que la persona con la que está hablando no es Marc, sino el *tontodelhaba-engreído-zampatartasdemanzana* que hace una semana se paseaba en

calzoncillos por mi cocina.

No está solo. A su lado hay una rubia que se lo está comiendo con la vista.
«¡Mierda!».

Me agacho a atarme los cordones para esconderme en un acto reflejo, pero, cuando flexiono mi cuerpo por debajo de la barra, advierto mis zapatos de tacón y recuerdo que no llevo zapatillas, por lo que me siento absurda.

De repente, entiendo a la perfección la indirecta de Paula y no tengo ninguna duda de que ha sido una encerrona, planeada con premeditación y alevosía. Desde que le conté el encontronazo del miércoles con Diego, se le ha metido en la cabeza que tirarme a David es el antídoto perfecto para olvidarme de aquel. Ella sabe a la perfección que el *robadesayunos-estúpido-capullo-arrogante* es el tipo de tío que me atrae. De esos que te ponen un sesenta y nueve en una escala del uno al diez y que estoy convencida de que podría, sin demasiado esfuerzo, conseguir que me olvide hasta de mi apellido a golpe de orgasmos. Pero es una cuestión de amor propio y parece no darse cuenta... Odio a David.

En cuanto me incorporo, sus ojos colisionan con los míos, provocándome un burbujeo en las tripas. Me quedo petrificada, sin saber qué hacer, y contengo la respiración, incapaz de apartar la mirada. Paula ya no está con él, y David me observa de un modo tan íntimo que mi mente evoca lo ocurrido la noche en que lo conocí. Una corriente de calor comienza a extenderse por mi cuerpo.

«¿Me estoy poniendo cachonda?».

Cierro los ojos. A nadie más que a mí se le ocurre tal cosa, pero yo lo hago, creyendo que si no lo veo se desintegrará y dejaré de sentirme como una estúpida quinceañera, terriblemente alterada por su presencia. En contra de todo pronóstico, da resultado, porque, cuando los abro, él ya no está en mi campo de visión; suelto un bufido de alivio y recuerdo que he de respirar para seguir viviendo.

—Te ha visto. Es inútil que te escondas. —Una voz a mi espalda me sobresalta, tratando de localizar a Paula, que diviso entre los grandes y definidos brazos de un metrosexual, alto, rubio y de ojos azules, que, esta vez, tiene toda la pinta de ser Marc.

Me doy la vuelta y encuentro a un extraño a mi lado, contemplándome con detenimiento y una expresión depredadora. No digo nada, no tengo por qué darle explicaciones. Lo ignoro a propósito y aguardo incómoda a que se vaya. En esta ocasión, no me molesto en cerrar los ojos por segunda vez esperando

que se evapore. No creo que ese truco funcione con él.

—Pero ya se ha ido y va a estar entretenido durante un rato —añade con ironía.

El desconocido sigue sin quitarme la vista de encima y, en ese instante, Paula, que parece conectada telepáticamente conmigo, se gira en mi dirección y me guiña un ojo, señalando con un gesto a su acompañante. Antes siquiera de que pueda fulminarla con la mirada para hacerle saber que ya he descubierto su sorpresa, el *aspirante* «repescado» la estrecha contra él y comienza a besarla, dejándola apagada o fuera de cobertura. Sí que tenía ganas de verla, sí.

—Yo también puedo entretenerte un rato —insiste el chaval. Su aliento en mi cuello me saca de golpe de mi enajenación.

—¿Eh? ¿Qué? —titubeo.

Alcanza un taburete y se sienta frente a mí, encajando sus rodillas entre las mías con una sonrisa estudiada a la perfección para ocasiones como esta. Lo que viene ahora me da algo de pereza. Si empieza a contarme su vida, saldré corriendo. No me importa lo que pueda decirme. Ni siquiera me interesa estar aquí con él perdiendo el tiempo para nada.

—¿Quieres que vayamos a un reservado? —inquire sin florituras.

—¿Así, sin más?

—No me gusta andarme con rodeos. —Mi actitud, lejos de resultarle cortante, parece que le hace gracia—. Podría invitarte a una copa, bailar, hablar un rato... Tú me contarías tu vida, dónde trabajas, cuál es tu color favorito —enumera de forma cansina—. Estupideces que no me importan lo más mínimo. ¿Cuánto nos llevaría todo eso? Una hora, quizás dos... Todo ese tiempo perdido, guardando las formas para acabar metiéndote la lengua hasta la campanilla y mis manos donde me dejes. Prefiero ahorrarme el protocolo. Mañana no te vas a acordar de esa parte.

—¿De la otra sí? —pregunto con sorna, dejando que la curiosa que llevo dentro se quede bien a gusto.

—Beso de puta madre. Lo demás ni te cuento —se pavonea y esboza una sonrisa canalla—. Te prometo que vas a pasar un buen rato. Será más entretenido que jugar al escondite con ese tío.

Su actitud desvergonzada consigue captar mi atención, aunque no pasa de ser el típico creído de caza que se piensa que ya tiene la partida ganada, y eso lo estropea un poco.

—No he venido aquí en busca de rollo.

—Tampoco parece que hayas venido a bailar. Ni siquiera a divertirme.
—No he tenido un buen día. En realidad, me han traído a la fuerza.
—Pobrecita. Yo podría consolarte, si me dejas.
—Estás muy seguro de ti mismo.
—Digamos que eso te gusta. Lo noto.
—*Digamos* que por lo menos no te hace perder puntos.
—Cuéntame qué tengo que hacer para ganarlos y pasar de nivel, porque la noche no durará eternamente y yo también necesito consuelo.

Clavo los ojos en los suyos, que brillan con descaro fijos en mi rostro y, de vez en cuando, errantes por mi cuerpo. Lo escaneo de arriba abajo lentamente, estudiándolo al detalle sin el más mínimo decoro, pretendiendo quizás ponerlo a prueba para ver si desiste, sin conseguirlo. Él me sostiene la mirada con la sonrisa ladeada, cual pavo real con la cola extendida, orgulloso y pagado de sí mismo, anticipando posiblemente en su cabeza la celebración de su victoria conmigo mirando a Cuenca.

Reconozco que tiene su punto. Me saca una cabeza y su cuerpo es proporcionado y definido, el rostro cuadrado, de mandíbula ancha y marcada, los ojos verdes y los labios desiguales, muy fino el superior y sugerentemente carnoso el inferior, el pelo castaño, corto y algo ondulado y un atractivo que emana más de la seguridad en sí mismo que de sus facciones, y de un espléndido culo que se adivina bajo sus ceñidos vaqueros de marca. Él lo sabe y lo explota.

Coloca una mano en mi muslo y me tensa en el acto, aunque no parece darle importancia porque no se la aparta. Al sentir el calor de su palma traspasando la tela de mi falda, pienso en Diego. «Sexo-Diego». Es automático.

Una de nuestras conversaciones acude a mi mente, y descubro que mis pensamientos están invadidos por él de un modo en que nunca lo han estado por nada ni por nadie. En este instante en concreto, ser consciente de ello me cabrea.

* * *

—*Tres meses antes*—

<Diego> *Estás demasiado acostumbrada a masturbarte.*

<Alejandra> *Te equivocas.*

<Diego> *Crees que es la mejor forma de sexo porque te conoces y no hay riesgo, pero no, es mejor la sorpresa. Con otras manos es más intenso. A veces, te equivocas, a veces no va bien, pero, cuando lo hace, no se puede comparar.*

<Alejandra> *¡Yo no creo que masturbarse sea la mejor forma de sexo!*

<Diego> *Mmmm. ¿Seguro? ;)*

<Alejandra> *Seguro. Se me ocurren mil formas mejores.*

<Diego> *¡Pues practícalas! ¿Mil formas? ¡Ja!*

<Alejandra> *Mil.*

<Diego> *Ja, ja, ja. Con que practiques tres formas de esas mil me conformo ;) Necesitas follar sin darle tanta importancia.*

<Alejandra> *¡Uf! ¿Salir a buscar sexo? ¡Qué pereza! Total, para un polvo sin garantías de calidad.*

<Diego> *Bien, sigue siendo una monja.*

<Alejandra> *¡Yo no soy una monja!*

<Diego> *Tú te masturbas a escondidas.*

<Alejandra> *¿A escondidas de quién?*

<Diego> *De todos.*

<Alejandra> *Si te parece lo retrasmíto. Ja, ja, ja.*

<Diego> *En tu cama. A escondidas.*

<Alejandra> *Tranquilo, la próxima vez saldré a la terraza comunitaria.*

* * *

Me bastan dos dedos de una mano para contar las aventuras que he tenido desde que conocí a Diego; el pulgar y el índice para formar la circunferencia del cero. No es que mi *relación* con él me impida acostarme con otras personas; Diego y yo no somos nada ni tengo la intención de quedarme célibe toda la eternidad mientras espero un encuentro con él, que ni siquiera sé si tendrá lugar. Pero es que no se ha dado el caso o, más exactamente, no me ha apetecido salir *buscando guerra*. Sin embargo, en este preciso instante, más que nunca, necesito deshacerme de esa maldita sensación de estar comportándome como si le perteneciera.

La solución se encuentra tan delante de mis narices que es casi una obligación aceptarla.

—Entonces, ¿qué? —inquire el extraño, sopesando mi próximo

movimiento.

—¿Qué de qué?

—¿Vamos a un reservado? Tengo acceso al mejor de toda La Salsoteca y te va a encantar. —El desasosiego en su rostro demuestra que me estoy resistiendo más de lo que esperaba. Como si quisiera ayudarme a tomar una decisión, añade—: Si no te gusta, puedes irte cuando quieras —matiza meloso, con una expresión perversamente angelical, a caballo entre la del niño bueno que jamás ha roto un plato y un diablillo travieso de ideas no tan inocentes.

Los dos sabemos hacia donde terminará inclinándose la balanza.

—Gracias por la aclaración. Me quedo más tranquila sabiendo que no me vas a forzar —ironizo.

—Vamos. Donde voy a llevarte no tendrás que preocuparte por ese tío —sentencia, ofreciéndome su mano

Me sorprendo entregándole la mía, y caminamos hacia la oscura zona de los reservados.

—Me llamo Teo —se presenta.

Su voz se me antoja apenas un susurro lejano, amortiguado por el ruido de mi corazón, que se pone a mil cuando pasamos junto a David, que está conversando con un tío trajeado cerca de la pista de baile. Su capacidad para ponerme nerviosa solo con su mera presencia me produce una insólita sensación de inseguridad. Me siento incapaz de mirarlo, pero Teo sí lo hace, y juraría que su mirada encierra un secreto, aunque quizás solo son imaginaciones mías.

—¿Por qué huyes de él? —indaga mientras me aferra por la cintura, estrechándome contra su cuerpo.

—Yo no huyo de nadie.

—Créeme que no da esa sensación —afirma con rotundidad.

—Me pareció escucharte decir que no te interesaba mi vida —me pongo a la defensiva.

Me contempla con suficiencia.

—Tienes razón. No me interesan las palabras. Para qué andarnos por las ramas si lo único que deseo es descubrir todas tus partes comestibles; soy un chico hambriento.

12

TODAVÍA NO SÉ TU NOMBRE

No me asustan los cambios ni reconocer que me he equivocado. Me asusta descubrir que lo que busco no existe.
Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

Teo me conduce por una zona con luz tenue, ubicada en el extremo derecho de la sala, pero, en lugar de detenerse, se encamina hacia el primer piso, donde un tipo de dos metros de ancho por dos de alto nos corta el paso a los pies de la escalera. Le muestra presuntuoso una pulsera roja anudada a su muñeca izquierda, como la que nos dio Marta, y sonrío complacido de sí mismo cuando el armario empotrado nos permite acceder a un espacio reservado a los clientes VIP.

Al atravesar el umbral de la puerta todo está en penumbra, y descubro ante mis ojos una estancia amplia con forma de pecera y asientos estratégicamente desordenados, situados frente a un enorme ventanal que va de suelo a techo y de parte a parte, con vistas a la pista de baile.

Mi *aspirante* comienza a caminar hacia atrás sin apartar sus ojos de los míos, tirando de mí hasta alcanzar un sofá vacío, en el que se deja caer contra el respaldo, irradiando expectación y necesidad.

—Acércate, nena —me ordena con suavidad y, en cuanto me tiene a su alcance, me aferra por la cintura y me sienta sobre sus piernas antes de que yo pueda reaccionar. Los gemidos de una pareja que se lo está montando en algún rincón de la habitación nos alertan de que no estamos solos—. Podemos ir a mi casa si quieres... —me ofrece, antes de cubrir de besos un suave sendero que va desde el lóbulo de mi oreja a la clavícula.

—No besas tan bien como para llegar a eso —le paro los pies en tono burlón y me separo un poco para mirarlo a los ojos. Sabe lo que se hace y no

se anda con chiquitas, pero este ya se imagina con los pantalones por las rodillas y está yendo demasiado deprisa.

—Ya lo veremos. —Curva su boca en una lenta sonrisa—. Todavía no sé tu nombre.

—¿Para qué? Mañana no recordarás esa parte.

—¿La otra sí? —imita mis palabras de hace un rato.

Sonrío malévolamente y arrogante.

—Yo también beso de puta madre.

—Demuéstramelo —me provoca.

Teo aprieta sus labios contra los míos y busca mi lengua, la roza, se enreda y juega a dejarme sin aliento en un beso que no parece tener fin. Su boca es jugosa y sabe ligeramente a *whisky*. Me besa apremiante, mecánico y frío, como si ambos estuviéramos plastificados y existiera un muro de metacrilato entre nosotros que dividiera entre mil cada sensación. Un beso ordinario que ahora me da a mí y que no es diferente del que podría haberle dado a cualquier otra que estuviera en mi lugar. En todo caso, él tampoco es mucho más que un tipo insistente con el que me dejé arrastrar al reservado y al que no debería recordar mañana cuando me levante.

Cierro los ojos y espero impaciente sentir una emoción desbordante que me haga perder el rumbo; busco esa sensación dentro de mí, pero no siento gran cosa, aparte de que apenas me deja aire para respirar. Sin embargo, en su caso, parece poseído por un espíritu cachondo y descontrolado, y verlo tan entregado a una causa que no estoy segura de que se resuelva como desea me genera cierta ansiedad.

—¡Me estás poniendo a mil, nena! —pronuncia extasiado y empuja mis caderas para apretarme contra su prometedor erección, como si esperara escuchar el *click* que confirme que estoy correctamente encajada.

A estas alturas debería estar volviéndome loca por ensamblar las dos piezas de este puzle de muslos y caderas que son nuestros cuerpos, pero Teo no me provoca más que un ligero y remoto cosquilleo que se apaga de inmediato; igual que la cerilla que parece que va a prender y, de pronto, se queda en nada.

Incómoda por la situación, retrocedo hacia atrás, donde lo único que siento duro debajo de mí son sus cuádriceps, y me planteo irme.

—¿Qué pasa? —Se sobresalta con mi reacción y pestañea como si lo hubieran despertado a bofetones en mitad de la noche.

Sonrío apenas, escogiendo las palabras. Teo intuye en mi expresión la

interpretación adaptada a rollos discotequeros del «no eres tú, soy yo» y, antes de que pueda hablar, lo hace él.

—¿Bailamos un rato? Parece que, después de todo, necesitas entrar en calor para pasar al siguiente nivel —pronuncia condescendiente, dispuesto a no dejarme escapar, aunque un ligero deje de fastidio en su tono lo delata.

Nos levantamos en el preciso instante en que comienzan a sonar los primeros acordes del *remix* de *Pegadito*^{lii}, de Tommy Torres con Héctor el *Father*, y antes de que pueda reaccionar, toma mi mano y me lleva al espacio despejado que queda junto a la cristalera. Abajo todo el mundo danza a ritmo latino, ajenos a lo que está ocurriendo sobre sus cabezas. Teo me agarra de la cintura y me dirige con destreza por la pista, demostrando una inesperada soltura que me sorprende y hace que posponga lo inevitable. Por unos minutos me relajo y me dejo llevar.

—«Me gusta cuando mueves tus labios. Como queriendo decir “¡Oye! ¿Tú qué estás esperando?» —canturrea a mi oído con malicia, dando por finalizado el tiempo muerto—. Dejémonos de preliminares estúpidos, nena. Yo no he venido a este sitio para bailar —me habla tan cerca de la cara que puedo ver en sus ojos que la paciencia se le terminó hace rato.

Me suelta y nos observamos el uno al otro.

—Escucha, yo...

Antes de que termine la frase, da un paso adelante e, instintivamente, yo lo hago hacia atrás, hasta quedar con mi cuerpo atrapado entre la cristalera y el suyo. Me contiene contra ella, presionando con sus caderas, y me agarra las muñecas con las manos, levantándolas por encima de mi cabeza.

Mi cuerpo se tensa en una mezcla de temor, nervios y expectación. Su mirada se oscurece y baja la voz hasta darle un tono de intimidación, incompatible con el ruido de fondo.

—¿No te pone cachonda saber que alguno de ellos puede levantar la cabeza y observar como te meto mano? —Su invitación a algo más que un magreo fluye hasta mis oídos, obscena y pecaminosa.

No contesto. Mi respiración se agita ante la idea y experimento una desconcertante sensación de necesidad tratando de salir a la superficie.

«MORBO».

El morbo tironea de mí y siento el impulso apremiante y obsesivo de seguirlo; un deseo hipnótico por descubrir adónde quiere llevarme que ni siquiera la razón puede quebrar. Dejo que mi mente se abra y que la excitación aumente hasta sentirla vibrar bajo mi piel, aflojando el nudo de constricción

que oprimía mis sentidos hace tan solo un instante, cuando todo apuntaba a un conato de polvo tan impersonal como infructuoso. Me arden las mejillas. De pronto tengo demasiado calor.

Su expresión, perturbadora y cómplice, indica que sabe exactamente qué tipo de efecto ha producido en mí su pregunta.

—Parece que a ambos nos gustan las situaciones de riesgo. —Disfruta con mi reacción, complacido por su descubrimiento—. ¡Vaya, vaya! Así que tengo delante a una de esas «buenas chicas» que desearía serlo un poco menos...

Desvío la vista, ruborizada, incapaz de admitir que esta circunstancia me calienta mucho más que él mismo. Y no es vergüenza, son ganas; es ansia y deseo de vivir esta experiencia.

—Sabía que te iba a encantar este sitio. —Eleva mi barbilla hacia arriba y, cuando nuestras miradas se encuentran, sus ojos verdes le brillan lascivos de deseo—. Uff, nena, acabas de conseguir que todavía tenga más ganas de follarte. —Coge una de mis manos y la lleva a su entrepierna, donde el tremendo bulto en sus pantalones deja muy poco a la imaginación—. Tengo toda la sangre de mi cuerpo concentrada aquí mismo. Pero todavía podemos hacer algo para ponérmela más dura —musita enigmáticamente.

—¿Algo como qué? —La curiosidad me puede y le sigo el juego.

—¿De verdad necesitas que te conteste a eso? —Teo me da la vuelta casi con violencia, quedando por completo expuesta al piso de abajo—. Lo sabes a la perfección, porque lo deseas tanto como yo.

Observo la pista de baile y noto como la adrenalina inunda mi torrente sanguíneo; en cualquier momento alguien podría vislumbrar nuestras siluetas a través de la semioscuridad, y la posibilidad de que eso ocurra me pone increíblemente cachonda.

Creo que se me va a salir el corazón por la boca, presa de la anticipación. La pareja que compartía espacio con nosotros abandona el reservado deseándonos un feliz polvo entre carcajadas, y la música de fondo envuelve la habitación como un sonido lejano cuando la puerta se cierra tras ellos de un golpe, dejándonos solos.

—Quiero que ellos te disfruten como yo estoy a punto de hacerlo... —murmura con voz ronca, pegándose a mi mejilla—. Vas a correrte para mí y para el que quiera mirarte, mientras su verga se pone dura sabiendo que solo yo puedo tocarte, solo yo puedo comerte y solo yo voy a follarte.

Me estremezco con sus palabras, y una corriente de placer baja como un rayo hasta mi sexo, mojando mis bragas; el clítoris se despierta y vibra.

Envalentonado por mi silencio, mete sus manos por dentro de mi blusa y comienza a masajear con gula mis pechos por encima del sujetador. Con dedos impacientes, levanta las copas del sostén y retuerce y tironea los pezones hasta dejarlos en punta, apretados y tensos. Cierro los ojos y me entrego a sus caricias, anhelando encontrarme con esa parte animal de mí misma que estoy descubriendo gracias a Diego.

Pero algo falla en esta ecuación aparentemente perfecta. Algo que no me permite perderme del todo y que reduce las reacciones de mi cuerpo a meras respuestas físicas, tan automáticas y carentes de mérito como un estornudo. La excitación y el placer que siento no son por él, no los encienden su tacto ni su deseo. Nuestros cuerpos no son más que simples piezas del atrezo de esta morbosa puesta en escena; elementos prescindibles y reemplazables por cualquier otro para alcanzar el orgasmo.

Teo me estrecha contra él y lo escucho jadear cosido por completo a mi espalda. Desliza ambas manos por mis piernas, levantando la falda, y tantea mi pubis por encima de la tela tibia y suave de mis bragas. Un suspiro escapa del fondo de mi garganta cuando se introduce dentro de la ropa interior y noto el contacto de sus yemas en mis nalgas desnudas. Seis meses son demasiado tiempo sin sentir la caricia de otras manos, y mi mundo se centra en mi sexo caliente, ansiando ese roce, inminente y olvidado, que consiga que el placer me trague.

—¿Te gusta así? —Frota mi entrada con pases largos y pausados y se detiene en mi clítoris, que tortura sin prisa con caricias suaves y minuciosas, arrancándome un débil y quejumbroso gemido—. ¿O prefieres esto? —Desliza dos dedos en mi interior y empieza a moverse adentro y afuera con lánguida destreza, avivando el deseo con invasiones precisas e implacables.

Curva los labios en una sonrisa contra mi piel porque sabe que está consiguiendo acelerarme; lo nota en mi respiración errática, que se acompasa al ritmo de la suya y resbala formando vaho en la luna, y puede que también en el hecho de que tenga que apoyar las palmas contra el cristal porque me flaquean las piernas.

—¿Qué era eso que estabas a punto de decirme? —pregunta en tono burlón, encantado de tenerme donde él me quería—. Quiero oírte suplicar —me exige autoritario, sacando sus dedos de mi vagina para dejarlos resbalar entre los dilatados labios de mi vulva, mojándolos con los jugos de mi excitación.

Su arrogancia me molesta. Teo aguarda mi respuesta, pero no pienso

complacerlo.

—Parece que todavía no estás lo bastante cachonda. —Chasquea la lengua, jactancioso—. Si lo estuvieras, obedecerías sin rechistar. Quizás tenga que hacer algo al respecto...

Me invade de nuevo con sus dedos, de forma brusca, y comienza a follarme aumentando la fuerza de sus embestidas, al tiempo que con el pulgar frota con energía mi clítoris hinchado; me retuerzo agonizante contra su mano, emitiendo ruidos desesperados que parecen satisfacerlo, mientras él empuja hacia el fondo, una y otra vez, reclamando mi entrega con cada inmersión y enloqueciéndome con sus envites furiosos y profundos.

—Suplícame —insiste con aspereza, dejando de golpe sus dedos inmóviles, enterrados en mi interior; noto los jadeos roncós y entrecortados que salen de su garganta; siento su erección levantada y ardiente, apretada contra mi cadera, haciéndome partícipe del placer que le proporciona mi necesidad y mis ganas, que aumentan con su tormento.

Lo detesto por lo que está haciendo. Gruño frustrada, con la mirada desenfocada en la multitud del piso de abajo, hasta que sufro un cortocircuito cuando descubro a David sentado en uno de los sofás, observándome con atención.

Su mirada es tan penetrante que el modo en que Teo roza mi sexo con la yema de sus dedos resulta menos íntimo que la forma en que David me recorre con sus ojos llameantes.

Noto que ardo por dentro, un deseo virulento y caliente que burbujea en mi pelvis e incrementa mi necesidad, todavía insatisfecha. Percibo el silencio en mi mente; mis pensamientos se cargan de lascivia y me vuelvo irracional y salvaje, dominada por la avidez, casi demencial, de abandonarme al placer.

—No te detengas. —Mi voz es un ruego apenas perceptible. Mi cuerpo grita a voces—. Quiero más.

Teo dice algo, pero no le presto atención. No soy consciente de nada que no sea David adueñándose de mi imagen, de la escena y del deseo, convirtiéndome en el centro de su mundo, lo único que ve y en lo que piensa en este momento. La rubia que tiene sobre sus rodillas también deja de existir. Me concentro en las reacciones de mi cuerpo, que me asaltan por todas partes, tan intensas y profundas que asumo que esa es la señal; lo que llevo anhelando sentir desde que pisé el reservado.

«VEHEMENCIA. PASIÓN».

En este instante, todo es perfecto.

Mi *aspirante* acaricia mi clítoris, que roza por encima y alrededor, al tiempo que entra y sale de la vagina, saboreando cada penetración, centímetro a centímetro, disfrutando de cómo mi sexo se tensa en torno a sus dedos, acogiéndolos cuando se hunden y abriéndose cuando los retira. Mi clítoris se dilata y afila a medida que aumenta el goce con cada círculo que dibuja con su pulgar; con cada embestida de sus dedos.

La excitación se me hace insoportable cuando acelera el ritmo durante varias potentes acometidas y comienza a follarme duro, empujando y llenándome con sus dedos más fuerte, más rápido, más adentro. Un intenso hormigueo me recorre la espina dorsal y las sensaciones se irradian desde mi empapada hendidura hacia el resto del cuerpo, acercándome al abismo.

David me observa con fascinación y lujuria; mi placer está lleno de él y se refleja en sus ojos encendidos, en sus fuertes exhalaciones que llenan de aire mis pulmones ardientes. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Mis muslos se estremecen.

Arqueo la espalda, con los sentidos embargados, y me pierdo en un orgasmo de órdago que sacude mi cuerpo como una ola gigantesca, con su mirada oscura clavada en mí mientras se empapa de mis sensaciones sin dejar que ninguna de ellas se le escape, ningún espasmo, ni la tensión de cada uno de mis músculos llevados al límite, ni el esfuerzo por no cerrar los ojos para poder seguir contemplándolo, ni el pecho subiendo y bajando por mi respiración acelerada. Ni la sangre agolpada en mis mejillas, que están ardiendo, ni la sensibilidad de mi sexo hinchado, ni los pezones dulcemente apretados, ni la piel brillando por el sudor, ni el olor a sexo.

Contemplo a David extasiada e incrédula por lo que acaba de ocurrir, y él me sostiene la mirada, hasta que cierra los ojos y todas las emociones que provocó desaparecen antes de que pueda atraparlas. La excitación y el deseo se derrumban en torno a mis pies como si fueran de arena, obligándome a regresar de golpe a la realidad de las caderas de Teo buscándome y su erección caliente presionando contra mi cuerpo, para continuar con lo que yo he empezado.

Me aparto bruscamente, echándome a un lado y dejándolo expuesto frente a la cristalera con los pantalones desabrochados y su miembro desnudo, apuntando hacia el horizonte. No quiero seguir, no con él.

—¡Para! —protesto.

Teo me mira como si se le hubiera aparecido un fantasma, al tiempo que se sube los pantalones de forma apresurada y se aleja del ventanal.

—¿Y ahora qué coño te pasa? —pronuncia perplejo, al borde de un ataque cardíaco.

—Esto no funciona.

—¿Que qué?! —inquire acalorado.

—¿Que no funciona! ¿Que no siento NADA! ¿Que se acabó!

Teo me mira como si estuviera rajando la *Gioconda* con una navaja. Y no se lo reprocho, teniendo en cuenta cómo me estaba comportando hace un minuto. Quizás debería haber sido más explícita:

«No siento nada... CONTIGO»

—¿Que no sientes nada?! ¡Me cago en la puta! ¡Acabas de correrme en mis dedos! ¡No puedes irte así! —exclama con los ojos fuera de las órbitas.

—¿Por supuesto que puedo!

—¡No! ¡No puedes dejarme así! —Se señala el bulto en los pantalones mientras sacude con vehemencia la cabeza—. Por lo menos, chúpamela antes de largarte.

—Ni de coña. Respira hondo y en un rato se te pasa.

—¿No serás tan zorra?!

—¿Perdona? —le lanzo una mirada furibunda.

—¿Lo que has oído! ¡No puedes calentarme e irte sin más!

—«Si no me gusta, me voy». Eso fue lo que dijiste.

Teo abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar. Frunce los labios y me lanza una mirada asesina. Hago el ademán de marcharme, pero, antes de que pueda dar un paso, me detiene aferrándome por la muñeca, me atrae hacia él con fuerza y me aplasta contra el ventanal, quedando atrapada entre el frío y duro cristal y su cuerpo volcánico.

—¿Suéltame! Me haces daño —le ordeno con los dientes apretados.

—¡Puta calientapollas! —pronuncia con saña.

Ya estaba tardando.

Antes de que llegue siquiera a cerrar la boca, estampo con ganas la palma de mi mano libre en su mejilla, ofendida y asqueada de que esa sea la reacción más socorrida en este tipo de situaciones.

Que no se confunda. Yo no disfruto dejándolo a medias ni ha sido algo premeditado. Sencillamente, a veces, las cosas no salen como esperabas y hay que parar en algún momento. ¿Será que ellos no se van nunca? La diferencia es que, cuando eso ocurre, encima nos hacen creer que la culpa es nuestra por no haber estado a la altura de sus expectativas. Pues puestos a hablar el mismo idioma, ahora es él quien no ha estado a la altura de las mías.

Pero claro, tengo que aguantar que me insulten porque la sociedad se empeña en censurarme como mujer si decido detenerme en el punto que considere para no seguir adelante con algo que no deseo.

A ver... Si no quiero continuar, me largo. Es fácil de entender y estoy en mi derecho. ¿Por qué hay quienes piensan que tengo la obligación tácita de quedarme en contra de mi voluntad, pasado el umbral de las caricias, de la masturbación o incluso si me encontrara en plena faena? ¿Acaso ellos inician una relación contigo por un beso, se casan por un polvo, te prometen amor eterno por una mamada? Si eso no los convierte en *calientaexpectativas* para quien se hubiera hecho algún tipo de ilusión, ¿por qué nosotras tenemos que aguantar el cartelito de marras cuando son ellos quienes se la hacen, dando por sentado que «donde ponen el ojo pondrán la bala»?

En el BDSM por lo menos existe una palabra de seguridad para detener el juego si se exceden los límites del sumiso. Proseguir después de usar esa palabra se considera abuso, del mismo modo que, en cualquier otro contexto, vainilla o no, seguir teniendo sexo después de que alguna de las partes pida parar es considerado violación. Eso sí, pese a tenerlo tan claro, luego son los *bedesemeros* los perturbados y el resto, los cuerdos. Nótese las toneladas de ironía.

Cuando creo que Teo está a punto de devolverme el golpe, su mirada se pierde en el primer piso, más allá de mi hombro, y lo siguiente que siento es como afloja la presión sobre mi muñeca y se aparta a un lado. Su rostro está contraído de rabia, sus ojos llenos de odio.

Abandono el reservado sin añadir nada más y bajo apresurada las escaleras, cruzándome con el de seguridad, que me mira entre sorprendido y mosqueado. La increíble sensación de bienestar provocada por el orgasmo ha sido interrumpida abruptamente a causa de mi discusión con Teo. Ahora, la adrenalina que hace bullir la sangre hace que me sienta incómoda, irritada e insatisfecha. Un desagradable nudo en el estómago se enmaraña con el eco de la reprobación machista y pugna con la rabia, la impotencia, una extraña sensación de mono sexual pidiendo más, relacionado con David, que por segunda vez consecutiva ha conseguido hacerme perder el control sin tan siquiera tocarme —lo que todavía me provoca calor solo de pensarlo—, y las ganas que se me han quedado de haberle pateado a Teo las pelotas para que le duelan en serio, pero con conocimiento de causa.

«¡Uff!».

Necesito una copa.

Me dirijo hacia la barra del primer piso, ubicada a unos pasos de la *pecera*, decidida a quedarme con lo provechoso de la experiencia y no dejarme arrastrar por pensamientos negativos.

Desde mi posición se ve el sofá donde el *Capitán Orgasmo* sigue retozando con su Barbie. No me gusta la imagen. Teo aparece en escena hecho un basilisco y la rubia se apea de las piernas de David en cuanto lo ve acercarse. Cuando comienzan a hablar, me siento increíblemente estúpida. Parece que se conocen, así que mi *exaspirante* estuvo jugando con ventaja todo este tiempo. Verlo tan cabreado me provoca cierto placer al saber que no ha sido del todo sincero... y también por ser un capullo, todo hay que decirlo. El *pobrecito* no deja de hacer aspavientos con los brazos, y el otro se ríe a carcajadas varias veces.

De pronto, David alza la vista y me sorprende observándolos desde la distancia. Realiza una burlona inclinación de cabeza y yo le devuelvo una mueca, reprobando su arrogancia.

El corazón me bombea tan rápido que desvío la vista para coger aire. Cuando reúno valor para mirar de nuevo, ya no hay nadie. Todos han desaparecido.

¿POR QUE DEJAR PARA MAÑANA LO QUE PUEDES EMPEZAR ESTA MISMA NOCHE?

No me da miedo cambiar de opinión, abandonar mis convicciones, reconocer mis errores... aceptar que he cambiado.

David Hidalgo. Reflexiones escurridizas.

—DAVID—

—Por poco me quedo en la calle por culpa de las prisas —saluda Paula con la mirada clavada en la mano que Tina tiene sobre mi muslo para, a continuación, dirigir la mirada hacia mí con la reprobación en su rostro por mi elección de esta noche—. Hola, David —añade, como si ella no existiera.

—Esta fiesta es como todas. No te hubieras perdido nada del otro mundo —le digo.

—Si te soy sincera, ahora mismo la fiesta me trae sin cuidado. Me interesa el tío con el que estoy a punto de reencontrarme después de tres años. Si cambiaras el perfil de tus *aspirantes*, probablemente experimentarías un entusiasmo parecido al mío. —Le lanza una mirada rápida a Tina, y creo advertir como saltan chispas cuando sus ojos se encuentran.

Nadie ignora la tensión que existe entre ambas. Cuando Paula se incorporó a la plantilla de La Zona, Tina ya llevaba un par de años trabajando en el restaurante y estaba convencida de que, por veteranía y otras muchas cualidades que cree poseer, sería la elegida para hacerse cargo de El Recreo de MedianoXe. Salvador, el dueño de ambos negocios, dudaba precisamente entre ellas dos cuando el año pasado me envió aquí a Valencia a tomar la decisión definitiva. Pero, en mi caso, decantarme por Paula no me resultó difícil.

Yo sé que en el fondo Tina me odia por no escogerla a ella, pero el morbo que le doy y sus ganas de follar conmigo la hacen revolotear a mi alrededor,

invitadora, a la espera de que acepte su oferta. Para mí sería un polvo sin complicaciones y encaja en el perfil, aunque, de momento, a lo único que me comprometí fue a traerla a la fiesta porque tiene el coche en el taller.

—¿Y qué me sugiere la experta que haga en un futuro próximo? —ironizo con complicidad.

—¿Por qué dejar para mañana lo que puedes empezar esta misma noche?

—Porque esta noche ya ha venido acompañado —se hace notar, al fin, una rubia henchida de rabia.

—Hacer de taxista no lo convierte en tu esclavo sexual, guapa.

Tina me mira exigiendo una intervención, pero yo solo estoy abierto a tirármela y tampoco es que hayamos firmado un contrato para eso. Todo lo que ocurra mientras estamos vestidos es asunto suyo.

—Tienes que buscar a alguien con menos tetas y más cerebro —Paula sigue teorizando.

—No voy a resolver un *sudoku* —le sigo el juego en plan pendenciero—. Para lo que tengo en mente no me interesa siquiera que hable.

—Si tiene cerebro, por lo menos te dará algo de juego antes de abrirse de piernas. Yo diría que es eso lo que necesitas... Un poquito de resistencia.

—La psicóloga mira a Tina censurándole lo solícita que es.

La rubia está encendida. Si mi querida colega continúa por ese camino, esta noche me quedo sin follar.

—Y eso lo dice la voz de la experiencia, ¿verdad? —me burlo.

Paula se inclina y murmura en mi oído para que mi acompañante no la oiga.

—Si finalmente tienes el mal gusto de tirártela, confío en que te corras pensando en otra... —aprovecha para lanzarme la pulla y, cuando se echa hacia atrás, nota de inmediato que algo ha captado mi atención porque dirige la mirada más allá de su hombro, y una sonrisa complacida asoma en sus labios—. Demasiado cerebro para ti —me advierte sobre su amiga en un tono casi irónico, si no fuera por el brillo divertido en sus ojos verdes.

Tina, a la que no le pasan desapercibidos los indicios de complicidad entre nosotros, se remueve en el taburete, gruñendo frases del tipo: «¡A ver si te largas de una vez, zorra!», lo suficientemente bajito como para parecer un perro con la rabia.

Paula, que también parece haberla escuchado, le da la réplica irritada y se enzarzan en una discusión de la que yo me abstraigo porque no me interesa lo más mínimo. Mi atención está puesta en la barra de enfrente. Esa chica me provoca una increíble curiosidad, seguramente porque es el tipo de *aspirante*

que su mejor amiga dice que necesito para divertirme. No me gusta tener que darle la razón pero, al final, puede que acabe haciéndolo.

De pronto, advierto que las dos fieras que están conmigo se han quedado en silencio y, cuando desvío la vista hacia ellas, observo que ambas me miran con mala cara.

—¿Quieres escuchar lo que te digo? —me ordena Paula mientras me golpea en el hombro.

—¡Vaya, pero si todavía sigues aquí! —repongo mordaz y distraído.

—Sí. Por desgracia sigue aquí —añade Tina con desdén.

Paula arruga el gesto en una mueca burlona. Después me observa fijamente en silencio, escudriñándome como si tratara de averiguar lo que estoy pensando. Debería de saber mejor que nadie que su amiga me provoca un único pensamiento. Lástima que ya tenga plan para esta noche.

Marc, el relaciones públicas de este lugar, que parece que hace años trabajó en La Zona, se acerca a Paula y la abraza por detrás, al tiempo que le planta un casto beso en la mejilla. Ella se sobresalta y se gira como un látigo, pero en cuanto ve al rubio a su espalda, su expresión se pervierte y decide que su tiempo de fastidiar a mi *aspirante* ha finalizado.

—Llegado el momento, te doy permiso para que pienses en Ale como hiciste conmigo —me susurra bajito, antes de desaparecer, enganchada a su nueva pretérita adquisición.

Le guiño un ojo con descaro, y ella me responde mordiéndose el labio con lascivia mientras se pierde entre la multitud.

En cuanto desaparece, Tina se relaja y se transforma en una gata en celo con ganas de fiesta. Se desliza del taburete despacio y se coloca frente a mí con una sonrisa traviesa y desafiante. Me separa las piernas para colocarse entre ellas y me abraza por el cuello, exhibiendo su escote imposible a modo de cucurucho apetecible para ser devorado por mis ojos. No la detengo.

Pero en lugar de sumergirme en las maravillosas vistas que me ofrece, mis ojos regresan a la barra donde se encuentra *Ella*, y la miro hasta que se pone roja como un tomate y cierra los suyos. Su reacción me provoca una sonrisa.

Me resulta raro verla con ropa de calle. Supongo que hay pocas cosas que puedan competir con su imagen en camiseta en el umbral de la puerta. El recuerdo de su ingenua expresión de deseo aquella noche me asalta y hace que mi miembro empuje dolorosamente el confinamiento de los pantalones.

Tina carraspea y me distrae. La estrecho contra mí para salir del paso y mis labios contra su cuello adoptan una sonrisa maliciosa. Si supiera que sus

tetas no han podido hacerle sombra a la competencia, no me dirigiría la palabra.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso aquí sentados. Deberíamos ir a un sitio más íntimo, ¿no crees?

Y lejos de sonar a oferta sugerente, el alivio que inunda su voz por habernos quedado solos hace que parezca una súplica desesperada que me hace sentir pena por ella. Decido dedicarle la atención que se merece y me levanto para satisfacer su deseo.

De camino a los reservados, Marcelo me hace un placaje en toda regla. Tina, incapaz de disimular su fastidio por una nueva interrupción, lo fulmina con la mirada con descaro, y él se da cuenta.

—Por fin te encuentro —me saluda el dueño de La Salsoteca.

—Voy al baño. Enseguida vuelvo —Tina se disculpa con una falsa sonrisa, aunque su tono hostil no deja lugar a dudas.

Marcelo la ignora y me coloca una mano en el hombro, tomándose unas confianzas que no tenemos.

—Salva me ha comentado que estás buscando gente para ese club exclusivo que estáis a punto de inaugurar... —Deja la frase en el aire y hace un gesto con la cabeza hacia una pelirroja explosiva de curvas prominentes y belleza recauchutada que aguarda impaciente a unos pasos de nosotros.

Detesto estas situaciones; no es la primera ni será la última vez que un amigo del jefe cree poder utilizar su relación como moneda de cambio para follarse a una tía. Me importa un carajo lo que convengan entre ellos, pero El Recreo lo dirijo yo, y si algo le dejé claro a Salvador es que la plantilla era cosa mía. Me conoce demasiado bien para saber que no voy a tragar con este tipo de historias. Si la amiga de Marcelo quiere trabajar en el club, que se lo gane por méritos propios, no así.

Si algo me enseñó mi padre es a ser consecuente con mis principios. *«Nunca te vendas, meu neninho. O que consigas co teu esforzo non llo deberás a ninguén»*^[iii], me dijo más de un millón de veces de niño.

Casi puedo verlo vestido con su uniforme de policía nacional y ese porte elegante suyo de superhéroe, soltándome alguno de sus refranes o esos dichos que se inventaba mientras yo, que no levantaba dos palmos del suelo, lo observaba con fascinación desde mi altura, deseando ser como él. Recuerdo esperar ansioso cada noche las cosas increíbles que me contaba antes de dormir, confidencias que me narraba como si fueran secretos que no podía desvelar a nadie, pero que a mí me confiaba, haciéndome sentir importante.

Solía acurrucarme bajo una colorida colcha de *patchwork* que había tejido mi abuela y adormecerme con el sonido de su voz de fondo y aquellas historias sorprendentes en la cabeza, para luego encontrarnos en mis sueños, librando juntos batallas contra el mal, en las que repartíamos hostias como templos, aunque eso no estuviera contemplado en su código de honor, y casi seguro me hubiera echado un sermón de haberse enterado.

Noble e íntegro. Siempre tratando de hacer lo correcto. Ese es mi padre. Me gustaría creer que yo también lo hago, aunque haya habido alguna etapa en mi vida en la que no lo conseguí.

No me extraña que mi madre se enamorara perdidamente de él cuando el destino quiso que se cruzaran en Madrid, donde estuvo destinado por una larga temporada, y mucho menos que ella accediera a dejar su ciudad natal para seguirlo hasta el «fin del mundo», solo por hacerlo feliz, después de conseguir la anhelada plaza en Finisterre.

Aunque también tengo claro que él tampoco se habría ido sin mi madre. Su *meiga* particular; esa ilustradora de cuentos infantiles que compensó el exceso de pragmatismo y realidad de mi padre con su romanticismo y ese carácter independiente y fuerte que no sabía cómo cabía en su poco más de metro y medio. Tan bella por fuera como enigmática e imprevisible por dentro, dispuesta a compartir sus sueños con él, donde quiera que estuvieran.

Se quisieron con ese amor de verdad que no se estropea y, aunque más tarde la vida los llevara por caminos diferentes, aún hoy, sigue existiendo entre ambos una complicidad especial que los mantiene unidos por un lazo invisible de cariño de esos que no corta ni la distancia ni el tiempo ni los malos momentos. Porque, como diría Arjona^[iv], «las nubes grises también forman parte del paisaje» en una historia de amor, sobre todo si se trata de una real y no de esa versión azucarada que nos venden los cuentos de hadas.

—¿Me estás escuchando? —el amigo del jefe interrumpe mis pensamientos, devolviéndome al presente.

—Que me llame el lunes y hablamos —contesto distraído.

Marcelo echa la cabeza para atrás y emite una sonora carcajada.

—¡Qué sentido del humor! —exclama, dándome palmaditas en la espalda—. Yo creo que no lo has entendido. Quizás no me he expresado bien —añade con arrogancia.

—Te he entendido perfectamente —replico en tono seco—. Creo que eres tú quien no me entiende a mí. No pienso contratar a alguien para que tú puedas tirártela sobre la mesa de tu despacho. —Noto como se le tensa la mandíbula y

se le ensanchan las fosas nasales—. Repito. Llámame el lunes y le haré una entrevista. Si es una persona válida, está dentro; si no lo es, regálale flores para colarte entre sus piernas o un viaje a París. Me es indiferente. Pero no cuentas conmigo. Punto.

Me mira con mala cara. Parece que va a decir algo, aunque al final enmascara su expresión desafiante, se gira hacia su *aspirante* y le guiña un ojo fingiendo haber conseguido su propósito.

—Esta conversación no termina aquí —me amenaza, antes de desaparecer para encontrarse con ella.

Lo observo indiferente, en el instante en que Teo se cruza y me reta con la mirada, con esa suficiencia del que intuye un interés especial por mi parte en la acompañante que lleva enganchada de la mano. Pese a que logro mantener el rostro impassible, se me tensa todo el cuerpo ante su provocación.

Para cuando quiero darme cuenta, Tina ya está de regreso y los observa alejarse con inapropiado interés. La tensión se masca en el ambiente durante un incómodo minuto en el que no aparta la vista de ellos, hasta que, de pronto, rompe su silencio como si acabara de recobrar el juicio y relaja su semblante contraído.

—¿Dónde lo habíamos dejado? —inquieta en tono juguetón mientras desliza su índice por la abertura de mi camisa y sigue ascendiendo—. ¡Ah, sí! De esta noche no pasa, David —me avisa, deteniendo la yema de su dedo en mis labios—. Te advierto que hoy no te me escapas.

—¿Por qué no buscas a Teo? —Mi subconsciente me traiciona, influenciado por los consejos de Paula, porque, si ella desaparece con su ex, la única persona en toda la discoteca que despierta mi curiosidad quedaría libre—. Es con él con quien quieres estar, no conmigo.

Tina retrocede como si la hubiese golpeado y me mira indignada.

Ella y Teo vivieron su historia hace meses. Todo empezó con un rollo de una noche que se fue alargando, hasta que asumieron que habían empezado a *salir*, o como quiera que lo llamasen. Estaban bien. Lo pasaban bien. Follaban bien. Superaron el control de calidad. Hasta que a Teo le entró el pánico y no se le ocurrió nada mejor que tirarse a otra para demostrarse a sí mismo que no estaba tan enganchado de Tina como parecía. Cuando ella se enteró, le dio puerta. Lo que nunca admitió es que estaba tan pillada como él.

—¡No quiero tener nada que ver con ese capullo!

—Te he visto con capullos mucho peores que ese y, de entre todos ellos, Teo es el único que te interesa de verdad —insisto y reconozco que no es tanto

su interés el que me preocupa como el mío, porque ahora mismo me resulta un reto más tentador derribar las barreras de esa fierecilla que es la amiga de Paula que meterme entre las piernas de Tina—.

—¡Ese no es tu problema! —repite cortante y, al final, asumo con cierto fastidio que no parece estar por la labor—. Tú límitate a darme lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres exactamente? —mi tono es suave para continuar donde lo dejamos, antes de pensar en voz alta.

La miro de arriba abajo y me convengo a mí mismo de que, si no la conociera de nada, casi seguro me atraería un poco más de lo que me atrae conociéndola.

—Confirmar que eres «tan bueno» como dicen las malas lenguas.

—Si piensas darle credibilidad a lo que se dice por ahí sobre los demás, recuerda que también tendrás que otorgársela a lo que dicen sobre ti —repongo sarcástico mientras la conduzco hacia los reservados con una mano en su espalda, dispuesto a abandonarme a la experiencia que me ofrece.

La rubia sonrío y parece que se relaja de nuevo. Si sabe o no lo que se rumorea sobre ella, no parece importarle. Tina es monotema y, en este preciso instante, en su cabeza solo hay espacio para un único pensamiento: sexo.

No seré yo quien se lo quite.

En cuanto me dejo caer en uno de los sofás al llegar al reservado, me invade la boca y yo respondo a su beso, insípido y desesperado, como parte de este juego donde enredar nuestras lenguas se convierte en algo mecánico y frío; en muchas ocasiones, casi innecesario.

El vaivén de sus caderas frotándose contra mi sexo consigue calentarme, y noto como empieza a quemar la pelvis bajo sus piernas, si bien Tina no está logrando más que la respuesta automática de una erección que se despierta como algo involuntario, sin llegar a sentir un placer pleno.

Acaricio su espalda bajo la tela del *top*, preguntándome qué tiene de especial su piel tersa y suave más allá de la sensación ya desgastada de mis manos resbalando por un cuerpo femenino. Tan parecido al de otras *aspirantes* que han pasado por mi cama que ni siquiera recuerdo... Al final, siempre es lo mismo, un rostro y una figura agradables, pero nunca hay nada más que eso; tan solo son una imagen que se vuelve borrosa con los días hasta quedarse en nada.

Me gusta follar. El sexo se necesita y disfruto de él, tanto proporcionando placer como recibéndolo. Pero estoy completamente volcado en mi trabajo y no tengo tiempo de ir de caza; dejo que sean ellas las que se acerquen para

escoger una u otra sin demasiadas pretensiones más que pasar un buen rato y desconectar... Me dejo llevar. Es cómodo y fácil. Sin complicaciones. Aunque en algún momento también dejó de ser suficiente. Por primera vez, me siento hastiado de esta inercia sexual; de estos encuentros ocasionales cada vez más aburridos e inapetentes.

Quizás Paula lleve la razón después de todo y me haga falta algo de juego y un poquito más de resistencia para recuperar el entusiasmo.

Suspiro frustrado mirando al techo y, entonces, ocurre...

Mi vista se queda encallada en la semioscuridad del palco acristalado del piso de arriba, donde se encuentra exactamente lo que necesito.

Contemplo su silueta recortada por las luces de la pista, recostada sobre el pecho de Teo, que mueve una mano por su muslo para deslizarla entre sus piernas; la escena penetra en mi cabeza consiguiendo que todo lo que me rodea me resulte vacío, incluso las caricias de mi *aspirante*, y siento una excitación de repente que la rubia es incapaz de provocarme, pese a estar restregándose contra mi cuerpo con ganas, como si le fuera la vida en ponérmela dura.

«¿Qué haces con ese idiota, nena? No me trago que sea tu tipo».

Tina, que se gira para dirigir su mirada curiosa hacia aquello que ha atrapado mi atención, se queda de piedra al descubrir a su ex en plena acción con la *aspirante* que, hace un rato, pareció romperle los esquemas tanto como a mí.

—Si quieres, podemos ir a los baños. Estoy increíblemente cachonda y podrás hacer conmigo lo que quieras —susurra con lascivia una de esas frases soñadas por cualquier tío, pero que a mí se me antoja forzada por el despecho.

Al ver que no reacciono, se lanza sobre mí y me mete la lengua hasta el fondo, con una rara mezcla de urgencia y falsa necesidad. Respondo a su beso tratando de encontrar una razón que justifique tenerla encima de mí, si bien no consigo recordar lo que me atrajo de ella.

Me obligo a concentrarme en Tina, consciente de que me había olvidado de mi *aspirante* por completo, convencido de que estoy desaprovechando todo su potencial y de que, metidos en faena, cuando me entierre en su cuerpo o note su pelo entre mis dedos conseguiré el efecto que debería, aunque lo que en realidad me gustaría es hacerla a un lado porque me está tapando las vistas.

Me río de mí mismo; soy un condenado capullo. Tengo una rubia de infarto sobre mis piernas y, en lugar de concentrarme en lo mío y en cómo se contonea sobre mi pelvis, estoy embobado mirándola a *Ella*, convertido en un estúpido

voyeur mientras me muero de ganas por ocupar el puesto del cretino que la está tocando. ¡Maldito karma! Tanto que me mofé de ella insinuándole que deseaba estar en el lugar de Paula la otra noche y ahora me está pagando con la misma moneda.

Entorno los párpados y me sumerjo en el beso insustancial de la rubia, que me come la boca insaciable; presiono mis caderas contra sus muslos y ella gime cuando mi miembro empuja su entrada, sin percatarse de que se está restregando con el cinco por cien de mí mismo.

Esto no funciona.

Cuando abro los ojos, nuestras miradas colisionan por primera vez y siento una excitación que Tina es incapaz de provocarme; una sensación incómoda y placentera al mismo tiempo.

Mis pensamientos son lascivos y están anclados en el palco del primer piso, en torno a su imagen.

Estoy caliente y erecto, deseoso.

Su necesidad es contagiosa y me pierdo en la escena, embargado por el ansia y el deseo de estar dentro de ella y hacerla temblar hasta verla quedarse sin respiración. Pero eso no va a pasar porque es a Tina a quien tengo encima y son los dedos de Teo los que se hunden en el interior de su sexo. Me sorprende al comprobar cuánto me desagrada que esté disfrutando con otro, pero aún más me molesta el hecho de que me joda.

Sin embargo, no puedo dejar de mirar cómo se retuerce a punto de llegar al clímax. Está perfecta, radiante y salvaje; sonrojada y sudorosa, sus labios entreabiertos, su pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración entrecortada, sus preciosos ojos en trance, suplicantes; clavados en mí, con expresión intensa. No baja la mirada ni una sola vez, como si no pudiera dejar de mirarme, y su deseo traspasa la distancia que nos separa y se funde con el mío, reavivándolo; siento como la sangre me bombea por todo el miembro, palpitando con fuerza; el flujo atropellado acumulándose en la entrepierna. Mi erección crece y se hincha, presionando hacia afuera, luchando por librarse de la prisión de los vaqueros.

Cuando la veo jadear entrecortada, estremeciéndose por el orgasmo, mi excitación se incrementa; creo que nunca en toda mi vida se me había puesto tan dura.

«¿Por qué la idea de tirarme a Tina me resulta menos apetecible cada minuto que pasa?».

Puede que a la rubia el detalle de echarle un polvo pensando en otra le

traiga sin cuidado porque, al fin y al cabo, solo me está utilizando como una forma de desquitarse y demostrarse a sí misma alguna cosa que no entiendo, pero yo lo encuentro absurdo, casi una broma de mal gusto para ambos. Además, no creo que a su orgullo le hiciera ninguna gracia, porque yo también tengo de eso, y pica que te follen por motivos equivocados, que es básicamente lo que acabaríamos haciendo si seguimos con este magreo ineficaz.

Cierro los ojos impotente, escogiendo las palabras para decirle, de la forma más suave posible, que se me han quitado las ganas de follar. Cuando los abro, *Ella* está discutiendo con su *aspirante*, que la retiene por la muñeca y no parece dispuesto a dejarla marchar. Que se haya detenido me provoca una desconcertante satisfacción.

Entonces, lo abofetea.

Los ojos de Teo se encuentran con los míos, en los que puede leer la clara advertencia de que o la deja marchar o tendrá problemas conmigo. Lo capta a la primera y obedece apretando los dientes. Ella se aleja. Él farfulla cabreadísimo y desaparece.

Definitivamente, se me han quitado las ganas de fiesta con la rubia. Así que me detengo y, justo cuando estaba a punto de decírselo, diviso a Teo avanzar hacia nosotros, y Tina se hace a un lado, sin necesidad de herir su orgullo femenino.

—¿Será zorra calientapollas?! —blasfema su ex, sentándose a mi derecha—. ¡No se ha corrido en mis dedos la muy guarra y se ha marchado dejándome con la polla dura! ¡Encima me abofetea la hija de la gran puta!

—Te lo tienes merecido por seleccionar una *aspirante* en un mercado que no te corresponde. —Me río a carcajadas.

Mi *aspirante* se sonríe porque el fracaso de su ex lo considera una victoria personal. Si ella supiera...

—¡Pues no sé qué te hace tanta gracia! Si se vino conmigo es porque se estaba escondiendo de ti —repone airado.

Tina parpadea y frunce el ceño confundida. Si es lista, terminará descubriéndolo. Claro que es probable que no ate cabos esta misma noche. Repito. Ella es monotema y no creo que su cabeza esté preparada en estos momentos para resolver ningún enigma.

—No te dejes llevar por las apariencias, Teo. Si yo fuera tú, me estaría preguntando por qué no ha llegado hasta el final si estaba disfrutando tanto como para correrse.

Él me mira pensativo y aprieta los labios como si meditara las posibles respuestas. Si bien no le dedica mucho tiempo a la búsqueda, porque lo que necesita es desquitarse y es incapaz de hacer dos cosas al mismo tiempo. Seguro que le duelen las pelotas. Aunque no creo que menos de lo que empiezan a dolerme a mí.

—¡Sera puta, la muy perra! ¡Pedazo de zorra! —salmodia poseído por el diablo.

Creo que él tampoco llegará a resolver la incógnita antes de que termine la noche. Teo también es monotema. Al fin y al cabo, que Tina y él estén hechos el uno para el otro no es casualidad.

SI NO ESTÁS DISPUESTA A CUMPLIR LAS REGLAS...

*Una intención se pierde en el silencio cuando tu voz se ahoga sin
expresar lo que piensas.*

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

Me asomo a la pista de baile y paseo la mirada en busca de Paula. Teo y la rubia están discutiendo junto a la barra de abajo. Parece que hoy no tiene suerte con las tías. A David lo encuentro en mitad de la pista, bailando con Marta, y me quedo idiotizada observando sus movimientos. No tenía ni idea de que bailara tan bien. Cuando me doy cuenta, tengo todo el cuerpo inclinado hacia delante y estoy apoyada en los antebrazos, con la cabeza descansando entre las dos manos, mirándolo como una tonta. Que es precisamente lo que soy, una tonta, porque, de pronto, David levanta la vista y me pilla contemplándolo con expresión bobalicona. Entonces, sonrío y me guiña un ojo, y yo me quedo paralizada durante un breve instante hasta que mi cerebro se reinicia y me aparto de la barandilla.

«¡Mierda! ¡¿Este tío tiene un radar o qué?!».

Me dirijo a la barra renegando por mi mala suerte y, cuando llego, me apoyo en el mostrador y me digo a mí misma que tengo que salir de La Salsoteca antes de que la noche empeore.

Pese a no haber nadie más, el camarero no se percata de mi presencia porque está ocupado observando cómo se lo monta una pareja en celo que se ha sentado en un sofá cercano. Por el bulto evidente en sus pantalones asumo que es un salido poco profesional y dudo si darme la vuelta. Pero antes de moverme, lo tengo delante mirándome fijamente, reclamando en silencio mi petición.

—Un *gintonic*.

El tipo me escanea con descaro, como si estuviera buscándome un defecto de fábrica.

—¿No ha habido suerte esta noche? —me da conversación mientras me sirve.

Si pretende ligar, necesita renovar urgentemente la estrategia y cambiar de planeta. Y si se está haciendo el gracioso, tampoco funciona; hace rato que me da grima.

—¿Perdona? —Le devuelvo una mirada hostil, que a él le pasa desapercibida porque me está mirando las tetas.

—A estas horas y tan sola...

—No está sola —le advierte alguien a mi espalda, y su voz me sobresalta y pego un brinco.

El camarero borra instantáneamente la sonrisa de pervertido de su rostro y traga saliva.

No necesito girarme para saber que es David, porque mi cuerpo reacciona a su presencia y siento una especie de corriente eléctrica entre nosotros que hace que aumente mi temperatura.

—Ponme un tercio y te cobras lo mío y lo de ella —le pide en tono serio.

Me mantengo mirando al frente y doy un sorbo al *gintonic*, fingiendo que no existe.

—¿Te escondes de Teo o estás huyendo de mí? —Su aliento en mi cuello hace que me tense de golpe.

—Ninguna de las dos cosas —pronuncio con una credibilidad cuestionable.

—No viniste a saludarme —me reprocha mientras agarra el botellín de la barra y se coloca a mi derecha, apoyando la espalda en la madera.

Me mantengo en silencio y evito mirarlo, porque cada vez que lo hago se produce una catástrofe y tengo un orgasmo en diferido.

—¿No vas a decir nada? —insiste con suficiencia, antes de pegarle un trago al tercio, bebiendo directamente de la botella.

Su egocentrismo me saca de quicio.

«Si no hablo es porque no quiero hablar, ¿por qué no lo pilla?».

Dejo mi copa en la barra con un golpe y me giro para encararlo. En ese instante, mis ojos se encuentran con los suyos y le sostengo la mirada, retadora, para que sepa que no me intimida. Se encuentra todo lo cerca que puede estar sin tocarme, y mi cuerpo me grita a voces que desea que lo haga,

aunque, en esta ocasión, es la razón quien toma el mando.

—¿El otro día en mi casa no te quedó claro lo que pienso de ti? ¿Por qué no te largas con tu chica y me dejas en paz? —respondo en un tono seco que espero sea suficiente para que desaparezca.

—Prefiero estar aquí —responde impasible.

—Pues yo no quiero que estés —replico cortante.

—¡Ohh, acabas de romperme el corazón en pedazos! —se burla, con una mano en el pecho—. Pero no puedes prohibírmelo —espeto provocador.

Y es verdad, no puedo, y eso me da rabia. Le hago una mueca de asco, pongo un billete de diez euros delante de él y me dirijo con mi copa hacia la barandilla que da a la pista de baile para alejarme. Dejo el *gintonic* sobre una de las mesitas y, antes de sentarme, lo tengo justo delante, poniendo su culo en el taburete de enfrente.

—Tina no es mi chica —aclara sin que yo se lo pida, devolviéndome los diez euros. No los toco—. Se quedó hablando con tu *aspirante*... Ya sabes. Ese al que dejaste a medias y que anda cabreado, según él, por lo mucho que te hizo disfrutar y lo poco que lo dejaste disfrutar tú a él. Aunque, bueno —continúa pinchándose—, es típico de Teo exagerar sus historias. Estoy convencido de que no lo pasaste tan bien como él dice... ¿O sí? —pregunta sin apartar la mirada de mi rostro, tratando de calibrar el efecto que me producen sus palabras y, quizás, de satisfacer una curiosidad que no me pasa desapercibida.

—No sé... —replico con chulería—. Tú no me quistaste la vista de encima todo ese tiempo, dímelo tú.

Pero, en lugar de responder, me traspasa con sus ojos oscuros de un modo tan intenso que ambos nos quedamos en silencio, idiotizados, sosteniéndonos la mirada hasta que él parpadea y pega un trago a su cerveza, y yo lo imito y doy un sorbo a mi copa, deshaciéndose nuestro atontamiento de amplio espectro.

—Tuviste suerte de que Teo se mostrara razonable —habla por fin—, pero, en futuras ocasiones —añade con expresión severa, como si fuera a desvelarme la moraleja de un cuento que he de aprender—, no deberías ir a reservados con desconocidos si no estás dispuesta a llegar hasta el final.

—¿Que qué?! —estallo perpleja—. ¿Me estás diciendo que no soy libre de marcharme cuando quiera? ¿De poner los límites donde yo crea oportuno?

—No estás entendiendo nada. —Sacude la cabeza, sereno—. Si estás conmigo y me dices que pare, me detendré. Y si quieres irte, te vas y punto.

Pero no esperes que todos reaccionen de igual modo. Solo te estoy advirtiéndote que hay reglas, reglas implícitas. Si no estás dispuesta a cumplir las reglas del juego, sencillamente no juegues. Aquí no somos adolescentes.

—Ya me había dado cuenta de ese detalle.

—Pues no lo parece, porque tú te comportas como si todavía lo fueras.

—¿En serio? —pregunto ofendida y mordaz—. Y en vuestro caso, ¿quién de los dos lo fue? Hasta donde yo sé, Tina y tú tampoco llegasteis hasta el final.

—¿Te dedicas a *espíarme*? —Una sonrisa radiante ilumina su rostro complacido.

—¿Es eso lo que tú hacías cuando estaba con Teo en la pecera? —Ahora soy yo la que sonrío.

—La noche no ha terminado —ignora mi comentario—. ¿Quieres saber si Tina va a cumplir las reglas? —inquiere divertido.

—¿Si piensa cumplirlas? Mmmm. Lo tiene difícil. De momento, estás aquí conmigo y no con ella. Además, me trae sin cuidado lo que hagas, no es asunto mío.

David me observa detenidamente, y sus ojos parecen chispear como si acabara de descubrir algo que lo sorprende.

—Mientes. Te brillan los ojos.

—¿Qué? —inquiero, desconcertada.

—Tus ojos son increíblemente expresivos, por eso me gustan. Y te brillan como si nada que tenga que ver conmigo te fuera indiferente.

—¿Que qué?! —replico acalorada por su chulería, pero, en realidad, tengo que esforzarme en no sonreír, porque ha dicho que le gustan mis ojos.

«¡Mierda! Mañana sin falta tengo que ir a la farmacia a por un complejo vitamínico. El cansancio y la falta de sueño me están volviendo idiota...».

—Sentémonos en uno de esos sofás del fondo y te demuestro que no te soy indiferente —repite tentador.

Vacíó dos dedos del *gintonic* de un trago y me limito a negar con la cabeza porque, durante un instante de debilidad, he vacilado y sé que, si no aprieto los labios, acabaré pronunciando el único monosílabo que ahora mismo está prohibido en mi vocabulario con todas las posibles variantes:

«Sí». «Sí, vamos». «Sí, lo estoy deseando». «Sí, demuéstreme lo que quieras». «Sí, me muero de ganas por ser una de ellas». «Sí, sí, sí...».

Trago saliva y medito lo que voy a decir, escojo con cuidado las palabras, analizo la frase, valoro las consecuencias, consigo no perderme y... ¡escupo la

maldita respuesta!

—No voy a ir a ninguna parte contigo...

«... aunque me muera de ganas».

Suspiro aliviada por haberme mordido la lengua a tiempo.

—Yo no soy Teo.

—Ni yo voy a cumplir tus estúpidas reglas.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. Solo quiero satisfacer tu curiosidad de una vez por todas.

—¿*Mi* curiosidad? Querrás decir *tu* curiosidad, no la mía.

—Es la segunda vez que te pillo *observándome* con otra chica. —David se interrumpe y me clava su mirada oscura—. Quizás va siendo hora de que seas tú la protagonista en vez de imaginarte en su lugar.

Mis músculos se tensan, y noto la sangre fluyendo por todo mi cuerpo...

«¡Estúpido engreído!».

—Me encanta cómo me miras en ese momento. Como si no pudieras dejar de hacerlo —añade sin darme tregua.

«Te odio».

David sonrío. Y su sonrisa me enerva de tal modo que mando la filosofía budista y el «contar hasta diez» a hacer puñetas.

—¿Eras tú quien me miraba a mí! —protesto impotente.

—¿En serio? —me imita y me mira como si lo hubiera soñado.

Gruño.

—¿Tienes que ser tan...?

—¿Irresistible? —finaliza por mí.

«Capullo».

—¿Esa es la táctica que empleas para llevarte a una tía a la cama? —ironizo—. ¿Darles el papel principal en una de tus fantasías?

Su sonrisa se ensancha, se tuerce y sé de inmediato que he caído en alguna trampa y que está a punto de derramarse el jarro de agua fría sobre mi cabeza.

—Es la táctica que empleo cuando llevármela a la cama no figura precisamente entre mis prioridades —afirma con solemnidad.

Lo miro descolocada.

«¿Y eso es bueno o es malo?».

—Parece que esta noche voy a poder terminar la frase con fundamento... ¿Recuerdas?

Sus palabras en la cocina la mañana en que nos conocimos acuden a mi mente: «Paula no me dijo que su compañera de piso era tan... tan...».

—¡No estoy para estupideces! —espeto crispada y me levanto del taburete para terminar apoyada en la barandilla con actitud desafiante.

David me imita y se coloca frente a mí, a medio metro, como si estuviéramos a punto de batirnos en duelo.

—¿No quieres saber lo que pienso? —inclina la cabeza hacia un lado para estudiarme de arriba abajo.

Sus juegucitos me exasperan. Lo miro sin saber qué va a decir a continuación, pero temiéndolo. Si recapitulo los acontecimientos, solo me vienen a la mente dos palabras: «adolescente calientabraguetas». Como salgan de su boca, no respondo.

—¡Solo quiero que me dejes en paz! No me interesa en absoluto lo que pienses sobre mí.

David me observa incrédulo. No ha sonado *demasiado* convincente. En realidad, no ha sonado NADA convincente. ¡Vale, definitivamente ha sonado a mentira cochina! Me muero de ganas por saber lo que piensa.

Concretamente, es una parte de mí la que se muere por saber lo que tiene que decirme. La otra parte haría lo que fuera necesario para que la primera se muriera y dejara de hacerme actuar como una imbécil.

—Eres una chica muy... —comienza a decir, pero se interrumpe intencionadamente, escudriñando mi rostro mientras se da golpecitos con el índice en los labios.

Su silencio me saca de quicio.

—Muy *¿qué?* —inquiero apremiante y le clavo la mirada con los párpados entornados.

David me observa impasible.

—*Muy* curiosa —y lo pronuncia de un modo tan sensual que hace que mi temperatura suba cien grados de golpe y se disparen todas mis alarmas.

Siento que me hierva la sangre, aunque el motivo no lo tengo muy claro. David no me quita ojo. Sabe que voy a estallar de un momento a otro, lo está deseando. Quizás, después de todo, a él también le interesa lo que yo pueda decir.

—Y tú eres... —no puedo evitar replicar. Hago un mohín, como si fuera una niña pequeña enfadada—. ¡Eres un *robadesayunos!*

Y en cuanto lo digo quiero morirme.

«¡Maldito *gintonic!*!».

«*¿Robadesayunos?* ¿Me he vuelto imbécil o qué...? ¡Mierda! Eso ya lo constaté hace rato. ¡Olvidé que sí!».

—Un donjuán frívolo, *robadesayunos* —matizo, atropelladamente.

El resultado no es mucho mejor. Así que me hundo en la miseria y quiero desintegrarme.

«¿Pero qué gilipollices estoy diciendo?».

«Nota al margen: aparte de comprar complejo vitamínico, hacer más ejercicio para oxigenar el cerebro».

—Una princesa de cuento... —se interrumpe y esboza una sonrisa encantadora... de serpientes, mientras da un paso hacia delante—. Como *Blancanieves*.

Gruño y le lanzo una mirada asesina.

Me mira y arquea las cejas.

—¿No estás de acuerdo? —pregunta con fingida ingenuidad.

—¿*Blancanieves*? —repito con exasperación—. ¡Yo no soy ninguna princesa de cuento!

—¿En serio? Tan ingenua... romántica... dulce... y *virginal* —concluye burlón y avanza un paso más.

Aprieto los labios de la rabia que siento y creo que es imposible odiarlo más de lo que lo odio. No sé cómo lo hace.

—Por suerte, además, eres muchas otras cosas...

—¡Mejor eso que ser como tú! —exclamo con la mirada encendida.

—¿Y yo soy...?

—¡Un *destapasábanas* chulo, creído y arrogante!

—Pasional e instintiva.

Silba entre dientes y me guiña un ojo.

David me mira de una forma inquietante, sonriendo como un chico malo, mientras da un último paso para quedar a escasos centímetros de mí; sus ojos, cada vez más oscuros y peligrosos, lo hacen parecer aún más atractivo. Me pongo en alerta.

Entonces, extiende el brazo y mete el índice y el corazón por la cinturilla de mi falda, atrayéndome hacia él. El roce de sus dedos en contacto con mi piel hace que se estremezca todo mi cuerpo. Se inclina e inhala junto a mi cuello, antes de que pueda reaccionar.

—Y me encanta tu olor —susurra a mi oído, y un escalofrío me recorre la espina dorsal.

El hemisferio derecho de mi cerebro se ha derretido y el izquierdo está idiota perdido. Me estoy estresando.

—Todavía estás en deuda conmigo —afirma enigmático.

Le aguanto la mirada con el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Quiero moverme, pero estoy paralizada. Las piernas no me responden.

—Yo no te debo nada —le aclaro con hostilidad.

—Baila conmigo —me susurra al oído—. Me lo debes.

Intento retroceder, pero continúa con sus dedos agarrados a mi falda y tira de mí para no dejarme escapar. Estoy atrapada entre su cuerpo y la barandilla, y no porque me esté sujetando, sino porque me reflejo en sus pupilas dilatadas y sus ojos me retienen, me confunden, me transportan a la habitación de Paula, me trasladan a la pecera, y minan mis pensamientos, dejando mi mente en blanco. Una oleada de calor me invade desde los pies hasta el pelo y tengo que apartar la vista. Mi cuerpo recuerda. Mi cuerpo reclama. Mi cuerpo desea.

—¡Vaya, si estáis aquí! —nos sorprende una Paula que aparece cogida de la mano de su *aspirante*. David se gira, molesto por la interrupción, y le propina una mirada de irritación—. Tina te está buscando —le advierte con retintín, sin inmutarse—. Dice que «quiere irse a casa» y que tú «prometiste que la llevarías».

Me siento como si me hubieran despertado de un sueño y dejado caer de golpe desde un lugar donde solo estábamos él y yo a otro que me resulta extraño, y me asalta la música, el ruido, las voces y mi mente se llena de censura, vacilación y una extraña sensación de vértigo.

Paula pasea la mirada desde mi rostro desubicado al rostro enojado de David, pasando por sus dedos metidos en mi falda, y la veo desaparecer camino de la pecera, con una sonrisilla en los labios, dejándome aquí sola, luchando contra mí misma.

«¡Traidora! ¡Ojalá no se le empine al metrosexual de su amigo!».

—No te muevas de aquí —la voz de David interrumpe mis mejores deseos para el inminente polvo de mi mejor amiga.

Me clava su mirada y me suelta lentamente, como si pensara que voy a salir corriendo; que es precisamente lo que haré en cuanto lo pierda de vista.

—Vuelvo en seguida —me advierte arqueando las cejas, y después se gira y lo veo desaparecer escalera abajo.

Tengo muchísimo calor. Vacío de un trago el culo de *gintonic* que queda en mi copa y me asomo por la barandilla. David está hablando con una rubia encendida, a la que no parece gustarle lo que le está diciendo. Sonrío involuntariamente y, cuando me doy cuenta, aprieto los labios.

«Farmacia. Gimnasio», me recuerdo.

Tecleo en mi móvil un mensaje para Paula para avisarla de que me largo. Aprovecho que David está de espaldas a la escalera y descendo apresurada, con el corazón martilleándome el pecho.

Teo aparece en escena y se entromete en la conversación que mantienen David y la tal Tina. Cuando estoy a punto de cruzar la puerta de entrada, me parece escuchar a David gritar mi nombre, pero no me detengo. Necesito que el aire frío de la noche me sacuda el rostro y me despeje las ideas.

BLANCANIEVES, EL PRÍNCIPE Y EL FLAUTISTA DE HAMELÍN

Soy indescritiblemente impaciente para esperar a que aparezca un príncipe azul a lomos de un corcel blanco y demasiado romántica como para no creer que, si existe alguien en algún lugar para el que soy tan especial, me buscará aunque no me encuentre aguardándolo.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

El *parking* está abarrotado de coches, y deambulo desorientada porque no recuerdo dónde aparcamos. Estoy tan agotada física y, sobre todo, mentalmente, que solo tengo ganas de llegar a casa para meterme en la cama y permanecer en modo avión hasta el lunes por la mañana. Me detengo un instante para hacerme una composición de lugar, y un tipo aprovecha para colocarse delante de mí, impidiéndome el paso.

—¿Sabes que llevo toda la noche buscándote? —saluda mientras sus ojos, vidriosos y enrojecidos por el alcohol, me recorren lentamente—. Te pareces mucho a la chica de mis sueños —afirma, tomando mi mano por sorpresa y rozando con sus labios los nudillos, antes de que sea capaz de reaccionar.

—Una pena, porque yo ya encontré al hombre de mi vida hace tiempo y me está esperando en el coche —miento con frialdad, tirando de mi brazo para liberarme, sin poder disimular apenas mi cara de asco.

Lo esquivo y prosigo mi camino, rezando para que no me siga, pero el desconocido se echa sobre mí y me detiene, abrazándome por la espalda y apretándose contra mi cuerpo.

—¡No tan rápido, nena! —exclama molesto—. ¿No te gusto? —inquire ofendido, apoyando su barbilla en mi hombro. Me sacudo para evitar su proximidad.

Las risas de fondo, mofándose, de su amigo no se hacen esperar, y la mirada se me va hacia un grupo de jóvenes, junto a un Ford Fiesta rojo tuneado con las puertas abiertas y la música a todo volumen; lo forman dos chicas y tres chicos, todos pasados de alcohol, que no tardan en perder su interés en nosotros y centrarse de nuevo en seguir metiéndose mano... salvo uno de ellos, el único que no tiene pareja y que continúa observándonos en plan *voyeur*, provocándome un escalofrío. Esto no pinta bien.

—Mira, no te lo tomes como algo personal. Estoy muerta y quiero irme a mi casa, solo es eso —le digo en un tono forzosamente amistoso para cambiar de táctica, con la esperanza de que esto funcione.

Chasquea la lengua varias veces junto a mi oído y asumo que librarme de él será más difícil de lo que pensaba.

—De aquí no se va nadie sin pagar el peaje, cariño —me advierte, soltando su amarre y situándose frente a mí con la prepotencia de un macho alfa terriblemente perjudicado.

Pego un bufido y aprieto los labios; su actitud está acabando con mi paciencia. Lo escaneo detenidamente de arriba abajo y calculo que no habrá cumplido ni los veinte, es un poco más alto que yo y está delgaducho como el palo de una escoba. Yo soy mayor que él, voy al gimnasio y estoy empezando a cabrearme. Si la cosa se pone fea, debería poder tumbarlo.

—¡Guzmán, que la chica no quiere nada contigo! —se burla el tipo que no nos quitaba el ojo de encima, al tiempo que avanza hacia nosotros, manteniendo la verticalidad a duras penas. Este es igual de crío, pero más bajito y mucho más corpulento—. ¡Es que eres muy feo, tío! Aunque, quizás, si yo la sujeto... —añade, cómplice, y mi cuerpo se tensa de golpe ante la declaración de sus intenciones.

—¡Vete a tomar por el culo, Carlos! —le grita mi asaltante con la expresión desdibujada.

Y como si pretendiera demostrarle a aquel que se equivoca, acerca su boca a mi cuello y chupetea con ansia el espacio que queda bajo el lóbulo de mi oreja. Su aliento le apesta a *whisky* y siento náuseas al notar su respiración caliente y su boca babeante en mi piel. Le empujo el pecho con las manos para quitármelo de encima, y él ríe divertido mientras me agarra ambos brazos, apretando tan fuerte con sus dedos que me hace daño.

—No me gusta que me rechacen, ¿sabes? —Aprieta la mandíbula y su mirada se endurece—. Tú y yo sabemos que esta noche solo puede terminar de un modo. No me lo pongas difícil, nena —añade en tono autoritario, llevando

sus manos a mi cintura para estrecharme de nuevo contra su cuerpo.

Lo aparto varias veces, pero insiste, una y otra vez, hasta que con su mano intenta coger mi cara para atraerla hacia la suya, y yo, en un acto reflejo, le propino un codazo al estilo *muay thai* que lo hace tambalearse ligeramente hacia atrás, provocando que tropiece y caiga de culo.

—¡Hostia! La tía esta es Jackie Chan con tetas —se guasea el amigo, partiéndose de la risa.

—¡Serás hija de puta! —brama el otro, retorciéndose de dolor.

—¡Lo siento, perdona, no quería hacerte daño! —Reacciono ingenua, mientras avanzo hacia él apresurada, preocupada por haberle sacado un ojo y sorprendida de que un movimiento del *bodycombat* haya resultado tan efectivo.

Pero cuando nuestras miradas se encuentran, me detengo en seco, asustada por la expresión enajenada de su cara, y doy un paso hacia atrás para salir por piernas, chocando con el pecho de su amigo, que aguardaba a mi espalda y que me retiene antes de que pueda huir.

Me invade el pánico y forcejeo como un animal enjaulado, movida por la adrenalina que me insufla el miedo, mientras observo con terror como Guzmán se acerca hacia nosotros, con los ojos inyectados en sangre y los agujeros de la nariz visiblemente agrandados, hasta que se detiene a escasos centímetros.

No dice nada. Me fulmina con la mirada, apretando los labios con fuerza, levanta la mano, me gira la cara de un bofetón y, como respuesta, presa de la rabia, le pego una patada en la espinilla con todas mis ganas sin ningún tipo de remordimiento.

—¡Me cago en la Virgen y en todo lo que se menea! —exclama enojado, tocándose la pierna con el cuerpo flexionado.

El amigo no para de reírse, lo que aumenta el cabreo y la frustración del otro.

Cuando levanta la vista, advierto la ira en su rostro encendido. El corazón me late muy deprisa, la mejilla me arde.

—Vas a pagar muy caro lo que acabas de hacer, ¿sabes? —me advierte con cara de loco.

—Yo de ti volvería al coche con tus amigos. Como me pongas una mano encima... —lo amenazo, fingiendo que no me intimida, pero mi tono ha sonado algo forzado porque me ha temblado la voz y no parece que haya conseguido mi objetivo.

—¿Lo dudas?... —me corta con sarcasmo—. Alguien tiene que arreglar

esto. —Señala el prominente bulto en sus pantalones—. Cuanto más te resistes, más dura me la estás poniendo. No sabes cuánto tiempo llevo fantaseando con hacérselo a una tía mayor que yo —me susurra al oído, con su mejilla pegada a la mía, soltándome su aliento—. Tienes cara de chuparla de la hostia... —murmura, arrastrando el pulgar bruscamente por mis labios y sonrío lascivo—. Vas a disfrutar mucho, nena. Mi verga las vuelve locas —prosigue, y su sonrisa se torna absolutamente malvada.

—¡Cómo lo flipas, cabrón! —se mofa el amigo, dejando escapar una desagradable carcajada—. Yo la tengo más grande y más gorda, conmigo sí que va a disfrutar.

—Eso que lo decida ella, ¿verdad, cariño? —inquieta, clavándome la mirada. Después, aplasta su mano contra mi garganta y siento que me falta el aire. No puedo moverme, porque el amigo me inmoviliza agarrándome por los brazos. Me estoy mareando—. Cuando termine con esta fiera es toda tuya —le dice al otro. El tío se ríe, pero enseguida muda su expresión, que se torna agresiva—. Vas a tener que ser muy buena para compensar el mal rato que me estás haciendo pasar. *Muy buena* —enfatisa—. ¿Has entendido?

No digo nada, no me sale la voz. Trato de desprenderme de su garra. Me remuevo, y el tipo afloja los dedos, dejando que tome aire, pero no la quita.

—¿De pronto te has quedado muda? —Me mira con mala cara—. Te crees demasiado buena para mí, ¿verdad? ¡Contesta, zorra! —añade en un tono hostil.

—Lo es —responde alguien a su espalda, al tiempo que lo agarra por el codo con una mano y, antes de que el tipo abra la boca, luxa su muñeca con la otra, inmovilizándolo mientras este se estira sobre la punta de sus pies, con el rostro desencajado de dolor.

David aparece frente a mí y, por una vez, doy gracias al cielo y a todos los mártires del santoral católico al completo.

—¡Suéltame, mamón, hijo de puta! ¡Te voy a partir la cara! —exclama su presa mientras se contorsiona y trata de golpearlo sin éxito—. ¡Que me sueltes, joder!

—Dos contra uno... ¿No os da vergüenza? —pregunta David con una calma gélida.

—¡Vete a tomar por el culo, gilipollas!

—Deberías mejorar tus modales. —Sacude la cabeza con gesto de desaprobación.

—¡Deberías comerme el nabo, imbécil! —replica el otro acaloradamente.

—Tío, ¿por qué no te vas? —grita Carlos a mi espalda, en plan gallito de corral.

—Es lo que voy a hacer, pero con ella —contesta David imperturbable.

—Nosotros la vimos antes. ¡Esa zorra es nuestra! —salta Guzmán.

—Esa boquita... —David aprieta su puño en torno a la muñeca, y el tipo grita y se empuja un poco más.

—¡Carlos, me cago en tus muertos! ¡Mueve tu culo y ayúdame, maricón de mierda! —exclama con la respiración entrecortada, instando a su amigo a que haga algo.

Carlos, que observa la escena reteniéndome a escasos metros de distancia, reacciona soltándome de golpe, pero en lugar de ir en defensa de su colega, sale corriendo hacia el coche, dejándolo solo.

David pasea su mirada desde su oponente al resto del grupo. Creo que está sopesando sus alternativas. Dos están en los asientos traseros metiéndose mano, y otros dos se están enrollando apoyados en el capó, apenas conscientes del entorno ni de nuestra pelea. Hasta que Carlos se dirige a ellos y comienza a discutir con la pareja. Por la forma en que se ríen a voces y se tambalean, parecen igual de afectados que sus amigos.

«¿Qué les estará diciendo?».

Yo también barajo mis opciones. De momento, somos dos contra uno, pero tengo un mal presentimiento.

—No quiero hacerte daño —confiesa David condescendiente, con la mirada clavada en el Ford Fiesta—. Si eres listo, no te moverás de aquí hasta que nos hayamos ido —le aconseja a Guzmán mientras lo libera.

Pero el tipo lo observa con cara de asco y esboza una sonrisa de oreja a oreja. Para cuando quiero darme cuenta, ya es demasiado tarde. Puedo escuchar sus voces a mi espalda y noto como a David se le tensan los músculos y está preparándose para atacar.

—¡Nano, me habéis jodido el puto polvo con la Jenny! Como no regrese pronto a terminar la faena, la muy zorra me ha amenazado con contárselo a mi novia —protesta uno de ellos.

—Jonathan, solo será un momento, mamonazo. A la nenaza de Carlos le están dando de hostias y yo tengo partido mañana... no puedo lesionarme. ¿Tú no hacías defensa personal de esa? Pues demuestra lo que sabes y ayúdanos a tumbar a ese tío.

Cuando me giro, me encuentro con Carlos, que lleva un palo de hockey en la mano y otro crío, con todos los músculos que le faltan a Guzmán y a Carlos

juntos, que lo acompaña con cara de mala hostia.

«¡Jo-der!».

—¡Ya era hora, cabrones! —saluda Guzmán con renovada energía y ganas de tomarse la revancha.

—Mira, tío —Jonathan encara a David con chulería y sin protocolos—, en ese coche me está esperando una guarra con unas tetas como melones para que le dé lo suyo, así que pónmelo fácil y lleguemos a un acuerdo —aclara conciliador, como si se le pasara la hora del *parking*—. Si te portas bien, mis colegas pueden dejar que mires mientras se trajinan a la *Kung Fu Panda* esta y, si para cuando terminen tiene ganas de más, entonces será toda tuya. Pero, como me toques los cojones... —lo desafía, dándole golpecitos en el pecho con el índice mientras hace un gesto con la barbilla, señalando el *stick* que Carlos sujeta entre las manos.

David lo mira impávido y se inclina hacia él, dejándolo con la palabra en la boca.

—*Mira, tío* —lo imita con una voz diez tonos por debajo de la de su contrincante—, si vuelves a ponerme la mano encima, será la última cosa que recuerdes de esta noche. Pero como alguno de vosotros se atreva a ponerle una mano encima a ella, será lo último que haga en su vida —le dice al oído en un susurro amenazador.

Jonathan pestañea un poco descolocado y por el rabillo del ojo observo como Guzmán le lanza una mirada significativa, exigiendo que actúe.

—OK. —Es lo único que pronuncia antes de comenzar a hacer absurdos movimientos a caballo entre las artes marciales y alguien a quien se le ha metido un *masolet* en el culo, mientras el resto lo observamos con atención y un tanto de vergüenza ajena—. Ven a por mí si tienes huevos —se atreve a desafiar a David con una temeraria valentía que extrae de su estado ebrio y un evidentemente escaso coeficiente intelectual.

—No voy a pelear contigo en el estado en el que te encuentras —le advierte David, en un tono casi paternal.

Jonathan desvía la mirada hacia sus amigos, que lo observan con desprecio, como si no fuera más que un pelele, y, en un arrebato de orgullo masculino, se abalanza sobre su contrincante, embistiéndolo por la cintura como si fuera un toro.

—¡A mí no me vas a noquear tan fácil como a estos dos! —grita poseído mientras ambos caen al suelo.

Pero antes de que pueda parpadear siquiera, se encuentra debajo de su

oponente, que lo inmoviliza sentado a horcajadas sobre su cintura. Trata entonces de estrangularlo y, como ve que no puede, golpea el aire. Sus reflejos están más que afectados y, ante la imagen grotesca de su joven adversario, David sacude la cabeza y se levanta, aburrido de verlo hacer el ridículo.

—¡Cabrón, hijo de puta, no huyas! —Se tambalea tras él, empujándolo por los hombros hacia atrás. David frena con la pierna derecha y se gira con el brazo izquierdo levantado, bloqueándolo, al tiempo que le propina un golpe seco en la cara.

Estoy tan absorta mirándolos pelear que, cuando Guzmán pasa por mi lado con el palo de madera en las manos, dispuesto a atacarlo a traición por la espalda, me quedo en estado de *shock*. La adrenalina que circula por las venas me humedece la piel y siento que se me va a salir el corazón por la boca ante el miedo a que le hagan daño.

—¡Cuidado, David! —grito para prevenirlo, corriendo en su ayuda.

Y en el instante en que Guzmán se dispone a atizarle, me lanzo sin pensarlo sobre él, colgándome de su cuello como un koala, consiguiendo que suelte el *stick* mientras se sacude con violencia, hasta que salgo despedida y quedo fuera de cobertura por un segundo, con mi trasero dolorido.

Busco a David con la mirada y lo encuentro observándome con una expresión de impotencia por no poder ayudarme. Le hago un gesto con la cabeza para hacerle creer que estoy bien, pero la distracción le cuesta un rechazo que impacta en su mentón y lo deja aturdido por un momento, y me siento culpable.

Jonathan abre los ojos como platos, porque ni él mismo se cree lo que acaba de hacer y, crecido por su momentánea victoria, se dispone a pegar de nuevo, a lo que David reacciona de inmediato, le abofetea la mejilla derecha y devuelve el rostro al sitio, golpeándolo enseguida en la izquierda, para terminar impactándolo con el codo, haciendo que pierda el equilibrio y caiga de culo.

—¡Me has roto la mandíbula, pedazo de cabrón! —gimotea en el suelo, como un crío de parvulario.

Guzmán aprovecha el descuido y asesta un golpe en el muslo con el palo, pillando por sorpresa a David, que acaba doblado sobre sí mismo con expresión de dolor. Quiero ir en su auxilio, pero Carlos me lo impide cortándome el paso. Él también ha presenciado como Guzmán dejaba fuera de combate al enemigo y, cuando se gira de nuevo hacia mí, me mira arrogante, con expresión divertida, anotándose el tanto.

Tengo que pensar algo y rápido. Meto la mano en el bolso y busco nerviosa un atomizador de perfume recargable de color negro que siempre llevo conmigo y que puede dar el pego.

—Ni se te ocurra acercarte —lo amenazo mientras me incorporo, exhibiendo el frasquito de colonia como si fuera un arma de destrucción masiva.

El tío me observa receloso y se echa ligeramente hacia atrás, alzando ambas manos en posición defensiva.

—¿Eso es...?

—Spray antivioladores, y no sabes cómo pica —me aventuro a aclarar, poniendo cara de asesina en serie—. Si mañana quieres jugar ese partido tuyo con la vista en condiciones, te aconsejo que te echas a un lado y me dejes pasar.

Y, contra todo pronóstico, me hace caso y se aparta. David continúa paralizado y Guzmán lo observa amenazante, con el palo de hockey entre sus manos, dispuesto a arrearle de nuevo.

—¡Eh, tú! —lo increpo muy chula, dándole molestos golpecitos en el hombro.

—¿Se puede saber qué quieres ahora, hija de la grandísima puta? —Se gira, molesto por la interrupción.

—Darte un recado de parte de mi madre... —contesto, mientras le rocío la cara con la colonia, sin darle tiempo a reaccionar.

Guzmán se echa para atrás aullando, llevándose las manos al rostro y, en ese instante, aprovecho y le pego una patada en las pelotas con tantas ganas —porque mira que le tenía ganas— que se le doblan las rodillas y cae al suelo; da la sensación de que está a punto de perder el conocimiento. Desquitarse ayuda bastante a darle un nuevo enfoque a lo ocurrido...

—¿Estás bien? —me pregunta David, que aparece a mi lado en ese momento.

Afirmo moviendo la cabeza con vehemencia.

—¿Y tú?

David también asiente, aunque sé que miente, porque lo he visto cojear. Entonces, nos miramos cómplices, leyéndonos el pensamiento...

—¡Corre! —exclama mientras salimos disparados—. ¿Dónde está tu coche?

Señalo un Peugeot 206 blanco a unos metros de nosotros, al tiempo que aprieto el mando y las luces parpadean.

—Larguémonos de aquí —propone, extendiendo la palma abierta de la mano para que le entregue las llaves.

Por una vez, no opongo resistencia. Estoy demasiado nerviosa para conducir. David se acomoda en el asiento del conductor, y yo me aprieto contra el del copiloto, jadeando. Me llevo la mano al pecho. Mi corazón bombea tan rápido que puedo sentirlo bajo la palma. Pone en marcha el coche, apoya un brazo en el respaldo de mi asiento y mira a través de la ventanilla trasera. Da marcha atrás hasta alcanzar el asfalto y, después, acelera con violencia el vehículo, que se agita con brusquedad, recorriendo veloz la carretera de salida y dejando casi seguro la huella de los neumáticos en la calzada. Me aferro a la agarradera encima de la puerta con ambas manos y no la suelto hasta que pone varios kilómetros de distancia entre nosotros y nuestros agresores. Aun así, no puedo evitar seguir en tensión y no dejo de mirar por el retrovisor por miedo a que nos sigan. David no pronuncia ni una sola palabra, nada.

El silencio se prolonga hasta que empieza a resultar incómodo.

Cuando llegamos al Paseo de la Alameda, gira bruscamente el volante y aparca sin avisar en un hueco que avista en el lateral.

—¡Te has vuelto loco! —le reprocho con los ojos apretados y ambas manos agarradas con fuerza al borde del asiento.

David apaga el motor, saca la llave del contacto y me atraviesa con la mirada, como si fuera una quinceañera insensata.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando?! —dice con furia, en voz baja.

Lo miro conmocionada, desconcertada por su reacción.

—¡Te pedí que me esperaras! ¡Si querías irte, solo tenías que decirlo! —añade enfadado.

Tengo un exceso de adrenalina en sangre... A mí nadie me habla así.

—¿Pero tú quién te crees que eres? ¡Si ni siquiera te conozco! ¡Yo a ti no tengo que pedirte permiso para hacer absolutamente nada! —replico perdiendo los estribos.

—¡Reglas! ¡Hay reglas! —prosigue sin escucharme—. ¿Qué demonios te pasa con las malditas reglas? ¡Los borrachos no suelen molestar a las parejas, solo a las incautas que deambulan por el *parking* solas, buscando su coche! —continúa reprendiéndome con dureza, y sus palabras me sacuden como una bofetada.

Soy consciente de que la situación se habría complicado si él no llega a

aparecer, pero no ha sido así. No pienso darle la razón, y menos cuando se empeña en tratarme como si fuera tonta. Al fin y al cabo, yo hice la mitad del trabajo. Estoy saturada y me muero de ganas por llegar a casa. Si no me hubiera dejado convencer por Paula, ahora estaría durmiendo tranquilamente en mi cama. Demasiadas emociones para una sola noche, después de la semana de mierda que llevo.

David pestañea y me observa con una expresión vacilante. Y es por el modo en que me mira por lo que me doy cuenta de que estoy llorando y salgo del coche en un arrebató de orgullo estúpido.

«¡Maldita sea, lo que me faltaba!».

Me sigue y se coloca delante de mí.

—Perdona. Siento haber sido tan duro —se disculpa, rodeándome con sus brazos.

Me estrecha contra él y yo me remuevo. Me siento estúpida.

—¡Déjame! Quiero estar sola. —Pero antes de terminar la frase, dejo de moverme, me rindo y me acurruco contra su pecho, mi mejilla descansando sobre la superficie de su chaqueta. Puedo oír su corazón latiendo con fuerza.

—Estás temblando... —susurra preocupado—. Todo está bien. No te preocupes.

Siento el calor que desprende su cuerpo. Me encanta cómo huele. Mi sollozo se transforma en una melodía suave mientras él me acaricia el cabello con su mano derecha. Y, abrazándonos en silencio, permanecemos de pie junto al coche hasta que me tranquilizo, y mis latidos, alterados por la adrenalina, se acompañan con los de David, que parecen haberse acelerado a causa de este abrazo inesperado.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta con dulzura.

Alzo la vista desorientada. Su mirada es tan cautivadora que me hace sentir débil.

«Solo es un abrazo porque estaba llorando», me digo.

David enjuga una lágrima rezagada y, después, me acaricia la mejilla, allí donde Guzmán me cruzó la cara. Entonces, me doy cuenta de lo cerca que estamos, de que nos separa exactamente la distancia de un beso y sé que no me queda tiempo; que va a pasar algo si no reacciono. Justo cuando se inclina hacia mí, su movimiento me pone en alerta y retrocedo un paso, nerviosa, choco contra el coche y me siento de forma apresurada en el asiento del copiloto sin decir palabra. Él todavía permanece inmóvil en el mismo lugar, observándome perplejo, aunque creo atisbar una leve sonrisa en sus labios por

mi reacción.

—Si no te hubieras puesto en peligro de forma innecesaria, podríamos habernos ahorrado este mal rato —afirma con naturalidad mientras se acomoda en el asiento del conductor.

Estaba claro que la calma no podía durar demasiado.

—¿En serio? —ironizo—. ¿Crees que pretendía amortizar mis clases de *bodycombat* con un capullo que quería que se la chupara? ¿Que para mí fue divertido verte en el suelo sin saber si estabas herido ni poder ayudarte? ¡Seguro que sí! ¡Cuando abandoné La Salsoteca, estaba deseando «pasar un mal rato» como ese! —le reprocho fuera de mis casillas.

David se queda desconcertado un instante, sujetando la llave sin llegar a girarla para arrancar el coche. Parece que mi respuesta lo pilla desprevenido y tiene que asimilar mis palabras. A mí me pasa lo mismo.

—¿Te acosan unos borrachos y lo que a ti te preocupa es si me han hecho daño y venir al rescate? —lo pregunta en voz alta, pero parece que, en realidad, esté hablando consigo mismo.

Escuchárselo decir me hace sentir algo de vergüenza, y me pongo a la defensiva.

—A esos niñatos los tenía controlados —me defiendo, levantando la barbilla—. A ti te derribaron por estar más pendiente de mí que de protegerte —replico, insinuando que lo suyo todavía es peor que lo mío.

David se mantiene en silencio, como si estuviera eligiendo con cuidado qué decir al respecto.

—Admito que sabes defenderte —se interrumpe, suelta la llave y se vuelve hacia mí—. Hagamos un trato. Prométeme que a partir de ahora cumplirás las reglas, y yo te prometo que no me meteré en peleas donde puedan partirme algún hueso de mi cuerpo. —Me mira largamente y espera con paciencia mi respuesta con sus ojos clavados en los míos.

—¿Tienes algo roto? —me apresuro a preguntar intranquila.

Él se palpa el cuerpo y sonríe. Y a mí me parece la sonrisa más encantadora que he visto en la vida.

—Diría que todo sigue en su sitio. Me saldrán algunos moratones y puede que ande cojeando unos cuantos días, pero nada que no pueda aliviar un antiinflamatorio. Ese tipo me atizó con el palo estando borracho y con la muñeca torcida. Es difícil golpear con fuerza en esas condiciones. No te preocupes —me tranquiliza mientras se incorpora a la circulación.

Permanecemos en silencio el resto del trayecto. De pronto, me embarga

una timidez extraña que añadir a todas las emociones que me provoca. He deseado que me besara, y esta vez no fue por dejarme llevar por una mente en blanco.

David se detiene frente a mi casa y saca las llaves del contacto. Había olvidado que hemos venido en mi coche.

«¿Y ahora qué?».

—Ya hemos llegado —me dice.

No me atrevo a mirarlo. Asiento con la cabeza y hago un ruidito para darle la razón.

—¿Vas a volver a La Salsoteca a por tu coche? —me asalta la duda al segundo siguiente.

—Se lo dejé a Tina para que regresara a su casa.

—Entonces... estará esperándote —suelto sin pensar, y mi tono es una mezcla de curiosidad y decepción que no me molestó en camuflar bajo el sarcasmo.

—Ya he tenido suficientes emociones por hoy. Me voy directo a la cama. —Barre de un plumazo mi insinuación—. A *mi* cama —enfatisa, por si no había quedado claro.

—Pensaba que tenías que cumplir no sé qué estúpidas reglas esta noche...

—Y, aunque en esta ocasión ironizo, ya es demasiado tarde.

Él sonríe, pero, en lugar de decir nada, saca su móvil del bolsillo y comienza a marcar un número.

—¿Qué haces? —inquiero con cara de desconcierto.

—Llamo a un taxi.

—Llévate mi coche —le ofrezco—. En cierto modo, estoy en deuda contigo. Si estás aquí es por mi culpa.

—Estoy aquí porque deseo estar aquí. —Me mira con una expresión impenetrable y guarda el teléfono. Trago saliva—. Pero sí, por fin estamos de acuerdo en algo. Estás en deuda conmigo. —Se gira ligeramente hacia mí y me clava sus ojos oscuros e indescifrables.

Desvío la mirada hacia una mancha que hay en la luna delantera y me pongo nerviosa. Me pongo roja. Lo observo de reojo y en su expresión descubro un brillo que centellea cómplice de mi rubor... de mi súbita timidez... de mi actitud de quinceañera atontada que se muere de vergüenza.

No sé que más decir ni cómo concluir la noche. Vacilo sobre si debería darle dos besos, pero, en lugar de ello, me sorprendo hablando, mientras aprieto la manilla de la puerta del copiloto.

—No me devuelvas el coche sin gasolina —me despido sin florituras—. Mañana a las cinco me paso por el restaurante a recogerlo. Espérame en la puerta.

—Fui yo —pronuncia antes de que salga, haciendo que me detenga en seco con un pie sobre el asfalto.

—Fuiste tú ¿qué? —pregunto sin girarme.

—El que no quiso continuar.

Su confesión me hace sonreír, aunque no digo nada al respecto y me limito a alejarme del coche como si fuera el Flautista de Hamelín, seguida de cerca por el rubor, la vergüenza y el espíritu de cría desbocada, dando palmadas y saltitos de alegría.

Al llegar al portal, me giro y él sigue ahí, mirándome fijamente. Tras de mí, todos observan la escena igualmente, y el rubor se enciende un grado más, la vergüenza se agranda y el espíritu adolescente sigue brincando como una *cheerleader*, aplaudiendo y voceando: «¡Dame una D, dame una A, dame una V...!».

Cuando entro en el ascensor, el espejo me devuelve el reflejo de alguien con la cara de idiota más grande que recuerdo haber puesto en años, y tengo la seguridad de que esto no lo arreglan las vitaminas ni incrementar mis horas en el gimnasio.

¡Cuánto daño han hecho los cuentos de princesas!

SÁBADO, 8 DE OCTUBRE DE 2016

Princesa conoce príncipe, se enamoran, bailan, ¿se besan?, de «lo otro» ni hablamos, se casan y a comer perdices. Pero ¿y si de pronto apareciera alguien que ni es príncipe —aunque sí baila—, que no la besa ni se casa ni le gustan las perdices y es «lo otro» lo único que le interesa? Yo no dije que quisiera ser princesa.

Publicado por A.L. en 4.13

Etiquetas: Caballero de hojalata

¿IMPOSIBLE, SEGURO?

Me pregunto qué significa exactamente «madurar». Quizás consista en asumir que, a veces, no hay una respuesta para todas mis preguntas, que hay cosas que ocurren por razones que se escapan a mi control y mi entendimiento. No es un consuelo.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

Acudo a La Zona a las cinco, tal como David y yo acordamos anoche. Cuando llego, lo encuentro frente a la entrada del restaurante, apoyado en la puerta del conductor de mi coche, pero no está solo.

La rubia de La Salsoteca está pegada a él como una lapa y se ríe de forma tonta, le toca el pecho, se ríe de nuevo como una idiota, se atusa el cabello, vuelve a refregarse... y empieza a caerme gorda. Tina creo que se llama.

Y no son celos, no. Es porque tengo un radar que detecta en kilómetros a la redonda a las tías estúpidas y, en cuanto los divisé a lo lejos, comenzó a vibrar intensamente. El pelotón de combate se prepara para la batalla.

A medida que avanzo hacia ellos por la acera noto que, en cuanto David repara en mi presencia, la coge por la cintura, la estrecha contra su cuerpo y ella se queda colgada de su cuello, dispuesta a darlo todo. Me molesta lo que veo, mi temperatura se eleva y siento discurrir la adrenalina por mis venas. Cuando llego a su altura, carraspeo.

—Perdona la interrupción —saludo secamente, sin protocolos—. Solo quiero las llaves de mi coche y podrás seguir a lo tuyo.

La rubia se echa a un lado, mirándome de arriba abajo con desdén, y mete su mano en el bolsillo trasero del pantalón de David, marcando territorio. La vista se me queda frenada involuntariamente en esa mano, antes de clavarla en el rostro de él con instinto homicida.

Y cuando lo hago, lo pillo sonriendo, advirtiéndome que soy un libro abierto para él. Odio cuando actúa como si supiera lo que pienso, especialmente porque yo no tengo ni idea de lo que piensa David, salvo que se está divirtiendo.

—¿Has dormido bien? —me devuelve el saludo con una complicidad que no le pasa desapercibida a la *Barbie-Chimpancé de Feria*.

—Perfectamente —respondo con frialdad.

—Tina, esta es Blancaaa... Alejandra —se apresura a rectificar—, la amiga de Paula.

Tina, que no se preocupa lo más mínimo por ocultar su aversión hacia mí, me lanza una mirada desdeñosa con un mensaje implícito más que claro: «¿Por qué no te largas?».

—¡Ah! —pronuncia con un cansino desprecio—. ¿No es esta la calientaaa...? —se interrumpe, simulando haber metido la pata, y se cubre la boca un instante con la mano. Luego, sonrío maliciosa—. O sea, ¿la chica esa que *le dio calabazas* al pobre Teo? —rectifica con retintín, dirigiéndose a David como si yo no pudiera escucharla.

Sus palabras son como una patada en la boca del estómago y, por un instante, me hacen sentir incómoda.

Tina: *one point*. Ale: desubicada, reorganizando las tropas.

—Tina —interviene David—, no todas las chicas son tan *solícitas* como tú —y pronuncia el adjetivo enfatizándolo de un modo que lo aleja visiblemente de un halago, si bien la rubia parece no darse cuenta de ello y sonrío satisfecha, como si hubiera recibido el mayor de los cumplidos.

—Tina... Tina... ¿No es esta la chica que te estaba buscando anoche cuando nos interrumpieron en el reservado del primer piso? —pregunto en tono distraído, mientras me golpeo el labio inferior, fingiendo recordar.

La rubia abre los ojos como platos y aprieta los labios. Por su expresión, deduzco que no sabía que David acabó conmigo después de dejarla en manos de Teo y, si es lista y ata cabos, no tardará en deducir que, si no la llevó a su casa, fue porque prefirió venir en mi busca. Y si no lo es, no importa, ya la ayudo yo a pensar. El pelotón de combate está silbando. Me voy a apuntar un tanto.

Ale: *one point*. Tina: tiene la mandíbula rígida y las fosas nasales ensanchadas.

—Tu amiga está dentro, nena —contraataca—. De hecho, si te das prisa, hasta puede que pilles a Teo. Estoy convencida de que se alegrará mucho de

verte. Y quién sabe, quizás podrías terminar la faena. —Esboza una sonrisa angelical que contrasta con su rostro de arpía retorcida y despechada.

Mi radar de tías estúpidas estalla en mil pedazos, pero cuento hasta diez y hago un esfuerzo sobrehumano por mantener las formas. Mejor mantener la calma para afinar la puntería, así que le devuelvo una sonrisa sardónica, bajo la cual escondo todo el odio y resentimiento que siento en este instante, y cargo de nuevo la escopeta, directa a su orgullo femenino.

—No he venido a ver a Paula, estoy aquí por David —la contradigo con naturalidad. Ella me fulmina con la mirada y mi sonrisa ortopédica se ensancha de satisfacción—. Anoche fuimos a *mi* casa en *mi* coche y he venido a recogerlo. Se nos hizo tan tarde que tuve que prestárselo para que pudiera venir hoy a trabajar. Como tú te llevaste el suyo para regresar a *tu* casa... *sola*.

La *aspirante interruptus*, sorprendida e indignada con la información, se gira como un látigo hacia David, exigiendo una explicación. Pero el susodicho se mantiene en silencio, sin aclarar nada de lo que he dicho, sin poner puntos ni comas ni abrir paréntesis para hacer saber a la rubia que no pasó nada entre nosotros. Y permite que, alentada por mis insinuaciones, ella imagine toda clase de versiones alternativas a la realidad, que seguro se alejan bastante de lo ocurrido anoche. Agradezco su mutismo porque me hace ganar puntos, por lo menos diez de golpe.

Cuando, por fin, Tina parece llegar a la conclusión de que tres son multitud y es ella la que sobra, pega un ruidoso bufido y se aleja airada, taconeando de forma ruidosa hacia el interior de La Zona, dejando tras de sí la estela de un empalagoso perfume de imitación.

—¡Ups! Se ha enfadado. ¡Cuánto lo siento! —me mofo con un ápice de hostilidad—. Parece que te has quedado sin plan para esta noche.

David me observa con un destello de malicia en su rostro que me desconcierta, y tengo la impresión de que siente una satisfacción incluso mayor que la mía. Entonces, sé que he vuelto a caer en la trampa, que de nuevo me tiene donde él quería. Acabo de batirme en duelo por ese idiota y he abierto el bufé libre que alimenta su ego masculino.

«¡Pelotón, levanten armas!».

—No tenía planes con Tina —aclara inexpresivo—. Te lo dije anoche.

—No me des explicaciones —me apresuro a replicar con indiferencia, aunque, muy a mi pesar, creo que ha sonado a mujer resentida—. Te conocí tirándote a mi mejor amiga, cualquier cosa que hagas ni me importa ni me

sorprendería. —Luzco una sonrisa artificiosa, pero por dentro tengo la sangre bullendo a cien grados centígrados.

—Difícil olvidar ese momento —susurra con un descaro extremadamente sensual.

David me mira como aquella noche y desaparece la sonrisa fingida de mi cara.

—Aunque hay alguno más reciente que podría hacerle la competencia.

Tocada y hundida. Si sigo colgándome medallas de esta forma, jamás podré cumplir la promesa que le hice a Paula de intentar llevarme bien con este imbécil.

—¿Me das mis llaves? —le reclamo, taladrándolo con la mirada.

No responde, sostiene el llavero delante de mis narices y, cuando trato de cogerlo, esquivo mi mano y lo esconde a su espalda.

—Todavía estás en deuda conmigo. De hecho, tu deuda se va incrementando —me advierte con arrogancia.

Me saca de mis casillas. Yo lo mato.

—Dile a Paula que luego la llamo.

Lo miro arqueando una ceja reprobatoria, mientras señalo con la barbilla la puerta del conductor donde está apoyado, para que se aparte. Hace una reverencia galante y se echa a un lado, pero, cuando aprieto el tirador y no se abre, recuerdo que todavía no he recuperado mis llaves. Entonces, lo siento a mi espalda, tan próximo que se me corta la respiración y me tiemblan las piernas.

Cierro los ojos y esto no mejora, porque me asalta la imagen de su cuerpo desnudo, cada detalle, cada gesto; se incrementa mi deseo de sentirlo, de rozar su piel, de que me toque. Y eso me abruma. Me mareo, me falta el aire y necesito huir muy lejos de aquí.

Los segundos siguen pasando y no rompo el silencio, no me muevo. Hace rato que debería haberlo empujado para alejarlo de mí y no lo he hecho. David me atrae hacia él rodeándome por la cintura y yo me dejo arrastrar sin resistirme, hasta notar la presión de su pecho contra mi espalda, su aliento en mi cuello. Mi cuerpo se tensa, deseoso de que ocurra algo, con la sensación de que podría explotar en cuanto sus manos encuentren mi piel. Mi razón no está de acuerdo, aunque su voz es cada vez más y más débil.

Sus dedos resbalan hacia mis caderas y, cuando alcanza el borde de mi suéter, los mete bajo la tela y los deja apoyados en mi vientre desnudo esperando mi reacción, pero en lugar de apartarlo me recuesto sobre él

buscando el contacto de un modo instintivamente irracional, y él me recibe, apretándose más contra mi espalda; su erección contra mi cadera.

Siento sus pulgares presionando suavemente la piel alrededor de mi ombligo, y como empiezan a moverse deslizándose lentamente arriba y abajo, al compás del vaivén de su pecho; cada respiración más profunda que la anterior.

—Quiero escucharte gemir —susurra a mi oído con voz grave, mientras avanza hacia la cinturilla de mis vaqueros y desabrocha el botón del pantalón.

—David... yo... —Inspiro profundamente; mi voz se quiebra por la necesidad y el deseo, y estoy segura de que ha oído en ella la súplica con tanta claridad como yo.

—Dime qué quieres tú... —Noto su respiración cálida en mi nuca, embargada por la sensación de estar perdiendo la cordura—. Hazlo... o dime que pare... —exige, arrastrando el primer tramo de la cremallera, dejando al descubierto parte de mi ropa interior—. Porque, si no me frenas, no respondo.

Mi cuerpo reacciona a su demanda, mi sexo se contrae y se moja, estoy ardiendo. Y aunque no puedo verlo, sé perfectamente lo que hay en sus ojos, porque el recuerdo de anoche, la intensidad con la que me miró cuando alcancé el orgasmo, sigue grabada en mi retina. Mi mente se ha quedado en blanco y las palabras me abandonan. El corazón no deja de aporrear me el pecho.

—¡David, el jefe te está buscando! —le grita un camarero desde la puerta del restaurante.

Él aparta sus manos, y el suéter cae ocultando de nuevo mi cuerpo caliente. Subo la cremallera, apresurada, y me abrocho los vaqueros con el rubor tiñendo mis mejillas. Por primera vez, me doy cuenta de que estamos en mitad de la calle y de que no he sido capaz de pedirle que se detuviera. Extiendo mi mano temblorosa y me entrega las llaves.

Lanzo mi bolso en el asiento de atrás y entro rápidamente en el coche, porque su proximidad me desconfigura el sistema. Cierro la puerta y observo como retrocede todavía cojeando, apoya su espalda en el muro del restaurante y se queda quieto contemplando mis movimientos con una mirada impenetrable, poniéndome tan nerviosa que no atino a encajar la llave en el contacto. Conduzco calle abajo, notando sus ojos sobre mí y, cuando miro por el retrovisor, compruebo que sigue en el mismo sitio, observando como desaparezco.

Al llegar a casa y girarme para agarrar el bolso del asiento de atrás, reparo

en algo que no vi antes. Está en la esquina del coche, tras mi asiento. Una caja blanca con un impecable lazo rojo anudado. Y junto a ella, los diez euros de anoche que le devolví, dejando claro que no aceptaba su invitación.

Levanto la tapa y descubro en su interior una apetitosa manzana cargada de intenciones y significados ocultos. Una fruta prohibida, roja, brillante, perfecta, tanto que no parece real, pero lo es, porque tiene un olor dulzón embriagador y resulta increíblemente irresistible.

Se me hace la boca agua y quiero morderla, pero cierro la tapa de golpe con el corazón martilleándome el pecho a mil por hora. No puedo, no debo; si lo hago, él gana. Tarde o temprano, lo sabrá, me preguntará y no podré mentirle. Tendré que admitir que Blancanieves sucumbió a la tentación.

* * *

Estoy a punto de desistir cuando, por fin, Paula me coge el teléfono.

—¿Se puede saber por qué no contestas a mis mensajes? Luego dices que Diego es un capullo por eso mismo, pero no sé nada de ti desde anoche... Claro que imagino por qué... Noche follando, mañana durmiendo y tarde currando. Luego, vendrá tu tercer grado y tus treinta *whatsapps* queriendo saber... Pues ahórrate las preguntas, el resumen es que paso de David.

—Mmmm —murmura por lo bajo, pero yo, que ya he cogido carrerilla, sigo a lo mío, escupiéndolo todo como si me hubieran dado cuerda.

—Ya sé que te prometí llevarme bien con él, pero es imposible. Y más, después de lo de anoche y lo de esta tarde... Paso de complicarme la vida. Me atrae, sí... Incluso hubo un instante en que deseé que me besara, y te aseguro que eso no estaba en el menú. Pero no entiendo a ese tío. No sé de qué va, ni qué quiere de mí, ni qué narices significa que «la última de sus prioridades es acostarse conmigo». ¡Yo alucino! No hago más que repetirle que me deje en paz y, encima, me vacila... Paula, ¿me estás escuchando? ¿No piensas decir nada al respecto? —inquiero, irritada por su impasibilidad.

Mi mejor amiga no responde. Oigo la respiración de alguien al otro lado del teléfono, pero permanece en silencio.

—¿Paula? —pregunto desconcertada—. Paula, ¿estás ahí?

De pronto, tengo una intuición y sé que quien ha cogido el teléfono no es Paula.

—¿Imposible, seguro? —pronuncia David, finalmente.

Aunque no puedo verlo, su voz está sonriendo y sé que está disfrutando.

«¡Mierda! ¡Esto solo me puede estar pasando a mí!».

Quiero gritarle, pero no me salen las palabras.

—Paula se está duchando en el vestuario de personal —continúa hablando—. Si consigo acordarme de todo, le transmitiré tu mensaje cuando salga. No obstante, yo puedo resolver todas y cada una de tus dudas —se burla divertido—. Puedo decirte «lo que quiero de ti», puedo explicarte «de qué voy» y puedo confesarte «lo que significa». Pregúntamelo —me reta, provocador.

Cuelgo sin decir nada, en estado de *shock*, con el teléfono en la mano. Mi mente se ha quedado en blanco, porque no encuentro palabras para describir lo que acaba de ocurrir, ni verbos ni sustantivos, solo tacos e insultos que creí que jamás utilizaría.

El móvil comienza a vibrar en mi mano, se ilumina y escucho los primeros acordes de *Imparable*. Observo el teléfono todavía descolocada y veo la foto de Paula en la pantalla, pero Tommy Torres y Jesse y Joy siguen cantando y no descuelgo hasta llegar al estribillo.

En cuanto toco el icono verde de aceptar, me domina una oleada de irritación y comienzo a hablar antes de que mi mejor amiga abra la boca.

—¿Desde cuándo permites que un *destapasábanas* atienda tus llamadas?! Se lo he puesto en bandeja... Si hace un rato era imposible que nos lleváramos bien, te aseguro que ya puedes ir a Lourdes a pedir un milagro porque, desde ya, esto es la guerra...

Silencio. Escucho su respiración al otro lado del auricular. Creo que he oído como ahogaba una risa.

«¡Me cago en...!».

—Blancanieves —pronuncia despacio, como si hablara con una niña—, Paula, que sigue en la ducha —matiza con ironía—, me ha dicho que te llame para avisarte de que hoy no prepares nada para cenar. ¿Deseaste que te besara? —Y su tono de voz es tan íntimo que por segunda vez consecutiva cuelgo sin decir nada, sin aire en los pulmones ni sangre en las venas.

Suelto el móvil, me dejo caer en el sofá, imaginando a David regodeándose por todo lo que acaba de descubrir en el último cuarto de hora y quiero matarlo. ¡Me cago en Paula, en la cena y en mi puñetera tendencia a hablar atropelladamente sin cerciorarme antes de quién recibe el mensaje!

Las reglas del juego

DOMINGO, 9 DE OCTUBRE DE 2016

Dice que no conozco las reglas... sus reglas. Y se cree con derecho a tratarme como a una adolescente perdida en un mundo de adultos que saben lo que hacen. ¡¿Pero quién se ha creído que es?!

Anoche casi me lo creo en su papel de «caballero de hojalata». ¡Eso sí que va contra las reglas! Las mías, que son las únicas que me importan.

Dice que no conozco las reglas. Ten cuidado, David, no me subestimes. Puede que tú las conozcas, pero yo descubriré las excepciones.

Publicado por A.L. en 19.35

Etiquetas: Caballero de hojalata

EL PRÍNCIPE DE LAS MAREAS

Me abrí a ti y te di total acceso a todos mis rincones, descubriéndote mis anhelos más íntimos y mis miedos más profundos, dejando la puerta abierta para que elijas quedarte, si es lo que quieres, aceptando la responsabilidad y el honor de conocer mis secretos, pero, sobre todo, para que cuando ya no quieras estar, te marches sin necesidad de que te muestre la salida.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

El sonido de la voz de Paula hablando por teléfono se me antoja lejano mientras observo los últimos mensajes del chat de Diego. Tres en una semana. Todos míos. Anoche le envié el último, pero no me ha contestado. Tampoco respondió a los dos anteriores. Su indiferencia me genera una ansiedad distinta a la habitual, porque en esta ocasión sé que está enfadado.

Escribo en el móvil, agotada de pensar, de tratar de entender, de no obtener respuestas, y enfadada con él por seguir con esto sin una razón aparente y no dejar claras de una vez las reglas del juego, confundiéndome con su silencio y esa barrera que me separa de él y que levantó hace días, haciéndome saber que no le interesa cómo me siento. Nunca me lo pregunta. Nunca me ha dicho por qué sigue ayudándome si no saca nada, como él asegura. Soy yo la que lo busca, la que le cuenta, la que se vuelve ansiosa cuando deja de hablarme y siembra la duda de si habrá una próxima vez.

Dejo el índice suspendido sobre la pantalla y, al final, escribo una de esas parrafadas que tanto detesta para recordarle que soy una persona de carne y hueso, con sentimientos, y conseguir que reaccione y conteste; la releo una y otra vez, asegurándome de haber elegido las palabras, el estilo y un tono idóneo, en la línea de «estás siendo incoherente y estoy profundamente cabreada». Envío.

<Alejandra> No leas mis mensajes si no quieres. No contestes si no te apetece. Es tu tiempo. Pero, por favor, luego no digas que «intentas respetarme». O, quizás, sea ese el problema. Que lo «intentas» y no lo consigues.

Tarda pocos segundos en conectarse y el doble *check* junto a mi *whatsapp* pasa a ser de color azul, confirmando que ha abierto mi conversación y que lo está leyendo. Ya no hay vuelta atrás. Mi pulso se acelera a la espera de su respuesta.

No escribe nada. Permanece en línea unos segundos más y, cuando desaparece, se me encoge el estómago.

—¿Qué haces? —Paula me sobresalta al sentarse junto a mí en el sofá, obligándome a despegar la vista de la mano de Diego, en su foto de perfil; una mano de dedos largos y palma ancha que, cada vez que miro, sigue provocándome un ligero hormigueo en el vientre al recordar que estuvo en contacto con mi piel, que la recorrió y calentó en cada centímetro que rozaron sus yemas aquella primera noche.

Mi mejor amiga le echa una mirada furtiva a mi móvil y, después, se queda clavada en mis ojos, con los suyos entrecerrados y una mueca de desagrado.

—Ya veo... —pronuncia cansina—. Después de tantos meses, podría enviarte una foto del noventa y cinco por ciento del resto de su cuerpo, para descubrir de una vez cómo es el *Príncipe de las Mareas* —ironiza—. Seguro que es feo, tiene barriga y no se le levanta...

La observo fijamente y pongo los ojos en blanco, aburrida de sus ataques contra Diego.

—¿Por qué te cae tan mal? Te estás dejando llevar por tus prejuicios, y eso no es propio de ti. —Ella parpadea como si acabara de abofetearla—. No lo conoces, Paula. Te aseguro que es alguien con el que vale la pena...

—Tú tampoco lo conoces, Ale —me interrumpe en tono seco—. Llevas más de cinco meses hablando con un tío que ni siquiera sabes cómo es. No sabes a qué se dedica, apenas sabes nada de su vida... De momento, no es más que una silla vacía. ¿A ti nadie te ha dicho que en internet podemos fingir ser cualquier cosa?

—Confío en él y creo en su palabra. Sé que no me hará daño.

—¡Alejandra, no me jodas! —exclama, incrédula—. No tienes ni idea de a quién has entregado tu confianza. ¿Cómo puedes fiarte de alguien a quien

jamás has visto en persona y que además dice ser un Amo? Ahora está de moda entrarte haciéndose pasar por otro Grey. ¿Te crees que no me he tirado ya a unos cuantos de esos?

—No hablo con él porque sea un *dómine*.

—Y él no habla contigo porque seas «Alejandra»...

—Déjalo, Paula, que te embalas —la interrumpo tajante, molesta y descolocada por su actitud.

—Cinco meses, Ale —repite, alzando los cinco dedos a un palmo de mi rostro—, cinco meses y pico alimentando una fantasía. Lo has idealizado tanto que no te das cuenta de cómo te utiliza.

Paula está empezando a cabrearme un poco más si cabe de lo que ya estaba por culpa de Diego.

—Hay una diferencia muy grande entre confiar e idealizar. No me subestimes, sé perfectamente lo que hay. Lo que no entiendo en absoluto es tu aversión hacia él. Tú, que investigaste ese mundo para tu tesis, deberías ser más flexible. ¿Qué tienes en contra de los Amos?

—¿En contra de los Amos? —repite sarcástica—. Nada, créeme. Lo tengo en contra de los tíos que no van de frente y el *Príncipe de las Mareas*, Amo o no, no está siendo sincero contigo. Ale, por favor, escúchame. Mientras él no te habla de sí mismo, me apuesto lo que quieras a que tú sí le has contado un millón de cosas sobre ti; él te conoce y es consciente de lo que te provoca, incluso mejor que tú misma, porque es inteligente y calculador y porque sabe perfectamente lo que hace. Dices que no miente, pero solo dice lo que quiere cuando quiere, que viene a ser poco o nada. ¿Cuánta sinceridad cabe en el silencio?

Pego un bufido de desesperación y me siento atrapada entre dos fuerzas que tiran de mí en direcciones opuestas, tratando de permanecer de una pieza.

—Estás siendo muy injusta. Solo necesita tiempo para abrirse. Alguien se lo hizo pasar mal y ahora está a la defensiva.

—¿En serio? —inquire mordaz—. Todos tenemos un pasado, Ale. Episodios que nos han marcado y nos hacen tener miedo, pero no por ello usamos a la gente. Yo, por lo menos, no.

—Diego no me usa, me está ayudando.

—Ale, ¿tú qué sientes por ese tío? —pregunta de sopetón, pillándome desprevenida.

En todos estos meses, todavía no he encontrado respuesta a esa pregunta. Me limito a reconocer un sentimiento superficial de atracción y morbo, aunque

sé que hay más, que en algún instante de aquella primera conversación en el chat, la atracción hacia la D/s mutó, convirtiéndose en fascinación por Diego y lo que lo rodea, hasta el punto de que anhelo sentirlo con todas mis fuerzas, pero igualmente podría pasarme horas y horas hablando con él, solo por el placer de conocer a la persona que se protege tras el Amo. Tengo que encontrar el modo de que me permita acercarme sin sentirse amenazado. Tengo que hallar la manera de que nos veamos en persona para poder contestar de una vez a esa maldita pregunta.

—¿Alguna vez alguien te ha hecho perder la cabeza sin que pudieras hacer nada al respecto?

Paula baja la mirada y traga saliva.

«¡Mierda, Mateo!». Me arrepiento enseguida de mis palabras porque no quiero hurgar en la llaga. Intervengo inmediatamente para dejarle claro que era una pregunta retórica, que no espero que me responda.

—Roberto nunca me hizo sentir así. Diego me hace sentir viva. Es como si supiera exactamente lo que necesito y tuviera la capacidad de hacer mis fantasías realidad. Consigue que me olvide de mis prejuicios e inhibiciones. No sé cómo llamar a lo que me provoca. «Su mundo» me parece interesante, pero es él quien me atrae realmente, quien despierta mi curiosidad mucho más que su mundo. Quiero conocerlo.

Mi mejor amiga me observa como si entendiera de lo que le estoy hablando, con una mezcla de compasión y preocupación en sus ojos que me hace sentir incómoda.

—Eso no va a ocurrir.

—Eso ya lo veremos —repongo desafiante.

—¿Sabes cuál es el problema? Que has tomado su palabra como si fuera la Biblia, que te has creído a pies juntillas su promesa de sinceridad y esa versión romántica de la D/s que te ha contado. ¿Le pediste tú que te instruyera como sumisa... que te iniciara?

—¿Como sumisa? No. Se brindó a ayudarme a conocerme a través del placer y yo acepté, punto. Ni yo soy una sumisa ni él busca una.

—Entonces, uno de los dos miente o se engaña a sí mismo... Uno o ambos —me advierte, dulcificando el tono.

Lo que afirma no me gusta y me pone en alerta.

—Y eso lo dice la experta en Amos —le reprocho con aspereza.

—Eso lo dice alguien con más experiencia que tú con los tíos, que sabe cuando uno es legal y cuando no es más que un capullo que solo está jugando

contigo.

—No está jugando conmigo.

—Tú no tienes ni idea de cómo funciona este mundo...

—Y tú sí, claro, porque tú lo sabes todo —la interrumpo, a la defensiva.

—Si fuera un tío legal —prosigue, ignorando mi reproche—, te habría explicado con todas las letras lo que está haciendo, pero no lo hace porque le divierte que sigas ahí, tratando de conseguir algo que jamás te dará y que sabe perfectamente que quieres.

—No sé de qué estás hablando.

—«Ayudar a conocerte, darte tareas, educar, instruir, adiestrar, domar...», todo es lo mismo. ¡Abre los ojos, Ale! No sois un hombre y una mujer, no sois Alejandra y Diego. ¡Te mintió! Educar a una sumisa puede ser muy placentero, especialmente cuando es alguien que reniega de su condición de Amo, como él. Te *ayuda* porque le das juego. Tú no le importas, tan solo confirmas y refuerzas su imagen de que es quien domina porque es él quien estipula las condiciones en que debéis comunicaros, y tú le obedeces. Satisface su instinto de dominación instruyéndote.

»Lo mezquino es que despierte tu curiosidad por cosas que jamás pondrá a tu alcance. Te está creando una necesidad de él que luego no piensa satisfacer. Nunca te va a elegir, y tú cada día te vas entregando un poco más sin darte cuenta. Porque estoy segura de que ya lo has pensado. Estoy convencida de que ya has fantaseado con convertirte en su sumisa, solo por alcanzarlo.

—¿Y qué si lo he hecho? No pienso avergonzarme de ello. —Encaro a mi mejor amiga, confesándolo por primera vez para ambas, consciente de que el deseo de entregarme a Diego existe y de que, a veces, no puedo contenerlo y lo siento de un modo intenso y abrumador, sin saber siquiera si tengo alma de sumisa o solo deseo convertirme en una para poder acercarme a él.

Admitirlo en voz alta resulta liberador, y es entonces cuando me doy cuenta de que Paula tiene razón, de que me estaba engañando a mí misma y de que puede que Diego mienta también y me haya estado utilizando. Noto como la sangre empieza a bullir. Ahora sí que me estoy cabreando de verdad y ya no sé con quién.

—Ale, estamos hablando de sexo sin sentimientos a un nivel que tú desconoces —subraya, como si no lo supiera. «¡Joder, llevo cinco meses hablando con *No-Frost*! ¡Lo sé de sobra!»—. Tú eres demasiado...

—¿Emocional? ¿Ingenua? ¿Romántica? ¿Qué soy, Paula? —la corto enfadada, reclamando su respuesta y saturada de tanta información que no sé

dónde encajar.

—Apasionada. Impulsiva. Con carácter —me corrige, sosteniéndome la mirada—. Tú no te callas nada. Tú no vas a permitir que alguien decida por ti, que piense por ti, que te niegue la oportunidad de ser oída, que suprima el diálogo. Ese es el tipo de Amo con el que estás *whastappeando*.

—¿Y si te digo que eso es precisamente lo que deseo? Que alguien haga todo eso por mí. Apagar el cerebro y no pensar, no decidir, no controlar, que todo se vuelva simple. Dejar mi mente en blanco, sentirme emocionalmente libre y abandonarme al placer. Cero por ciento sentimientos, cien por cien placer.

»Quiero saber qué se siente. Tiene que resultar liberador y placentero entregarte a alguien en quien confías, que acepta cuidar de ti y que te hará crecer a través de la búsqueda del placer, obligándote a enfrentar todas esas cosas que no te gustan de ti misma y que te hacen vulnerable, empujándote hacia tus límites con la intención de que los superes para demostrarte que no son más que una coraza que te separa de quien eres en realidad.

—Ale —me interrumpe con cariño, mientras se incorpora en el sofá y me dirige una mirada cargada de frustración e impotencia—, calla, no hables. Escucha. Déjame que te cuente algo y, luego, si lo necesitas, matizas, lo justificas, lo beatificas. Llevas cinco meses viéndolo *desde Ale*. Es mi turno. Ahora vas a verlo *desde Paula*.

A LOS AMOS TAMBIÉN LES HUELEN LOS PIES

Hay silencios que son el resultado de un exceso de cosas que decir, de palabras por pronunciar que se agolpan en la garganta dejándote mudo.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE —

—¿Y cuál es esa visión? ¿La de la psicóloga que nunca ha ejercido? ¿La de la amiga que siempre se considera en poder de la razón y cree saber qué es lo mejor para mí? ¿La de la experta en dominación que no eres? ¡Tú no tienes ni idea! —La fulmino con la mirada.

—¿Has terminado? —inquire abatida, consciente de que no va a conseguir que cambie de opinión.

De repente, se produce un silencio incómodo, que intuyo que es el prelude de una revelación, de un secreto a punto de salir a la luz.

—Mira, Ale, en las relaciones vainilla una sueña con el Príncipe Azul, guapo, romántico e inteligente, que morirá de amor por ti, será un prodigio de la naturaleza en la cama y blablablá... ¡gilipollecés! Eso no existe porque, luego, en la tómbola, te toca lo que te toca, y tu sueño de princesa se va a la mierda en cuanto se quita los calcetines y compruebas que le huelen los pies... o te deja tirada sin ninguna explicación —masculla esto último para sí misma, como si no pudiera escucharla—. En las relaciones de dominación pasa lo mismo. Hay muchos tipos de Dominantes. Por supuesto que existe el Amo perfecto. —Paula desvía la mirada hacia el cojín que sujeta sobre sus piernas, y su tono se torna sutilmente melancólico mientras juega con un hilillo que sobresale en un extremo—. Alguien a quien admiras, en el que piensas, aunque no quieras, porque reaccionas a él por motivos que se escapan a tu entendimiento, que te aconseja y te respeta, que te presiona para demostrarte lo lejos que puedes llegar y te da placer, porque os conoce a ti y a tu cuerpo

mejor que tú misma. Alguien a quien perteneces y que te trata como su máspreciado tesoro porque para él eres un regalo, haciéndote sentir única y especial. Alguien que se toma tus preocupaciones como tuyas, que jamás te mentirá y siempre será sincero con las reglas del juego, con sus gustos, sus necesidades y lo que quiere de ti. Un Amo al que le entregas tu cuerpo, tu mente y tu corazón para siempre.

»No estoy hablando del Príncipe Azul. Ese Amo existe, es real, pero tan poco frecuente y difícil de encontrar que puede que nunca se cruce en tu camino o que, si lo hace, sencillamente no sea para ti. Puede, incluso, que, aunque llegues a conocerlo, te entregues por completo y seas en buena medida correspondida, tengas que asumir que hay un límite que nunca podrás superar, una puerta que siempre permanecerá cerrada: la puerta de su corazón. No saber eso es no conocer el juego, y quien se atreve a jugar sin conocer las reglas está condenado a perder. —La voz de Paula se ha ido apagando progresivamente mientras buscaba las palabras adecuadas y su mirada parece ausente, como si se encontrara en otro lugar, con otra persona y fuera a ella a quien estuvieran dirigidas sus palabras.

Mientras mi mejor amiga se enfrenta a sus propios fantasmas, yo siento una mezcla extraña de celos, necesidad y anhelo, porque me gustaría que Diego fuera ese tipo de Amo del que ella habla, pero no sé si lo es y nunca lo sabré si no me acepta.

«¿Y si está en lo cierto y jamás llego a conocerlo?».

—Así que —prosigue con determinación, interrumpiendo mis cavilaciones—, cuando se te cae la venda de los ojos y dejas de soñar, te das cuenta de que a los Amos también les huelen los pies. Porque si todo fuera tan perfecto, los cuentos de hadas no tratarían sobre una princesa y su príncipe, sino sobre un Amo y su sumisa.

Miro a Paula con los ojos cargados de preguntas, y ella me devuelve una mirada que expresa las palabras que sus labios se niegan a pronunciar. Antes de que pueda recriminarle no habérmelo contado antes, interviene de nuevo.

—Una puede jugar a ser sumisa para darle algo de morbo a sus relaciones sexuales, pero serlo es algo muy diferente. La D/s es un estilo de vida, una filosofía que va con el carácter y los gustos de algunas personas, no una moda instaurada por la literatura erótica. En las relaciones de dominación hay respeto, confianza y sinceridad, pero, por lo general, no hay amor. No la clase de *amor* que tú conoces. Ale, ten cuidado, no sabes dónde te estás metiendo. *El Príncipe de las Mareas* va a hacer añicos tu corazón.

Niego vehementemente con la cabeza.

—Yo no estoy enamorada —le rebato.

—Tal vez me equivoque, pero mi intuición me dice lo contrario. Para ti ese tío será la hostia, pero dista mucho de ser el Amo perfecto. Además, no creo que seas la única. No me fio de él. Confía en mí, Ale, yo sé lo que me digo.

—Confío en ti, Paula, eres mi mejor amiga, pero no tengo por qué desconfiar de Diego solo porque tú me lo digas. No hasta que él me dé motivos para ello. Él, no tú.

—Entonces, tampoco te conformes con su versión. Investiga. Habla con más Amos, pide a sumisas que te cuenten su experiencia.

—¿Y por qué no empezar por la tuya? —la interrumpo, reclamando que lo suelte de una vez—. ¿Desde cuándo eres una sumisa?

El silencio que sigue es tan elocuente que siento una ligera punzada en el pecho. Que Paula me haya ocultado ese secreto tanto tiempo me escuece, pero, aunque me sienta decepcionada, no puedo reprochárselo ni enfadarme con ella.

—Hace cinco años mi mundo se fue a la mierda. Mi madre, Mateo... Me perdí. Tú no podías ayudarme, no hubieras podido absorber mi dolor... te habría arrastrado conmigo. Él me rescató. Tardó un año en sacarme del abismo y conseguir que volviera a ser yo misma.

—Estás hablando del tutor de tu tesis, ¿verdad?

—Sí. Fue él quien escogió el tema del BDSM, y no lo hizo por casualidad. Aunque no tenía dudas de mis sentimientos hacia Mateo, ya hacía algún tiempo que *Doc* poblaba mis fantasías, que sentía hacia él una atracción irrefrenable que llegó a convertirse en obsesiva. Creo que Mateo lo sabía, que se dio cuenta de que no podía competir contra esa fascinación, y que esa fue la razón por la que me dejó, aunque yo siempre le fuera fiel y no pasara nada entre el profesor y yo mientras estuvimos juntos. Mi entrega a él fue posterior, mucho después de que mi novio desapareciera sin una explicación, cuando no quedaba nada por rescatar de lo que había sido nuestra relación ni casi de mí misma, y mi mundo se reducía a escombros.

—Pudiste contármelo.

—Te conté todo lo que necesitabas saber. Siempre supiste de mi relación con *Doc* durante todos estos años. El resto no lo habrías entendido en ese momento. No estabas preparada. Tu apoyo fue importante para mí, pero la herida era demasiado profunda... Lo necesitaba a él.

—¿Eres su sumisa desde entonces? ¿Cinco años?

—Sí. Nuestra relación es poco convencional. Por eso nunca te lo he presentado. Cada relación es un mundo y tiene sus propias reglas, códigos propios. Nosotros tenemos las nuestras. Pero, más que centrarte en mi historia, quiero que investigues, que te enfrentes a la realidad del BDSM desde otros puntos de vista y seas consciente de lo que te provoca, que te asegures de que no lo has idealizado, de que realmente tienes alma de sumisa y no actúas a la desesperada. Quiero que te cuestiones lo que sientes por el *Príncipe de las Mareas*. Y que asumas que tu querido Amo no es como *Doc*, te lo aseguro. Tienes muchas preguntas que plantearle y, cuando encuentres las respuestas, retomaremos esta conversación, y te prometo que te contaré todo lo que quieras saber. Estoy convencida de que, para entonces, no pensarás igual que ahora.

* * *

¿Por qué te busco?

MIÉRCOLES, 12 DE OCTUBRE DE 2016

¿Por qué te busco? Miro fijamente la pantalla esperando tu respuesta, ansiosa, sabiendo que no me contestarás. ¿Por qué? Siento cosas a las que no puedo poner nombre porque no están en el corazón, están en mi mente y me hablan de ti.

Publicado por A.L. en 22.11

Etiquetas: Te contaré todos mis secretos

A veces, cuando callas, también hablas

MIÉRCOLES, 12 DE OCTUBRE DE 2016

Me abruma el silencio que se oculta tras lo que me dices porque esconde más palabras de las que pronuncias, un significado que me perturba. Ese ruido ensordecedor de lo que te callas. Lo que duele cada sílaba que impide el paso del sonido.

Publicado por A.L. en 22.30

Etiquetas: Te contaré todos mis secretos

Escribo en mi blog aquello que Diego jamás dejará que le cuente y que Paula nunca entendería. Escribo sin pensar demasiado y mi mente corre libre en este refugio ajeno a la influencia de ambos, al paternalismo hiperprotector de mi mejor amiga y a la cobardía del Amo que se niega a dar la cara.

Apago el ordenador y me meto en la cama intranquila, enfadada conmigo misma por seguir confiando en él, pese a todo, y cabreada por su falta de claridad, porque me cuesta creer que lo único que lo motive sea burlar a sus fantasmas y alimentar su ego a mi costa. Pero, cuando imagino la posibilidad de que deje de hablarme, me atenaza el pánico. Odio esa sensación.

«¿Por qué *me ayudas*, Diego? Tiene que haber una razón. No me trago que sea solo por mí y no por ti, como tú dices. ¿Qué sacas tú de esto?».

El sonido de la llegada de un *whatsapp* me sobresalta, y salgo apresurada de la cama en busca del móvil. Sé que es él. Al leer su nombre en la pantalla, me recorre un leve escalofrío, mezclado con la excitación de poder hablar con Diego después de tantos días.

<**Diego**> No me presiones, Alejandra.

<**Alejandra**> Estoy enfadada. Déjame enfadarme diez segundos.

<**Diego**> No. Escribes demasiado. Si enfadarte es escribir más... déjalo.

<**Alejandra**> No entiendo tu indiferencia. Tus silencios no están subtítulos. Si no quieres hablar más conmigo, dilo. Pero si quieres hacerlo, respétame. Solo quiero cerciorarme de que sigues estando ahí y saber por qué estás cabreado.

<**Diego**> ¡Calla! ¡Basta! ¡Silencio! Valora el silencio. Quien más escribe no lo hace mejor o transmite más.

<**Diego**> ¿Si no respondo a tus mensajes crees que es que quiero hablar? ¿Ha de ser por algo tuyo? ¿Algo que tú hayas provocado? ¿Te lo diría? No me contestes a las preguntas. Hazlo para ti.

<**Diego**> Cuando no quiera hablar más contigo de un modo definitivo, te lo diré. *Nanit*, Alejandra.

Tecleo irracional y apresurada para decirle que no me trate así, pero, antes de darle a enviar, Diego ya no está en línea. Ha desaparecido, vetando el diálogo, haciéndome sentir pequeña e insignificante; dejando que el silencio se llene de nuevo de incertidumbre.

Borro lo que escribí. Solo tengo una oportunidad, un solo mensaje para conseguir que responda; así que pienso, escribo y borro un comienzo de frase tras otro mientras pasan los minutos; mi mirada pegada al cursor parpadeando, mi mano rígida a la espera de una orden de mi cerebro. La sensación es frustrante porque no me deja ser yo misma.

Nunca son las palabras adecuadas. Siempre acabo en el mismo callejón sin

salida: la convicción de que le es indiferente todo cuanto yo pueda decir. Siento rabia e impotencia y, bajo esa capa de frustración, el dolor de ver como destruye poco a poco la confianza ciega que deposité en él y que, tal vez, nunca mereció.

Han pasado diez minutos ya.

Escribo otro *whatsapp* un poco más corto, releo y tampoco sirve. Me siento inútil, desconectada de mi cerebro, saturada de emociones que me anulan. Borro. La barra de texto se queda en blanco, mi mente inservible por el exceso de frases acumuladas.

Se esfumó de nuevo, dejándome con las palabras pegadas a las yemas de mis dedos. Como si mis pensamientos caducaran cada vez que desaparece, silenciándome y sin darles valor alguno.

Escribo y borro, escribo y borro...

MIÉRCOLES, 12 DE OCTUBRE DE 2016

Las palabras se amontonan inservibles tras el ruido de un espacio en blanco... ¿Qué hago con ellas si no me dejas expresarme?

Publicado por A.L. en 23.14

Etiquetas: Te contaré todos mis secretos

¿DE DÓNDE EXTRAES EL PLACER?

*Tú confundes el amor con la obediencia. A mí me obedecerás sin amarme
y sin que yo te ame. (Sir Stephen)*
Pauline Réage. La Historia de O.

—ALE—

Segunda jornada de investigación enfrentándome al trabajo de campo como si tuviera delante uno de mis inventarios, sobre el que asentar las bases de algún proyecto; solo que, en esta ocasión, el territorio a diagnosticar se reduce a una mazmorra virtual en un chat conocido, y lo que estoy catalogando es una fauna de machos alfa y pajilleros de poca monta, que se piensan que con dar cuatro cachetadas y hablarte como si tuvieran un palo metido en el culo se sacan el carnet de «Puto Amo».

El reloj de la pantalla anuncia que ya son las once de la noche, y sigo sin saber si me atrae el mundo de la dominación o este dejaría de tener sentido para mí si no fuera por Diego. Encontrar un *dómine* que me haga sentir del mismo modo que él ayudaría a aclararme, pero llevo horas chateando y, lejos de albergar alguna esperanza, el discurso se está convirtiendo en algo repetitivo y desesperante.

En dos noches me he cruzado de todo, pero con ningún Amo, ninguno, que me haya provocado lo que Diego la tarde en que lo conocí. Tengo tanta información en la cabeza que podría escribir un manual de iniciación a la sumisión, que voy camino de no necesitar nunca.

Ahora estoy con uno que me ha pedido que describa mi ropa en la quinta línea. Dos frases después, pese a un supuesto pijama de franela antimorbo, ya quiere mambo. Le pego un bocado a una rosquilla con la vista fija en la pantalla y tecleo mi respuesta mientras me prometo a mí misma, por enésima vez, que algún día tengo que dejar de comer mientras trabajo en el ordenador.

<AMO_DEL_CALABOZO29> ¿Cómo estás sentada? ¿Piernas juntas o cruzadas?

<sumisa_inexperta> Juntas. ¿Qué esperas de tu sumisa?

<AMO_DEL_CALABOZO29> ¿Te gustaría que te ate desnuda para hacer que te corras?

<sumisa_inexperta> No has contestado a mi pregunta. Quiero saber qué tipo de Amo eres.

<AMO_DEL_CALABOZO29> Espero que me dé placer. ¿Tus tetas cómo son?

<sumisa_inexperta> ¿No crees que estás yendo un poco deprisa? ¿Qué diferencia esta conversación de la típica sesión de cibersexo?

<AMO_DEL_CALABOZO29> Que yo te voy diciendo qué hacer y el *ciber* es más bien un relato.

<sumisa_inexperta> ¿Y cómo sé que eres un Amo de verdad y no alguien que juega a ser uno?

<AMO_DEL_CALABOZO29> Sigue con confianza. Al final, es mi palabra contra lo que tú sientas. Solo tú tienes esa respuesta. ¿Cómo te sientes?

<sumisa_inexperta> Pensativa.

<AMO_DEL_CALABOZO29> ¿Abriste las piernas?

<sumisa_inexperta> No.

Me masajeo las sienes y agarro otra rosquilleta. Mastico mientras continúo cerrando las decenas de privados que se amontonan en la parte superior de la pantalla, y es entonces cuando me detengo en una ventana, sencillamente porque la pregunta que me hace para romper el hielo capta mi atención.

<MARQUESDESADE34> ¿Has encontrado ya lo que necesitabas?

<sumisa_inexperta> De momento no, y empiezo a pensar que es probable que jamás lo encuentre.

<MARQUESDESADE34> Di qué quieres y te diré si encajamos.

Hablamos un rato y me cuenta que el placer se lo proporciona la sensación de poder y el uso de su sumisa; que le gusta controlarla mentalmente, humillarla y hacer lo que quiera con ella hasta llevarla al límite. Me pregunta si estaría dispuesta a ser su perra si me lo pidiera... No solo a que me lo

llame, sino a comportarme como tal.

<sumisa_inexperta> ¿A qué te refieres exactamente?

<MARQUESDESADE34> A lucir orgullosa tu collar. Recibirme desnuda a cuatro patas, lista para mí. Siempre con las piernas abiertas y separadas para que pueda usarte cuando quiera y a mi antojo.

<MARQUESDESADE34> Y el resto del tiempo, esperar mis órdenes en tu rincón. Dormir a mis pies en la alfombra, o en tu jaula si te portas mal. Traerme las cosas con la boca. Comer de platos en el suelo sin usar las manos, ensuciándote la cara y sorbiendo los líquidos, como haría una perra.

<sumisa_inexperta> No pienso hacer nada de eso.

<MARQUESDESADE34> ¿En serio? Pues ahora que sé que no te gusta, pasearte con correa o prestarte para la monta de algún semental podría ser un buen castigo. Deberías aprender que, como Amo, jamás he de tener que reprimir mis deseos. Lo que significa que tienes que ser total y absolutamente servicial conmigo y no puedes enfadarte ni oponerte a nada, te guste o no...

<sumisa_inexperta> ¿De qué sirven, entonces, los límites inquebrantables? En mi caso, convertirme en animal de compañía sería uno de ellos.

<MARQUESDESADE34> Bueno, sí. Al comienzo de la relación, se imponen algunos límites. Pero, más tarde, muy pobre sería la entrega si cada dos por tres te niegas a contentarme, porque o te me das o no te me das, pero condicionado a nada.

<sumisa_inexperta> ¿No te aburre el exceso de complacencia?

<MARQUESDESADE34> Veo que requieres ser educada en sumisión. Tienes pinta de ser respondona y de necesitar algo de disciplina...

Estoy empezando a agobiarme. Golpeteo con el índice el botón izquierdo del ratón, reprimiendo las ganas de dar por terminada la charla con el *Encantador de perros*, pero asumo que, si quiero desmitificar el BDSM, tengo que conocer el modo en que distintos tipos de Amos viven la dominación. Por lo menos este aún no me ha preguntado qué llevo puesto.

Escribo.

<sumisa_inexperta> ¿Cómo empezarías con alguien que no tiene experiencia?

<MARQUESDESADE34> Jugando contigo, haciéndote venir a un hotel a Castellón. Todo pagado por ti. Te mandaré ir de tiendas por alguna zona y te

seguiría unas horas sin que supieras quién soy. Te ordenaría comprarte cosas para usar después. Unas botas altas y cualquier prenda de lencería que no dificulte el acceso inmediato a tus orificios.

<MARQUESDESADE34> Sumisa, ¿no dices nada? ¿No te está gustando la primera y única cita?

Esto no funciona...

Cierro la ventana y me quedo quieta, con una mano en el ratón y la otra en el teclado, dudando si seguir con esta absurda investigación o ir a la cocina a prepararme algo de cenar que se considere comida de verdad. Es el quinto Amo en una hora que me deja fría, y empiezo a creer que Paula tiene razón, que tengo idealizadas las relaciones D/s.

Sin embargo, sigo sintiendo el vacío; ese que Diego me creó la tarde en que nos conocimos. Porque yo sé que hay prácticas de su mundo que me llaman, pero solo me apetece vivirlas de su mano. Cuando hablamos, siempre consigue que todo lo que me cuenta parezca excitante y completamente diferente a cuando me lo cuentan otros. Tienen que existir más Dominantes como él que lo hagan parecer alguien menos *excepcional* a mis ojos. A lo mejor solo tengo que perseverar, ser paciente y seguir buscando.

Metó la mano en la bolsa de rosquilletas y está vacía. Mientras me dejo arrastrar por la imagen de un buen bocadillo de tortilla, decido ser yo quien tome la iniciativa y escojo un *nick* al azar en el listado de usuarios. Veamos si acierto.

Me limpio los dedos con la servilleta y tecleo, saltándome el protocolo de las presentaciones.

<sumisa_inexperta> ¿De dónde extraes el placer?

<DUKE_OF_GOTHA> Me encantan la limitación de sentidos, la exhibición y el dolor moderado, pero no el que nace de la necesidad de hacer daño, sino el que provoca sensaciones dirigidas al placer. No me gusta zurrar así porque sí. No soy ese tipo de Amo. Yo siempre busco el goce tanto mío como el de mi sumisa.

Tras unos minutos hablando, constato que el DUKE_OF_GOTHA está puesto en BDSM y no escatima en explicaciones para satisfacer mi curiosidad. A diferencia de los falsos Amos, los de verdad te tantean de forma comedida y no parecen escribir con una mano en el teclado y la otra ocupada, buscando el

orgasmo rápido. Si algo he comprobado en estos días es que la autenticidad de un Dominante es inversamente proporcional a lo rápido que pretende que te bajes las bragas. Si te ven potencial, lo que desean es que aceptes que te inicien. Hace un instante, este se ha ofrecido a guiarme para conocer mis gustos y definir mis límites. Él también es de Valencia.

<sumisa_inexperta> ¿Cómo harías eso?

<DUKE_OF_GOTHA> Probando. Si te gusta algo, se sigue. Si no, se para.

<sumisa_inexperta> Cuando hablas de «humillación», ¿te refieres a ponerme un collar y pasearme como a un perro?

<DUKE_OF_GOTHA> Es una opción, pero existen muchas otras y, antes de llegar a ese punto, has de pasar por una evolución. No tengas prisa. Hay que empezar despacio, suave, para ir descubriendo lo que te gusta y con qué prácticas estarías dispuesta a complacerme. En mi caso, por ejemplo, preferiría desayunar sobre tu espalda antes que verte deambular a gatas por la casa y traerme las zapatillas con la boca. La *fornofilia* me la pone más dura.

<sumisa_inexperta> ¿Fornofilia? ¿Qué es eso? Nunca lo había escuchado.

<DUKE_OF_GOTHA> Humillarte convirtiéndote en cualquier cosa utilizable que se te pase por la cabeza; un mueble, un elemento decorativo; las posibilidades son infinitas... La sensación de poder al privarte de la condición de persona es alucinante. La imagen que resulta es una auténtica obra de arte para la vista, bella de un modo jodidamente obsceno y perturbador. Desnuda a cuatro patas, frente a mí, sosteniendo la taza caliente, el plato con las tostadas, sin poder hablar ni moverte porque, si algo cae o se derrama, sabes que serás castigada. A veces atada e incluso amordazada, para facilitarte la postura. Tolerando mi indiferencia o mi afán de mostrar mi supremacía sobre ti al exponerte a mis invitados y permitir que te usen como yo lo hago, sabiendo que me perteneces. Algo que consigue ponerme bastante cachondo... Casi tanto como tener sexo en público. Ese podría ser el siguiente nivel. Follar en la playa, el coche, el cine... y que miren...

<sumisa_inexperta> ¿Personas que tú conoces o gente que pasa sin más?

<DUKE_OF_GOTHA> Mirones que pasan sin más.

<sumisa_inexperta> ¿¡En un cine!?

<DUKE_OF_GOTHA> En una sala X... todavía quedan dos en España, una de ellas precisamente aquí en Valencia. Imagina tener sexo en un escenario

tan turbio e inquietante. Apenas quince o veinte tíos que superan los cuarenta con sus ojos clavados en ti... ese olor indescriptible entre lo decrepito y el sudor que emana de sus cuerpos, impregnando tus sentidos. La atmósfera nebulosa, donde la penumbra no es capaz de proporcionarte toda la intimidad que deseas porque sientes sus miradas manoseando tu cuerpo, pendientes de tus gestos, tus gemidos, el movimiento pendular de tus caderas empalándose en mí, tus pechos aplastados bajo mis manos, y puedes fijarte en la expresión de sus rostros; esa mezcla de tristeza y decadencia que reflejan, difícil de asimilar. Imagina la experiencia de fornicarte como a una puta delante de todos, nerviosa y excitada al mismo tiempo, siendo mía y un poco suya, porque yo les concedo ese regalo de poder mirar cómo te uso; sus gruñidos y jadeos de fondo arañándote, mientras algunos de ellos se corren, deseando que sean sus falos los que te llenan y se derraman dentro de ti... No pueden tocarte, pero todos te están follando en sus cabezas, y tú sientes como lo hacen en la tuya. ¿No te calienta imaginarlo?

Mi sexo se retuerce ante su pregunta. Una respuesta primaria que sirve para acordarme de mi cuerpo, que últimamente tengo bastante abandonado. Bochornosa, en realidad. Que mi conciencia no me permite asumir sin la estela del prejuicio sobrevolando el instinto. Titubeo, turbada e incapaz de discernir si su relato me pone cachonda como mera fantasía o sería capaz de tener sexo en un sitio así.

«¿Lo haría si Diego me lo pidiera?». Respiro profundamente y dejo escapar una lenta exhalación. Me sorprende a mí misma con la respuesta vacilante... «No lo sé».

<sumisa_inexperta> ¡Uf! Como fantasía tira que te va, pero estoy segura de que la realidad sería mucho más sórdida y puede que, incluso, más peligrosa... no me motiva lo más mínimo descubrirlo, la verdad.

<DUKE_OF_GOTHA> Bueno, la D/s es un juego de mutuo acuerdo, no una tortura. La sumisa es la que define la relación marcando sus límites. El sexo debería contemplar un equilibrio perfecto entre dolor, humillación y placer. Tan solo habría que encontrar la proporción adecuada para ti. ¿Te atrae lo que estoy contando? ¿Estarías dispuesta a dejar que te exhibiera? ¿A humillarte ante mí?

<sumisa_inexperta> Ahora mismo, la respuesta más sincera es que no.

<DUKE_OF_GOTHA> Lo suponía. Debes diferenciar entre el rol de

sumisa, que se entrega y está dispuesta a hacer lo que su Amo desee porque necesita sentirse sometida, y que te atraiga alguien dominante, pero que el juego se establezca en igualdad de condiciones. Ambas cosas son perfectamente posibles, aunque no son lo mismo. Creo que tú tienes tendencia sumisa. Te gusta alguien activo que lleve el control, pero no eres una sumisa como tal.

Me despido del Amo tras darle las gracias por una de las pocas conversaciones ilustrativas de la noche. Me siento inquieta; abrumada por la sensación de que, cuanta más información poseo, más perdida me siento.

Solo existe una persona capaz de calmar mi agitación. Una que no está dispuesta a darme ningún tipo de explicación sobre sus verdaderas intenciones y que, con toda seguridad, me envolvería con su silencio.

«Puedes preguntarme lo que quieras, yo te responderé (...). Tú pregunta, pide, y te daré lo que pueda». Sus palabras en el metro, responsables en parte de que aceptara su invitación a *ayudarme*, me asaltan con fuerza, dejándome el regusto amargo del desengaño.

«¿Dónde quedó aquel compromiso de sinceridad absoluta sin parapetos? ¿Acaso omitir determinadas respuestas no es un síntoma claro de falta de honestidad? ¿Cómo confiar en alguien que me obliga a buscar en otros lo que él deliberadamente me oculta, velando mi entendimiento? ¿Es Diego el vendedor de humo sobre el que tantas veces me ha advertido Paula?».

Quiero pensar que no.

La cabeza me va a estallar y la rigidez se va acumulando en la parte superior de mi espalda. Resignada a sentirme más confundida que hace unas horas, continúo con mi cometido. En realidad, es una ecuación aparentemente sencilla. Ningún Dominante con los que he hablado hasta el momento ha despertado mi deseo de entregarme y, sin embargo, cuando el *DUKE_OF_GOTHA* ha concluido que no soy una sumisa, me he sentido desilusionada, como cuando te presentas a las pruebas de lo que sea y te rechazan por no encajar en el perfil.

El recuerdo de algo que Diego me dijo la tarde en que nos conocimos acude a mi mente y sonrío: «¿Siempre quieres ser la mejor en todo?».

Mientras dejo flotando sus palabras en mi cabeza, una invitación se abre, preguntándome si «alguna vez he pensado que me atraía esto de la sumisión». Comienzo a teclear, dispuesta a satisfacer la curiosidad del presunto Amo. Confío en que él sea igualmente capaz de saciar la mía.

<SIR_STEPHEN> En una relación D/s, la reacción entre Dominante y sumisa no se puede provocar ni controlar ni simular. Surge o no, en ambas direcciones. Tu naturaleza sumisa responde a ciertos estímulos. Eso quiere decir que solo quien tú intuyes que es Dominante logrará activarte. Pero si alguien que tú no identificas como tal lo intenta, ni flores, ¿verdad?

<sumisa_inexperta> Bueno... Hay alguien que sí despierta en mí la necesidad de entregarme, solo que no busca sumisa.

<SIR_STEPHEN> Que no te acepte es lo de menos. Si experimentas ese anhelo es porque, en parte, ya te has entregado a él... Eres suya y siempre serás suya.

<sumisa_inexperta> ¿Siempre? No creo en los «por siempre jamás». Además, no me entra en la cabeza pertenecer de por vida a alguien que no me quiere en la suya. Se me antoja una fórmula absurda en la que no veo el consenso por ningún lado.

<SIR_STEPHEN> Si te reclama, te arrodillarás ante él.

<sumisa_inexperta> Nunca me he sometido a él de forma explícita. Si, como dices, le he entregado alguna clase de poder sobre mí sin darme cuenta, puedo quitárselo cuando quiera.

<SIR_STEPHEN> Parece que no lo entiendes. Tú puedes escoger dejar de obedecer a tu Dueño cuando te plazca, pero los sentimientos no se eligen, suceden. Le perteneces por lo que sientes por él, no por el control que le cediste sin oponer resistencia aunque ese tipo no te quiera. Ten cuidado, porque la insatisfacción de no poder estar juntos podría herirte gravemente.

<sumisa_inexperta> Nunca lo sabremos, porque eso no va a ocurrir.

<SIR_STEPHEN> ¿«Nunca, jamás»? ;)

Resoplo y me estremezco ante la visión turbadora que tienen algunos del intercambio de poder entre Amo y sumisa como si no hubiera retorno. «Siempre» es demasiado tiempo. Nada es para siempre.

Acepto que reacciono a Diego de un modo que no puedo controlar, pero me niego a creer que, si me hiciera suya —porque no lo soy—, pudiera llegar a pertenecerle indefinidamente, como si fuera un calcetín desaparejado de esos que permanecen al fondo de un cajón y que dejas ahí, aunque no tengas la más mínima intención de usarlo. Me hace pensar en el germen de una dependencia emocional.

«¿Por qué alguien habría de desear poseer algo que no le interesa?».

Sería una nueva contradicción que añadir a «los mundos de Diego». Unos, que según SIR_STEPHEN, son de acceso distraído y de salida improbable.

Con todo, pese a no compartir su descabellada teoría de la «posesión vitalicia», la posibilidad de estar equivocada dispara en mí el temor irracional de quedar sometida al recuerdo de Diego por toda la eternidad, si este llega a desaparecer algún día sin haber conseguido conocerlo en persona.

El reloj marca la medianoche y todavía me quedan muchas incógnitas por resolver, no sé si las más importantes, pero sí las únicas que deseo con todas mis fuerzas que no me obliguen a darle la razón a mi mejor amiga.

Abandono el ordenador un momento para ir a la cocina. En lo que tardo en hacerme con algo de beber de la nevera y regresar a mi cuarto, la información que he ido recabando a lo largo de estos días va adquiriendo sentido en mi cabeza, pero en mi corazón todo parece confuso y extrañamente irreal; tanto la comunicación con Diego como mi atracción por la D/s se dan en un plano idealizado y virtual, y no soy capaz de distinguir dónde termina el ensueño y empieza la realidad.

Tomo asiento y me retrepo contra el respaldo, con la cabeza hacia atrás. Suspiro. Permanezco inmóvil, con la mirada perdida en ninguna parte. Nuevos pensamientos me distraen por un instante; las preguntas agolpándose en mi cabeza.

«*Entregarme a Diego ¿en calidad de qué? ¿A la persona o al Amo? ¿Acaso no existe también entrega y sentido de posesión en las relaciones vainilla? ¿Qué es en el fondo una relación sexual sino la expresión de una lucha de dominio y poder? ¿Qué siento realmente por Diego?*».

Contra la quietud de mi habitación, el suave y casi imperceptible sonido de las invitaciones llegando una tras otra parece un ruido atronador que me devuelve a la realidad, recordándome que tengo una misión que cumplir y que la noche no ha hecho más que comenzar.

¿Y SE SUPONE QUE ESO ES *LIGHT*?

*En la razón solo entrarán las dudas que tengan la llave.
Mario Benedetti.*

—ALE—

Después de ser descartada por LORD_DE_ROISSY, un tipo receloso empeñado en que demostrara que no soy un tío echándose unas risas con los amigos a su costa, y que se ha ofendido por que me negara a usar Skype, la webcam, hablar por teléfono o, en su defecto, enviarle mi partida de nacimiento por mensajero para corroborar que soy una mujer, prosigo con la investigación, pero, en esta ocasión, decido cambiar el perfil y escojo a un Ama, con la esperanza de que un enfoque femenino me permita redescubrir la dominación sin el filtro de la testosterona de por medio. Tras unos minutos de conversación, me alegro de haberla elegido.

<WANDA> Quieres ser sumisa de alguien. ¿Es eso?

<sumisa_inexperta> Sí y no... He descubierto necesidades insatisfechas que desconocía tener, cosas que me atraen, que despiertan mi curiosidad y me excitan, pero aún no me siento preparada. La sensación de que es algo que se escapa a mi control me provoca una ansiedad incómoda y me hace sentir insegura e intranquila. Todavía no me conozco lo suficiente.

<WANDA> Iniciarte y conocerte pueden ser un *pack*. Necesitas encontrar a alguien que te instruya; un Maestro que sepa hallar en tu interior tu *esencia sumisa* para que ambos podáis disfrutar intensamente de ella y sentirte plena en áreas de tu vida en las que ahora te sientes incompleta y vacía. No es tan fácil. Requiere tiempo y paciencia. Elige sin prisas y escoge bien.

El corazón me golpea el pecho mientras leo. Cada una de las palabras de

WANDA acentúa esa sensación desagradable en el estómago que me recuerda que no necesito buscar, que yo ya encontré a ese Amo que despierta en mí la necesidad de la que todos ellos me hablan, y me siento triste. Es una tristeza diferente a cualquier otra; esa que duele cuando sabes que no puedes tener lo que deseas y que solo quieres eso o nada.

<sumisa_inexperta> ¿Conoces a algún Amo que no base su placer en el dolor o en la humillación y en convertir a la sumisa en su perra?

<WANDA> Yo soy Ama y con cada persona a mi cuidado ha sido diferente. No todo es castigo físico. Hay muchos Dominantes que disfrutan de hacer disfrutar. Ver a su sumisa llegar al orgasmo los vuelve locos. A cada uno nos da por una cosa. Una relación D/s no tiene por qué implicar necesariamente tendencias sadomasoquistas. Si tu Amo y tú las tenéis, terminarán manifestándose, pero, si no es así, no es obligatorio incorporar el dolor para gozar. El sentimiento sumiso consiste esencialmente en querer ser *sometido*, en entregarle a tu Dueño el control de un área de tu vida más o menos extensa según el nivel en el que queráis vivir la D/s. Nada más.

<WANDA> En cuanto a la humillación, siempre va a estar presente de un modo u otro en este tipo de relaciones. A la sumisa le excita dar placer, y a su Amo le gusta obtenerlo de ser él quien decide por encima de ella. Pero ni todo se reduce a un «¡tú, perra, arrodíllate y chúpamela!», ni la sumisa lo ve como una vejación. Considéralo más bien que te dejas guiar y punto.

<sumisa_inexperta> Eso lo tengo claro. Dejarme guiar me atrae. Que me paseen como a una perra, no.

<WANDA> Bueno, quizás esto no sea lo tuyo y lo que necesites es que te marquen el camino, pero en el ámbito de una relación normal con algo más de morbo.

<sumisa_inexperta> Es lo que trato de descubrir.

De nuevo, en la noche, me encuentro en el mismo callejón sin salida. No sé qué hago perdiendo el tiempo con cosas que sé de sobra, lo que tengo que hacer es encontrar respuestas a las preguntas que todavía no había sido capaz de plantearme. Necesito ponerle nombre a lo que me provoca Diego, saber por qué me siento así.

<sumisa_inexperta> ¿Cómo se consigue no confundirse? ¿Cómo hacer para no traspasar la línea y terminar enamorándote?

<WANDA> Es difícil prever lo que pueda pasar en el futuro cuando conoces a alguien. Si te limitas a cumplir lo pactado, no debería ocurrir. Yo nunca me he enamorado de nadie a mi cuidado. Aun así, no soy un trozo de madera. Quiero protegerlos, que estén a gusto, que sean felices. Si ellos están bien, yo también lo estoy. ¿Alguna vez un hombre te ha tratado mal?

<sumisa_inexperta> No.

<WANDA> ¿Te gustaría?

<sumisa_inexperta> Que me traten mal, no... ceder el control, sí.

<WANDA> Deberías empezar con un hombre que te obligue a exhibirte. Que te haga ir sin ropa interior. Si eso te pone a cien es que lo deseas.

<sumisa_inexperta> ¿Y cuál sería el último escalón?

<WANDA> En mi caso sería que te levantes pensando en mí y que seas capaz de hacer cualquier cosa solo porque sabes que a mí me gusta.

<sumisa_inexperta> ¿Eso no es amor?

<WANDA> No, es sumisión. Es la entrega.

<sumisa_inexperta> ¿Cómo distingues si lo que te atrae es el mundo D/s y no la persona? ¿Si deseas entregarte como mujer y no como sumisa?

<WANDA> Que en el amor esperas y demandas reciprocidad. En la sumisión, no. ¿Quieres probar?

<sumisa_inexperta> Solo entré tratando de deshacer el lío que tengo en la cabeza.

<WANDA> Podrías empezar con algo virtual. Bastaría con que cumplas los deberes que te ponga al pie de la letra.

<sumisa_inexperta> ¿Deberes de qué tipo?

<WANDA> Algo básico para saber si este mundo te atrae o no. Déjame pensar... ¿Te gusta el cine?

<sumisa_inexperta> Depende de la película.

<WANDA> Queda con alguien por internet, vete a una sala convencional y le haces una felación. Luego, quiero que me cuentes cómo te has sentido.

<sumisa_inexperta> ¿Sexo con un desconocido? ¿Así por las buenas?

<WANDA> No quiero que tengas sexo. Solo que se la chupes. Cuando se corra, te levantas y te vas. La sumisión no es echar unos polvetes.

<sumisa_inexperta> ¿Se supone que eso es *light*?

<WANDA> Es el principio.

<sumisa_inexperta> ¡Uf! Lo siento, no puedo. Eso que me pides no tiene nada de virtual.

<WANDA> No creo que te atraiga la sumisión.

<sumisa_inexperta> Me atrae, pero, así de inicio, no me veo quedando con un extraño para hacerle una mamada solo por complacerte... Un encuentro real son palabras mayores...

<WANDA> Es normal que tengas dudas al principio. Primero tienes que entregarte.

<sumisa_inexperta> Lo sé. El problema es que no sé si soy una sumisa, pero sí tengo claro quién me gustaría que fuera mi Amo.

<WANDA> Mmmm... ¿Tienes o no tienes Dueño?

<sumisa_inexperta> Hay alguien, pero no busca sumisa.

<WANDA> Te propongo que sigamos hablando. Yo podría enseñarte. Hace quince años que me dedico a esto.

<sumisa_inexperta> ¿A qué exactamente? ¿A estar más entregada a la causa? Solo quiero ser suya. Estarías invirtiendo tu tiempo en la aspirante a sumisa de otro.

<WANDA> Has sido sincera. No me parecería mal. Mientras me obedezcas en la educación, me vale. La idea es que compruebes si esto es lo tuyo. Si pasado un tiempo veo que no te sientes atraída, lo dejo.

<sumisa_inexperta> No resultaría porque, para que funcione, se ha de sentir... Por él experimento emociones intensas contra las que tú no podrías competir y, por lo tanto, no me nacería obedecerte porque lo que me motiva a actuar es el deseo de complacerlo a él, no la acción que implica la orden. No sé si me entiendes.

<WANDA> Piensa que eres su sumisa y que te cede a mí. Yo solo te pido que lo intentes.

<sumisa_inexperta> Ahora mismo, creo que haría cualquier cosa que él me pidiera, pero si eres tú quien me lo pide... Lo siento, no es lo mismo; sería *jugar* a ser sumisa. Y no quiero jugar, quiero descubrir si lo soy. Me parece interesante que me hables de tu mundo, pero eso son clases teóricas. Tú necesitas clases prácticas y eso no me apetece tanto.

<WANDA> Te equivocas. Eres tú la que necesita clases prácticas. Ja, ja, ja.

<sumisa_inexperta> No lo discuto. Pero con él ;)

<WANDA> ¿Y no quiere nada contigo?

<sumisa_inexperta> No quiere nada con nadie. Se ha apartado de vuestro mundo. Solo me está ayudando a conocerme.

<WANDA> *¿Apartado?* Permítame que lo dude. Dominar es una necesidad de tu cuerpo, algo que te dicta tu instinto. Una vez aceptas tu naturaleza, no existe nada en el mundo que te devuelva a tu mazmorra interior. La dominación se convierte en una droga. La necesitas en tu vida como el respirar y, si no la consigues, no te sientes completo. Un Amo nunca se *aparta* del todo de lo que lo hace realmente feliz.

<sumisa_inexperta> Nos relacionamos sin ningún tipo de rol... Eso fue lo que me ofreció, literalmente, la noche en que nos conocimos.

<WANDA> Creo que estás confundida. Solo ve una sumisa. Te está educando y parece que no te das cuenta.

<sumisa_inexperta> Pero *¿educar* no implicaría aceptarme como sumisa?

<WANDA> No. *¿Acaso* no es lo que yo te estoy ofreciendo? Educarte es guiarte por el mundo de la dominación para que te conozcas y descubras tus límites y, al final, se llega a un punto donde se habla para ver si el Maestro desea una relación de propiedad. Pueden instruirte y luego, nada.

<WANDA> Tú ya te has entregado. Eres su sumisa. *¿No ves* que harás lo que él quiera? Tú misma lo has dicho. Déjalo. Búscate otro Amo. No está yendo de frente contigo.

<sumisa_inexperta> Es que yo no quiero otro Amo.

<WANDA> Tú estás enamorada de él.

¿Amor? Dudo que esa sea la definición más acertada de lo que siento por Diego. Él comprende mi necesidad de experimentar, de sacar al exterior aspectos más hondos e íntimos de mí misma que han permanecido escondidos durante mucho tiempo y que al materializarse han desatado en mi interior un caos de emociones, provocando que me cuestione mi propia naturaleza, mi identidad, mi esencia. No me siento juzgada. Confío en él. Sin Diego para indicarme el camino me siento perdida y, por eso, lo necesito, pero... *¿amor?*

Sacudo la cabeza. Lo mío con él se parece más a esa sensación de complicidad que se experimenta cuando conectas con alguien. Algo así como el afecto que uno le prodiga a un maestro al que respeta, a caballo entre la amistad fraternal y el amor romántico. Maestro... «Tutor»... —me sorprendo al caer en la cuenta de la burla del destino—. ¡Menuda ironía!

<sumisa_inexperta> *¿Eso crees?*

<WANDA> Sí. Y él lo sabe. Te usa como sumisa cuando quiere, para lo que quiere, pero no le interesas. Siento ser tan dura.

Tomo un largo trago de agua y me reclino en el asiento con la mirada fija en las dos gotas que resbalan paralelas a lo largo de la superficie de plástico, destinadas a no rozarse jamás.

Me resisto a que las conjeturas del Ama siembren la duda en mi cabeza. Los vínculos fueron claramente definidos entre los dos. Éramos Diego y Alejandra. Un hombre que ayuda a una mujer a explorar las profundidades de su lado más perverso, refugiada en la superficialidad de una relación en la que la ausencia de sentimientos alimenta la ilusión de no poder ser herido.

Puede que, de inicio, lo que me empujara hacia él no fuera más que una curiosidad morbosa, pero con el tiempo se ha convertido en mucho más. En la estúpida esperanza de conseguir algo que parece que nadie ha logrado. Traspasar el muro que me permita acercarme a Diego. A la persona oculta tras el Amo.

La botella vacía descansa en mi mano, todavía helada y húmeda al tacto. Al dejarla sobre la mesa, las dos gotas se desvían de forma inesperada y colisionan, fundiéndose en una sola, antes de morir en mis dedos, insinuando, tal vez, que por frívolo que sea el vínculo entre dos personas, emociones e instinto pueden converger en cualquier momento y estropear una relación basada precisamente en su separación.

No quiero pensar en ello todavía. Mis pensamientos regresan a mi conversación con WANDA.

<sumisa_inexperta> Si no le intereso, ¿por qué lo hace?

<WANDA> ¿Por qué un tío te folla? Por placer.

<sumisa_inexperta> Pero no es una relación exclusivamente sexual... También hablamos. Eso no es *usar*.

<WANDA> Sí. Educarte es *usarte*... No del todo, pero sí, sobre todo si pasa de ti. La mayoría de veces la dominación ni siquiera tiene que ver con la copulación y el orgasmo. Hay muchas maneras de someter a una mujer sin necesidad de recurrir al sexo.

Antes de que pueda rechazarla, el aleteo de la desconfianza se acomoda en algún lugar de mi pecho, como una dolorosa descarga de comprensión esclarecedora.

<sumisa_inexperta> Me descolocas.

<WANDA> Repito. Déjalo o dile: «Avanzamos o me voy. O soy tu amiga o tu pareja o tu sumisa o nada». «Soy tu amiga, hago lo que quiero. Soy tu pareja, iguales. Soy tu sumisa, tú mandas. Nada, pues besos y hasta otra».

Apago el ordenador saturada de información.

Tiene que haber otra explicación. Me niego a creer que lo que ha dicho WANDA sea verdad, y tener que darle la razón a Paula. Pero todo encaja de un modo tan perfecto que me siento confundida y, al mismo tiempo, defraudada. Traicionada...

Ese es el diagnóstico de esta maldita investigación.

Si ambas están en lo cierto, Diego se ha pasado los últimos meses educándome, hablando conmigo únicamente por el placer de que obedeciera sus reglas; no por mí, sino por él. Usándome en silencio como una especie de sucedáneo durante su particular *retiro* mientras yo confiaba en él y creía ciegamente en su palabra, pese a su hermetismo.

«¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no fue sincero?».

Las advertencias de mi mejor amiga y retazos de chats de esta noche atraviesan mi cerebro como una flecha de hielo: «No está siendo sincero contigo». «Te conoce y es consciente de lo que te provoca, incluso mejor que tú misma». «Te está usando, pero no le interesas». «Solo ve a una sumisa». «Le divierte que sigas ahí tratando de conseguir algo que jamás te dará».

La realidad me golpea con fuerza, y mi estómago semivacío se revuelve como si pretendiera vomitar la desazón que experimento en este instante. Escribo en el móvil, enfadada e impotente, sabiendo que no va a contestarme porque lleva más de una semana sin dar señales y le va a importar una mierda cómo me siento en este momento. De pronto, me parece un completo desconocido; un cobarde que se esconde tras ese muro de irrealidad que es el WhatsApp para obligarme a callar lo que pienso y poder sentirse a salvo.

Tecleo con ganas de discutir, de que me diga algo que me haga sentir menos estúpida por haber creído que era diferente al resto y que siempre sería sincero.

«Solo somos tú y yo, sin ningún tipo de rol», esas fueron sus palabras. Me mintió. Me abrí a él sin reservas y resulta dolorosamente evidente que le entregue una confianza que no merecía.

Me siento herida, y es una brecha profunda que escuece.

<Alejandra> Me estás instruyendo como sumisa, ¿por qué?

Mientras escribo, me embarga la rabia contra él, pero, sobre todo, contra mí misma, avergonzada de no poder reprimir mi atracción y seguir sintiendo lo mismo pese a todo.

«No, no quiero ser la mejor en todo», respondo, finalmente, a aquella pregunta que me hizo en el metro. «Quiero ser la mejor para ti».

¿HAS DICHO DAVID?

¿Por qué «para siempre» cuando las cosas más increíbles, más bellas e imborrables apenas duran unos segundos? ¿Cómo habrían de contener los minutos interminables algo tan intenso como la sonrisa en tus labios, el hormigueo en tu estómago, el estremecimiento en tu cuerpo, el vello erizado en tu piel cuando reaccionas a algo mágico? ¿Cuán romántico sería estirar un latido hasta convertirlo en eterno, haciendo que el ruido ensordecedor de un corazón desbocado se convierta en el susurro imperceptible de un sentimiento agotado por el tiempo?

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

Sara coloca dos vasos largos delante de mí y, tras estudiar mi expresión cuando pego el primer sorbo a su creación, sonrío satisfecha y regresa a su faena de seguir colocando copas en fila a lo largo de la barra. O puede que fuera una sonrisa condescendiente por mi apariencia algo achispada y esa expresión atontada que me acompaña desde que me senté en el taburete y Paula desapareció, dejándonos a solas... Quién sabe.

Este mojito está muy bueno.

Me giro y clavo la mirada en la puerta del despacho donde, ahora mismo, la nueva cogerente y el *destapasábanas* se encuentran ultimando detalles antes de abrir las puertas al público mientras noto como, a cada centímetro de menos en mi cóctel, aumentan mis ganas de que llegue el instante en que él y yo nos encontremos de nuevo.

Bueno, para ser fieles a la realidad, estas empezaron justo después de los chupitos de *baijiu*^{lv} con que Huan Yue —Juan José para los amigos, dueño del restaurante chino al que vamos siempre— quiso agasajarnos por ser mi cumpleaños. Para cuando este regresó con la cuenta, el licor blanco de

cincuenta y dos grados, sumado a la botella de vino que Paula se empeñó en pedir y que cayó durante la cena, habían conseguido hacerme olvidar la razón por la que, hasta ese momento, acudir a la apertura de El Recreo no se me antojaba, precisamente, el mejor plan de la historia. Una *razón* con nombre y una voz, masculina y tentadora, que todavía resuena en mi cabeza, a la que no me apetecía enfrentarme después de una noche en la que habré descansado... ¿cuánto? ¿cinco horas?

No sé ni cuánto tiempo me pasé dando vueltas en la cama rememorando las conversaciones con los Amos antes de quedarme dormida. Lo que sí recuerdo a la perfección fue el redoble de una batería pegado a mi oído, arrancándome bruscamente de los brazos de Morfeo poco tiempo después. Si me buscan en ese momento, me encuentran pegada al techo como la mítica «mano loca». Con los cinco sentidos en alerta por si se estaba terminando el mundo mientras la iluminada de mi mejor amiga y el vocalista de Ellos confesaban a un volumen indecente su determinación de sacarme de la cama en mi gran día.

«Prométeme que vas a celebrar este momento. Hagamos que este sea un día especial, el gran evento. Te invito a todo lo que quieras probar por esta noche. Perdamos toda nuestra dignidad, pero no el tiempo», entonaba la terrorista la particular oda a los cumpleaños, incluida casualmente en un álbum titulado *Cardiopatía severa*^[vil], que vaya ironía, considerando que, en ese instante, me debatía entre la vida y la muerte tratando de que el corazón no se me saliera por la boca del susto que me di. Aunque puestos a ironías, todavía lo era más que la banda *indie* se autoinscribiera en plan cachondeo en una corriente musical de «pop cabrón» porque, precisamente, fue ese el calificativo que me vino a la mente al pensar en la madre que los parió a todos *ellos*... Al grupo y a la diabólica Paula.

«Cumpleaños feliz. Cumpleaños feliz, que cumplas muchos junto a mí... Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz... que cumpla muchos junto a ti», canturreaba ella el pegadizo estribillo, ajena a mis cavilaciones, determinada a convertir la letra de Guille y Santi en una especie de lista de la compra que seguir a pies juntillas, encabezada por una cena por todo lo alto en el chino y rematada con la asistencia al «gran evento» de El Recreo.

«Segunda inauguración en lo que va de mes + David + Yo (dividido por un número anormalmente bajo de neuronas operativas por falta de sueño) + algo por ahí sobre *perder la dignidad* = ¡Uf!».

Mi instinto de supervivencia salió a flote en cuanto presumí el fatídico reencuentro. Pero ¿cómo negarle a Paula el deseo de compartir juntas su

primera gran noche dirigiendo el club?

Imposible no ir...

Pego un trago a mi copa.

De hecho, aquí estoy.

Mis neuronas chisporrotean como los Peta Zetas.

Creo que no debería estar bebiéndome este mojito. Mezclar no es bueno. Pero estar aquí tampoco era una buena idea hace unas horas y, ahora, este mojito, el *baijiu* y media botella de vino después, no quiero estar en ningún otro sitio.

Me muero por verlo.

Hace una semana desde la última vez...

Devuelvo la mirada a la puerta del despacho y mi mente me conduce a la tarde del domingo. Todavía me tiemblan las rodillas con el nítido recuerdo de su risa clara al hacerse con mis secretos; de su voz al otro lado del teléfono, sexi y desafiante, preguntándome si deseé que me besara, antes de reaccionar a su provocación cortando la llamada, presa del bochorno.

El muy cretino sabía de sobra que lo había deseado con todas mis fuerzas; pero eso es algo que jamás me escuchará reconocer en persona ni estando borracha... borracha del todo, quiero decir.

Paseo el índice por el borde de la copa, ensimismada, cuando el grito de mi mejor amiga me saca de mis pensamientos.

—¡Levanta! No me queda mucho tiempo para enseñarte esto —me apura la recién estrenada gerente cuando regresa a mi lado.

—¿Te he dicho que estoy muy orgullosa de ti? —le confieso, echándome sobre ella con los brazos abiertos y estrujándola como hacen las abuelas.

Paula recibe mi achuchón como si lo necesitara, aunque no tarda en separarse y comenzar a moverse sin darme tiempo a reaccionar. Agarro el par de mojitos y la sigo.

—La pista. El escenario —enumera acelerada mientras yo no puedo dejar de sonreír porque me siento contenta. La abrazaría de nuevo, pero camina demasiado rápido y tengo ambas manos ocupadas—. Los fines de semana habrá espectáculos y actuaciones en directo...

Pego otro buche. No recuerdo cuál era mi vaso. No importa.

Atravesamos la enorme pista de baile de dos niveles de altura, con un pequeño escenario al fondo, y llegamos a una pequeña y acogedora sala, separada del resto, con música ambiental y mucho más iluminada. Hay un total de diez mesitas altas con flexos y taburetes de diseño, dispuestas de forma

aleatoria por toda la estancia, todas ellas numeradas, con un dispensador de papel y bolígrafos.

—¿Ves esas obras de arte? —pregunta señalando las pinturas que penden de las paredes—. Son de artistas noveles que no encuentran espacios para darse a conocer. El Recreo se convertirá en un escaparate artístico para ellos. Fue idea de David —apunta, propinándome un codazo, y un ligero hormigueo me recorre al escuchar su nombre—. Es una de las razones por las que hemos llamado a este lugar El Escaparate de Deseos.

—¡Ajá! —asiento, bebiendo de nuevo.

Cuando advierto que me he equivocado de copa, aprieto los labios como si hubiera hecho algo malo. Entonces, imagino la cara de Paula cuando la reclame y se la entregue medio vacía, y la idea me divierte. Se me escapa una risita estúpida. Ella no se percata porque en ese instante hace sonar una campana que amortigua su sonido.

—Lo de «Escaparate» no es solo por los cuadros —aclara con una sonrisa tras escuchar el tintineo—. Aquí tendrá lugar cada fin de semana «la noche del siete». Citas rápidas de siete minutos en un ambiente exclusivo, donde los participantes dispondrán de una carta de *delicatessen*, que podrán acompañar con una cuidada selección de vinos, cafés y aguas de gran prestigio, a la vez que se desarrolla el encuentro. Nunca he participado en un *speed dating*. Yo no puedo porque no estaría bien visto, aunque tú deberías animarte. A lo mejor, aquí encuentras lo que buscas —ironiza, al tiempo que se pone en marcha en dirección a los servicios.

Le hago una mueca, pero, cuando quiero darme cuenta, ella va un metro por delante de mí y yo permanezco inmóvil en el mismo sitio. La sigo resignada, deseando que finalice el *tour* para poder sentarme. Doy un sorbo a mi vaso. El mío o el de Paula. Ya me da igual.

El baño tiene las paredes de mármol negro y un suelo de cristal con un doble fondo lleno de flores secas y vegetación que me llama la atención nada más entrar.

—Son mixtos —me aclara con una mirada perversa—. Y te aseguro que no tardaré mucho en sacarle partido a esto —dice, abriendo una de las puertas de las cabinas como si me estuviera mostrando el mayor de los descubrimientos—. Entra —me invita ansiosa. Me siento en la tapa del inodoro. Ella me sigue y cierra la puerta—. ¿Qué? ¿No te da morbo?

Tardo un instante en comprender a qué se refiere y, entonces, abro los ojos como platos.

—¡¡La hostia!! —me sale del alma, al comprobar que la puerta es opaca por fuera y transparente por dentro.

—Desde fuera no se ve nada... desde este lado mejora el cuento. —Paula se muerde el labio inferior—. Dime que no te pone la idea de montártelo aquí dentro.

La *idea* en cuestión hace que me suba la temperatura.

Mis neuronas se encienden y eclosionan como granos de maíz cachondos, estrellándose contra las paredes de mi cerebro y mutando en palomitas de colores cálidos y primarios.

Tengo calor... Mucho calor. Doy un trago largo y pego un bufido.

—¡¡Uf!! David y yo aquí... —mascullo ebria de ensoñación, con reminiscencias alcohólicas mediterráneo-cubano-orientales.

—¿Has dicho *David*? —me interrumpe mi amiga.

No soy consciente de su pregunta hasta pasados unos segundos. Me había olvidado de ella por completo. Estaba fantaseando.

—¿Quién? —pregunto, desubicada, como si me acabara de despertar de la siesta.

—David.

—¿David, qué?

—Que estabas pensando en él.

—Yo... No. —Sacudo la cabeza con vehemencia, como una niña que niega haber terminado con todo el chocolate de la despensa mientras se relame las comisuras de los labios manchadas de dulce.

—Dijiste «David y yo».

—¿Eso dije? Mmmm... No sé. —Alzo los hombros, restándole importancia, en respuesta a su comentario.

Y es verdad. No recuerdo haber dicho nada. Pensarlo, sí... pero estoy completamente convencida de que no he articulado una sola palabra. Comienzo a reírme de forma nerviosa. Estaría pensando en voz alta. Me hace gracia. Pensar en voz alta significa que Paula puede escucharme. Vuelvo a reírme.

—Yo no pienso mear aquí —afirmo, pudorosa.

Vacilo.

«¡Uy!», me llevo la mano a la boca.

Esta vez, sí me he dado cuenta. Está claro que pensar *por lo bajo* no es lo mío. Igual es mejor no pensar. Ninguna persona puede escuchar los pensamientos inexistentes de nadie.

—Repito. —Doy un respingo con la voz de Paula, que me saca de mis cavilaciones existencialistas—. Desde el otro lado no pueden verte. Ahí reside el atractivo de este sitio —me observa con atención con los ojos entrecerrados, y luego mira las copas semivacias que sostengo sobre mi regazo—. Parece que la borrachera que pensaba financiarte no me va a costar demasiado.

—No estoy borracha —me quejo—. ¿Contentilla? —Ladeo la cabeza, con una sonrisa angelical.

Paula pone los ojos en blanco y abandona el baño antes de que sea capaz siquiera de levantarme del váter. Tengo la cabeza nublada, perdida en un mar de pensamientos inconexos. Me agarro al pomo de la puerta para impulsarme y la sigo, tambaleándome.

—¡Paula, espera! —le grito.

Me río.

Ya estamos con esa risita tonta.

La responsable de mi estado camina demasiado deprisa. La CULPABLE, con mayúsculas. Si no le hubiera dicho a «Juan José» que era mi cumpleaños, no habría sacado su licor infernal para tumbar elefantes, y yo no estaría así. Cenar con vino fue idea suya... que conste... y los mojitos de Sara los pidió ella, no yo. Mmmm. Los mojitos. ¿Será eso? Frunzo el ceño. ¿Se habrá enfadado porque me estoy bebiendo el suyo? No ha sido a propósito. Tiene que creerme. Quiero explicárselo. Quiero correr tras ella. Quiero sentarme. Demasiados propósitos.

«Quiero, quiero, quiero...».

Me estoy estresando.

Me parto.

—¡Va, date prisa! —me achucha desde la escalera que conduce hacia el primer piso y me corta el rollo—. Voy a enseñarte el rincón que más me gusta del club.

Subo las escaleras *des-pa-ci-to*, apoyándome en el pasamanos. Cuando llego arriba, Paula me mira con reprobación desde la entrada a otra sala y pone los ojos en blanco de nuevo. Odio cuando hace eso. También tengo que mencionárselo. ¿Qué más quería decirle? Mmmm... ¡Bah! Ya no me acuerdo.

Cuando abre la puerta, siete camas con dosel y muchos cojines aparecen ante nosotras, dispersas en una estancia iluminada con guirnaldas de luz y puntos centelleantes en el techo, que simulan una noche estrellada. A ambos lados de cada una de ellas, las velas sobre una mesita con forma de medialuna

le ponen el broche romántico e intimista a la habitación.

Mi mejor amiga me ha explicado algo sobre los pecados capitales, pero no la estaba escuchando. Mi capacidad de discernimiento permanece en el baño mixto desde hace un rato, retenida a punta de calentón por el deseo de regresar allí con David.

—Tengo que dejarte. Todavía tengo pendiente una última reunión con el personal.

La miro, estrujándome el cerebro, tratando de recordar qué quería decirle, pero no lo consigo. Paula confunde mi expresión y se apresura a tranquilizarme.

—Puedes quedarte aquí, si quieres. Te avisaré antes de que abramos las puertas.

La idea de tumbarme un rato me seduce enormemente. Tanta cama me recuerda que anoche no pegue ojo, que estoy agotada y que cualquiera de ellas me serviría para dar una cabezadita antes de la inauguración.

Sonrío de oreja a oreja y la abrazo por segunda vez.

—¡Estoy tan contenta por ti! Te quiero mucho. Lo sabes, ¿no? Lo sabes.

Paula me mira con condescendencia y sacude la cabeza

—No bebas más —me riñe, fingiendo severidad, como si estuviera ante una preadolescente tras beberse su primera copa. No es justo. Ella conoce de sobra mi escasa tolerancia al alcohol—. No debería haberle pedido a Sara que nos preparara esos mojitos —se arrepiente, mientras camina hacia la puerta.

«Lo ves, lo ves, lo ves...».

Me da igual lo que piense. Solo estoy achispada. Un rato tumbada y se me pasa.

Cierro los ojos un segundo, disfrutando de este momento de tranquilidad...

UNA DUDA DE VITAL IMPORTANCIA...

Prométeme que solo vamos a hablar y que tus silencios me lo dirán todo.
Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

—Mmmm... David —ronroneo en un duermevela.

—Dime. —Unos labios cerca de mi oído susurran provocadores, acariciándome la piel con su aliento.

Abro los ojos de golpe, desconcertada, al comprobar que hay alguien sentado a mi lado. En un acto reflejo, me echo hacia atrás y aterrizo sobre mi trasero, porque me he caído de la cama.

Por un breve instante, no sé dónde estoy ni quién está en este lugar conmigo. Me encuentro flotando y dando tumbos de un pensamiento a otro, pero ninguno toma forma en mi cabeza. Me pregunto qué hago en el suelo.

Me asomo con curiosidad, y nuestras miradas se encuentran. Contengo la respiración. Mi mente se ha vuelto espesa y lo proceso todo a cámara lenta.

Hace apenas unos minutos, las manos de David apretaban mis caderas, sentada a horcajadas sobre sus muslos en una de las *cabinas con vistas* de ese baño prodigioso y, ahora, lo tengo delante de mí.

«¿Será real o sigo soñando?».

Lo escudriño con más intensidad. Parpadeo. Aprieto los ojos con fuerza. Los abro. Todavía lo veo. Me quedo clavada en sus pupilas. Todo en él emana sexo por los cuatro costados... Si esto forma parte de mi sueño, tengo que pedirle a Sara que me enseñe a preparar mojitos.

Apoyo los codos sobre el colchón y mi cabeza sobre las palmas. Suspiro. Sigo observándolo. Está tan atractivo esta noche que me doy cuenta de que no soy capaz de pensar al mismo tiempo que lo miro. Y ahora mismo, solo deseo mirarlo. No quiero pensar. Solo mirar. Sonrío. Como una tonta.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche? —pregunta un David ligeramente perplejo.

Cuando escucho su voz, me sobresalto y me escondo de forma instintiva.

«¿Lo pienso?».

No sé. Delibero. Espero a que las ideas afloren a la superficie. Un segundo... dos... tres... cuatro... Frunzo el ceño, contrariada. Solo escucho silencio.

Pensar no funciona. Que responda mi cuerpo. Siento... Mmmm... Mi cuerpo dice que quiere sentarse a su lado. ¡Je, je, je! Eso significa volver a la cama.

«¡Vale!».

Pongo cara de chica mala. Sonrío.

«¡Vivan los mojitos!».

Me parto.

Salgo de mi escondite y me levanto, disimulando mi entusiasmo desmedido. Me acomodo frente a él y lo contemplo sin abrir la boca. Llevo toda la noche deseando que llegara este momento. Aguardo a que hable. «¡Me está entrando un calor...!».

Tengo sed. Extiendo el brazo para alcanzar uno de los vasos. Pego un sorbo, pero no es más que hielo derretido. Busco el otro. Me lo llevo a los labios. Queda un dedo de cóctel. Me lo bebo de un trago. Lo observo de reojo. Me está mirando. Me estoy poniendo. «Objetivo: ir al baño». Vuelvo a poner cara de mala.

—¿No tienes cosas más importantes que hacer que perseguirme? —le pregunto, coqueta, acomodándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No tengo la sensación de estar haciendo tal cosa —replica, imparable.

Arrugo la nariz. No era esa la respuesta que esperaba.

—Pues lo estás haciendo... siempre lo haces —insisto, apretando los dientes, pero de inmediato relajo la expresión y me pongo a aletear las pestañas como hace Paula, si bien da la sensación de que se me ha metido algo en el ojo.

Parece que va a sonreír, pero su expresión no cambia, aunque el brillo divertido y narcisista en sus ojos lo delata.

—Nuestros encuentros en tus fantasías no cuentan —me advierte, sereno—. Aunque no te lo reprocho. Cada vez que nos encontramos te doy con qué soñar.

Me tenso ligeramente ante su provocación.

«Prohibido discutir».

Me muerdo la lengua. Respiro hondo y me concentro en las flores secas y

las paredes de mármol negro, que se encuentran en el piso de abajo.

«Se supone que quieres tema conmigo desde el primer día, ¿no?». Le pregunto... me pregunto... le pregunto en mi cabeza...

—Solo quiero acostarme contigo. No puede ser tan difícil —reflexiono en voz alta, desencantada.

«¿En voz alta?».

Tardo un segundo en reaccionar. Abro los ojos como platos.

«¿¡En voz alta!?».

Trago con dificultad. Le sostengo la mirada, no sé ni cómo, pero no dice nada. No se mueve. Yo no respiro. Aguardo una reacción que no llega. Me muerdo los labios. Me impaciento. Acabo de soltarle una bomba...

«¡Venga! ¡Haz algo! ¿A qué estás esperando?».

Noto como mi mente empieza a llenarse de preguntas.

«¡Uy, malooooooooo!».

—Voy a llevarte a casa —dice finalmente.

«¡Oe, oe, oe, oooooooooooooo...!».

—¡A casa no! —exclamo exultante—. ¡¡¡Al baño!!!

—¿Necesitas ir al baño?

—¡¡¡Síííí!!!

—¿Tienes ganas de vomitar?

«¿Eing?».

—¿Tanto has bebido? —añade, haciendo que me ponga a la defensiva de golpe.

Su pregunta, clara y directa, abofetea mi amor propio y tiene el efecto del nitrógeno líquido en mi libido. Duele un poco.

—¡No estoy borracha! —me quejo indignada.

—Lo que tú digas. ¡Nos vamos! —me avisa con determinación, al tiempo que sale de la cama y viene a mi encuentro.

—¡No voy a ir a ninguna parte contigo! Prometí a Paula estar con ella esta noche —replico fuera de mis casillas, mientras trato de que mis extremidades respondan a la orden de alejarme lo antes posible de él.

—Tú harás lo que yo te diga. No tengo tiempo para rebeliones.

Cuando consigo salir de la cama, lo tengo enfrente, cortándome el paso. Sus ojos, atravesándome desafiantes y seguros, provocan un cortocircuito en mi cabeza hasta el punto de que resulta obscenamente provocativo el modo en que, sin decir nada, consigue que me mantenga en silencio sin moverme del sitio.

—No me lo pongas difícil. Deja que te lleve a casa —su tono es sereno, pero esconde la clara advertencia de que lo va a hacer me guste o no.

De hecho, el modo en que me mira es el de alguien que no va a aceptar un no por respuesta. Y el modo en que lo miro yo, el de alguien a la que le está costando un mundo negarse.

—Ni se te ocurra tocarme —consigo hilvanar la frase con increíble dificultad, *embriagada* por su proximidad.

«Recordar: David también se me sube a la cabeza».

—Hace un rato te morías de ganas —me corrige, con una sonrisa endemoniadamente sexi, acariciando mis labios con su aliento.

El corazón me late con fuerza y noto un indescriptible hormigueo en el estómago.

—Estaba borracha. No sabía lo que decía —le rebato muy digna.

—Sigues borracha. —Hace una pausa en la que no aparta sus ojos ni un segundo de mí—. Tampoco lo sabes ahora.

Me pregunto quién está rechazando a quién. Me quedaría más tranquila si pudiera asegurar que sigo siendo yo, pero no lo tengo claro. Vacilo entre abrir o no la boca. Cualquier cosa que diga la utilizará en mi contra. Siempre lo hace.

—Estoy perfectamente —me decanto por la respuesta menos rebuscada y más falsa.

—Mientes —pronuncia con ese tonito de estar en posesión de la verdad absoluta que me saca de quicio. Me escudriña fijamente, como si estuviera comprobando algo, y yo aparto la vista, pero es demasiado tarde. Sé que estoy perdida—. Ya sabes... Te brillan los ojos.

«¡Maldita sea!».

Inclina su cabeza y acerca sus labios a mi oído.

—Relájate, no se lo diré a nadie. Será nuestro secreto —susurra, condescendiente y narcisista.

—Mañana no serás más que un mal sueño —contraataco, despechada, con la mandíbula tensa—. Tengo facilidad para olvidarme de las cosas que no son importantes.

—¿Y no te parece algo absurdo tener que olvidarte de algo que no ha sucedido? —inquire con fingida inocencia—. A no ser que te confundas —simula reflexionar en voz alta y se queda callado con una expresión maliciosa, tanto que consigue que me ruborice antes incluso de terminar la frase— y creas que ese sueño que tenías conmigo hace un rato, que por cierto

no parecía «tan malo» como dices por el modo en que susurrabas mi nombre cuando llegué, ocurrió en realidad.

«¿Que yo he susurrado su nombre...?».

La mente regresa al suelo de flores, al movimiento pendulante de mis caderas, cabalgándolo de espaldas, con la mirada fija en la puerta traslúcida con vistas al lavamanos, y su voz resbalando por mi nuca, susurrándome obscenidades al oído.

«¿... mientras fantaseaba con él en el baño?».

«¿¡Tampoco sé soñar en voz baja!?».

Noto el calor recorriéndome de forma ascendente hasta concentrarse en mis mejillas, que ya lucían enardecidas en un tono subido de «¿por qué no hice caso a mi instinto y me quedé en casa?», realzado ahora por uno de «tierra, trágame».

—Aunque eso tendría fácil solución —prosigue, cuando tenía la esperanza de que no dijera nada más. Trago saliva—. Si quieres... —apunta, divertido—, allá a media tarde, que ya estarás sobria, le pregunto a Paula si tiene algún recado para ti y me cuentas lo que había en tu cabecita —se mofa, haciendo alusión a la bochornosa confusión telefónica del domingo—. Quizás podamos hacer algo al respecto y, puestos a borrar algún recuerdo, lo haces con fundamento.

«Tocada y hundida».

Mi mente se ha quedado muda. Aprieto los labios y me la guardo. Ahora mismo no estamos en igualdad de condiciones para mantener una batalla dialéctica. Me mantengo en silencio y me limito a taladrarlo con la mirada, hasta que lo aparto de un empujón en el pecho, decidida a marcharme de aquí con tal de no seguir aguantando su ilimitada prepotencia. No llego a dar ni un paso.

Sin darme tiempo a reaccionar, me carga sobre su hombro y me saca de la habitación mientras yo me resisto, grito y pataleo los tres minutos de reloj que dura el trayecto hasta el pie de la escalera porque, en cuanto cruzamos la pista, el chute de energía que me proporcionaba mi enfado se esfuma súbitamente, dejando paso a una sensación de mareo, cansancio y vacío.

—¿Qué haces? —escucho a mi amiga preguntarle.

«Paula, dile que me baje», pronuncio en voz muy baja, tanto que dudo haber hablado. Sí, yo diría que lo he hecho. No sé.

Tengo sueño. Bostezo. Me pesan los párpados. Me quedo dormida...

* * *

Recobro el conocimiento desorientada al sentir sus brazos bajo mis muslos y detrás de mi espalda, pero no abro los ojos. David me está sacando del coche y, en cuanto su pecho recoge mi mejilla, reacciono a su contacto, embargada por esa extraña y burbujeante sensación en el estómago que siento cuando lo tengo demasiado cerca. Como si su cuerpo y el mío se estuvieran lanzando notitas en mitad de clase, igual que dos críos adolescentes con las hormonas alteradas, y no pudiera hacer nada por evitarlo.

No entiendo qué narices me pasa con él. Será obra de la física y la química, tan reactivas en nuestro caso, que al mezclarse con el alcohol, han reaccionado calentándose de forma peligrosa, causando graves quemaduras a mi sentido común. Que se lo digan, sino, al amor propio y la dignidad heridos que perdí hace un rato en el mismo paquete. Y no, no fue en el de David, precisamente.

«Será nuestro secreto», recuerdo sus palabras con retintín y lo veo todo rojo.

¡Valiente engreído de pacotilla!

No sé cómo he podido perder los papeles de ese modo. De verdad que no lo entiendo. Vale que es de esos tíos, directos y mordaces, capaces de prender fuego en tu mente haciendo uso exclusivamente del lenguaje y su agilidad mental. Solo que, en este caso, ni siquiera le ha hecho falta abrir la boca.

Yo solita me lo he guisado y me lo *he comido*. En sentido figurado, se entiende... tan metafórico que no sé qué me cabrea más, si haber hecho el ridículo o haberlo hecho para nada. Porque, encima, me he tenido que tragar que me rechazara.

¿Es un caballero que no ha querido aprovecharse de la situación o un engreído que me la estaba guardando como venganza por ser yo quien se resiste cada vez que nos encontramos? Quién sabe.

El sonido de la puerta de casa abriéndose me saca de mis cavilaciones y me devuelve de un modo abrupto al presente. Uno en el que David está entrando en mi cuarto, conmigo en volandas, y me deja sobre la cama mientras yo sigo haciéndome la dormida, convencida de que no tardará en marcharse.

«Boom, boom... boom, boom... boom, boom».

David me pilla desprevenida cuando toma mi pie derecho por el tobillo para sacarme uno de los zapatos. La caricia suave y deliberada de su pulgar hace que me tense de golpe y que se me escape un leve jadeo entre los labios.

Si se ha dado cuenta, no dice nada.

Cuando descalza el otro pie, empiezo a inquietarme. Permanezco inmóvil, con mis sentidos afilados por no poder ver. Entonces, lo escucho alejarse hacia la entrada y suspiro aliviada, pensando que está a punto de abandonar la habitación. Pero no lo hace, porque sus pisadas se detienen y el sonido de la puerta cerrándose provoca que el corazón me dé un vuelco, presa de la incertidumbre.

«¿No se atreverá a hacer lo que creo que está pensando?».

Aguzo el oído y me mantengo en alerta, concentrada en descubrir cuál será su próximo movimiento. Mi vientre se hunde contra el colchón cuando siento su índice sobre mi ombligo, apenas rozando la piel que ha quedado descubierta bajo la blusa que se ha levantado ligeramente. Todos mis sentidos acuden a su encuentro, imantados por el tacto serpenteante y distraído de su dedo recorriendo mi abdomen, hasta que se detiene al alcanzar la cinturilla de mis vaqueros.

Respiro con dificultad.

¿Piensa ponerme el pijama antes de regresar al club o se ha propuesto demostrar que mi rechazo era un farol para poder quedar por encima de mí? ¿Es un «por encima de mí» imaginario o la antesala de una lección práctica rememorando, al más puro estilo de Coco en *Barrio Sésamo*, esos grandes olvidados —en mi caso— «por debajo de mí», «por delante de mí», «por detrás de mí», «por dentro de mí»...? ¡Uf!

Trago saliva...

Lo que pasó en el club solo fue un arrebato. Puede que siga sin estar al cien por cien, pero me queda la sensatez suficiente como para no cometer el error de terminar engrosando alguna lista de «polvos pendientes ya resueltos».

Cierro la boca antes de terminar la frase de protesta que ya salía automáticamente de mis labios. No puedo resistirme si no quiero revelar que estoy despierta. Pero, si no me descubro, no podré evitar que me desvista. Y David será un cretino que consigue sacarme de mis casillas, sí, pero eso no es lo único que siento y, como me desnude, no respondo.

«Piensa, Alejandra, piensa».

David alcanza el botón de mis pantalones y juega con él sin prisas. De pronto, me asalta una duda de vital importancia y ningún otro pensamiento tiene cabida en mi mente. No sé qué bragas llevo puestas.

Mi pecho sube y baja con cada respiración y, si no me tranquilizo, acabará descubriendo mi farsa y será humillante... otra vez... y, si no lo hace, tendrá

ocasión de comprobar si mi ropa interior está a la altura de la ocasión mucho antes que yo. Que no sé qué me abrumba más, si el hecho de que me vea en tanga, o que justo me pille con una de esas bragas de algodón que se caen a trozos, pero que son tan cómodas que siempre que me dispongo a tirar me digo «venga, una vez más y ya».

Me estoy estresando.

Su respiración, cada vez más suave y más profunda, delata el gran esfuerzo que está haciendo por controlar sus impulsos y me habla de su excitación, provocando que mi ansia de él se dispare, codiciando el roce de sus manos de concertista como una mendiga.

Tengo que parar esto como sea.

«¡Maldita sea! ¡¿Qué hago?!».

Si continúa desvistiéndome, me veo pidiéndole que interprete la obra para piano más larga del mundo, pero sin piano. Basta con que afine mi cuerpo con sus dedos, que ya me encargo yo de acoplar nuestros gemidos para hacerle los coros.

«He de conseguir que se deten... —David comienza a bajar la cremallera a un ritmo decadente y obsceno, haciéndome perder el hilo de mis reflexiones—. ¡Oh! Tengo que... Yo... Mmmm... ¡Ehm! ¿Cuál era la pregunta?».

«¡Ah..., sí! ¿Qué bragas llevo puestas?».

«LA MALDICIÓN DE LA B»

Los asiáticos dicen que empinar el codo ayuda a revelar el verdadero corazón y los sentimientos. Los niños y los borrachos, la verdad... Los que hablan en sueños nos cuentan sus secretos.

David Hidalgo. Reflexiones escurridizas.

—DAVID—

—¡Por nosotros y una noche de éxito! —Brinda una gerente radiante, que hace tres horas perdí de vista porque tenía una «cena importante».

—¡Brindo por eso! —respondemos el resto del equipo al unísono mientras chocamos nuestras copas.

Anoche apenas dormí cuatro horas y reconozco que empiezo a acusar el cansancio de toda una semana de preparativos. Observo a la plantilla al completo, los nuevos —Sandra, Santi y Sara— y los veteranos que escogimos de La Zona para trabajar en el club —Tina, Teo, Guille, Bea y Candy—. No sé si hicimos bien en elegir a la *expareja*. Como camareros son insustituibles, pero algo me dice que su presencia podría enturbiar la dinámica del grupo.

Paula se da la vuelta y me sonrío.

—¿Preparado para la gran noche? —saluda, colocándose a mi lado.

—Parece que al final no tuviste que quedarte a fregar los platos... Me alegro de verte —confieso totalmente sincero.

—Llegué hace unos minutos. Estaba enseñándole el club a Ale —revela, por si me quedaba alguna duda de que hubiera venido con su amiga del alma—. Gracias por dejar que me escapara un rato para poder celebrar su cumpleaños.

—¿No piensa venir a saludarme?

—¿Tú qué crees? —pregunta satisfecha, tras haber confirmado mi interés.
Punto para Paula.

—Que un día como hoy se agradecen los ánimos de todo el mundo.

—Me empeñé en cenar con vino y, entre los chupitos de después y los mojitos de Sara, digamos que el resultado lo tienes tirado en una cama de La Habitación, a ver si se le pasa —aclara, haciendo una mueca—. Beber nunca se le ha dado bien...

—Hablando de cenas... de pronto, me ha entrado hambre. —Y no precisamente de tallarines tres delicias y pollo al limón—. Te dejo al mando. Voy a desconectar un rato antes de que abramos las puertas —la informo mientras dejo mi copa sobre la barra y comienzo a caminar en dirección a las escaleras.

La gerente me mira burlonamente antes de desaparecer. Ella sabe a la perfección adónde me dirijo para saciar mi apetito. Los dos los sabemos y ninguno parece intentar evitarlo.

* * *

La encuentro tumbada bocarriba en la cama dedicada a la Lujuria. Su respiración es sosegada y queda. Parece dormida. Casi tan inofensiva como una de esas princesas de cuento, sumisas, incapaces de despertarse sin antes haber sido besadas por un príncipe oportunista. «Hechizadas», las llaman los de Disney.

Me llevo la mano a mis pelotas en un gesto instintivo al pensar en su reacción si se me ocurriera *rescatarla* con un morreo. Sonrío. Aunque no descarto tener que intervenir esta noche, empiezo a hacerme a la idea de que no pertenece al grupo de las que necesitan ser salvadas por nadie.

Tampoco tiene nada que ver con muchas de las chicas de su edad, que parecen estar de vuelta de todo sin haber cumplido siquiera los treinta. Ella todavía conserva parte de su ingenuidad, y no voy a negar lo morbosa que resulta por el contraste con su temperamento fuerte y esa capacidad suya para no dejarte indiferente. Eso es lo que, en realidad, la hace atractiva. Su intensidad.

Unas horas con ella y tienes la impresión de que te ha pasado por encima un tifón devastador e impredecible. Lo notas en cuanto descubres que no puedes permitirte el lujo de que la sangre deje de irrigar tu cerebro ni un solo segundo si no quieres quedar como un auténtico gilipollas en medio de un duelo verbal. Tarea complicada la mayor parte del tiempo, porque nuestros encontronazos han resultado ser más excitantes que muchos de los polvos que

he echado últimamente. Cuando hablamos, siento una descarga de adrenalina que me obliga a mantenerme alerta. Nunca sé cómo va a reaccionar.

Que no deje de resistirse la ha convertido, sin duda, en todo un desafío. Una especie de enigma que despierta mi curiosidad de manera peligrosa. Estoy picado, lo admito. Me digo a mí mismo que esa es la única razón de su magnetismo...

Solo es un juego.

Me divierte provocarla y sacarla de sus casillas, no hay más. Reconozco que me pone cachondo su lengua afilada y la forma que tiene de encararse, sin cortarse a la hora de decir lo que se le pasa por la cabeza. Incluso cuando consigo que se ruborice, continúa desafiándome sin dejar de mirarme a los ojos. Es ingeniosa y combativa, y eso me gusta.

También es peligrosa.

Tiene unos ojos que te miran por dentro. Y cuando tú miras los suyos, puedes ver a través de ellos. Como dos enormes escaparates de un mundo interior que te muestra sin miedo. Desnuda y sin máscaras. Sin reparos. Una exposición casi obscena con la que consigue su objetivo. Obligarte a que notes su presencia. Consigue existir en un mundo en el que todos nos hemos hecho invisibles de algún modo. Me desconcierta que una tía que apenas conozco haya logrado algo así, cuando el resto desaparecen en cuanto me visto y salgo por la puerta.

Punto para Blancanieves, entonces. Es mi turno. Ella se ha colado en mis pensamientos. Yo conseguiré hacerlo entre sus piernas. Una vez quedemos en paz, podremos olvidarnos de este pulso que parecemos echarnos cada vez que nos encontramos.

«Sí...», me autoconvenzo. «Cuando me la tire, podré sacármela de la cabeza».

Me siento a su lado. Tiene una boca jugosa y tentadora, del color del vino. Mientras la observo, por un instante me veo a mí mismo inclinándome para besarla. La sangre abandona mi cabeza de golpe y automáticamente mi pene pega un latigazo en mis pantalones. Creo que llevo demasiados días sin follar porque, después de beberme sus labios en mi cabeza, la fantasía se me va de madre con imágenes de ella totalmente desnuda bajo mi cuerpo. Tengo calor. Pese al cansancio acumulado por los preparativos de la inauguración, por lo que se ve, *mi amigo* se encuentra demasiado receptivo para según qué cosas. Me sacudo la idea enseguida de la mente.

Continúo contemplándola en silencio. Ella se remueve ligeramente en el

colchón. Se acurruca como un gato, girando su cuerpo hacia mí. Algunos mechones caen sueltos por su cara y se los retiro con delicadeza.

—David... —gime entre sueños y sonrío traviesa.

Escuchar mi nombre en sus labios me intriga y, en esta ocasión, es la curiosidad la que se agita en mi mente. Por un instante, dudo si se ha despertado o solo está soñando. Prácticamente no respiro, esperando que diga algo más. Pero ella sigue con los ojos cerrados, y su respiración regular y serena contrasta con mi pulso, que se ha desatado sin motivo ante la revelación de que, ahora mismo, me encuentro en sus sueños.

«Vaya, vaya... Hora de jugar».

—Dime —susurro, tentador, a su oído para provocarla.

Entonces abre los ojos y, en cuanto me ve junto a ella, se sobresalta de tal modo que se cae de la cama. «Exactamente igual que en los cuentos», pienso. No puedo evitar sonreír. Paula me advirtió que estaba borracha... Veamos cómo de borracha.

* * *

—*Horas más tarde, en su casa... en su cuarto... en su cama*—

—¿El Principito? —me sorprende en voz alta cuando atisbo parte de la ilustración en su ropa interior de algodón—. Bonitas bragas —la provoco.

Ella hace una mueca abochornada que me divierte.

—Si no dejas de poner caras, voy a empezar a pensar que estás despierta.

No responde.

—¿Hasta dónde piensas dejarme llegar para no tener que hablar conmigo? —pregunto, para que termine con la farsa, más por mí que por ella—. Tu cuerpo no deja de hablar a gritos y, aunque debes de pensar que no lo noto, habría que estar ciego para no darse cuenta.

Trago saliva con fuerza, apartando mis manos de sus vaqueros. Me siento con las manos atadas, y desnudarla de este modo podría llegar a ser una verdadera tortura. Así que será mejor no tentar a la suerte.

Bordeo la cama y me arrodillo junto a ella en el lateral.

—Estoy dormida —protesta, apretando los labios como una niña a la que han pillado de lleno metiendo el dedo en un pastel.

—Estás hablando.

—Porque hablo en sueños... Fuiste tú quien me lo dijo. No lo olvides —se

defiende con una sonrisa triunfal.

Continúa sin abrir los ojos. Y eso me fastidia y me hace gracia en la misma medida.

—Pensaba que, a estas alturas, tenías claro que no me parezco en nada a un chico bueno... A lo mejor tengo que refrescarte la memoria para que tú *tampoco lo olvides*. —Me inclino sobre su rostro y aspiro el aroma fresco y candoroso que desprende su piel. Me excita su olor—. No me desafíes, Blancanieves, porque, como me ponga a reescribir el cuento, créeme que no será precisamente de perdices de lo que nos demos un atracón esta noche. —Siento como se estremece ante el roce intencionado de mi aliento en su cuello.

El suave gemido que escapa de entre sus labios me alcanza de lleno como el sonido más erótico que he escuchado nunca, y la polla se me pone dura al instante, tan de golpe que tengo que incorporarme para cambiar de postura.

—Deja el teatrillo de una vez y seré yo quien finja que esta noche no ha pasado nada, si es lo que deseas... —insisto, notando como crece la necesidad de encararla, de mirarla directamente a los ojos. Como si al tener los suyos cerrados me forzara a caminar a tientas en la oscuridad—. Porque como sigamos con esto y me obligues a ponerte el pijama, no te garantizo que pueda olvidarme de lo que llegue a ocurrir ni que me apetezca hacerlo.

Mi mirada se demora en sus formas imprecisas, apenas definidas en la penumbra de la habitación. No pulsé el interruptor al entrar porque la luz que se cuelga del exterior me pareció suficiente para moverme por el cuarto. De repente, esta abrumadora sensación de intimidad se me antoja demasiado intensa para mis nada románticas pretensiones.

—Ni yo tampoco —se le escapa en un murmullo, como si estuviera imaginando lo que me gustaría hacerle y lo esperara con ansia.

Por supuesto, me estoy marcando un farol. Jamás le pondría la mano encima a una mujer que no está al cien por cien de sus facultades, por muchas ganas que tenga de tirármela o que ella demuestre tener de que eso ocurra... No lo he hecho en la vida y aún menos con una amiga de Paula.

—¿Sabes? Tienes suerte de que me apellide Hidalgo. Si fuera el Príncipe Azul con el que sueñan las chicas como tú, hace rato que esas bragas que llevas puestas serían historia. Ya se sabe lo que a esos adonis con mallas les va aprovecharse de princesas inconscientes.

—Yo... —comienza a hablar con timidez—. Se cumplió la «maldición de la B» —explica de un modo críptico—. No es mi estilo perder el control de

esta forma...

—¿B de...? —pregunto, interesado.

—Banda de pop cabrón, de vino, *baijiu* y baño... —Enumera de corrido.

—Vino es con uve.

—Ya, pero el alcohol no entiende de ortografía —me rebate, aguda—. El mojito hizo el resto para terminar como una *cuba*. Cuba de borrachera, con be —enfatisa, con retintín, y le entra la risa, pero continúa sin abrir los ojos. Una risa fresca y contagiosa que llena su cuarto. Joder, hasta borracha es ingeniosa—. La historia es un poco larga... No lo entenderías.

Y, aunque es verdad que no comprendo a qué se refiere, tampoco le pregunto. Me queda claro que no está acostumbrada a beber y que, por lo visto, esta noche rebasó su límite.

—Bueno, no eras dueña de lo que decías. No le des más importancia de la que tiene. A todos se nos va.

—Pero sí lo era de lo que pensaba —me corta como si necesitara soltarlo—. No sé si me siento más estúpida por haberte confesado que deseaba acostarme contigo o por que me rechazaras —se sincera sin tapujos—. ¿Ves? Ya lo he vuelto hacer —se queja. Su expresión se contrae en un gesto de arrepentimiento—. El alcohol me desata la lengua.

Una corriente de ternura hacia ella recorre mi cuerpo y tengo deseos de abrazarla para que se sienta mejor.

—Tranquila. No es la primera vez que me pasa ni será la última. Es algo que ya he escuchado en más de una ocasión en contextos que ni te imaginas —le explico, en tono condescendiente, para quitarle hierro al asunto, pero por su reacción parece que consigo justo todo lo contrario.

Frunce el ceño, dejándose llevar por sus prejuicios.

—Ya veo.

—No lo creo. —Soy perfectamente consciente de la imagen que tiene de mí y, aunque debería importarme un carajo, por alguna razón, me molesta—. Trabajo en la noche. Las mujeres se me insinúan de muchas formas y, algunas de esas veces, van bastante pasadas de copas. No he dicho que les siga la corriente a todas... por lo menos, no a nadie que no sea consciente de lo que hace.

No dice nada al respecto.

—Cuando me acuesto con una mujer, lo hago convencido de que sabe lo que quiere y que no terminará arrepintiéndose más tarde. Si tiene que recordarme, prefiero que lo haga como a alguien que la hizo disfrutar y no

como un error fruto de dejarse llevar por no ser dueña de sus actos —añado, porque no me apetece que termine el día de su cumpleaños pensando que soy un cabrón egocéntrico que la ha rechazado. Me limito a posponer lo irremediable, que no es lo mismo—. Si mañana al despertar sigues pensando igual que hace un rato, no tienes más que llamarme y me encargaré de que no te quede ninguna duda sobre quién ha estado rechazando a quién todo este tiempo.

La tensión sexual se propaga entre los dos como una mecha rápida, saturando la atmósfera que se respira en la habitación. Sus ojos se han abierto de golpe y están fijos en mí. Mis labios, a escasos centímetros de los suyos, se mueren por sentir la humedad de su aliento. Veo mi deseo reflejado en su expresión, el suyo en la oscuridad que aflora en sus pupilas dilatadas. Siento su respiración agitada en mi cara y ella nota la mía, meciendo sus largas pestañas.

Me relamo, controlando a duras penas mis ganas de asaltarle la boca, que entreabre ligeramente, como una invitación silenciosa. Ella sigue el recorrido de mi lengua con su mirada, y sus ojos negros como el carbón llamean de un modo intenso, como si resistirse a cruzar la línea le causara un sufrimiento atroz. Seguro que no más que el mío en este momento.

Me inclino hacia delante y le hablo al oído.

—Te deseo... Tanto como te respeto.

Le doy un casto beso de despedida en la frente, antes de salir de su cuarto sin aguardar su reacción.

Abandono su casa inquieto y con una incómoda sensación de vacío e insatisfacción asentada en el estómago que achaco al hambre. De ella o de algo que llevarme a la boca en su lugar, porque llevo sin probar bocado desde mediodía. Mi mirada oscila del bulto en mis pantalones al reloj del móvil, en una mano, y el llavero de Paula, en la otra. Faltan veinte minutos para las doce.

Llamo el ascensor convencido de que esta noche soñará conmigo. A cambio, a mí me va a tocar afrontar la inauguración con un dolor de pelotas con el que no contaba, a no ser que Paula me las corte si es que no consigo llegar al club antes de que abran las puertas.

Echo un último vistazo a las llaves antes de guardarlas en el bolsillo del pantalón. En cuanto el ascensor se detiene frente a mí, me meto en el interior forzándome a mí mismo a alejarme de aquí antes de ceder a la tentación de regresar a su cuarto y romper mi particular «maldición de la B».

B de Blancanieves.

SIMPLEMENTE, ALEJANDRA... SIMPLEMENTE, DIEGO

Tus palabras hechizan. Tienen ese poder en tus labios expertos, que las manipulan con destreza enredando mis muñecas, inmovilizándome para hacerme sentir como llenan mis vacíos y adormecen el pensamiento, igual que una cuerda rozando la piel con una suave caricia, descubriendo el dolor como antesala del placer, transformando la privación en calor, el sometimiento en libertad, hasta quedarte muy dentro, en las profundidades de mi inconsciencia...

¿Qué me has hecho, que no puedo sacarte de mi cabeza?

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

«Te deseo... tanto como te respeto».

Las palabras de David resuenan en mi cabeza desde hace rato, mientras mi mirada se pierde en las extrañas formas que la escasa luz dibuja en el techo de mi cuarto en penumbra.

Anoche tuvo la oportunidad de llevarme a la cama y la desaprovechó. No una, sino dos veces. Cualquiera otro lo hubiera hecho sin que le temblara el pulso... pero él, no. Ahora resulta que el *destapasábanas* es un tío con principios.

«¿Por qué tenía que estropearlo todo?».

Hubiera pasado de ser un arrogante, cuya única pretensión es convertirme en una muesca más en su *revólver*, a ostentar el título de cabrón a secas, en toda regla. Es más fácil olvidarse de un antihéroe que de un caballero.

Este tipo de detalles lo convierten en una de esas personas a las que te gustaría conocer... Por eso es peligroso.

De repente, ya no tengo dónde encajarlo y, quizás, ese sea el motivo por el

que ningún otro pensamiento tiene cabida en mi cabeza, compartiendo los efectos de una inefable resaca... Bueno, por eso y por la certeza de que si David no se hubiera detenido, el coloso en llamas se habría quedado a la altura de la *cremá* de una falla infantil en comparación con lo que habría ardido en esta habitación.

Ese es el *catastrófico* efecto que tiene sobre mí. Cuando está cerca, se me disparan las pulsaciones, y tengo la impresión de que mi corazón se parará de golpe si me roza; una sensación de vértigo intensa e interminable que no puedo controlar.

Su proximidad consigue marearme, y mi cuerpo da saltitos de alegría cuando lo veo, sabiendo lo que se acerca. ¿Cómo no habría de ser así si prácticamente cada vez que nos encontramos tengo un orgasmo en diferido?

Cuando antes de irse nuestras miradas se encontraron, sentí ese vuelco en el estómago que te deja sin aliento; literalmente dejé de respirar mientras él me observaba con una intensidad y brillo inquietantes en sus ojos negros. Y cuando se inclinó, acercándose todavía más, estaba segura de que moriría si llegaba a besarme, de tanto que lo deseaba, pero, en el instante en que sus labios se posaron en mi frente y se incorporó para marcharse, sentí como mi corazón se detenía, desencantado por que no lo hubiera hecho.

Suspiro hondo, resignada.

«¿Me gusta? Por supuesto que me gusta. ¿Cómo no me iba a gustar?».

David es el prototipo de chico que me atrae y por el que, en otro tiempo, en otra vida, en otro planeta, podría llegar a sentir algo más profundo. Pero en este instante, apenas lo conozco. Y no pienso arriesgarme, por mucho que despierte mi curiosidad, porque cruzar la línea con alguien como él es adentrarse en un terreno minado. No voy a complicarme la vida y poner en riesgo mis sentimientos por un «aquí te pillo, aquí te mato». No hay polvo en el mundo, por memorable que sea, que merezca ese sacrificio.

«Cero por ciento sentimientos, cien por cien placer». Ese es mi lema.

Además, odio a David casi tanto como me atrae. Cada vez que hablamos consigue que tenga ganas de matarlo y hacer que su maravilloso ego estalle en mil pedazos. Ese tío tiene un millón de cosas que me sacan de quicio. Y si consigo recordarlas todas, podré sacarlo de mi cabeza y levantarme a preparar la cena...

—«No es la primera vez que me pasa ni será la última —lo imito con retintín—. Si mañana al despertar sigues pensando igual que hace un rato, no tienes más que llamarme...».

«Espera sentado, señor Hidalgo. Porque en mi caso, anoche fue la primera y la única ocasión».

¡Qué ironía!

David, que apenas me conoce, preocupándose de que no hiciera nada de lo que pudiera arrepentirme, y Diego, con el que llevo hablando seis meses, importándole un pimiento lo que piense o cómo me siente su silencio de estos días.

En cuanto el nombre del Amo acude a mi mente, parte de mí se rompe un poco, recordando los últimos acontecimientos. Me conozco de memoria ese laberinto de callejones sin salida que es Diego y empieza a agotarme esta situación. Por suerte, antes de que me pierda en un bucle de pensamientos que no me llevarán a ninguna parte, el teléfono se pone de mi lado, distrayendo mi atención y obligándome a salir de la cama a consultar el móvil.

Mi corazón comienza a latir con fuerza cuando compruebo que es un mensaje de Diego. La idea de que haya contestado a mi pregunta de hace días aviva la desconfianza y la rabia ante la posibilidad de que no haya sido sincero y me haya estado utilizando durante todo este tiempo. «Me estás instruyendo como sumisa. ¿Por qué?». Fue lo que le escribí.

Lo ocurrido el fin de semana hizo que me olvidara completamente de ese asunto, pero, sin embargo, la reaparición de Diego consigue que David quede relegada a un segundo plano, dejando paso a una incómoda ansiedad.

<Diego> Porque quiero.

<Alejandra> Me mentiste.

<Diego> ¿Estás segura? ¿Segura de quién miente a quién?

<Alejandra> No fuiste claro. Dijiste que solo éramos tú y yo, sin ningún tipo de rol. Simplemente, Alejandra. Simplemente, Diego.

<Diego> Acepta lo que te ofrezco, porque es también lo que anhelas. No he hecho nada que tú no desearas que hiciera.

<Alejandra> ¡Pero lo hiciste sin decírmelo! ¿Por qué? ¿Educarme para qué, si tú no buscas sumisa?

<Diego> Esto no lo hago por mí, lo hago por ti. ¿Crees que si no te viera madera de sumisa habría accedido a domarte?

<Alejandra> No le des la vuelta a la tortilla. Fuiste tú quien me propuso ayudarme.

<Diego> Porque soy yo quien toma las decisiones, Alejandra. Quien dispone. Tú solo eliges aceptar o no lo que te ofrezco. Y es lo que hiciste.

Fuiste tú la que me buscó. Necesitabas a alguien que te empujara a abrir tu mente y poder averiguar hasta dónde estás dispuesta a romperte para superar tus límites. Destruir esa máscara social tras la que te escondes para protegerte. Necesitabas ponerle nombre a lo que hacemos. Yo se lo puse. La dominación se basa en el placer y en el autodescubrimiento, y es a lo que me limito: hacerte gozar de tu cuerpo y «ayudarte a conocerte» guiándote por los senderos de un erotismo inexplorado.

<Alejandra> Yo no me escondo tras ninguna máscara.

<Diego> Sí lo haces, y es tras ella donde se encuentra la verdadera Alejandra, la que no muestras, la que ni siquiera tú misma eres capaz de reconocer... una sumisa. Esa eres tú.

<Alejandra> ¡No lo soy! Llegas con retraso. He estado hablando con todo tipo de Amos y mis conversaciones con ellos han conseguido lo que tú no has podido en seis meses. Confirmar que no soy una sumisa. Ninguno me ha provocado el deseo de someterme. Ninguno me ha hecho sentir confianza, respeto, morbo, atracción, deseo, necesidad de entregarme... Nada.

<Diego> Todo eso que has descrito lo sientes conmigo. TODO.

<Alejandra> ¡Vaya! Mira. Si ni siquiera lo preguntas, lo afirmas.

<Diego> Sí, es una afirmación.

<Alejandra> Hablaba de lo que necesito sentir para entregarme a un Amo que sí me quiera. No estaba hablando de ti.

<Diego> Yo sí.

<Alejandra> Te empeñas en creer que soy algo que no soy.

<Diego> Yo no me empeño. Sigues protegida en tu racionalidad. Pero, en el fondo, eres pasional y emocional. ¿Por qué no actuar por impulso?

<Alejandra> Porque no sé las consecuencias

<Diego> ¡Aaahhh! Adiós, pasión. Adiós, animal. Adiós a actuar por instinto. ¿Consecuencias de dejarte llevar? Darte cuenta de que eres capaz de cualquier cosa. Por eso tienes «madera de sumisa», porque no te atreves a hacerlo sola y estás buscando a alguien que te dé seguridad para descontrolarte, sabiendo que habrá una red en la caída. Deseas someterte, pero tienes miedo. Me necesitas.

<Alejandra> Ellos no creían que fuera una sumisa.

<Diego> Ellos no te conocen. Yo sí.

<Alejandra> También les hablé de ti y descubrí que traicionaste mi confianza, educándome sin saberlo.

<Diego> Falso. Si confiaras, las preguntas me las habrías hecho a mí y no a ellos.

<Alejandra> ¡Cuando te las hago no las respondes!

<Diego> Será porque no haces las preguntas adecuadas.

<Alejandra> ¿Y eso quién lo decide? ¿Tú? ¡¡Sí, claro, por supuesto!!

<Diego> Podemos dejarlo aquí, si es lo que quieres.

<Alejandra> Yo no he dicho eso. ¿Es lo que quieres tú?

<Diego> Deja de cuestionarme. La confianza es básica, Alejandra.

<Alejandra> Confío en ti más de lo que crees.

<Diego> Quieres confiar, pero no lo haces. Obedéceme y acepta mi regalo. Conmigo puedes mostrarte tal cual, sin corazas para defenderte. Conmigo no te romperás nunca. Te romperás si te enamoras.

<Alejandra> Demuéstrame que esos Amos están equivocados. Háblémoslo en persona. Tengamos un encuentro real.

<Diego> Nada de encuentros. No quiero más sumisas por ahora. Te lo advertí.

<Alejandra> ¡Entonces no me trates como si fuera una y estuvieras pensando quedarte conmigo!

<Diego> Podrías ser una buena sumisa. Sé que te entregarías a tus tareas.

<Alejandra> ¿Me estás diciendo que si la estuvieras buscando me elegirías?

<Diego> Mmmm. No lo sé. Estaría cerca. Me gusta que tengas carácter y despiertas mis ganas de crear juegos para ti y de darte placer... Pero no estoy en un momento de ir más allá. Dejémoslo ahí, por ahora.

<Alejandra> Prométeme que, si eso cambia, dejarás que te vea.

<Diego> Pues si quieres que eso ocurra, empieza por no organizarme la agenda y recordar quién es aquí el Amo. Hasta luego, Alejandra.

Diego desaparece del WhatsApp sin darme tiempo a reaccionar, a decidir cómo me siento ahora mismo... ni yo misma lo sé. Siempre tan cerca y tan lejos, con sus contradicciones y su discurso ambiguo al que no puedo aferrarme, incrementando mi ansiedad hasta sentir que haría cualquier cosa por mitigar la necesidad de él que me provoca.

Que esté tan convencido de que «podría ser una buena sumisa» hace que las conclusiones de mi investigación se tambaleen. Aunque sigo preguntándome si realmente tengo madera o solo quisiera serlo porque es el

único modo que se me ocurre para poder acercarme a él... No lo sé. Ha conseguido que dude de nuevo.

Pero no fue sincero... ¿o sí? «Ayudarme a conocerme» es sinónimo de «educarme». ¿Por qué no «ayudarme», a secas, sin dobles sentidos? Pensaba que durante todo este tiempo solo habíamos sido él y yo, y ahora confirmo que, mientras para mí era Diego, él solo veía a una sumisa. Una a la que se limita a tutelar, pero que podría llegar a escoger en un momento dado. Algo así como un alquiler con derecho a compra. Que deje la puerta abierta a esa posibilidad me hace sentir confundida e incrementa el deseo de alcanzarlo, siendo lo que él quiera que sea. Como una desesperada dispuesta a hacer cualquier cosa para lograr conocerlo en persona. No me gusta sentirme así...

Sin embargo, no puedo remediarlo. Tengo que hacerlo salir de la maldita pantalla del móvil para poder escuchar su voz y mirarlo directamente a los ojos para que deje de ser esta fantasía inalcanzable que invade mis pensamientos. El WhatsApp me asfixia y limita mis movimientos. Necesito el cara a cara para poder evaluar el alcance de mis sentimientos, escapar de esta cárcel virtual donde él impone las reglas del juego y hacer que este sea más justo.

Además, tiene la desfachatez de insinuar que solo con él puedo sentirme libre de mostrarme tal cual, como si estuviera en disposición de concederme una libertad de la que precisamente me priva. Menudo chiste. Casi tanto como que me hable de máscaras, cuando es él quien se oculta entre los bastidores. Es imposible ser uno mismo cuando te obligan a hacerlo en el reducido espacio de un rectángulo de cinco pulgadas. Es como tratar de hacerle una foto a la Muralla China y pretender capturarla en toda su inmensidad con un solo disparo. Ahí es él el que se confunde.

Me va a estallar la cabeza.

Diego... David.

Estoy agotada. Quiero una tregua.

Todavía en mi mano, el teléfono comienza a vibrar, interrumpiendo mis cavilaciones. Descuelgo sin fijarme en quién llama, todavía inmersa en mi propio caos mental:

—Diga.

—Buenas noches, Alejandra.

Tras seis meses sin escucharla, la voz grave y familiar de mi padre revuelve algo en mi interior. Mi cuerpo se tensa de golpe y siento un nudo en el estómago. Las palabras se quedan atascadas en mi garganta y soy incapaz de

contestar.

¿Qué narices quiere ahora, después de haberme ignorado durante tanto tiempo? ¿De verdad quiero averiguarlo?

TÚ ME DAS ALGO, YO TE DOY ALGO

Págame mi tiempo con el tuyo. Mi desnudez con tu tacto. Mi piel con tus huellas. Mi confianza con tus verdades. Mi sinceridad con tu respeto. Mi entrega con tu atención. Mi mundo con tu universo.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

—Días más tarde—

Comienzo a respirar con dificultad cuando apresa mis muñecas y las eleva por encima de mi cabeza, dejándolas atrapadas entre la puerta del baño y su mano. Al pegarse más a mí, mi espalda queda aplastada contra la fría superficie de cristal esmerilado, y puedo sentir como su enorme bulto crece por segundos, presionando mis caderas.

No le veo la cara. Pero irradia una combinación de furia y necesidad en la forma en que su boca ataca la mía con desesperación y me devora de forma implacable y exigente, sin tregua. Tan solo se interrumpe para realizar una honda inspiración, antes de regresar a mis labios y beberse mis gemidos de la forma más dulce y absorbente, mientras su cuerpo se aprieta contra mí, asegurándose de que no voy a escapar.

Mi mundo se reduce a un torbellino de emociones provocadas por el calor que desprende su cuerpo, su respiración jadeante, su adictivo olor masculino, el modo en que su boca calienta la fría piel con sus labios, la firme presión de su mano rodeando mis muñecas, su aliento húmedo resbalando por mi cuello.

Siento bajar una ardiente llamarada de deseo por mi vientre, desenroscándose en un hormigueo de excitación que se expande por mi columna cuando introduce sus manos por debajo de la fina tela de mis bragas y acaricia mi sexo. Sus dedos resbalan entre los labios mojados

hasta detenerse en mi clítoris, que comienza a excitar con suaves movimientos circulares que me están volviendo loca.

Mi cuerpo se acelera y se tensa, me olvido de respirar, solo existo para venerar cada una de sus caricias, disfrutando de las intensas y excitantes sensaciones que me producen. El sonido de su cremallera me hace separar las piernas instintivamente, invitándolo a hundirse en lo más profundo. No se hace de rogar. Me arranca las bragas de cuajo y con una fuerte embestida entra en mí.

Nos movemos como dos salvajes dispuestos a ir al infierno por follar como animales. Su miembro hinchado me colma. Nuestros sexos chocan con frenesí con cada sacudida, cada vez más rápido, más fuerte, mientras el goce se va intensificando más y más, hasta que siento que me quema.

Pequeños temblores suben en espiral desde mi vientre, y el placer me arrolla hasta romper mi cuerpo en mil pedazos. Me arqueo y grito, agitándome violentamente mientras, con un último bramido suyo, nos corremos al mismo tiempo, con la respiración entrecortada, mojados, calientes y temblorosos.

Se incorpora un poco sin salir de mi interior y atrapa mis labios. Nos fundimos de nuevo en otro beso interminable, hambriento y brutal.

Entonces los veo...

Decenas de ojos me observan a través de la puerta acristalada del baño, que da a un campo abierto atravesado por un riachuelo. Varios desconocidos, arrodillados sobre un manto de flores secas, contemplan la escena con la lujuria lubricando su mirada; relamiendo mi excitación en labios que ni siquiera he rozado, pero que ellos han restregado por mi piel. Están desnudos, y sus miembros erectos me apuntan, reclamando mi cuerpo todavía caliente, rozando la intimidad de mi desnudez a través de la puerta, buscando cada uno de mis orificios para empalar mi boca, mi ano, mi sexo, fornicándome sin mi permiso con unos ojos que me arrancan gemidos que no pronuncio, pero que se expanden como un eco en sus mentes pervertidas, en la fantasía de follarme que están recreando en su cabeza.

De repente, estoy corriendo por el sendero de baldosas amarillas. Escucho como él me llama, impotente, pero no me detengo ni por un instante. Hasta que me alcanza, me toma del brazo para girarme y, cuando nuestras miradas están a punto de encontrarse, un sonido estridente me taladra los tímpanos, todo se vuelve oscuro y me precipito hacia ninguna parte con una sensación de vértigo en el estómago, sin haber podido ver su

rostro.

* * *

Me despierto sobresaltada en mi cama, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, sudando y cachonda; los claroscuros en mi habitación revelan que todavía no ha amanecido. Echo un vistazo al reloj y descubro que pasan unos minutos de las siete de la mañana, mientras el despertador de mi móvil suena sin descanso, hasta que lo silencio apretando un botón.

Cierro los ojos, tratando de rehacer un sueño roto en pedazos, pero no queda nada. Apenas algunas imágenes inconexas que quedaron atascadas en mi memoria formando un puzle incompleto que me provoca una extraña sensación de desasosiego e inquietud. Respiro hondo y me incorporo, tratando de ponerle cara al protagonista de mi fantasía, aunque no lo consigo.

Cuando estoy a punto de salir de la cama, el móvil vibra sobre la mesita de noche y me detengo a comprobar con curiosidad quién me ha escrito tan temprano.

Diego.

Su aparición justo en este instante le permite adueñarse de los últimos latidos de mi corazón, de la humedad de mi sexo y el calor que todavía desprende mi cuerpo, conquistando ese espacio sin nombre donde permanecen grabados los retazos de mi sueño. Podría ser él. Y eso incrementa mi excitación, que se enreda con las sensaciones que mi fantasía me provoca, potenciándolas.

Contesto con los dedos todavía mojados por mi orgasmo y una capacidad de raciocinio mermada por el deseo y la necesidad de correrme de nuevo.

<Diego> Buenos días, Alejandra.

<Alejandra> Hola, Diego.

<Diego> Hoy es tu último día en la consultoría...

<Alejandra> Sí... Hoy presento las conclusiones de mi proyecto y me despido definitivamente.

<Diego> Quiero que te pongas el corpiño que compraste hace semanas y que lo lledes puesto en esa presentación.

Su petición me sorprende. Nunca ha sido de pedirme que use ningún tipo de prenda en particular para complacerlo, ni tan siquiera que no lleve ropa

interior dentro o fuera de casa.

Hace unos días, le conté que hoy iba a ser un día cargado de emociones, no solo por el reencuentro con mi padre después de tantos meses, sino porque, además, es mi último día en Catatur. En parte, hoy me siento algo vulnerable por la cena de esta noche, y la sensación de que todo ha vuelto a la normalidad entre Diego y yo actúa como un bálsamo calmante que me hace sentir bien... demasiado bien.

No sé qué pretende, aunque no puedo evitar sonreír con su ocurrencia. No descarto que, tarde o temprano, termine metiéndome la hostia del siglo por seguirle la corriente. Si Paula se entera, se planta aquí en tres minutos y me la pega ella misma. Mi mejor amiga tendrá que asumir de una vez que solo ejerzo mi libertad de equivocarme, si es el caso. Con Diego nunca se sabe a qué atenerse.

<Alejandra> No voy a enviarte ninguna foto con él puesto, Diego. Tendrás que seguir imaginándome...

<Diego> No te he pedido una foto. Solo saber que lo llevas puesto. Hazme ese regalo.

¿Por qué no darle el gusto? ¿Para quién iba a desear estrenar un corpiño que compré solo para él? Aunque no llegue a mostrárselo, la idea de que lo excite saber que lo llevo puesto me atrae y accedo a cumplir su deseo.

<Alejandra> De acuerdo.

En cuanto obtiene la respuesta que desea, Diego deja de estar en línea, pero antes de que pueda salir de la cama, el móvil vibra de nuevo.

<Diego> Espero que compraras el rosa acordonado.

Ayúdame a recordar

VIERNES, 21 DE OCTUBRE DE 2016

Hoy volví a perderme en una de esas fantasías tan extrañas que tengo últimamente. Una fabricada con las sensaciones que Diego me provoca; retazos de nuestras conversaciones, de mi investigación, de mis dudas. Un batiburrillo de información en mi mente que me atrapa, tejiendo sueños que hacen que me despierte mojada y anhelante. La mayor parte de las veces,

sueños en los que yo busco a alguien. Otras, en los que un desconocido es quien me encuentra. Nunca le veo el rostro, pero tiene que ser él. ¿Quién más si no?

Publicado por A.L. en 11.15

Etiquetas: Te contaré todos mis secretos

* * *

Por fin son las seis y todo el mundo se ha marchado.

Se acabó...

Mi historia en Catatur habrá finalizado en unos minutos, en cuanto recoja mis cosas y abandone la oficina.

No hubo fiesta de despedida, ni llantos ni buenos deseos de futuro. Un día más, tan normal como el resto para ellos, pero no para mí. Este cambio es una ráfaga de aire fresco que necesitaba. Me encuentro a escasos pasos de comenzar mi nueva vida. Exactamente los que me separan de la puerta de salida.

Cierro el grifo tras enjuagarme las manos, con la vista pegada a la imagen de ejecutiva que me devuelve el espejo, tras la que se oculta el corpiño que accedí a ponerme para complacer a Diego. Su delicado tejido se ajusta a mi cuerpo bajo la blusa, dibujando un escote de vértigo que realza de modo sugerente mi pecho, y que pareció interesarle mucho más al cliente durante la reunión que las conclusiones a las que había llegado tras la que ha sido mi última investigación en esta empresa, lo cual, lejos de halagarme, me molestó sobremanera.

Cuando Diego me *sugirió* que me lo pusiera, la promesa de placer implícita en su petición hizo que no pudiera negarme. Pero, después de no recibir un solo mensaje suyo desde esta mañana, me arrepiento de haber permanecido embutida en el corsé, incómoda durante horas, para que otro acabe disfrutándolo en el contexto equivocado. Estoy deseando llegar a casa para quitármelo y borrar la insatisfacción que me produce haberlo estrenado para nada.

No debería haberle hecho caso.

Intento no pensar demasiado en ello, pero fracaso de un modo estrepitoso. Su actitud desconcertante me pone de mal humor y me provoca un malestar difícil de ignorar. No entiendo por qué juega conmigo. En lugar de insistir repetidamente en todo lo que no desea, debería ser claro y decirme de una vez

qué puñetas quiere de mí. Así, por lo menos, me ahorraría momentos como este, en los que me encuentro ridícula y frustrada... desilusionada.

Seguro que Paula me diría que no tengo derecho a sentirme así, pero no puedo evitarlo. La mañana se me ha hecho eterna ansiando tener noticias tuyas, conteniendo el deseo de escribirle, más por orgullo que por falta de ganas. Nunca me había pasado esto con nadie. Es exasperante; me sume en un estado de incertidumbre que no es normal, y las dudas me martillean de nuevo, aumentando mi sensación de impotencia.

Mientras me seco las manos en la toalla, mi móvil comienza a castañetear sobre la repisa del lavabo, provocando que mi corazón pegue un brinco con el sonido de llegada de un *whatsapp*.

Consigo desbloquearlo a la segunda, nerviosa, pero la frágil esperanza de que sea Diego se desvanece en cuanto compruebo que es Paula quien me reclama, achuchándome para que me dé prisa; se ha pasado el día preocupada por mí y por el reencuentro con mi padre, y no la culpo, yo también estoy inquieta en una jornada que ha comenzado con demasiada intensidad y que presagiaba que iba a desarrollarse de un modo distinto.

Me niego a seguir malgastando mi energía en tratar de entender este nuevo desplante. Mi prioridad en este momento es llegar pronto a casa para liberar mi cuerpo de la prisión del corsé y prepararme para lo que todavía me espera esta noche.

Al salir del baño, me sorprende al encontrarme la oficina sumida en la oscuridad más absoluta. El contratiempo incrementa mi fastidio, pero ayuda a que Diego pase de un plumazo a un segundo plano y centra toda mi atención en la necesidad de recuperar la electricidad. Lo último que deseo es retrasarme más de lo imprescindible, dando explicaciones del incidente a mi ya exjefa.

Recorro a tientas la distancia que me separa del cuadro eléctrico, sorteando los obstáculos que encuentro a mi paso y alcanzo la caja, que me aguarda con la puerta abierta. El corazón se me acelera ante el descubrimiento, presa de un mal presagio. Permanezco en alerta. Noto el ímpetu del pulso bombeando en las sienes, en el cuello, en las muñecas. Un cosquilleo frío de terror me recorre la columna cuando escucho pisadas detrás de mí, segundos antes de que alguien me aferre por la espalda y me tape la boca.

Me revuelvo como una culebra y dejo escapar gritos ahogados que se pierden en la palma de su mano. Forcejeo, pataleo desesperada, pero carezco de la fuerza necesaria para liberarme, y mi asaltante ni se inmuta,

manteniéndome inmovilizada sin ningún esfuerzo.

Lo piso con todas mis fuerzas, más furiosa que asustada, y echo a correr hacia la salida, pero me agarra del pelo, haciendo que me detenga en seco. Rabiosa, me giro sobre mí misma y lo embisto con la cabeza como un toro, hasta hacerlo chocar contra la pared, obligándolo a que me suelte.

El corazón me late a toda velocidad. Sudo por todos los poros. Tengo la boca seca.

Antes de que pueda dar un paso, atrapa mi antebrazo y tira de mí con violencia, haciéndome retroceder.

Grito pidiendo socorro.

Grito con toda mi alma, me duele la garganta, pero soy consciente de que nadie vendrá en mi ayuda. De que solo somos él y yo.

Me zafo de su mano con una sacudida y le doy un puñetazo que parece hacerle cosquillas. Él es fuerte, pero yo soy más rápida. Cada vez que trata de agarrarme, me libero y le arreo, lo arañó, lo muerdo. Aunque mis golpes solo hacen reír a mi agresor, provocando que su arrogancia incremente el coraje que necesito para no flaquear y seguir enfrentándolo.

Metó el pie entre los dos y consigo apartarlo de un empujón, haciéndolo perder el equilibrio, pero el desconocido me arrastra en la caída y rodamos por el suelo mientras oigo su respiración entrecortada en esta lucha cuerpo a cuerpo.

Jadeo como un animal y empiezo a encontrarme muy cansada. El tipo aprovecha mi guardia baja y se sienta a horcajadas sobre mí, apresando mis brazos entre sus piernas. Intento pegarle un rodillazo, cada vez más colérica y desquiciada. Quiero golpearlo, pero no puedo moverme.

Me siento vulnerable e indefensa.

Mi atacante se mantiene callado. El extraño es tan solo una silueta de claroscuros que no me permite descubrirlo del todo. Mis ojos escudriñan sus rasgos imprecisos y desdibujados por la penumbra, incapaz de vislumbrar nada más allá de un cuerpo atlético y fibroso. Aparte de eso, sería incapaz de identificarlo en una rueda de reconocimiento.

«¡Mierda!», reparo en mi error.

Cierro los ojos con fuerza con el corazón a mil. Si piensa que puedo identificarlo, estoy perdida.

Se suponía que hoy iba a ser *mi último día* en esta empresa, no en este mundo... ¿Voy a morir?

—Te prometo que no te he visto la cara —me apresuro a confesar,

presionando los párpados con fuerza—. De verdad. Está demasiado oscuro. No podría reconocerte ni aunque mañana te sientes a mi lado en el metro...

—*Chist*. —El desconocido me deja muda de golpe cuando siento su aliento cálido, rozando apenas el lóbulo de mi oreja.

Trago saliva, pensando en un modo de alcanzar la puerta, pero no tengo ninguna posibilidad.

No añade nada más y se limita a observar mis reacciones. Puedo notar la intensidad de su mirada recorriéndome, atravesándome la piel, haciéndome sentir frágil.

Se apea de mi cintura pausado, turbadoramente tranquilo, y me obliga a levantarme, quedando frente a mí y dejándome totalmente descolocada con sus movimientos.

—Aquí no guardamos dinero, pero yo llevo veinte euros en mi bolso. Está por ahí, encima de una mesa... Cógelo... Llévate lo que quieras. Un ordenador, lo que sea... A mí no me importa... Solo deja que me marche, por favor, te lo ruego... —suplico como un cachorrillo asustado, con los párpados todavía apretados.

—*Chist* —susurra de nuevo de un modo perturbador, dejando resbalar su índice por mis labios, recorriendo despacio mi barbilla al encuentro de mi garganta para descender después hasta el nacimiento de mis pechos, donde se detiene al encontrarse con el remate del corpiño, que acaricia con escalofriante interés.

Contengo la respiración ante la intimidad de su contacto, inmóvil como una estatua. El intruso camina hasta colocarse a mi espalda, tan cerca que me tenso bruscamente, cohibida por su proximidad.

Su boca se pega a mi cuello, y me sobresalto horrorizada al notar el grueso bulto de su miembro, enardecido bajo el vaquero, presionándome a la altura de las caderas.

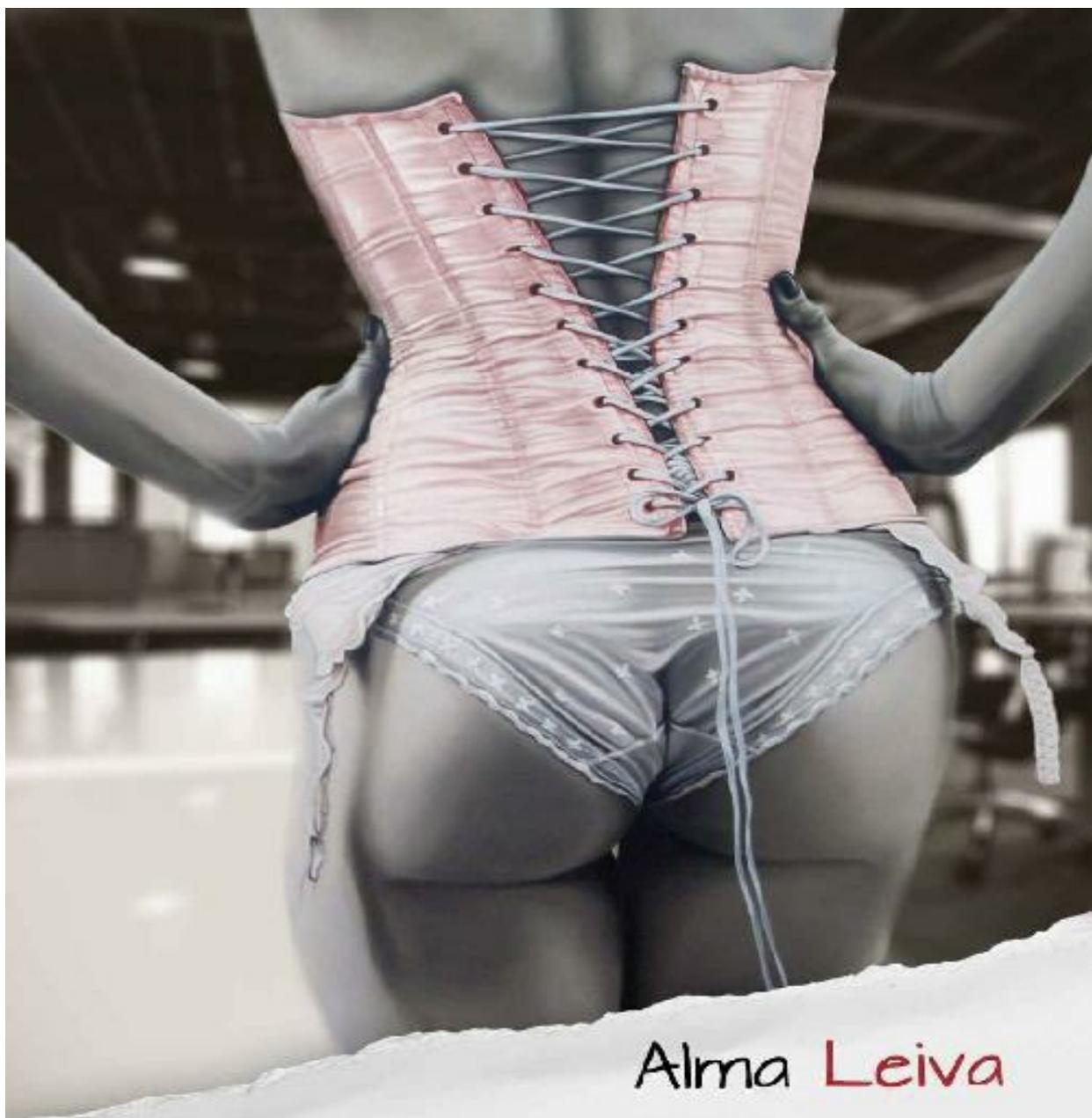
Tiemblo como un flan, presa del pánico, presintiendo sus intenciones.

—Por favor, no me hagas nada... Te juro que seré una tumba... Tú jamás has estado aquí y esto nunca ha pasado... No diré nada... Deja que me vaya, por favor... Por favor... —le imploro desesperada, al borde las lágrimas, ante la idea de que pueda forzarme.

—No voy a hacerte nada que tú no quieras, Alejandra —me corta, pronunciando mi nombre con una cadencia suave y erótica que me acaricia todo el cuerpo.

El corazón me da un vuelco y abro los ojos conmocionada. Todo mi ser se

estremece convertido en pura gelatina. No me puedo creer que esté aquí.
—¿Diego?



Alma Leiva

TE DESNUDARÉ TODOS
MIS MIEDOS

Segunda Parte

TE DESNUDARÉ TODOS MIS MIEDOS

TU CUERPO ES DE QUIEN LO TOCA

Creo que todo lo que flota en mi imaginación se encuentra en usted.
Leopold Von Sacher-Masoch. La Venus de las Piel.

—ALE—

No responde. Puedo sentir su respiración pesada y caliente bañando mi nuca y produciéndome delicados escalofríos que me advierten de que esto es real, de que Diego se ha presentado de improviso en la oficina y no es un producto de mi imaginación.

Mis sentidos se agudizan de golpe, amplificando de un modo insoportable todo lo que hace un instante me provocaba aversión, ahora convertido en algo venerado y codiciado. Su fuerte presencia, su calor, su olor... esa fragancia masculina a lavanda y sándalo que me envuelve como un lazo atrapando mis sentidos.

«¿Cómo no me di cuenta antes?».

Estímulos enloquecedores que se mezclan con los vestigios del miedo que todavía controlan mi cuerpo, tan profundos que durante varios segundos también soy consciente del nudo en mi estómago y de la opresión en mi pecho; de la mente en blanco bloqueada por una explosión de sensaciones que me desborda sin saber qué hacer o cómo debería sentirme.

Diego permanece pegado a mi espalda, trastornándose con un silencio que no delata emoción alguna, lejano e inalcanzable, mientras yo deseo con todas mis fuerzas el consuelo de un abrazo que no llega.

No puedo culparlo por no comportarse como deseo. No puedo reaccionar como si fuera alguien en su vida y tuviéramos algo. Al fin y al cabo, ¿qué somos? No soy quién para reclamar... ¿qué, exactamente? ¿Una mísera muestra de afecto? ¿Algo de sensibilidad tras haberme llevado al límite?

Quizás sea ridículo y no tenga derecho... pero soy humana y me siento estafada. Este no es el encuentro que yo había imaginado.

Dolida por su frialdad, me doy la vuelta para dirigirme hacia el cuadro de luces, decidida a terminar con la agonía que me provoca este juego, pero me detiene cogiéndome del codo.

Me suelto con un tirón brusco y consigo dar dos pasos antes de que me agarre de nuevo por la cintura y, con un movimiento rápido y certero, me aprisione contra la pared, presionando con firmeza su abdomen contra el mío para impedir que me mueva. Siento la urgencia asfixiante de apartarme de él... el calor abrasador de su contacto. El corazón retumba en mis oídos y noto que me falta el aire. Aprieto los dientes y forcejeo con violencia, como un caballo que intenta liberarse de las riendas.

Y entonces ocurre.

¡¡Boom!!

La sangre embravecida recorre mis venas y soy invadida por una furia instantánea que me hace perder los nervios. Las palabras comienzan a brotar en mis labios, liberando la tensión acumulada. Le grito, fuera de mí, sobrepasada por una realidad que me está haciendo daño y por el hecho de que, ahora mismo, esté aquí divirtiéndose a mi costa sin importarle cómo me siento, mientras yo solo deseo que entienda que me ahogo, que quiero que me vea cuando me mira, aunque solo sea por una vez.

—¡¡Suéltame, maldita sea!! ¡¿Para esto querías que me pusiera el corpiño?! —estallo con la voz ahogada de rabia, aferrándome a mi ira para no romper a llorar—. ¿Te has vuelto loco o qué te pasa? ¡Todavía me tiemblan las piernas! ¿Asaltarme en la oscuridad es lo que tú interpretas como un *encuentro real*? ¡Eres un condenado capullo! ¡Con mayúsculas! Un café, Diego, un rato de conversación viéndote la puñetera cara. ¡Maldita sea, algo normal! ¿Es mucho pedir? Pero nooooo, el *Señor* tenía que bajar del Olimpo de los dioses y presentarse en mi trabajo dispuesto a que caiga fulminada por un ataque al corazón. ¿Para qué comportarse como el resto de los mortales si eres el *puto Amo*? —jadeo exaltada, tragándome el nudo que atenaza mi garganta.

Esperaba encontrarme mejor tras explotar, pero no es así. Me siento incompleta, vacía. Haber salido del WhatsApp no cambia nada; en este instante, me doy cuenta de que la sensación de frustración jamás desaparecerá. Siempre voy a necesitar más de lo que me entregue, ahora o en cualquier otro momento; nunca será suficiente.

—Ten cuidado con lo que dices, Alejandra —me sermonea con una calma peligrosa, cerniéndose sobre mí—. Todavía puedo desaparecer y dejarte aquí sola.

La autoridad en sus palabras es intimidante; su amenaza provoca que me yerga, segundos antes de que el temor de que cumpla su advertencia se evapore, para ser dominada por el resentimiento y la necesidad de desquitarme.

—¿Que tenga cuidado?! —lo encaro, montada en cólera—. ¿Estás hablando en serio?! ¿Sabes cómo me siento ahora mismo? ¡¡Pensaba que ibas a violarme!! —le increpo al borde de la taquicardia—. ¿Por qué no puedes entenderlo?

Diego continúa arrinconándome con sus caderas, como si creyera que pienso escapar si me suelta. De pronto, tengo frío y observo impotente como el llanto humedece mi rostro. Inspiro hondo y exhalo el aire despacio, tratando de serenarme. Su pulgar roza mi pómulo, enjugando las lágrimas que surcan mis mejillas en una caricia tan lenta y suave que entrecierro los ojos sin proponérmelo, sintiendo como mi respiración se sosiega. Su contacto es tan maravilloso como doloroso y, por unos deliciosos segundos, el mundo deja de girar. Busco sus ojos con los míos todavía empañados y advierto el brillo salvaje en ellos, aunque el velo de oscuridad que envuelve su rostro me impida distinguirlos.

—¿No te alegras de verme? —susurra a mi oído, y siento su delicioso perfume.

—¿Verte? —suelto una risa atónita—. ¡No te veo, Diego! Sigues jugando conmigo.

—¿Eso crees que hago?

Su sonrisa ancha e insolente se funde en mi cuello, y el roce lascivo de su lengua me hace delirar; un gemido entrecortado brota de mis labios, mitad deseo, mitad ira. El calor de su boca traspasa la carne y se extiende por todo mi cuerpo... debilitándome.

—¿Quieres escucharme? Estamos hablando. —Me resisto a duras penas, presa de un oscuro hechizo.

—Hablas demasiado. —Su voz destila mordacidad y su actitud chulesca me enciende igual que una descarga, perdiendo de nuevo el control.

Le empujo el pecho para apartarlo de mí, pero Diego atrapa mis muñecas y comienza a señalar un sendero de besos sobre mi hombro que me conduce directamente a la sala VIP del infierno. Besos cortos y húmedos que

envían una sensación eléctrica y apremiante a mi sexo. La suave presión de su boca es puro éxtasis. Siento fiebre en la piel.

—¡Juegas sucio! ¿Por qué haces esto? —Me revuelvo como una fiera para soltarme, cada vez más furiosa y excitada.

Quiero golpearlo y que me folle salvajemente hasta deshacerme en sus manos. Todo al mismo tiempo. Algo sexual y primitivo me enajena y no me deja pensar con claridad.

—¿Esto? ¿Qué? —Me mordisquea de forma obscena, encantado de cómo mi cuerpo responde espontáneo a sus caricias.

—¡Suéltame de una vez! ¡Déjame en paz! ¡No te atrevas a tocarme! —exploto desquiciada, intoxicada por él.

Por una vez, Diego me hace caso y me libera, con la arrogancia del que sabe que acabará regresando en busca de esa parte que ahora me autocensuro y que ha dejado escrita en mi piel con puntos suspensivos.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Estás segura de que es lo que deseas? —musita amenazador, lo bastante cerca como para dejarme aturdida y sin aire—. Cada centímetro de tu cuerpo quiere estar conmigo.

—¡Sí! —miento rabiosa, tratando de camuflar bajo el rencor la mentira que trepa por mi garganta.

—Bien. —Se separa abruptamente de mí, deshaciendo el efecto hipnótico de su cercanía.

Quiero gritarle, pero el vacío que experimento cuando se aleja derrumba todas mis defensas y me hace sentir desamparada y vulnerable.

Debería escapar antes de que la necesidad de él me consuma por completo. Observo la salida a lo lejos, pero mis pies permanecen pegados al suelo. ¿Cómo podría huir de mí misma? Del ansia de aceptar aquello que ha venido a ofrecerme con su presencia. Mi voluntad siempre será devastada por el sentimiento de anhelo que me invade el pecho tratando de alcanzarlo. Y él lo sabe. Suspiro, derrotada.

—No... No es lo que deseo —me retracto al segundo siguiente, enteramente sometida al poder que tiene sobre mí; el pulso me late frenético. Me siento como una tonta—. Permite que encienda la luz. Deja que te vea —le ruego, sin fuerzas.

—Cuando sea el momento, me verás. Cuando me lo supliques casi llorando de las ganas y sienta que te duele, que no puedes aguantar más, entonces te concederé lo que tanto anhelas. Va a parecerse un sueño hecho realidad... —Su voz masculina y envolvente me hace entrar en trance—.

Ríndete a mí. Ese es tu poder... No lo estropees o no me dejarás muchas opciones.

—Ya lo hago, Diego —protesto en voz baja.

—No, no lo haces. Si lo hicieras, dejarías de resistirte —desdeña mi confesión acercándose de nuevo—. Obedéceme. Demuéstrame cuánto lo ansías —exige con su boca pegada a mi rostro, acariciando mis labios con su aliento—. Deja que tu mente se abra; aguarda a que el anhelo de entregarte acuda a ti y se eleve a la superficie, rebasando las llamas.

Diego me observa sin decir nada más, y su silencio, cargado de deseo, incrementa el mío. Sé que nos encontramos en medio de la calma que precede a una tempestad de sudor y piel, y me mantengo inmóvil y expectante, a la espera de la señal.

Me estremezco con el tacto repentino de sus dedos cuando comienza a desabrochar mi blusa, gozando con mis reacciones. Sus manos recorren sin prisa el sendero descendente hasta que llega al último botón y la hace resbalar por mis hombros, dejando al descubierto el corpiño que estrené para él. Siento sus ojos quemándome la piel y soy incapaz de ocultar la sensación de que me estoy mareando por el cúmulo de emociones intensas que me provoca.

Sin previo aviso, se pega a mi espalda y comenzamos a caminar hasta detenernos en algún lugar al fondo de la oficina.

—Gírate —indica.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto a escasos centímetros de él.

—¿Cuándo fue tu último orgasmo? —responde, hambriento de mi intimidad, al tiempo que desliza el índice por el escote, siguiendo la línea del corsé.

—Esta mañana, en mi cama. —Apenas consigo pronunciar con la voz entrecortada cuando libera mis pechos, tras aflojar el corpiño, permitiendo que asomen, redondeados y turgentes por encima del borde de la prenda—. Minutos antes de que me escribieras estaba inmersa en una fantasía... —Mis mejillas se sonrojan ligeramente, expuesta y parcialmente desnuda ante su mirada por primera vez.

—¿Qué fantasía? —atisbo la curiosidad en su tono que, de inmediato, se transforma en exigencia—. Quiero saber cómo fue.

—Apenas recuerdo fragmentos sueltos. Hace ya un tiempo que estoy teniendo sueños en los que cambian los escenarios, pero que tienen un denominador común: todavía no he conseguido verle el rostro al protagonista... como a ti. Podrías ser tú... No lo sé.

—¿Podría? —se jacta con ironía, rodeándome para situarse detrás de mí—. Así que tus sueños no me pertenecen.

—Ni siquiera yo soy dueña de ellos. Cuando lo soy, sé muy bien quién consigue humedecerme.

—Describeme uno de esos entonces. Lo quiero —insiste.

Al ver que me mantengo vacilante, añade.

—Vamos a hacer una cosa. Tú me das algo, yo te doy algo. Cuéntame eso que te pone cachonda y, a cambio de cada retazo de tu intimidad, te concederé cinco segundos en los que podrás acariciarte. Si lo que dices me gusta especialmente, te daré diez y seré yo quien te guíe con mis manos...

—¿Vas a correrme conmigo? —inquiero mitad ruego, mitad reivindicación.

Diego sisea, y en su tono detecto cierta aspereza que me advierte de que no está complacido con mi réplica.

—Esa no es la respuesta adecuada. ¿Quieres seguir?

—Sí, quiero... Por favor —añado para suavizar la exigencia implícita en mi demanda de hace segundos.

Puedo sentir su sonrisa satisfecha, aunque no pueda verla. Su respiración cada vez más suave y profunda delata su impulso dominante de someterme.

—Quítate la falda.

Obedezco. Mis dedos buscan la cremallera, y la prenda se escurre hasta mis pies, descubriendo a su paso las medias altas y unas preciosas bragas semitransparentes con un ribeteado de encaje a juego con el corpiño.

—Empieza. Explícame tu fantasía y, esta vez, imagina que soy yo.

«No me hace falta imaginarlo... siempre eres tú, Diego», me digo a mí misma resignada.

—Nos encontramos en un pabellón deportivo. Faltan unos minutos para que dé comienzo un partido de baloncesto. Estoy sentada en las gradas y tú estás dando instrucciones a tu equipo en la cancha. Me envías un mensaje antes de comenzar: quieres que me dé placer para ti.

—Mmmm. Interesante.

Diego cubre mis pechos con mis manos bajo las tuyas, y me incita a masajearlos, frotando y apretando los rosados pezones hasta dejarlos sensibles y puntiagudos. Daría igual qué parte de mi cuerpo acariciase porque mi atención se concentra en su tacto rozando el dorso de cada una de ellas, que hace que me hormiguee la piel. Al retirarse sin contemplaciones, el deseo

demencial de que sea él quien me toque, y no yo, es insoportable.

—Solo diez segundos. No hagas trampa —me advierte.

—Diez segundos solo dan para una caricia corta —protesto codiciosa, imbuida por una profunda sensación de mono cuando su calor empieza a desaparecer del dorso de mis manos.

—Exacto. Sigue —ordena con voz ronca.

—La idea de masturbarme para ti hace que moje mis bragas. Te escribo contándote lo que voy a hacer y lo excitada que me encuentro. El móvil no cesa de vibrar en tus pantalones, pero no puedes leer porque ha comenzado el partido. Solo sabes que a pocos metros de distancia tengo las piernas ligeramente separadas y la mano acariciando mi sexo con gente a mi alrededor, tapada con una chaqueta.

En cuanto dejo de hablar, me conduce por un recorrido descendente, siguiendo la curva de los senos y repasando mi silueta hasta alcanzar el límite del corpiño. Mi sexo sufre una fuerte sacudida, presa de la anticipación. Me retuerzo contra su cuerpo duro y me arqueo, rogándole en silencio que no se detenga. Pero él se desvía hacia la zona interna de mis muslos antes de alejarse de nuevo, atormentándome y acrecentando el ansia. Cierro los ojos y aprieto los dientes.

—¿Te gusta mi fantasía? —pregunto, frustrada por la huella invisible de las esposas que me privan de poder tocarlo.

Diego se pega a mis piernas y frota su abultada erección contra mis nalgas.

—¿Contesta esto a tu pregunta?

Logro asentir, jadeante. Está empalmado, y comprobarlo me calienta aún más si cabe, como el más potente de los afrodisíacos, si es que, a estas alturas, eso es posible.

—Entonces, continúa. Recuerda que me estás poniendo duro y que tan solo tienes libertad algunos segundos...

Sus palabras me espolean, y acudo al encuentro del placer que me proporciona saber que su anhelo es el mío.

—Mis dedos resbalan con suavidad por los labios húmedos mientras te observo dirigir a tu equipo. Acaricio mi clítoris despacio; lo rodeo empapándolo con mis fluidos y lo excito con movimientos circulares, notando como crece, como se hincha. Mi sexo se contrae, la pelvis me busca y yo la aprieto tratando de calmar su sed. Tú sientes mi mirada, te giras y nuestros ojos se encuentran fulgentes de deseo.

Silencio.

Noto vuestras manos en mi abdomen; la caricia premonitoria sobre la piel imitando el sendero dibujado en mi fantasía. Comienzo a respirar con dificultad cuando soy consciente de cómo se abre camino bajo la ropa interior en busca de la carne resbaladiza de mi sexo; haciéndome delirar con el leve y fugaz roce de la yema de sus dedos. Un cosquilleo nervioso me recorre el estómago como si estuviese lleno de mariposas incendiarias, anhelando con todo mi ser consumirme en este fuego que me abrasa hasta quedar reducida a cenizas.

—No te detengas —exige en mi oído, lascivo.

—Deseo que se acumula... Los pensamientos, impregnados de lujuria, empiezan a no dejar espacio para nada más. Masajeo mi clítoris hinchado, abandonándome al placer que me prodigan mis caricias. El ansia entre mis muslos no deja de aumentar y enloquezco por que sean tus manos las que entren en mis bragas y busquen la entrada empapada. Me encantaría dártelo en la boca. Me muerdo el labio e intento sin éxito contener un gemido que es amortiguado por la música de fondo.

Una corriente de electricidad sacude mi cuerpo de arriba abajo cuando Diego entierra sus dientes en mi cuello y comienza a succionar la delicada piel, provocándome pequeñas descargas de dolor y goce intenso mientras la sangre se agolpa bajo sus labios.

—A partir de ahora, tendrás diez segundos que podrían convertirse en veinte si me complaces especialmente. ¿Los quieres? —pregunta perversamente tentador.

—Sí. Quiero llegar al máximo —suspiro en éxtasis, mojada y tremendamente cachonda.

—Continúa.

—Placer y deseo demencial. Todo alrededor ha dejado de existir; la cancha entera desaparece y ya no soy consciente de la gente que me rodea. Solo somos tú y yo, unidos por la línea imaginaria de nuestro juego y el deseo que nos consume a ambos. Los dedos hunden mi clítoris palpitante y comienzo a frotarlo cada vez más rápido. Lo rodeo y acaricio, centrándome en la deliciosa sensación que se irradia desde mi vientre en todas direcciones, sacudiendo mi cuerpo de una forma casi brutal por un orgasmo que tú intuyes porque te giras y, en ese instante, clavas tu mirada para hacerlo tuyo. Para sentirlo porque lo tuve para ti.

De improviso, regresa al frente y avanza, obligándome a retroceder

hasta chocar contra uno de los escritorios. De sus gestos emana una emoción desbocada y perturbadora. Tira lo que hay encima de la mesa y me empuja con suavidad para quedar sentada al borde del tablero con la espalda recostada sobre la fría superficie.

—Voy a hacerte enloquecer hasta que lo único en que puedas pensar sea que no deje de follarte —me habla en mi cuello. Su voz suena ahogada y grave. Su torso irradia un calor lujurioso a través de la ropa.

Posa sus manos en mis tobillos y me recorre, acariciando con apetito cada milímetro hasta alcanzar la delicada lencería. Siento que voy a perder la cabeza cuando la engancha por ambos lados y la arrastra por las caderas como si estuviera dando las últimas pinceladas a un cuadro íntimo y voluptuoso, evocando la imagen vestida solo con medias y corpiño que aquel día esbozó en el probador de Intimissimi.

—Estás muy mojada —sentencia lleno de satisfacción mientras rodea con sus dedos la trémula entrada—. Podría follarte toda la noche hasta hacerte perder el conocimiento —susurra más flojo, provocándome deliciosos escalofríos por dentro de los muslos. Mi entrepierna se contrae y se muere por que cumpla su advertencia.

—Hazlo.

Diego me eleva, clavando sus dedos en mis nalgas, y apoya las piernas sobre sus hombros. Sus labios esbozan una suave sonrisa pegados a mi sexo, echándome su tibio aliento en la carne inflamada. Me revuelvo al primer toque por la sensible hendidura; un beso leve, transformado de inmediato en estudiados y estimulantes lengüetazos que me precipitan por un abismo de placer sin fin.

Sabe lo que hace. Juguetea con ese delicado nudo de nervios; lo succiona de forma lenta y perezosa para después lamer con avaricia el sedoso fluido de mi deseo, cálido y dulce; excitándose con cada una de las respuestas que absorbe de mi cuerpo; viendo como me retuerzo con furia contra su boca rogándole que no se detenga, urgiéndolo a ir más rápido, a penetrarme salvaje y hondo. Lo hace. Mordisquea con suavidad los labios hinchados. Abre mi sexo con su lengua y me folla con deliciosas zambullidas superficiales; hurgando sin piedad en mis pliegues, acelerándose sin tregua. Pero en cuanto percibe que mi cuerpo se aprieta y se prepara para la sacudida de placer, rompe el ritmo de sus arremetidas, para dejarme justo al límite del éxtasis absoluto y volviéndome loca.

—Diego... —Mi inspiración ruidosa y enrabieta muda en un sensual

resuello al pronunciar su nombre.

Levanta la cabeza, calibrándome, y abro más los ojos en un vano esfuerzo por vislumbrar su rostro, oculto bajo las sombras.

—Despacio. No tengas prisa —me aplaca con tono imperioso, haciendo caso omiso de mis gemidos de protesta, que se expanden por la estancia, silenciando el apenas imperceptible rumor de la calle, que se escucha de fondo—. ¿Qué quieres, Alejandra? —murmura entre dientes sin dejar de torturar mi clítoris con la presión y el ritmo perfectos—. Pídemelo. Te prometo que te lo concederé.

—Te lo ruego, Diego. —imploro como una mendiga—. Haz que me corra... por favor.

Su respiración cambia al escuchar mi tono suplicante. No tarda ni un segundo en depositarme sobre el escritorio y enterrar un par de dedos en mi interior en una única y feroz acometida. Gimo, venerando su ofrenda, separando más las piernas para recibirlo, dilatándome y mojando mi sexo, receptivo y vulnerable a su glotonería voraz.

—Déjame oírte, Alejandra. Quiero escuchar cada uno de los sonidos que haces mientras te deshaces. Te quiero perdida —masculla entre resuellos, incrementando el ritmo de sus movimientos hasta tornarse frenéticos. Adentro y afuera, exigente e implacable, Diego exprime el placer de mi cuerpo con sus manos expertas, para satisfacer su propio deseo.

Todo mi mundo se reduce al lugar donde frota firmemente mi punto G, atacándolo una y otra vez, decidido a hacerme perder el control; el calor abrasa mi espalda y mi cuerpo palpita con los primeros espasmos del clímax.

—Córrete, Alejandra. Tienes libertad. Córrete ahora para mí —ordena con sensualidad, al tiempo que me abandono a una explosión de gozo que fluye directamente de la parte más oscura e íntima de mi ser—. Así, Alejandra... Dame lo que quiero... Entrégate a mí.

—Diego... —jadeo, transida de deseo, sintiendo como crece de un modo irracional esa parte de mí misma que lo quiere todo de él y que hará cuanto me pida.

Gruñe lamiendo mi estremecimiento, tan ávido de mi placer que hunde un tercer dedo y se ensaña con ellos antes de que me dé tiempo a relajarme. Los músculos de mi sexo se estrechan en torno a él mientras me embiste sin piedad, cada vez con más fuerza, cada vez más profundo, cada vez más veloz...

—Sigue... Alejandra... Así... Dámelo húmedo, como a mí me gusta.

Córrete en mi lengua...

Cuando percibe los primeros zumbidos abriéndose paso bajo la maestría de su mano, cubre mi clitoris con sus labios y lo succiona con tanta vehemencia que me lanza a otro orgasmo devastador antes de que el primero se aplaque del todo. Con una brusca convulsión de las caderas, estallo por segunda vez. Mi placer inunda su boca mientras grito, aferrándome con fuerza al borde del tablero, temblando y sudorosa.

Diego aparta sus dedos empapados y traza una línea húmeda por la cara interna de mis muslos, donde deja que descansen. Mis pechos rebosantes por el borde del corpiño suben y bajan con cada suspiro, y me noto la garganta seca de tanto gemir. Lo observo con los ojos cegados por la oscuridad, con mi cuerpo laxo y flexible descansando sobre el escritorio, sus manos todavía rozando mi sexo, sus caderas arropadas entre mis piernas; la ilusión de que el distanciamiento entre nosotros está desapareciendo.

Me incorporo, ardiendo de deseo a su alrededor, y me inclino buscando sus labios, pero Diego me detiene, tomándome por los hombros, y se aparta de mí, alzando de improviso un muro entre ambos. Su reacción tiene el efecto de una fusta azotando mi espalda; un aviso de que tengo delante al Amo y no a Diego, y no me está permitido llevar la iniciativa en mis encuentros con él.

No puedo verlo...

No puedo besarlo...

No puedo tocarlo...

Sin que él me lo pida.

Mi cuerpo responde inquieto a su dictadura. A medida que la distancia entre nosotros se agranda, el síndrome de abstinencia y una peligrosa ausencia de cordura me advierten de que, en este momento, mi voluntad está anulada como la de una yonki enganchada, dispuesta a pagar el precio por sentirlo y que me recorra las venas, aunque solo sea una ínfima parte de sí mismo.

—Por favor, Diego... —La voz me tiembla al hablar; trago saliva, luchando para reprimir mis impulsos—. No puedes pretender que me rinda a ti si me mantienes alejada.

—Tienes que aprender a esperar —responde, renuente.

—Llevo meses esperando... —me quejo, imbuida por una tristeza infinita. La sangre, espesa y caliente, me quema por los seis meses de anhelo—. Haces que parezca que soy incapaz de complacerte. Necesito acariciarte, que te corras conmigo... Por favor.

—¿Es lo que quieres?

—Tanto que me duele.

Diego tarda una eternidad en pronunciarse. Mi corazón late desenfrenado y noto que me ahogo, aguardando su decisión.

—Bien... —pronuncia al fin—. Haz lo que deseas.

La oleada de emoción que siento a continuación me embiste como la primera bocanada de oxígeno al emerger a la superficie tras minutos de angustia atrapado en el fondo del mar; una combinación poderosa de cautela, euforia y ansia.

Me apeo del escritorio y me coloco frente a él como si fuera la ganadora de uno de los billetes dorados para visitar la Fábrica de Chocolate a la que, después de tanto tiempo imaginando con gula los deliciosos manjares inalcanzables al otro lado, de pronto, le abren las puertas del paraíso y no sabe por dónde empezar a satisfacer su apetito.

Mis manos tienen vida propia y se introducen por debajo del suéter, directas a su abdomen. La suavidad de su piel calma por un instante el hambre de sentir su calidez bajo las palmas. Gimo de placer por el simple contacto. Lo acaricio casi con reverencia, muy lento, memorizando cada centímetro con los dedos y ampliando el radio en cada pasada en un roce tan sensual como anhelado. Él se tensa un poco e inspira con fuerza, como si estuviera conteniéndose. Cuando comienzo a ascender en dirección a su pecho, me sobresalta apresando mi muñeca y llevando mi mano a la bragueta, sobre su pene hinchado y duro.

—Arrodíllate —pronuncia autoritario.

Solo vacilo un segundo antes de moverme.

Su reacción, brusca e inesperada, me habría parecido humillante de no ser por la importancia que sé que tiene permitir este acercamiento. Acepto sus reglas. La mera idea de presenciar su orgasmo me pone tan cachonda que haría cualquier cosa que me pidiera con tal de verlo perder el control.

Me deslizo hasta el suelo como un flan. Con manos temblorosas, bajo la cremallera de su pantalón y libero su maravillosa erección, larga y gruesa, que vibra apuntándome apetitosa; sus testículos llenos y apretados se pegan al cuerpo revelando su excitación.

Él me observa desde arriba, apoyado en el borde de la mesa, atento a mis movimientos. Atrapa su miembro, lo acerca a mi rostro y pasa el extremo por mis labios, dejando un rastro de humedad a su paso. Me relamo cuando envuelvo la base con mis dedos y lo exploro con mi lengua, recorriendo

despacio las venas que sobresalen, arriba y abajo. De su boca salen débiles gemidos de placer cada vez que alcanzo el glande y me recreo en la parte más sensible de su virilidad.

Engullo la vara de carne sólida y ardiente hasta la campanilla y la como con dedicación y ansia, torturándolo con la lengua, con los dientes. Diego comienza a perderse y entierra las manos en mi pelo mientras lo succiono y aprieto con las mejillas, reclamando todo su placer como mío por derecho propio.

El vértigo de sentirlo en toda su plenitud enloquece mis sentidos; el olor y el sabor de su piel salada y firme en mis labios, la sensación de carnosidad y humedad de su sexo, su pulso palpitando en el interior de mi boca, las pequeñas contracciones en cada succión y al contacto con mi lengua, o los sonidos sibilantes que emite al soltar el aliento con los dientes apretados, que son música para mis oídos.

Diego se muestra sincero en sus reacciones, concediéndonos un instante en el que la sensación de intimidad es intensa y abrumadora. Escucharlo jadear es algo hipnótico, tan increíblemente erótico y adictivo que su excitación me llena de poder y aprieto mis muslos cada vez más mojada, dolorosamente consciente de cómo muero de deseo por que se entierre en mi interior.

—Alejandra —gruñe mi nombre con los músculos de su estómago contraídos, al tiempo que sujeta mi cabeza con las manos y bambolea las caderas ayudando a que su miembro entre y salga de mi boca—. Así... Más fuerte. Estoy a punto —resuella enajenado, a punto de rendirse por completo, acelerando el ritmo y obligándome a aferrarme a sus muslos para recibir sus embestidas.

Segundos antes de romperse en mil pedazos, abandona el cobijo de mis labios; las venas de su cuello se tensan y echa la cabeza hacia atrás para rugir de placer cuando el impulso del primer chorro de semen impregna sus dedos. Diego continúa bombeándose con rapidez, estremeciéndose con cada eyaculación que hace resbalar caliente y líquida por mis pechos desnudos. Un gemido ronco escapa de mis labios, presa de la excitación de presenciarlo exprimir su orgasmo sobre mi piel mientras se abandona por primera vez ante mí.

Nuestros ojos se encuentran a través de la oscuridad mientras trata de recuperar el aliento recostado sobre el escritorio. Por un instante, creo que se va a lanzar sobre mí para rematar la faena, hasta que me doy cuenta de que, en

realidad, soy yo la que se está controlando para no hacerlo.

Su mutismo me pone nerviosa. Pasan unos segundos antes de que se mueva y comience a limpiarse con un pañuelo que saca del bolsillo. A continuación, me ofrece otro y hago lo mismo. Al incorporarme, ha acertado la distancia entre nosotros y tengo su cuerpo pegado al mío.

—Te demostraré que obedecer puede ser muy placentero —pronuncia en voz baja a escasos centímetros de mi boca, tan al límite que, si no me besa, creo que voy a romperme. Trago con dificultad y cierro los ojos, esperando con todas mis fuerzas que lo haga—. Harás lo que yo quiera como yo quiera. —Su mano se acerca a mi rostro y roza mi mejilla en un movimiento suave y fugaz que muere cerca de mi pecho, allí donde mi corazón se estrella con fuerza—. No me importa a quién pertenezcan tus sueños... Tu cuerpo es de quien lo toca, de quien lo enciende... Y tu cuerpo me pertenece —sentencia antes de separarse de mí y dirigirse hacia la entrada, dejando que su última frase, suspendida en el aire, me golpee la conciencia.

Diego desaparece llevándose consigo cualquier esperanza de que, tras un encuentro con él, todo se volviera menos intenso para poder olvidarme de la obsesión que representa.

Su marcha añade un silencio, resonante y perturbador, al sonido del tráfico que se cuela por la puerta abierta. Una especie de jeroglífico mudo, difícil de interpretar, que esconde más de lo que revela, como todo lo que rodea a Diego. La razón empieza a volver lentamente a mí mientras cubro mis pechos y me agacho a recoger las bragas del suelo para vestirme y sentirme menos expuesta y vulnerable.

Miro fijamente la pared oscura, absorta en las sensaciones que emanan de mi cuerpo. Me aterra que esto que ha ocurrido lo cambie todo a partir de ahora y, más aún, que para Diego sea tan ridículamente insignificante que no cambie nada.

Departamento de objetos perdidos

VIERNES, 21 DE OCTUBRE DE 2016

Se fundieron tus caricias en mi piel por no encontrar el camino de vuelta a tus manos y, mientras deambulaban sin rumbo calentando mi cuerpo, su efecto narcótico me advirtió de que me estaba entregando a ti sin poder evitarlo.

Publicado por A.L. en 20.20

Etiquetas: Te contaré todos mis secretos

¡JUNTAS HASTA EL INFINITO!

Siempre he creído que, cuando uno es pequeño, piensa que su padre es un superhéroe y acude a él para que lo proteja de las sombras que se dibujan en la habitación y de los monstruos que se esconden en el armario. Lo malo es que hay casos en que, cuando uno crece, descubre que su padre era precisamente el único fantasma que había en la casa, y que sus superpoderes no sirven para salvarte de los peligros del día a día.

Alejandra Leiva. Monólogo en Conserva.

—ALE—

Paula está sentada en la esquina de mi cama observando como me arreglo para salir a cenar con mi padre mientras yo me muevo por la habitación con la mente en otra parte. Concretamente en la consultoría, evocando una y otra vez las sombras que envolvían el rostro de Diego, como si creyera que aumentando la concentración pudiera distinguir algún rasgo que lo convirtiera en alguien real para mí. Esta tarde pude sentir sus caricias y, sin embargo, él continuaba estando muy lejos.

No tengo ni idea de en qué lugar nos sitúa este encuentro, ni siquiera qué espera de mí o si está dispuesto a entregarme algo a cambio. Pese a que debería sentirme feliz, no consigo ignorar la sensación de inquietud que me invade desde que desapareció por la puerta. Algo que no logro identificar me mantiene en alerta, como si las piezas de ese puzle que es Diego no terminaran de encajar del todo.

Necesito contárselo a Paula, pero mi padre estará aquí de un momento a otro y no es un buen momento para sacar el tema. Hoy se cumplen cinco años desde que nos vimos por primera vez, y me encantaría creer que me ha llamado porque se ha acordado y desea arreglar las cosas en un día especial como el de hoy, aunque sé que no es así. Se le ha escapado que Verónica, su

mujer, pasará unos días en Madrid visitando a una amiga y que no quería cenar solo.

Después de colgar tras aceptar su invitación, me di cuenta de que no me apetecía verlo. Lo supe por la ansiedad que de pronto me embargó y de la que no he podido deshacerme en todo el día; ese nudo retorciéndose en mi estómago que me recordaba a cada momento la incomodidad que me produce la idea de encontrarme con él. Odio sentirme obligada a hacer las cosas, pero era hoy o nunca.

Me pasé mucho tiempo a lo largo de estos meses reproduciendo en mi cabeza nuestras posibles conversaciones, explorando todas las posibilidades, desde la esperanza de un cambio de actitud por su parte hasta la decepción de que todo siga como hasta ahora, inmensa en un bucle agotador y frustrante del que necesitaba salir. Y casi lo había conseguido. Últimamente apenas pensaba en él. Me había acostumbrado al espacio en blanco, aburrida de las mismas frases que jamás se pronunciarían.

Sí, hoy fue diferente. Puede que otras veces bastara con que diera el paso y me llamara tras meses de silencio como si no hubiera pasado nada, pero no en esta ocasión. Me cansé de fingir que no me afectaron sus palabras o que no me dolió su indiferencia.

«Todavía me interesas», es lo único que ha dicho al respecto cuando me llamó el domingo pasado, dando el tema por zanjado. Y yo me he visto en el mismo callejón sin salida en el que me he sentido atrapada todos estos años, entre mi necesidad de no callarme lo que pienso y una maltrecha ilusión por seguir luchando por una causa perdida.

—No te veo muy entusiasmada —afirma mi mejor amiga, preocupada.

—No lo estoy —confirmo sus sospechas mientras me subo la cremallera del vestido *vintage* con hombros al aire y mangas caídas que he escogido para la ocasión—. Quiero aprovechar que estaremos solos para tener una conversación pendiente que llevo mucho tiempo deseando tener con él. Es lo único que me motiva para ponerme tacones esta noche.

—¿Cuánto tiempo ha sido esta vez?

Paula se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y comienza a comerse la uña del índice.

—Seis meses... Ha batido su propio récord —apunto con fingido sarcasmo, buscando uno de mis zapatos.

—¿Te ha pedido perdón? ¿Te ha dado alguna explicación? —inquiere agachándose para mirar debajo de la cama—. Fondo, izquierda —apunta

distraída, para que sepa dónde se encuentra lo que busco.

—¿Acaso lo ha hecho alguna vez? —respondo, arrodillándome para alcanzar el zapato, en un tono de reproche que mi mejor amiga sabe a la perfección que no va dirigido a ella y, aunque no puedo verla desde mi posición, escucho como ella pega un bufido de desaprobación, que yo también tengo claro que no va dirigido a mí—. Mi padre nunca se disculpa por nada, siempre tiene la razón, ya lo sabes. Para él fue un ataque de celos injustificado y jamás le dio crédito a mis palabras.

—Si es que ¿cómo se te ocurre pedirle ayuda al enemigo para darle una sorpresa el día de su cumpleaños? —me sermonea enfadada, al tiempo que me subo a unos zapatos de tacón que solo me pongo cuando salgo con mi padre—. ¿En serio creíste que tu puchero valenciano iba a poder competir con sus «pechugas madrileñas»?

—¡Maldita sea, Paula! Hay que ser una víbora para llevárselo fuera ese fin de semana con la única intención de que yo no pudiera sorprenderlo cocinando su plato favorito —me defiende por inercia, pese a coincidir con ella en que fui una idiota por fiarme de Verónica—. Aunque lo que realmente me dolió fue que mi padre no me creyera. En la vida se me va a olvidar lo que me dijo cuando los llamé porque no aparecían: «Replantéate seriamente tu comportamiento infantil y tus celos infundados porque, si he de escoger entre mi esposa y tú, ten muy claro con quién voy a quedarme». Reproduzco sus palabras imitando el tono gélido con que las pronunció y siento como me siguen escociendo con la misma intensidad que lo hicieron ese día.

—Tu padre no tiene corazón y ella defiende su territorio, no es ninguna novedad. Lo que no entiendo es porque has aceptado su invitación si no quieres ir. No es tu estilo.

—Me pasé semanas deseando que me llamara para hablar de lo sucedido, pero esa llamada nunca tuvo lugar y yo soy de hablar, de enfrentar las cosas. Por eso voy a ir. Para que sepa cómo me siento. No pienso quedarme con nada dentro. Lo necesito. Desde hace tiempo tengo la sensación de que nos hemos estancado y de que esta relación no va a parar a ningún sitio. Estoy agotada y ha llegado el momento de tomar una decisión. Todo dependerá de lo que pase esta noche.

—Dile a todo que sí y pon la mano. —Paula respira hondo y se le dilatan las fosas nasales—. Es uno de los mejores abogados de toda Valencia. Solo con que te deje el pedazo de palacio donde vive en la calle Caballeros, puedes asegurarte la jubilación.

—No necesito ningún palacio —respondo tajante—. Yo ya tengo este piso, que me encanta, que es mío y que me siento orgullosa de estar pagando yo sola sin ayuda de nadie. Es cuestión de principios, Paula. Por mí, como si me deshereda. Si no va a comportarse como un padre, no quiero nada suyo, solo que salga de mi vida y poder olvidarme de él de una vez por todas.

—OK —conviene, irritada por mi tozudez—, pero aunque te empeñes en decir que no, yo sé que esta cuestión te está haciendo daño. ¿Quieres que vaya contigo?

Paula ha empezado a comerse la uña del dedo corazón mientras me observa impotente.

—No soy una niña —le reprocho con ternura—. Esto es entre él y yo.

—Promete que me llamarás cuando termines.

Asiento y le doy un cariñoso beso en la mejilla. Desde que la conozco, siempre ha estado pendiente de mí, metiéndose en mis cosas como una auténtica mamá gallina, picoteándolo todo y tocándome las narices como solo saben hacerlo las amigas de verdad. Sin embargo, de unos años para acá, parece haberse intensificado su instinto maternal, como si pensara que evitando que me hagan daño, no sentiré el vacío que a ella le duele, ese que dejaron dos de las personas que más quería en el mundo, su madre y Mateo. Y, cuando hace eso, me doy cuenta de su fragilidad, de ese miedo a que la abandonen que todavía gobierna su vida y condiciona su modo de relacionarse. Nunca ha querido hablar de ello, porque a Paula le gusta hurgar en mis sentimientos, pero no en los suyos. Así que, mientras ella me hiperprotege, pasándose de parada en más de una ocasión, yo me limito a permanecer a su lado, pendiente de ella, pero respetando ese espacio en el que ha encerrado una parte de sí misma, recordándole que siempre podrá contar conmigo y que estaré ahí para cuando decida que ha llegado el momento de sacarlo todo fuera.

* * *

—*Veintidós años atrás*—

—Papi, ¿te puedo pedir una cosa? —Paula mira a su padre con unos grandes ojos verdes y brillantes.

—Sí, claro, bichito.

—¿Puedes ser el papá de Ale?

Guillermo parpadea y, segundos después, sonrío y la mira con condescendencia.

—Ale ya tiene papá, princesa —responde con cautela, convencido de que eso son cosas de críos.

Mi mejor amiga arruga sus pequeñas y delicadas facciones, aprieta los labios y contempla a su progenitor con mala cara, como si creyera que la está tratando como a una niña. Ella ya no es una niña, por Dios. ¡Tiene seis años! Debería tomársela en serio. Y es que Guillermo parece haber olvidado que para su hija es un superhéroe con superpoderes que puede conseguir lo que se proponga y que debería estar dispuesto a hacer cualquier cosa que ella le pida.

—No, papi, Ale no tiene. El suyo no la quiere —repite la enana con soltura—. Y te he dicho un millón de veces que no soy ninguna princesa —lo corrige profundamente ofendida—. Nosotras somos capitanas de un barco pirata.

—Bueno... jefa de los piratas —se retracta él—, en el caso de Ale, su mamá también hace de papá y cuida de tu amiga tan bien como nosotros cuidamos de ti —le explica con ternura, con la esperanza de que su hija desista.

—Tú no lo entiendes —pronuncia ella, como si estuviera hablando con un niño pequeño—. Quiero que seas el papá de Ale —repite y ahora no lo pide, lo exige—. No tienes que hacer nada más, yo me encargo del resto.

Guillermo traga saliva y mira por el rabillo del ojo a Andrea, que está leyendo un libro a su lado con la antena parabólica puesta; articula un «ayúdame» para que le lea los labios, pero ella sacude la cabeza divertida, consciente del lío en el que está metido. El hombre comienza a sudar mientras observa a su niña en silencio, buscando las palabras apropiadas que lo rescaten de las arenas movedizas donde cayó al principio de lo que parecía una inocente conversación entre padre e hija. Está en juego el título de superhéroe.

—De acuerdo, bolita. Seré el pa...

Y antes de que termine la frase, Paula corre hacia mí y se lanza a abrazarme por el cuello, haciendo que las dos caigamos al suelo.

—¡Vamos a estar siempre juntas... juntas hasta el infinito! —exclama jubilosa—. Te quiero mucho, Ale. Yo cuidaré de ti porque somos las mejores amigas. Nunca dejaré que nadie te haga daño.

* * *

—Tú eres la única verdad que me queda. Nunca me has fallado —le confieso con sinceridad, pegándole en la mano para que deje de comerse las uñas.

—No, Ale, no. La única verdad que te queda eres tú misma. Yo también puedo fallarte. Soy egoísta. Si en un momento dado tengo que escoger entre tú y yo, me elegiré a mí misma —afirma, evitando mirarme a los ojos.

Me siento a su lado en la cama y la observo en silencio, sabiendo que no es cierto, aunque no digo nada al respecto. No tarda en matizar sus palabras, a su manera.

—«Siempre juntas...» —murmura con complicidad con una sonrisa asomando entre la comisura de sus labios.

—«Juntas hasta el infinito» —termino la frase, lanzándome sobre ella a abrazarla, todavía con ese conmovedor recuerdo de nuestra infancia erizándome la piel.

—¡Joder, Ale! —se queja, fingiéndose molesta, como si estuviera incumpliendo alguna norma autoimpuesta—. Te quiero mucho, pero no puedo predecir el futuro —se justifica—. Y tú le das demasiada importancia a las palabras, te fías de la gente, crees que cumplirán lo que te dicen. La gente cambia de opinión, Ale, y las promesas caducan, se incumplen, se olvidan. Esperas encontrar una autenticidad y garantías que no existen porque nadie se toma tan en serio lo que dice como tú lo haces. Eres la única persona que conozco que siempre cumple sus promesas.

* * *

Me dejo caer en el asiento del conductor, y el espejo retrovisor me devuelve una imagen distinta a la persona que salió de casa hace unas horas. El reflejo de alguien que ha tirado la toalla, con la mirada vidriosa y la tristeza ensombreciéndolo todo.

No quiero llorar. Me digo a mí misma que no me importa, que no se merece que derrame una sola lágrima por él. Necesitaba cerrar esa puerta... remover los escombros y que duela por última vez.

Accedí a que nos viéramos, consciente de que nuestra conversación sería decisiva, pero nunca imaginé este final. La irritación y el resentimiento se mezclan con la sensación de alivio. Una sensación extraña y abrumadora que me recorre el cuerpo cuando pienso que ya no tendré que malgastar mi energía en que me quiera. Ahora sé que nunca lo hizo.

«¿En qué instante lo negué para inventar un fantasma?», me pregunto apesadumbrada. Cegué mi vista para obviar su comportamiento perverso y decidí soñar que era lo mejor que me había pasado nunca. Y cuanto más me mentía a mí misma y más vivía esa fantasía, más me alejaba de quién mi padre es en realidad... alguien que no me quiere y que jamás va a quererme.

Trato de controlar mis emociones, intento no sentir. Pero el corazón me late con fuerza en el pecho y la rabia me absorbe mientras imagino a mi padre terminándose el postre sin importarle lo más mínimo lo ocurrido esta noche.

—¡Cabrón, hijo de puta...! —escupo las palabras con impotencia cuando el recuerdo de nuestra conversación cruza mi cabeza con un automatismo punzante.

* * *

—*Unas horas antes*—

—¿Por qué aceptaste que nos conociéramos?

—Porque era la primera vez que tu madre me pedía algo —responde con naturalidad tras vaciar el vino que quedaba en su copa—. Tu madre era la mujer perfecta para mí, pero lo estropeó todo quedándose embarazada. No se lo dijimos a nadie. Sencillamente, te reconocí a cambio de su discreción. Ella aceptó. Y a partir de ahí, dejamos de vernos hasta que, hace cinco años, se plantó en el bufete para decirme que querías conocerme. Yo esperaba un numerito, pero no me pidió nada más que eso: un encuentro... Me pareció bien. Tu madre puede llegar a ser muy persuasiva cuando se lo propone —matiza, mordaz—. Siempre ha sido una mujer con mucho carácter, ¿sabes?

No era el tipo de explicación que esperaba escuchar, y mi cuerpo se tensa de golpe.

—¿No fuiste tú quien le pidió que nos encontráramos?

—¿Yo? ¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—¿No te alegraste de conocerme? —pregunto, contrariada.

—¿Alegrarme? Lo siento, no. Alegría, no —admite, impassible.

—¿Entonces, qué? —insisto confundida y desesperada por escucharlo decir algo que me haga pensar que nuestra relación es importante para él.

—Mmmm. No sé. No sabría describirlo.

—Pero, después de ese día, hemos seguido viéndonos, ¿por qué? —inquiero mientras noto como se me va encogiendo el estómago y siento

náuseas ante su frialdad.

—¿Por qué no? Tú tampoco me pediste nada, nunca lo haces. Pero todos tenemos un precio, Alejandra. Lo compruebo cada día en los juzgados. Y yo tengo curiosidad por saber cuál es el tuyo. Estoy acostumbrado a que la gente quiera algo de mí. Solo te estoy dando tiempo para que me digas lo que quieres tú.

—Yo solo quiero un padre. Alguien que realmente desee formar parte de mi vida. Desde el primer día, dejé claro que deseaba que nuestra relación fuera algo voluntario que se daba porque los dos queríamos estar ahí.

—Tienes mis apellidos, ¿qué más quieres? —pregunta distraído al tiempo que hace un gesto al camarero para que tome nota de los postres—. Da gracias que ni siquiera le pedí a tu madre las pruebas de paternidad para ello.

Sus palabras me pillan desprevenida, y un escalofrío me recorre la espina dorsal tras darme cuenta de que todos estos años no han sido más que una pantomima para él y que nunca me tomó en serio.

—¿Me estás diciendo que durante todo este tiempo siempre has dudado de que fuera hija tuya? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Alejandra, princesa —responde cansino y con cierto deje de desprecio—. Los hijos son de las madres... quién es el padre es otro cantar. Tú ya sabes cómo son las mujeres. Harían o dirían cualquier cosa con tal de atrapar a un hombre.

—¿Cómo puedes decir algo así?! Mi madre nunca te pidió nada. —Empiezo a sentirme mareada, y la angustia comienza a revolver mi estómago—. Entonces, ¿todos estos años...?

—Curiosidad, Alejandra... Ya te lo he dicho. —Su contestación concisa y directa me abofetea y hace que abra los ojos de golpe a una realidad diferente—. Me apetecía probar qué se siente ejerciendo de padre... Aunque, en ocasiones, no me lo pones nada fácil. No busques más explicaciones.

En este instante me doy cuenta de que mi padre nunca dejará de hacerme daño y de que no soy para él más que un pasatiempo al que jugar de vez en cuando.

—¿Por eso dejas que te llame papá? ¿Por un mero simulacro? —le reclamo en un tono exigente, al borde de la exasperación.

—Me gusta el modo en que lo pronuncias. Es divertido. Suena bien.

—Pues esta será la ocasión en la que mejor suene de todas... —respondo herida y con rabia—. ¡Vete a la mierda, papá!

* * *

—*Seis meses atrás*—

—¿Por qué nunca soy lo suficientemente buena para él? ¿Eh, Paula? ¿Por qué siempre me está atacando? ¿Por qué nunca es cariñoso conmigo? Yo solo quiero que mi padre me quiera —admito llorando.

—Lo sé. Pero no eres tú, Ale... Sencillamente, tu padre solo se quiere a sí mismo.

CONOZCO EL SITIO PERFECTO

*El dolor más agudo llega cuando te das cuenta de que ya no duele...
cuando el final te abofetea sin esperarlo y ni siquiera te importa.*

Alejandra Leiva. Monólogo en Conserva.

—ALE—

Escucho absorta el timbre de llamada mientras espero a que Paula conteste al teléfono. Mi cabeza procesa todo a cámara lenta, como si estuviera posponiendo el momento de asimilar cómo me siento en este instante.

Daría lo que fuera por que mi madre no se hubiera empeñado en que lo conociera. Yo ya tenía asumida mi situación. Llevaba veintidós años con un padre que no quería saber nada de mí y podría haber continuado así el resto de mi vida. No se puede echar de menos lo que nunca ha sido tuyo. Pero, cuando la madre de Paula enfermó, a la mía se le metió en la cabeza que, si llegaba a pasarle algo, como a su mejor amiga, yo me quedaría sola, y eso, junto a la insistencia de Andrea, la hizo persistir hasta que por fin acepté para que se quedaran tranquilas las dos... por ellas, no por mí.

Odio ese día. Y el día en que conocí a mi padre... Y, aunque quiero a mi madre, también la odio a ella en este momento por hacerme creer que él quería recuperar el tiempo perdido. Todo era mentira.

—¿Por qué no pensaste en mí, mamá? En lo que yo quería y no en lo que tú pensabas que necesitaba —me pregunto, abatida.

De pronto, me noto muy cansada y sé que no puedo conducir así, pese a estar desesperada por largarme de este lugar. Me pego al respaldo del asiento, respiro hondo y trato de calmarme, pero no funciona porque el dolor lo invade todo y noto como me abandona la razón.

Mi mejor amiga no da señales, así que le envío un *whatsapp* con la esperanza de encontrarme con ella en el restaurante antes de que se marche.

<Alejandra> Ha ido peor que mal. Voy para allá. Te espero fuera.

Al regresar a la pantalla de inicio, la vista se me queda clavada en la foto de la mano de Diego, que se encuentra justo debajo de la conversación de Paula.

«El Amo perfecto se preocupa por ti y es capaz de rescatarte del abismo cuando te pierdes...». Las palabras de mi mejor amiga acuden a mi mente como un peligroso canto de sirena.

Diego está en línea. No sé muy bien qué estará dispuesto a entregarme después de lo de esta tarde; no me detengo a pensarlo. Me limito a escribir buscando su consuelo, un contrapunto que confirme que, por lo menos en su caso, los meses de conversaciones tienen más sentido que los cinco años que he perdido con mi progenitor. Algo de autenticidad entre tanta mentira revelada en apenas unas horas, que alivie el peso de la duda que los resultados de mi investigación proyectaron sobre nuestra *relación*. Él sabía lo de mi cena de esta noche.

<Alejandra> El reencuentro con mi padre no ha ido bien. Te necesito.

Cuando le doy a enviar, contengo la respiración. Me siento como si me encontrara frente a una ruleta en Las Vegas, apostando al rojo toda la confianza depositada en Diego.

«No va más».

A los pocos segundos, accede a la conversación y el doble *check* se vuelve azul, indicando que ha leído mi mensaje. No escribe nada; sencillamente se desconecta, dejándome en *stand by*. Prendida al hueco vacío que corresponde a una respuesta inexistente, convertida en el objeto de deseo de mi mirada expectante, como la bola que gira y gira en la rueda en la que clavan sus ojos todos los jugadores, ansiosos por comprobar el destino de sus apuestas.

Precisamente en un día como el de hoy, con todo lo que ha sucedido, lo peor no es que Diego se muestre indiferente, sino darme cuenta de que no me lo esperaba y de que, aun así, no me sorprende. No es la primera vez que me enfrento a su silencio, aunque sí la más hiriente.

Una molesta inquietud se enreda con las advertencias de mi mejor amiga... «No le importas». «Está jugando contigo». «Lo has idealizado tanto

que no te das cuenta de cómo te utiliza». «Nunca vas a conocerlo». «Nunca te va a elegir».

La sensación de opresión en el pecho se agudiza mientras tecleo de nuevo como una imbécil que ha comprendido que lo es y ni siquiera se molesta en ocultarlo. Aferrándome a un clavo ardiendo, desesperada por conseguir acceder a esa parcela de intimidad que me niega, en la que poder notar el calor de sus palabras y su preocupación, aunque solo sea por un instante. Un maldito y mísero instante que sirva para no tener que darle la razón a Paula porque, en este momento, me dolería demasiado admitirlo.

Así que llamo otra vez a la puerta de su fortaleza virtual, pese a que no me quiso abrir hace unos minutos y no parece que tenga intención de cambiar de idea. Pero como ya he dicho, ahora mismo solo soy una pobre ilusa tratando de no terminar de hundirme en el fango en una noche de mierda.

<Alejandra> ¿Te importo?

No tarda más que unos segundos en conectarse y salir tan rápido como antes lo hizo, provocándome una sensación indescriptible de vacío. O no, no es solo eso. También hay humillación. Un menosprecio por su parte, imprevisto y absurdamente demoledor, para el que no estaba preparada, que hace que me sienta indefensa y desconcertada.

El ambiente en el interior del coche se impregna de un silencio asfixiante. Me quedo paralizada por un tiempo indefinido observando como los minutos se van agolpando sin pensar en nada; puede que ni siquiera respire mientras aguardo su respuesta al borde del precipicio de una pantalla de móvil inactiva, consciente de que, tarde o temprano, algo me hará caer.

El tono de llegada de un nuevo *whatsapp* me sobresalta cuando ya no tenía esperanza de una contestación. Un escalofrío nervioso me baja por la espalda, provocándome un hormigueo que no vaticina nada bueno. Accedo a la conversación sintiendo el pulso en mis muñecas y el fuerte martilleo de la sangre en mis oídos.

<Diego> Hay preguntas cuya mejor respuesta es el silencio.

Estoy completa y absolutamente en estado de *shock*.

La certeza que buscaba llega de la mano de un mensaje que tiene el efecto de una patada en el estómago. La bola se desacelera de golpe en la

ruleta y, tras unos últimos brincos que la llevan de una casilla a otra, cae en la del número vencedor:

«Seis Negro. La casa gana».

Seis meses de conversaciones que en un santiamén terminan de irse por el retrete. Lo que comenzó siendo un corte superficial sembrando un poso de desconfianza tras la investigación de hace una semana, adquiere las dimensiones de una herida abierta y sangrante en el tiempo de chasquear los dedos. Y yo apostándolo todo al rojo, para más inri. Menuda ironía.

Parpadeo un par de veces, tratando de entender lo que acaba de suceder. Pensé que, tras el encuentro en la consultoría, estábamos avanzando hacia alguna parte, pero el castillo de naipes acaba de desmoronarse ante mis ojos para quedarse en nada.

No sé qué ha pasado, por qué, cómo ni dónde; lo único que me ha quedado claro es que no le importo. Que lo de esta tarde no fue más que un detalle insignificante, como por lo visto yo también lo soy para él.

¿Cómo asimilar que le has abierto de par en par las puertas de tu alma a una persona a quien le eres indiferente? ¿Qué sentido tiene el haberse mantenido ahí durante tantos meses?

Pobre estúpida ingenua.

Solo una idiota pensaría que alguien tan frío e insensible como se autoproclamó el primer día, valoraba de algún modo nuestra... ¿qué? ¿Existe siquiera un algo al que llamar *nuestro*?

¿Qué fue lo que me confundió? ¿Sus insinuaciones esperanzadoras? ¿Sus promesas engañosas? ¿La sensación de encontrarme frente a una persona atormentada que necesitaba ser rescatada? Menuda estupidez. ¿Realmente soy tan boba como para creer que era cuestión de tiempo que se abriera a mí y permitiera un acercamiento o simplemente fingía serlo?

«Nadie es más vulnerable a creerse algo falso que aquel que desea con todas sus fuerzas que la mentira sea cierta», satisfago mi duda con un regusto amargo, parafraseando a un siempre más que acertado Jorge Bucay.

Mi mente se queda en blanco. Dejo el teléfono en el asiento del copiloto y enciendo el motor como una autómatas, de forma lenta y mecánica.

Con la vista pegada a la carretera, las lágrimas retenidas en mis ojos se mezclan con lágrimas nuevas...

* * *

Paula no ha respondido a mis *whatsapps* y sigue sin coger el teléfono. Salgo del coche para ir en su busca, porque se acerca la hora de cierre del restaurante y estará a punto de salir. Cuando entro en La Zona, está prácticamente vacío, salvo por un par de mesas que están apurando el café después de la cena, esperando a que los echen.

No veo a mi mejor amiga por ningún lado.

De camino hacia la barra para preguntar por ella, choco contra alguien que en ese preciso instante sale por la puerta de la cocina.

—Disculpa —pronuncio distraída, sin intención de detenerme.

—Paula no está —me saluda David, haciendo que me pare en seco—. Se fue con Salvador a ultimar unos detalles de la fiesta del Remember 80' —se aventura a aclararme, imaginando el motivo de mi visita.

Sus palabras son como una bofetada a traición y, por un instante, me siento perdida, porque no había contado con esa posibilidad. Él debe de notarlo en mi expresión porque, al darme la vuelta sin responderle para dirigirme hacia la puerta, me agarra la parte superior del brazo y me lleva a una esquina resguardada de las miradas de sus compañeros.

—¿Qué te pasa? —pregunta, acorralándome contra la pared.

Su inesperada reacción sacude mis emociones a flor de piel, convirtiéndome en una bomba de relojería a punto de estallar.

—No me pasa nada. ¡Déjame! —Me zafo de forma brusca, perdiendo los estribos, y abandono apresurada el restaurante con una sensación de ahogo insoportable.

Antes de alcanzar mi coche, el móvil me advierte de que me ha llegado un mensaje. Lo busco de mala gana en mi bolso porque imagino que será Paula, aunque, ahora mismo, no me apetece hablar con nadie. Algo irracional bulle en mi interior y no me deja pensar con claridad. Estoy tan cabreada por que mi mejor amiga no esté aquí que solo quiero discutir. No es justo pagarla con ella. No es ella quien tiene la culpa de cómo me siento.

<Desconocido> Puedo ayudarte a que se te pase el mal rollo, Blancanieves.

Permanezco desconcertada, mirando el *whatsapp* en una pantalla todavía iluminada. Dudo si contestar mientras se va oscureciendo, y el mensaje comienza a desaparecer ante mis ojos. Finalmente, escribo. Puestos a que alguien pague el pato, mejor pagarlo con él.

<Alejandra> ¿De dónde has sacado mi teléfono?

Sigo tecleando enfadada. Envío de nuevo.

<Alejandra> A ti no te lo hubiera dado ni muerta.

El móvil vibra en mis manos.

<Desconocido> Tengo mis fuentes ;)

Otra vez...

<Desconocido> Me lo hubieras dado si te lo hubiera pedido...

Y otra.

<Desconocido> Lo tengo porque me gustas.

<Alejandra> No estoy de humor para tus juegos de seducción en estos momentos. Búscate a otra a quien calentarle la oreja para llevártela a la cama.

Cuando le doy a enviar, alzo la vista y veo a David a escasos metros de mi coche. Estamos el uno frente al otro como si nos estuviéramos batiendo en duelo. Aguardo su respuesta, inmóvil, como si todo mi mundo y el resto de la noche dependieran de lo que está a punto de decirme.

<Desconocido> No me lo tienes que contar.

Ahora es él quien me contempla con una expresión cautelosa y expectante.

<Alejandra> No pensaba hacerlo.

Noto su mirada traspasándome.

<Desconocido> Conozco el sitio perfecto para salvar la noche.

David avanza hacia mí y, mientras lo hace, le doy la réplica sin pensar. Se detiene frente a mi ventanilla en el preciso momento en que su teléfono emite el tono del *whatsapp* entrante.

<Alejandra> No me interesa conocer ninguno de tus picaderos.

Me arrepiento en cuanto lo envío.

Lo lee y me escudriña largamente, como si estuviera asimilando mis palabras. Me quedo muda un instante, sintiéndome culpable por el modo en que he reaccionado, descargando en él mi frustración. Entonces lo veo escribir un nuevo mensaje.

<Desconocido> Confía en mí.

Aunque esta noche dos personas a las que precisamente entregué mi confianza a ciegas me han defraudado y debería estar escaldada, no sé cómo luchar contra la repentina sensación de que David juega en otra liga.

Pese a que su expresión es indescifrable, en sus ojos centellea una preocupación sincera que me deja sin defensas ni argumentos y, quizás por

ello, dejo de resistirme y asiento cuando me pide que lo siga en el coche.

La otra noche demostró ser un caballero y es difícil ignorar ese tipo de detalles, que ya son unos cuantos desde que lo conozco. Y es al sonreír recordando las pocas pero intensas ocasiones que hemos compartido juntos, cuando me doy cuenta de que, aunque no sabría decir en qué momento exacto ocurrió, confío en ese idiota.

ME HACES COMETER MUCHAS ESTUPIDECES

El deseo se expande y me engulle, crece y crece y siento que necesito dejarlo ir... pero no viene solo. Miro hacia otro lado y olvido.

Alejandra Leiva. Monólogo en Conserva.

—ALE—

Cuando saco las llaves del contacto, David espera en la acera, en el otro extremo de la carretera, y yo me pregunto qué hago aquí. ¿Es posible que esté bajando la guardia? Lo sigo sin decir nada. No sé a dónde vamos, y eso me provoca una creciente sensación de curiosidad y nervios.

Lo que hay al otro lado de la puerta no es lo que yo esperaba.

—¿Dónde me has traído? —Giro la cabeza hacia él, incapaz de disimular mi sorpresa.

—Me haces cometer muchas estupideces —confiesa con naturalidad, reconfortándome con la calidez de su mirada acogedora, antes de atravesar el umbral de un lugar al que no sé qué nombre ponerle—. Cuando tengo un mal día, vengo aquí y se me pasa.

Nos encontramos en el ático-loft de un edificio frente al Parque de Cabecera. Es pequeño, y el recibidor se abre a un espacio prácticamente vacío, diáfano y luminoso, delimitado por una amplia cristalera que recorre todo el lateral de la estancia y lo separa de una terraza con vistas al lago.

No hay sofá ni muebles con libros ni tele ni mesa de comedor ni sillas, tan solo un saco de boxeo que pende del techo, una estantería a pocos metros con un aparato de música y equipamiento para entrenar y un escritorio con un portátil, cerca de los ventanales.

A mano derecha, unas escaleras comunican con la planta de arriba, con techos abuhardillados con vigas de madera hasta el suelo. Una enorme cama se atisba a través de los barrotes de una preciosa barandilla de madera y hierro

forjado con una original filigrana que acota el dormitorio, dispuesto a modo de mirador sobre el piso de abajo.

Una barra de hormigón separa el salón de la cocina, y un tabique de pladur que no llega al techo oculta bajo la escalinata lo que parece un pequeño cuarto de baño. El suelo está cubierto por tarima flotante y las paredes son blancas, sin cuadros ni ningún tipo de decoración.

David avanza y yo lo sigo.

—¿Sabes boxear? —Su inesperada pregunta me pilla ensimismada escudriñando el sitio donde me encuentro.

Mi mirada regresa a su rostro. Alzo las cejas burlona y replico con escepticismo.

—¿Me has traído aquí para eso?

—Te he traído aquí porque estás mal.

—¿Desde cuándo soy tu responsabilidad?

—Eres amiga de Paula.

Su aclaración es un mazazo a mi orgullo.

—«Amiga de Paula», tú lo has dicho, no tuya. No necesito que cuides de mí —le advierto, molesta por su tono condescendiente—. Tampoco necesito tu compasión.

—¿Sabes o no? —insiste, mostrándose totalmente indiferente a mi reacción mientras se quita la chaqueta y la deja en un extremo de la estantería. Yo lo imito y dejo la mía encima.

—Hago *bodycombat*, ¿recuerdas? —Aludo a la pelea en la que nos vimos envueltos cuando me doy cuenta de que no está bromeando.

David estalla en una carcajada.

—¡Eso no es boxear! —me corrige arrogante, al tiempo que se acerca a una bolsa de deporte que hay en el suelo—. Y me atrevería a afirmar que las patadas en las pelotas, por bien que se te den, tampoco se consideran *bodycombat*.

Debería decir algo al respecto, pero lo único que consigo articular es un bufido airado.

—Deja de protestar y pónelos —me ordena ofreciéndome unos guantes.

—No pretenderás que me ponga a boxear de esta guisa. —Me señalo el vestido *vintage*, y él pestañea como si no hubiera reparado en ese detalle, aunque enseguida me mira como si acabara de poner la excusa más estúpida que ha escuchado nunca.

—¿No? —pregunta con ligereza, solo para fastidiarme.

—No. —Pienso un segundo—. Dame tu sudadera —le exijo con bravuconería, imitando esa actitud petulante suya que tanto me saca de quicio.

Me atraviesa con sus intensos ojos negros y, como si la idea lo divirtiera, se la saca por la cabeza sin rechistar y me la arroja, quedando su torso desnudo. Respiro profundo, muy profundo. ¡Uf! ¡Qué calor me está entrando, así de repente! La sonrisilla que dibujan sus labios pasa de traviesa a absolutamente malvada, revelando una insinuación que queda flotando en el aire: «tu turno».

Después se inclina para buscar algo en el interior de la mochila y aparta la vista mientras la mía se queda clavada en su pecho descubierto y deliciosamente definido, haciendo un esfuerzo sobrehumano por recordar quién soy y qué hago aquí y olvidarme del hecho de que, en este instante, me muero por verlo sin el resto de la ropa. Cuando alza la cabeza, me pilla distraída perdida en sus abdominales, y arquea las cejas como si estuviera tardando demasiado, en un gesto claro de: «¡Venga! ¿A qué esperas?».

Está disfrutando, lo sé. Él se ríe, pero yo no. Me rasco el cuello, nerviosa. De pronto, no sé qué hacer. Trago saliva, consciente de que, dadas las circunstancias, huir al baño para cambiarme le restaría magia a este momento de «¿Te piensas que no soy capaz? ¡A ver quién puede más!», así que me desvisto frente a él de manera decidida y, aunque por su expresión impasible parece no inmutarse, un ligero cambio en su respiración y sus ojos resbalando por mi cuerpo y siguiendo el recorrido del vestido, demuestran que no le soy para nada indiferente.

David se muerde el labio inferior y no se mueve ni un centímetro; parece que ni siquiera respira. En el instante en que la prenda va a parar al suelo y me quedo casi desnuda ante sus ojos, su mirada se enciende y se queda fija en mis piernas.

—Me estás mirando —lo provoco, sintiéndome poderosa, y le dedico mi más encantadora sonrisa de satisfacción mientras me pongo su ropa y arrojó mis zapatos de tacón a un rincón.

Ahora soy yo quien disfruta.

Él ignora mi comentario y avanza hacia mí con determinación y un par de manoplas de boxeo en las manos, al tiempo que yo me agacho para enfundarme los guantes que dejé en el suelo, como si me fuera la vida en hacerlo antes de que me alcance.

Cuando me pongo de pie, lo tengo a escasos centímetros de distancia.

Demasiado cerca y demasiado desnudo.

—Te queda bien —contraataca con sensualidad, escaneándome de arriba abajo.

Su proximidad y la intimidad de su tono consiguen cohibirme, borrando la sonrisa de mi rostro.

La situación me provoca una absurda timidez de quinceañera.

Desvío la vista hacia mi improvisado atuendo de boxeadora y estiro angustiada el bajo de la sudadera tratando, sin éxito, de ocultar el encaje de mis medias de liguero, que han quedado al descubierto.

Mis hormonas dan saltitos.

«Debí boxear con mi vestido», me reprocho a mí misma frustrada por el efecto que tiene sobre mí.

—¿Te pongo nerviosa? —pregunta en un tono inhumana-mente pecaminoso—. ¿Tanto hace que no ves a un hombre semidesnudo?

Me obligo a despegar los ojos de su boca, que se curva de forma malévolamente como si me estuviera leyendo la mente e, instintivamente, doy un paso hacia atrás tratando de alejarme. Como se acerque un poco más, me desintegro por combustión espontánea.

—¿No respondes? —insiste en obtener la réplica acortando de nuevo la distancia.

Medito una verdad convincente o una mentira creativa.

Me he quedado en blanco. Mis neuronas están de fiesta con mis hormonas.

Odio cuando lo veo divertirse a mi costa.

Este no sabe con quién se la juega.

—Si tú cuentas como uno... Mmmm... últimamente los veo demasiado a menudo. Se me aparecen hasta en la cocina —pronuncio en un halo de inspiración—. No debe de ser tu caso, porque por la radiografía que me has hecho cuando me desvestí, cualquiera diría que estás a pan y agua desde hace mucho más tiempo que yo...

Esboza una sonrisa torcida, pero no contesta. No sé por qué, pienso en la otra noche en mi habitación y en mi deseo insatisfecho.

—¿Empezamos? —inquiero ansiosa por comenzar y dejar de mirarle el cuello, imaginando cómo sería resbalar mi lengua desde la parte trasera de su oreja hasta su ombligo, escogiendo el camino más largo.

—¡En guardia! —me incita, sacándome de golpe de mi calentorro ensimismamiento de amplio espectro.

Respiro hondo, adelanto la pierna izquierda y coloco los brazos en posición defensiva para cubrirme.

La sensación que experimento al adoptar una actitud de combate no es la misma que en las coreos del *combat*; como si todas y cada una de las células de mi cuerpo respondieran ante mi postura, tensando mis músculos frente a lo inesperado.

—Olvídate del mundo que nos rodea. No pienses en nada que no seamos tú, yo, aquí y ahora —me indica antes de comenzar—. Concéntrate en tus movimientos y nunca pierdas el contacto visual. —Asiento con la cabeza—. Veamos cómo se te da. Lánzame *jabs* seguidos... Solo con la derecha.

Los primeros golpes revelan mi inexperiencia y no parecen satisfacer a David. La energía se pierde en el recorrido excesivo de mi puño, que impacta lánguido contra la manopla.

—Coges mucha carrerilla y eso te hace perder fuerza. Mete el cuerpo. ¡Golpea!

No me gusta que me reprenda por hacerlo mal. Soy perfeccionista y competitiva. Me concentro, echo los hombros ligeramente hacia delante y contraigo los abdominales. Pego de nuevo. Mis nudillos se estrellan con violencia en la superficie almohadillada, y el sonido al entrar en contacto con el cuero me enciende.

—Eso está mejor —admite con aprobación, y yo sonrío para mis adentros—. Combo... *Jab, cross* sin parar. Quiero ver esos golpes. ¡Vamos!

Trascurridos unos minutos, comienzo a notar el peso en mis hombros y empiezo a respirar con dificultad.

—Mirando hacia mí, no dejes de mirarme —me amonesta de nuevo—. *Jab, cross* y doble *crochet* de derecha. —Su voz adquiere un tono autoritario y severo.

Aprieto los puños. Golpeo, golpeo, ¡zas!...

—¡Protégete! Junta tus codos a las costillas. —Me atiza en la cintura, aprovechando mi guardia baja.

Su repentino ataque me pone en alerta, y noto como la adrenalina hace bullir la sangre en mis venas. Le lanzo una mirada asesina y respondo a su embestida arreándole con más energía.

—¿Eso es todo lo fuerte que puedes golpear? —me pincha.

Aprieto los labios y mi expresión se ensombrece.

—¡Dalo todo! ¡Enfádate! —me increpa, empujándome en el hombro,

desequilibrándome ligeramente y haciéndome retroceder.

La rabia acude a la llamada emergiendo de lo más profundo. Siento como me embarga una emoción intensa que me llena de una furia que apenas puedo contener.

—*Jab, cross, upper.* —Me clava su mirada exigente.

Ya no somos él y yo... de repente, solo es la diana de mi ira, una manera de descargar el resentimiento, la impotencia y el dolor por sentirme traicionada.

—¡Con más energía! ¡Vamos! —Su entonación se vuelve más intensa—. ¡Solo *jabs!*

Golpeo... golpeo fuerte sin descanso hasta notar como me queman los hombros, los abdominales contraídos como una piedra en cada golpe, el brazo extendiéndose buscando el contacto, la potencia del choque contra el cuero, el ruido seco como un estallido que hace que algo se rompa, que muera y se deshaga en el aire.

—¡Así, muy bien! ¡Suéltalo!

Sigo golpeando... El silencio se quiebra con cada encontronazo, tejiendo pequeñas grietas por las que entra el oxígeno para respirar. El sudor empapa mi piel, y el calor hace que la ropa me estorbe.

—¡No pares! ¡Ven a por mí!

David comienza a moverse y me incita, pegándose con las manoplas. Yo lo sigo, lo busco, con mono de estampar mis puños en la almohadilla.

—Sácalo todo fuera... ¡Vamos!

El recuerdo de la conversación con mi padre acude a mi mente como un *flash* cegador, y sus frases hirientes se amontonan en mi cabeza, atrapándome en mitad de una terrible tormenta interior. La angustia se intensifica cuando pienso en la frialdad de Diego y en su dolorosa y frustrante manera de dejarme claro que no soy nada ni nadie para él. Algo dentro de mí estalla en mil pedazos y siento una punzada de dolor bajo la caja torácica, que comienza a expandirse anegándolo todo, como una ola barriendo la orilla de una playa.

Golpeo, golpeo... golpeo y noto que me asfixio, tratando de contener las lágrimas que se agolpan en mis ojos y me nublan la visión.

—¡Para, para...! —Escucho la voz de David como un susurro lejano—. ¡Ya, detente!

Pero yo no quiero parar, no quiero sentir lo que viene ahora y sigo golpeando. Cada vez más seguido, más rápido, con más violencia... hasta

quedarme sin aliento. Hasta que tengo que detenerme agotada y me doblo sobre mí misma, apoyándome sobre mis rodillas, jadeando, con el corazón arremetiéndome contra las costillas. Respiro hondo para llenarme de aire los pulmones y siento mi cuerpo dolorido y cansado. Aflojo el velcro de los guantes y los dejo caer a mis pies.

El nudo que ha ido creciendo en mi garganta empieza a relajarse, dejando paso al llanto y a la sensación de vacío; las emociones emergen a borbotones como de una presa que revienta. Lloro con amargura, con rabia, con desesperación.

Cuando me incorporo y alzo la mirada, me encuentro con los ojos de David, que, sin decir una palabra, me acerca hacia él tirando del bajo de la sudadera y me estrecha contra su cuerpo. Yo me acurruco entre sus brazos, en un espacio en el que encajo a la perfección, que parece diseñar a mi medida cada vez que nos encontramos.

—Así, muy bien —me susurra mientras me acaricia con suavidad el cabello—. Desahógate...

Permanecemos abrazados, atrapados en un silencio anestésico, hasta que el llanto se va transformando en respiración tranquila y reparadora.

—¿Tienes hambre? —pregunta al cabo de un rato.

Proceso sus palabras como si acabara de despertar de un prolongado letargo, despegando mi rostro de su pecho.

—Sobre todo sed —reconozco con la boca seca, deshaciendo nuestro abrazo—. Me muero de sed y me siento como si me hubieran dado una paliza. —Camuflé una sonrisa de agradecimiento tras una mueca de dolor.

—Mientras estés dolorida, no pensarás en otras cosas y te olvidarás de estar triste. Además, esta parte te tiene que resultar familiar. Practicas *bodycombat*, ¿recuerdas? —apunta sin rastro de burla, chocando su hombro contra el mío en un gesto de complicidad.

—Te aseguro que en el *combat* no se me quedan las manos así —sentencio, poniéndolas a la altura de sus ojos para enseñarle mis nudillos enrojecidos.

—Eso se cura con un poco de hielo y un remedio infalible que lleva el sello de mi abuelo Constante —me prescribe en tono misterioso—. Dame un segundo —añade, al tiempo que se gira, abre un cajón y saca una camiseta que a continuación se enfunda.

—No me dijiste que tenías ropa ahí metida —le reprocho con recelo, aunque, ahora mismo, me resultaría difícil enfadarme con él.

—No me lo preguntaste. Directamente *exigiste* que me desnudara, ¿lo olvidaste? —me pincha con malicia, caminando hacia mí con un pantalón largo en la mano—. Y *tu deseo* es para mí una orden. Por nada del mundo hubiera querido estropear ese momento.

—¿Hablas por ti o por mí? Yo solo quería tu sudadera. A estas alturas, ya te he visto desnudo en demasiadas ocasiones.

—Vaya, pues parece que estoy en desventaja, porque lo más cerca que yo he estado de verte desnuda ha sido hace un instante, cuando me regalaste una imagen que todavía llevo impresa en la retina. Hubiera podido ser alguna más... pero sería absurdo hablarte de ello porque quizás no lo recuerdes... creo que estabas *dormida*... —ironiza, traspasándome con su intensa mirada.

«Tocada y hundida».

—¡Eres...! —salto de forma instantánea.

Sus ojos negros centellean divertidos, porque sabe perfectamente que no voy a rebatirle ese hecho. Él tampoco añade nada más sobre el hecho en cuestión, cumpliendo su promesa de caballero.

—¿Soy...? —Alza las cejas inquisitivo—. Cuidado con lo que dices, Blancanieves —me advierte sonriente, al tiempo que me pongo los pantalones—. Ahora estás en mi territorio y puedo dejar que te mueras de sed hasta el desayuno.

—No me das miedo —me enfrento a él con arrogancia.

—Lo sé —admite, como si la idea le encantara—. Anda, vamos a ver qué encontramos por ahí para satisfacer tus necesidades primarias —me invita a seguirlo y se mete en la cocina americana que queda a la izquierda—. Aunque no esperes gran cosa... Apenas paro por casa, porque el club y las reuniones interminables con Salvador acaparan todo mi tiempo —se justifica mientras abre la nevera—. Mmmm. —Se da la vuelta y sacude la cabeza.

—¿Nada? —pregunto curiosa.

—A ver si tú tienes más suerte por ese lado. —Me anima, señalando un armario que queda junto a mí—. Si encuentras algo que te apetezca, cógelo. No recuerdo ni lo que tengo ahí dentro.

Abro la despensa y rebusco a la caza de algo rico. Lo que aparece ante mis ojos no me dice gran cosa: dos cajas de avena, unas cuantas latas de atún, un paquete de arroz y otro de espaguetis, una botella de aceite de oliva, algunos botes de miel... una bolsa de maíz. Sonrío de oreja a oreja.

Cuando me giro con mi botín en la mano, David está abriendo una botella de vino y se dispone a rellenar dos copas que ha dejado sobre la barra.

—De mi tierra —afirma orgulloso, mostrándome un Abadía da Cova—. Me gusta porque es diferente y aún la complejidad de los grandes tintos con la exquisitez de los terruños de la Ribeira Sacra. Se parece mucho a ti.

—A mí, ¿por?

David toma una de las copas y me la ofrece.

—Es evidente.

—No lo es. Se deducen muchas posibilidades de esa parrafada tan *snob* que acabas de soltar para quien no entiende de vinos —aclaro mordaz.

«¿Por qué narices me importa?».

—¿En serio? —Suelta una carcajada—. Eres inteligente, seguro que de entre todas ellas atinas con la respuesta acertada —sentencia, guiñándome un ojo—. ¿Qué has encontrado? —pregunta, cambiando de tema.

—Palomitas —le estampo la bolsa en el pecho, despechada por su fanfarronería.

—¿Palomitas y vino? —Hace una mueca de desagrado—. Olvídalo. Elige otra cosa.

—Es eso o espaguetis con atún... —lo amenazo con sorna—. Yo prefiero algo dulce.

—Se me ocurren cosas más dulces que las palomitas. —Avanza un paso más hacia mí y su mueca se transforma en una sonrisa indecente.

Me bebo de golpe casi la mitad de la copa y lo empujo ligeramente en el hombro para sentarme en un taburete al otro lado de la barra.

—¿*En serio?* —lo imito con retintín—. Pues de entre todas las posibilidades que se te puedan ocurrir, sigo prefiriendo las palomitas. —Pego otro sorbo a la copa y desvío la mirada, antes de que descubra que estoy mintiendo—. Tú tienes demasiadas contraindicaciones.

—Dime una... —me desafía desvergonzado.

Bajo la mirada, nerviosa, pero enseguida alzo la cabeza para enfrentarme a él de nuevo.

—Que no tienes apenas muebles —suelto sin pensar—. Este apartamento es el de alguien que no piensa quedarse por mucho tiempo.

—No me apego a las cosas.

—¿Y a las personas...?

—¿Me echarías de menos si me fuera mañana? —esquiva mi pregunta contestándome con otra. Aunque su tono parece de burla, distingo la curiosidad sincera reflejada en sus ojos.

—Depende de cómo te salgan las palomitas —contraataco con la misma falsa ironía y me sorprendo a mí misma al darme cuenta de que mi respuesta no es más que un sí disfrazado. De que mi sonrisa me ha delatado y de que, de alguna forma, parece que a él le importa.

David se queda un instante parado y después camina hacia los fogones. Puedo percibir la satisfacción en su mutismo. Mientras él se mueve con soltura por un espacio reducido donde todo queda al alcance de la mano, yo observo cada uno de sus movimientos como si estuviera tratando de resolver un enigma.

Saca una sartén de un cajón, la pone al fuego y aguarda a que la superficie esté bien caliente.

—*Mouchos, coruxas, sapos e bruxas...* —recita con teatralidad, al tiempo que vierte el maíz.

Como si hubiese notado mi mirada, gira la cabeza un segundo y se encuentra con mis ojos; entonces, me hace un guiño de complicidad antes de regresar al frente, arrastrando consigo todo lo ocurrido esta noche, haciendo que parezca un mal sueño lejano.

—¿Sueles traer a mucha gente a tu casa? —Mi voz se enreda con la sinfonía de explosiones desacompañadas de las palomitas bajo la tapa.

—Yo no he dicho que esta sea mi casa —me corrige sin darse la vuelta y pega un trago a su copa de vino, permitiendo que un pequeño fragmento de silencio se quede flotando en el aire mientras aguardo una explicación que no llega.

—Tienes ropa de tu talla en un cajón —insisto, sin intención de rendirme.

—Podría ser de un amigo —alega en su defensa.

David apaga el fuego y vuelca el contenido de la sartén en un recipiente. Camina hacia mí y se sienta en el taburete de enfrente, dejando sobre la mesa un bol repleto de deliciosas calorías.

—La ropa puede, pero la camiseta que hay anudada a la cadena del saco de boxeo es mía. —Alzo las cejas y sonrío victoriosa, por si pensaba que no me había dado cuenta—. No sé qué interés tendría tu amigo en tenerla en *su* casa. ¿Por qué no lo ad...?

—Deja de preguntar sobre cosas que ya sabes —me interrumpe, al tiempo que acerca a mi boca unas palomitas en un gesto tan repentino y espontáneo que las acepto sin pensar porque, de repente, me muero de hambre—. Y no suelo traer a nadie —añade categórico—. Ni siquiera Paula

ha estado aquí.

—Mmmm —suspiro profundamente con los ojos entrecerrados, embargada por el exquisito sabor de lo que acaba de admitir.

Cuando los abro, las yemas de sus dedos todavía acarician mis labios, donde las ha dejado más tiempo del necesario. La profundidad de su mirada revela que estamos pisando terreno peligroso; sus pupilas están dilatadas y me observa fijamente con un desconocido brillo en sus ojos, de un modo muy diferente al que acostumbra a hacerlo. De repente, es como si la persona que tengo delante fuera un David que nada tiene que ver con el arrogante *destapasábanas* que suelo encontrarme siempre.

Nunca me había gustado tanto como en este momento.

—Daría lo que fuera por que un puñado de palomitas me provocara el mismo efecto que a ti —pronuncia con fascinación y esboza la sonrisa más seductora y dulce que he visto nunca.

«¿Cómo lo consigue?».

David me hace sentir bien. Hace que me olvide de todo y eso me confunde.

—Tenías razón... Este era el sitio perfecto para salvar la noche. Gracias —reconozco sin tapujos.

El silencio pequeño y furtivo que sigue habla tan fuerte que pueden sentirse las emociones detrás de las palabras que callamos.

—¿Me estás dando la razón en algo?

Los ojos de David están clavados en los míos y siento como me debilita.

—Eso parece —respondo, apartando la vista de su rostro para hundirla en mi vaso de vino, incapaz de sostenerle la mirada.

Dejamos que los siguientes minutos de la noche se acumulen sin decir nada, mientras vaciamos el bol de palomitas como si estuviéramos viendo la mejor película de toda la cartelera, solos él y yo, uno enfrente del otro; nuestros cuerpos inclinados sobre el recipiente situado en mitad de la barra, acortando la distancia que nos separa; sus ojos grandes y brillantes fijos en mí a escasos centímetros.

Sé que me está dando tiempo para que le cuente lo que me ha pasado y cada segundo que se consume tengo más ganas de hacerlo. Pero hay tanto que contar que no sé por dónde empezar ni creo que pudiera entenderlo, por lo que me mantengo callada, ahogando con un buen puñado de maíz las palabras que amenazan con despegarse de mis labios.

David me mira sorprendido, los ojos abiertos de par en par, y yo me pongo roja como un tomate, mastico la enorme bola de caramelo tratando de no perder la compostura y le pego un trago al vino, vaciando mi copa. Consciente de que me está poniendo nerviosa, se bebe los restos de la suya, se levanta y comienza a abrir y cerrar puertas del mueble de la cocina ante mi atenta mirada.

—Levanta —me anima—. Se nos han terminado el vino y las palomitas... Ha llegado el momento de pasar al plan B.

HÁBLAME DE TU «LOCURA»

*La realidad no es más que la media ponderada entre el negro y el
rosa.*

Alejandra Leiva. Monólogo en Conserva.

—ALE—

Tras una búsqueda rápida y no demasiado fructífera, David y yo nos hemos abastecido del poco alcohol que hemos encontrado por la casa, dispuestos a apurarlo, sentados en el suelo del *ring* de boxeo, con la espalda apoyada en la pared.

La vista se me queda clavada en dos envases sin etiqueta que no tengo ni idea de qué son. Aparte de eso, solo tenemos dos cervezas, poco más de la mitad de una botella de vodka que se dejó olvidada el anterior inquilino y una lata de refresco de limón.

—¡Uf! —exclamo, echando la cabeza hacia atrás tras llevarme a la nariz un desconocido líquido transparente que atonta con solo olerlo—. ¿Qué es? ¿Desatascador del baño?

David estalla en una carcajada y me mira con condescendencia.

—Aguardiente de orujo, y aquello —señala la otra incógnita de color oscuro—, licor café, ambos hechos por mi abuelo Constante. Cualquiera gallego que se precie tiene alguna de estas en casa —aclara con satisfacción—. Son algo fuertes —reconoce—, pero me gusta tenerlas por aquí, porque me hace sentir cerca de mi familia y de mi tierra. Yo soy más de vino o cerveza, en realidad.

—Pues con la mezcla que vamos a hacer, fijo que nos entran caguetas —sentencio convencida, echando un vistazo al escaso e inusual botín que tenemos desplegado por el suelo.

Ríe de nuevo, y su risa se me antoja contagiosa.

—Nunca lo había considerado como efecto secundario de una borrachera. Como mucho, una resaca de mil demonios cuando te levantes mañana —observa nuestro alijo con detenimiento y rectifica—. Aunque no lo descarto.

Después, agarra un vaso de chupito y lo rellena de aguardiente, mientras yo echo en mi copa unos cubitos, apenas un dedo de alcohol y completo el resto con el refresco de limón. David me quita la bebida de la mano y, en su lugar, coloca el vasito de orujo.

—¡Ey! —protesto.

—A mi manera, tardarás unos tres meses menos en emborracharte —se burla.

—¿Y a ti qué más te da? ¿Pensaba que no eras de los que se aprovechan de las chicas perjudicadas?

—Y no lo soy. Pero tengo el presentimiento de que el alcohol te suelta la lengua —ironiza con segundas—. Cuanto antes te emborraches, antes me contarás todos tus secretos.

—Ya veo... plan B de bocazas.

—Plan B de borrón y cuenta nueva —me corrige—. Según mi abuelo, solo hay dos métodos infalibles para borrar el dolor en el alma. Uno —sonríe y su mirada adquiere un aspecto travieso—, un beso de película que te deje sin aliento y la mente en blanco —desvela con sensualidad, provocando que mis ojos se queden clavados irremediabilmente en su boca— y otro —desliza su mano hacia las botellas de un modo teatral, dibujando una onda—, cualquier licor o aguardiente gallego, que, en función de lo que bebas, suelen tener un efecto parecido —bromea—. Supongo que es la razón por la que mi abuelo sigue elaborando en casa esas bebidas de forma artesanal.

—Habrà que probar ese orujo, entonces... —digo con demasiada rapidez, antes de que me dé a elegir entre ambas opciones. David me observa divertido, consciente de ello, y rellena otro chupito para él—. Aunque mis secretos prefiero contártelos estando sobria. Cuando bebo digo muchas tonterías —contraataco como si nada, y él pilla la pulla al vuelo—. Solo me he emborrachado una vez en mi vida y no salió bien...

—¿Una sola? —Alza una ceja burlona en respuesta a mi indirecta.

—El otro día solo iba *contentilla* —me defiende—. Cuando llegamos a mi casa, era totalmente consciente de mis actos. —Alza una ceja, incrédulo, aunque no añade nada a mi comentario—. *Casi* totalmente consciente... —rectifico y le devuelvo una mueca, frunciendo los labios.

—Háblame de esa primera y última vez que te emborrachaste —me insta con curiosidad, y yo me giro hacia él, dispuesta a satisfacerla, porque hablar de mi pasado es mucho más fácil que hacerlo de mi presente.

David alza su vaso, y chocamos nuestros chupitos mientras me mira con una intensidad abrumadora, quedando atrapada en su necesidad de conocer cosas sobre mí a través de mis recuerdos.

—Eh... —Pienso un momento antes de responder. Él se lleva el orujo a los labios—. Pues... hace seis, siete... —Yo lo imito, pegando un sorbo generoso al mío y siento el alcohol resbalar por mi garganta, abrasándola—. ¡¡Dios!! —exclamo con el rostro desencajado y los ojos fuera de las órbitas—. ¡¡Esto está... muy... fuerte!! —consigo pronunciar mientras se me saltan las lágrimas—. ¿Qué... pretendes? ¿Matarme? —Toso compulsivamente, y una intensa sensación de calor me recorre de golpe.

—¡Poco a poco, Blancanieves! —Ríe encantado, mientras yo resoplo como una parturienta con contracciones—. Son bebidas con mucha graduación hechas para saborearse. El orujo de mi abuelo supera fácilmente los cuarenta grados.

«*Vade retro! Un baijiu a la gallega...*».

Respiro hondo, tratando de recobrar la compostura. Cuando lo consigo, aparto el chupito de aguardiente a un lado y me acerco el vaso de vodka con limón, ante la atenta mirada de David.

—Demasiado para mí —me disculpo—. ¿Qué estaba diciendo? —trato de retomar la conversación.

—¿Ves? Es infalible. Ya te quedaste con la mente en blanco y sin aliento.

—Mmmm... Ya sé —comienzo a hablar sin poder evitar sonreír por su comentario—. La borrachera... Hará como unos ocho años de eso, y me prometí a mi misma que una y no más.

—¿Tan malo fue el resultado?

—Digamos que tardé demasiado tiempo en poder responder a esa pregunta. Seis años, concretamente.

David me mira intrigado, sin entender.

—Fue en un viaje de la universidad... Me fui soltera y volví con novio.

—Lo dices como si hubieras regresado con una escayola en la pierna.

Agarra una cerveza, la abre y pega un trago, bebiendo directamente del botellín.

—Conociendo el final, podría haberme ahorrado la experiencia —admito—. Los primeros años fueron buenos... Siempre lo son, ¿no? Por un tiempo fuimos felices, Roberto no se cansaba de decir que lo era...

—¿Y tú? —pregunta interesado, empapándose de mi relato.

Alzo los hombros.

—No lo sé. Seguramente sí, pero... Me faltaba algo, no me preguntes el qué. —Sin darme cuenta, consigue que me sienta relajada, y comienzo a cederle una parte de mí, mientras David absorbe cada una de mis palabras—. Él me quería, lo quería todo de mí. Y yo lo quería, pero no me entregué del todo. Creo que es una forma estúpida de protegerme que uso de manera inconsciente; siempre pensando en el futuro, en no perderlo todo si se da el caso, solo una parte. No me arriesgué.

Aprieto los labios, amasando las palabras, buscando las frases adecuadas. Me gusta el hecho de que David no emita ninguna valoración. Su actitud neutra empuja las emociones hacia fuera y me hace sentir la necesidad de contarle cómo me siento, o cómo me sentí entonces, más bien.

—No aposté por él, ahora lo veo. Me quiso con esa profundidad con la que piensas que nadie te va a querer jamás. Solía decirme que era el amor de su vida... Cuando alguien te ama así, debería resultar más fácil tirarte de cabeza hasta el fondo de la piscina, ¿no? Mis sentimientos no estaban a la altura. —Niego con la cabeza—. Me veía incapaz de corresponderlo de la misma forma, y puede que sea una reacción estúpida, pero acabé comportándome de una manera en la que parecía que estaba pidiendo a gritos que me quisiera un poco menos. Como si necesitara que su idealización pesara menos sobre mis hombros para salir a la superficie y poder respirar... Para equilibrar la balanza, para no sentirme tan abrumada, no sé. Sin duda, al final conseguí mi propósito; solo que, con ello, la relación empezó a deteriorarse, la incomunicación se hizo cada vez más grande y todo se fue a la mierda.

David bebe de nuevo, dejando su cerveza por la mitad, se reacomoda en el suelo, apoyando su espalda contra la pared, y su mirada se pierde en las cristaleras del fondo de la sala. De pronto, parece estar a miles de kilómetros de aquí, como si cada una de mis frases lo hubiera transportado a un pasado que también le genera una confusión parecida a la mía. Pego un sorbo a mi vodka con limón y me encojo abrazando mis rodillas, intentando convertirme en algo lo más pequeño posible. El alcohol me está poniendo triste, o quizás sea mi historia.

—No lo hablamos. Roberto nunca fue de enfrentarse a los problemas

abiertamente; se limitaba a dejarse llevar por la corriente, como si no pasara nada. Odio eso. Yo soy de hablar, de sacarlo todo fuera en el momento. Me cansé de que no se enfrentara a la realidad y prefiriera esconder la cabeza bajo el suelo. Estaba agotada de llevar las riendas de la relación, de ser siempre la que tomaba las decisiones. Debí cortar cuando me di cuenta de que no había vuelta atrás, pero no lo hice. Esperé una señal, el empujoncito para reaccionar. Y cuando él se encargó de proporcionarnos ese momento, ya fue demasiado tarde para evitar que el final nos dejara un regusto menos amargo.

—¿Qué pasó?

—Se lio con su compañera de piso mientras hacía un máster en Madrid... para «llenar sus vacíos», supongo —admito sin reparos.

No hace ningún comentario ni finge sentirlo u horrorizarse, como hace la mayoría ante este tipo de confesiones; solo me mira, hasta que, finalmente, estalla en una carcajada que me descoloca.

—¿Te hace gracia? —le pregunto molesta.

—No, no, no —se disculpa sacudiendo las manos—. Es que —todavía ríe a trompicones— estaba imaginando la patada que debiste de pegarle en las pelotas.

La imagen me asalta y me hace esbozar una leve y triste sonrisa. No sé si se la habría dado de haberlo tenido delante cuando confesó su infidelidad, pero lo cierto es que, si lo pienso ahora, hubiera sido reconfortante dejarlo doblado por la mitad, sujetándose sus partes nobles por traicionar mi confianza.

—No tuve esa oportunidad —le aclaro con el rostro serio—. Estábamos hablando por el móvil cuando lo reconoció, tras presionarlo un poco. De hecho, lo dejamos por teléfono, minutos después. No puedo decir que me sorprendiera, ni siquiera que me doliera descubrir algo que era previsible que ocurriera tarde o temprano.

Continúa sin decir nada. Se limita a escucharme atento, como si esperara la llegada de alguna aclaración al respecto.

—Me dolió que traicionara mi confianza —prosigo—. Bastaba con un «ya no siento nada por ti. Seamos amigos y sigamos con nuestras vidas». Algo así hubiera servido. Pudo actuar de otro modo para poder conservar, por lo menos, nuestra amistad. Era mi mejor amigo.

—También tú pudiste ser sincera, contarle cómo te sentías y no lo hiciste.

—¿Te crees que no lo intenté? ¿Que no usé el típico «cariño, tenemos

que hablar»? Pero para él nunca era el momento. Nos veíamos poco, se pasaba el tiempo en Madrid. Y cuando por fin tuvimos esa conversación, era demasiado tarde... él ya estaba con otra.

Mi improvisado confesor apura su cerveza, y yo sigo pegando sorbitos a mi vodka con limón como si fuera una bebida infantil. Todavía estoy acalorada por el orujo.

—Después se arrepintió. Pero tanto él como yo sabíamos que era el final. —Respiro hondo y suelto el aire lentamente, abatida—. Si a alguien que te ha querido tanto le haces daño... ¡Uf!

—Él también te lo hizo.

—Lo sé. Pero no el mismo tipo de daño. Roberto se quedó vacío. Ya lo había entregado todo; me lo había entregado a mí. Aun así, me sentí traicionada; en ese momento, fue él quien no supo estar a la altura y, cuando cortamos, lo culpé, lo odié y enterré nuestra historia para que no doliera, hasta que se convirtió en un *no recuerdo*, en esa vaga sensación agridulce que te embarga tras un sueño inquieto que ha parecido real —confieso con las emociones anestesiadas—. Es como si nunca hubiera existido, no siento nada. Ni melancolía ni resentimiento ni agradecimiento... nada. Roberto no consiguió hacerme perder la cabeza y hace que me cuestione si de verdad estuve enamorada —concluyo en apenas un susurro para mí misma.

Él se gira hacia mí, cierra los párpados y respira profundamente. Cuando los abre de nuevo, sus ojos parecen tristes, como si mis recuerdos los hubieran llenado de pena, o esta siempre hubiera estado ahí y hubiera salido al encuentro de mi historia.

—No quiero volver a tener la sensación de que por mi culpa alguien lo pasa mal. Tampoco convertirme en el centro del universo de nadie, hasta el punto de que su felicidad dependa de mí. Después de aquella primera vez, no he vuelto a emborracharme. Ahora ya sabes por qué... —Sonrío apenas.

David me observa con atención. Alza el botellín de cerveza y se da cuenta de que está vacío. Lo deja en el suelo y mira hacia mi copa, que también está vacía. Agarra dos vasos de chupito y los rellena con licor de café. Me pasa el mío, y yo lo cojo con reticencia, porque no quiero morir por combustión etílica en un único trago.

—Este es más suave —me tranquiliza cuando observa mi expresión desconfiada. Acerca su chupito al mío y me sonríe con ternura—. Por las locuras, en el estado que sean. —Brindamos—. Todos hemos cometido disparates por amor... o después de una borrachera.

Huelo el líquido oscuro de mi vaso y mojo mis labios con cautela, como si fuera a estallar en mi boca de un momento a otro... Mmmm, está rico. Un poco fuerte pero rico.

—¿También te emborrachaste? —ironizo, pegando un sorbo discreto que dejo que se derrame poco a poco por mi garganta.

David bebe su licor, saboreándolo con lentitud. Echa la cabeza hacia atrás y suspira. De nuevo, se hace un silencio; ese que precede a la intimidad y la empuja a desnudarse.

—Mi locura fue por amor —confiesa sin regatear, rompiéndome los esquemas—. Fue hace mucho tiempo.

—¿Tú crees en el amor? —inquiero, sorprendida por su respuesta, preñada de posibilidades; decenas de preguntas se atropellan en mis labios. Mi cabeza comienza a centrifugar a mil doscientas revoluciones—. ¿En las mariposas en el estómago? ¿En perder la cabeza hasta volverte idiota? ¿En el «me gustas sin saber por qué»? ¿O el «haría cualquier cosa por verte sonreír»? —pregunto ladeando la cabeza, como si me encontrara frente al mismísimo embajador de Cupido en la tierra. Los efectos de un exceso de etílico romanticismo, acumulado en uno de los hemisferios del cerebro, están haciendo mella en mi equilibrio, y me voy ligeramente hacia la izquierda—. O sea... Mmmm... Me refiero a si te dejó un buen recuerdo. —Trato de aplacar mi curiosidad desmedida, pero siento la mente espesa y la lengua muy suelta; mis pensamientos, pesados y pegajosos, parecen extraídos directamente de un tarro de miel empalagosa. Creo que no sé ni lo que digo—. ¿Sois amigos? ¿La echas de menos? —sigo indagando; como una gramola a la que han dado cuerda, hasta que me interrumpo de sopetón, y una sospecha se enreda a traición en mi parrafada—. ¿Sigues enamorado? —se me escapa con tal énfasis que termina sonando a afirmación, pese a los signos de interrogación.

David me mira con los ojos abiertos como platos y empieza a reírse, como si mi tercer grado le hubiera parecido delicioso. Incapaz de sostenerle la mirada, la hundo avergonzada en mi chupito. Pego un buche y lo observo de reojo. Se ha vuelto a girar hacia el frente y está apurando su licor de café. El vago eco de mis palabras es absorbido por un silencio que nos aísla por unos segundos. Noto como me arden las mejillas. Con un nuevo sorbo, vacío lo que queda de mi vaso, convencida de que no responderá.

—En el amor sí —habla de repente, y el sonido de su voz me saca de mis cavilaciones bañadas en alcohol—. En las mariposas también, pero, de momento, la cabeza la tengo demasiado pegada al cuerpo como para perderla.

En el «me gustas sin saber por qué», podría ser y, en cuanto a la sonrisa, por supuesto. —Y me guiña un ojo con complicidad.

De pronto me entra la risilla tonta, recreándome en su respuesta, hasta que me doy cuenta de que no ha contestado a lo más importante y mi duda sigue intacta. De forma absurda e ilógica, me indigno, porque necesito saber cuanto antes que la razón de que se haya convertido en un *destapasábanas* no es que su corazón sigue ocupado. Lo imagino esperando a esa chica y siento una inquietante punzada en el estómago. Me fastidia la posibilidad de que David siga enamorado, lo convertiría en alguien inalcanzable. Más todavía, si cabe. No me gusta la idea de que no me guste esa idea.

—No me has contestado —le reprocho, apremiante—. ¿Sigues enamorado? —insisto, sin caer en la cuenta de que me estoy poniendo en evidencia.

«¿Se puede saber de qué voy?». Me reprendo mentalmente, enojada conmigo misma. «¿¡A mí qué narices me importa!?».

—¿Estás enfadada? —interrumpe mi diálogo interno.

Alzo la vista, con los ojos entornados, y veo que me observa con expresión divertida. Su actitud incrementa mi cabreo irracional... con él... o conmigo... ¡Yo qué sé!

—No —me apresuro a responder frunciendo los labios—. ¿¡Yo!? Para nada —repito de nuevo, con fingida indiferencia, subrayando una mentira como una casa.

—¿Qué te molesta exactamente? —inquieta intrigado por mi reacción—. ¿Que también tenga un pasado o que pudiera llegar a desear recuperarlo?

Pego un bufido de irritación.

—Lo que hagas con tu vida me trae sin cuidado —espeto despechada, aferrándome a una pobre y triste réplica, porque cientos de mis neuronas cayeron fulminadas por culpa del orujo.

—No —aclara al final, y su escueta y tajante negación me hace sentir tan aliviada que mi cuerpo se relaja de golpe, haciendo que mi postura se encoja ligeramente, como si fuera una muñeca de trapo—. No quiero recuperar el pasado —continúa hablando—. Me gusta mi presente. Estoy a gusto en él. Estoy a gusto, *aquí y ahora*. —Y las últimas palabras las pronuncia de un modo que motiva una nueva duda que me sacude.

«Tres... Dos... Uno... Centrifugando a mil doscientos... *¡Aquí y ahora* como sinónimo del *carpe diem*... o *aquí*, en su casa, y *ahora*,

conmigo?». Gruño, incapaz de resolver la adivinanza.

La falta de claridad me confunde. No consigo mudar la expresión de enojo de mi rostro y, en un impulso kamikaze, la pregunta sale despedida por mi boca, arrastrada por una intriga desmedida.

—¿Eso que has dicho antes es bueno o es malo? —pregunto con timidez.

Con la mirada sumergida en el fondo mi vaso, no me he dado cuenta de que se ha acercado a mí, tanto que su olor me embriaga. Me sujeta por el mentón y alza mi rostro.

—Es diferente... Como el Abadía da Cova —resuelve mi duda al oído, provocándome un escalofrío que me recorre de pies a cabeza.

Cuando me suelta la barbilla, soy gelatina pura y noto un incendio recorrer mi cuerpo. No quiero derretirme, pero si sigue mirándome de esa forma va a tener que recogerme con el mocho. El silencio deja expuesta mi respiración agitada; disimulo mi nerviosismo arrastrándome por el suelo para coger una cerveza que ha dejado junto a sus piernas, en el extremo opuesto.

Quiero que diga algo. Tengo que decir algo. Cualquier estupidez sería mejor que este silencio perturbadoramente íntimo. Pero las sílabas no pueden abandonar mi garganta, taponadas por la vergüenza, la excitación y el alcohol.

Pego un trago largo, en cuanto alcanzo la bebida.

—Háblame de tu *locura*... ¿Qué pasó? —deshago esta especie de hechizo, al tiempo que regreso a mi lugar con el botellín en la mano.

—Era una relación tormentosa. —Suspiro aliviada cuando comienza a hablar—. Tampoco supimos parar a tiempo al empezar a hacernos daño, como tu ex y tú. Cuando todo terminó, ya ni siquiera nos odiábamos; nos habíamos convertido en unos completos desconocidos. En mi caso, no quedó nada por salvar, porque nos encargamos de cargárnoslo todo antes de cruzar la frontera hacia ninguna parte, tan solo la frustración de no haberlo hecho antes. La impotencia de haber perdido un tiempo valioso destruyéndonos mutuamente.

La amargura del tono de su voz me atrapa y me contagia. Siento como si estuviera montada en una montaña rusa de sensaciones dispares. Es agotador.

—Las relaciones son como un club... hay que dejarlas en pleno apogeo cuando funcionan o, por lo menos, antes de que la falta de entendimiento convierta una simple brecha en un abismo insalvable.

Como si estuviera absolutamente convencido de lo que voy a decir a continuación, se adelanta, pisoteando sardónico conclusiones que se asentaron

en mi mente desde el primer día.

—Déjame que lo adivine... Ahora viene esa parte en la que yo admito ser un mujeriego porque me rompieron el corazón, y tú confiesas seguir esperando a tu Romeo porque perdiste la confianza en el impresentable de tu ex, pero no en el amor...

—Andas muy desencaminado conmigo. No busco Romeos ni aguardo la llegada de príncipes azules montados en corceles blancos. Te has formado una imagen equivocada sobre mí.

—¿Yo solo? —pregunta con la sonrisa más seductora y pendenciera que he visto nunca, esposándonos el uno al otro, que permanecemos muy quietos, clavándonos la mirada, con el único sonido de nuestra respiración profunda y acompasada meciendo nuestros recuerdos, los secretos y confesiones que todavía se encuentran suspendidos en el aire.

Me esfuerzo por actuar como si no estuviera ocurriendo algo entre los dos, tan intenso que ni siquiera yo puedo explicar. Pero no funciona.

Descubro que el mono de besarlo me vuelve loca; la presencia de una necesidad irrespirable que preciso sofocar de forma urgente y que se expande en mi cabeza, haciendo que el pulso se me acelere. Una fuerza bruta que ha reventado las paredes que contenían mi sentido común y que consigue que mis sentidos se dobleguen quedando a su merced, como si fuera un girasol retorciéndome tras su rastro, buscándolo con desesperación, solo para sentir ese roce mágico.

Únicamente soy consciente de que he ido acortando la distancia que nos separa cuando David aparta un mechón de mi cabello detrás de la oreja, haciendo que me estremezca bajo su roce repentino y espontáneo. Entonces el miedo me invade, sacándome bruscamente de mi enajenación, como una bofetada severa y necesaria en el momento justo, para que todavía exista la posibilidad de no cometer un error.

Pego un brinco hacia atrás y me levanto de golpe, con el corazón a mil. El botellín que hay junto a mí cae al suelo, derramando parte de su contenido sobre el parqué.

Un silencio incómodo se cierne sobre nosotros. David pestañea confundido y se pone en pie como un resorte tras de mí, para situarse a mi nivel. Parece molesto, a un paso de coger una rabieta como haría un crío al que le arrebatas un helado antes de que pegue el primer bocado. No está borracho, pero la mezcla de alcohol que hemos ingerido tiene que estar afectándole tanto como a mí, aunque sus miedos no son como los míos; en su

caso, lo motivan y empujan, alimentando su imagen de *destapasábanas-colecciona polvos de una noche*. Se equivoca si piensa que voy a cruzar la línea para convertirme en su nuevo trofeo. Después de acostarnos, nos volveremos invisibles y no quedará nada.

«Si nos llegamos a besar...», pienso, horrorizada.

Siento mariposas en el estómago solo de imaginarlo, y mi reacción todavía me angustia más. Respiro hondo. Seguramente no es más que otro efecto del aguardiente del que no me habló David. Seguramente...

¿OTRA VEZ. PROTEGIÉNDOME, SUPERHÉROE?»

No sabes cómo me siento cuando el deseo aprieta en mi estómago de tal forma que me vuelvo loca de necesidad. Cuánto ansío sentirte o lo difícil que es para mí tenerte tan cerca y no poder tocarte.

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

Me observa atentamente durante un instante, pero no dice nada. Luego se aleja y agarra un rollo de papel de cocina que hay en la estantería para secar el líquido derramado. Me coloco próxima a la pared mientras amontona servilletas sobre el charco para arreglar el desaguisado. No me mira a los ojos.

—¿Por qué eres tan complicada? —rompe el silencio finalmente, situándose frente a mí.

Percibo un deje de dureza en su voz y entonces comprendo lo enfadado que está.

—¿*Complicada*? —pregunto, arrugando la frente—. ¿Así es como denominas a las tías que no quieren acostarse contigo? —contraataco a la defensiva.

—Hasta donde yo sé, aquella noche... —replica con arrogancia, aludiendo al bochornoso día de mi cumpleaños.

—Hasta donde yo recuerdo, íbamos a olvidar lo ocurrido. Estaba borracha y se me fue de las manos. Punto —le refresco la memoria.

—¿En qué quedamos: «borracha» o «contentilla»? —pregunta con sarcasmo.

—¿Por qué no aceptas que no quiero nada contigo? Yo no tengo que darte explica... —Protesto altiva, pero me hace callar presionando mis labios con los dedos.

—¡Chist! —sacude la cabeza— Tienes razón, no me las des. No me interesan tus excusas.

—¡No son excusas! —salto de forma acalorada.

La cabeza me va a estallar. No puedo pensar con claridad.

—Deja de actuar como si pudieras leerme el pensamiento y creyeras saber lo que quiero mejor que yo misma. Tú no tienes ni idea de lo que pasa por mi cabeza. No me conoces. No sabes lo que siento ni lo que pienso ni lo que necesito...

—Pero sé que te atraigo —me corta antes de que siga con la frase—. Lo que no sé es por qué niegas lo evidente. ¿Se puede saber qué es lo quieres? —pregunta con un susurro acercándose a mi oído, pillándome desprevenida

Su proximidad me pone nerviosa y me echo para atrás en un acto reflejo, chocando mi cabeza contra la pared. Aprieto los labios para tragarme mis palabras. No puedo explicárselo, no puedo confesarle que para el sexo vacío ya está Diego porque con él me siento diferente. Diego no quiere nada de mí. No espera nada. Y eso me hace sentir a salvo...

«Tú puedes hacerme daño y Diego, no... No de la misma manera», respondo mentalmente.

—Tú también tienes una imagen equivocada de mí, Blancanieves —me reprocha en tono seco, apartándose.

—Tu fama te precede, no me culpes por ello.

—¿Mi fama? Mi fama, ¿según quién? —pregunta con un gesto de exasperación mientras camina de un lado a otro delante de mí.

No levanta la voz, pero su rabia es audible.

—Según nadie —me sale humo de la cabeza—. Es una impresión que tú alimentas. Cada vez que nos vemos estás con una tía metido en faena o preparando el terreno. ¿Alguna vez te ha importado alguna de ellas?

David se pinza la nariz y pega un bufido cabreado.

—No las conozco —se explica, cortante—. ¡Solo es sexo! Disfruto del sexo. Me gusta el sexo.

—¿Y después?

—Después, nada. Nunca repito con la misma chica.

—Ya, sí... *Solo es sexo* —le parafraseo mascando cada sílaba con lentitud. Su superficialidad me toca las narices especialmente porque me recuerda a la de Diego... Solo le ha faltado añadir que ni siquiera recuerda sus nombres. Una paja con una tía cualquiera en un lugar cualquiera como si solo fuera una sandía con agujeros con la que satisfacerse sin importar a quien

tienen delante. ¿Para qué darle más información al cerebro sobre alguien que al día siguiente pasará a la historia? Sé que mi enfado es irracional y absurdo, pero me siento estafada. Recordar a Diego en este momento hace que una sensación de rabia y dolor se expanda por mis entrañas. El Amo me ha hecho sentir ninguneada. No quiero sentirme así con David—. Al final, todos sois iguales —susurro, agotada. El alcohol está haciendo mella en mí.

—Yo no engaño a nadie, Blancanieves. No siembro dudas ni rompo corazones. Ellas saben lo que quiero y están dispuestas a dármelo porque quieren lo mismo. Ni soy un príncipe azul ni estoy buscando princesa —replica con un tono cortante que no admite disputa.

El sarcasmo de su última frase, tratando de hacerme sentir una virgen extraterrestre caída del espacio, me enciende y le lanzo una mirada furibunda. No soy una mojjigata ni una estrecha. Me gusta el sexo, mucho, pero no hasta el punto de degradarlo convirtiéndolo en una mera compulsión. Yo no follo a la desesperada ni me tiro todo lo que se mueve solo por satisfacer una necesidad. Si él es feliz así, que se acueste con quién le dé la gana. No sé por qué me molesta. Lo único que quiero es que deje de tratarme como una firme candidata a abrirme de piernas porque se cree irresistible. Bastante me repatea ya que Diego no vea en mí algo más que una aspirante a sumisa como para, encima, terminar echando un polvo con otro Macho Alfa que, además, es idiota.

«¿Y luego qué?». Luego nada. Ya lo ha dicho. Olvidará mi nombre al día siguiente y se comportará como si no me conociera, reduciéndome a un palito en su agenda de revolcones.

«Se equivoca de chica. No aspiro a ser una más de sus conquistas... No con él».

Me siento decepcionada. Tan solo se me ocurre una cosa para terminar con este flirteo tan tentador como peligroso. Y, aunque no creo encontrarme en el momento idóneo para hacer caso de las ideas que me asaltan la mente, decido aferrarme a ella como a un clavo ardiendo.

—¿Quieres saber lo que quiero? —me sorprende diciendo—. Quiero que nos llevemos bien, que empecemos de cero... Seamos amigos —le echo un órdago y le clavo la mirada, escudriñando su reacción. Hagámoslo por Paula.

Se hace un largo silencio. David pestañea como si fuera la última cosa que esperaba escuchar esta noche.

—¿Lo dices en serio? —sacude la cabeza incrédulo—. ¿Tú y yo? —se ríe con ironía, sin ganas—. Tenías razón, cuando bebes dices muchas tonterías.

—¿Qué es para ti la amistad? —inquiero exigente como él antes hizo conmigo.

David me observa con atención y parece decidido a no responderme aunque, al final, lo hace.

—Amistad es poder contar con alguien cuando le necesitas, no cuando quieres. No siempre se puede...

—¿Cómo esto? —levanto una ceja, señalándonos a él y a mí—. Porque supongo que me trajiste hasta aquí pensando que necesitaba un amigo y no un polvo.

El rostro de David se ensombrece y frunce ligeramente los labios.

—No soy «amigo» de las tías que me atraen —responde, crispado—. Nunca te he mentado, Blancanieves. Sabes perfectamente lo que quiero, y lo que quiero no tiene nada que ver con la amistad.

Resoplo irritada e impotente.

—En la salsoteca dijiste que no era una de tus prioridades.

—¡Y no lo es, *carallo!* Si lo fuera, ahora mismo estaríamos follando en cualquier otro sitio, en lugar de estar discutiendo. Yo no traigo a mi casa a las tías que me atraen, no boxeo con ellas para que descarguen la mierda, no hago botellones en el suelo para conocerlas un poco mejor, no les cuento mis historias... Me las tiro y punto.

—Si echar un polvo es lo único que te interesa, estás perdiendo el tiempo conmigo —sentencio con dureza.

—No es lo único... pero encabeza la lista.

—¿Me has traído aquí para eso? —inquiero incrédula.

No responde.

—¿Qué puñetas hacemos aquí, David? —insisto.

«Estoy bebida. ¡No es el mejor estado para mantener una conversación como esta, maldita sea!».

—No lo sé —admite—. No te traje para echar un polvo... Pero no me culpes por desearlo. Estar aquí contigo está siendo... —David se interrumpe como si tratara de encontrar la palabra adecuada.

—«Diferente» —termino la frase por él, en tono seco—, ¿eso es lo que ibas a decir? —pregunto con exasperación, dedicándole una mirada fría—. ¿Cómo no iba a serlo? Ya has dejado bien claro que estar con una tía, vestido, es una novedad para ti —añado con sarcasmo mientras me levanto para ir en busca de mis cosas y largarme de este lugar.

—Diferente, sí —conviene mientras me pongo los zapatos.

Agarro mi ropa de la estantería y saco las llaves del bolso. Cuando David adivina mis intenciones, reacciona y me hace un placaje.

—¿A dónde te crees que vas? No estás en condiciones de conducir.
—Frunce los labios y me mira con mala cara.

—¿No me has preguntado lo que quiero? Quiero irme. No estoy tan borracha como piensas.

En un descuido suyo, le esquivo y avanzo apresurada hacia la entrada; puedo percibir el latido frenético de mi corazón en las sienas.

—Eres una cabezota... —Su voz suena colérica tras de mí.

—Le dijo la sartén al cazo.

—Y muy irritante —añade.

—Y tú un...

Casi he conseguido alcanzar el pomo de la puerta, cuando me aferra por la cintura boicoteando mi huida. Su pecho pegado a mi espalda y sus fuertes brazos rodeándome me anestesian por completo.

—¿Yo qué?

Noto el calor de sus manos atravesar mi ropa, esposando mi determinación. Su susurro resbalando por mi nuca, como una mordaza. En lugar de golpearle para que me suelte y decirle que es un imbécil en toda regla, me quedo quieta y totalmente muda.

Por un instante la que se siente imbécil soy yo. Entonces me gira bruscamente para obligarme a enfrentarlo y, al juzgar por su expresión, no me va a ser nada fácil salir de aquí... pero no imposible.

—¿Qué haces? ¡Déjame en paz! —Regreso al mundo de los mortales, acalorada, y me desplazo hacia atrás para deshacer su contacto.

—No voy a dejar que te marches así —me advierte con la barbilla levantada—. No, hasta que se te pase la mona.

—¿Otra vez protegiéndome, *Superhéroe*? —espeto furiosa— Sé cuidarme solita. Pensaba que ya te había quedado claro que no necesito que nadie me rescate.

—Dame las llaves —me ordena con frialdad, ignorando mi negativa.

—Ni lo sueñes. Ahora mismo estoy mucho más cabreada que borracha. Prefiero esperar en el coche a que se me pase la tontería, a quedarme aquí contigo.

Sus ojos le brillan encendidos de rabia.

La adrenalina me empuja y camino de espaldas, pensando en una estrategia para salir de aquí. David camina con tranquilidad hacia mí, siguiendo el rastro

que dejan mis pasos con los ojos clavados en mis pupilas. Se está impacientando. Lo noto en su cara. Mi corazón acelerado borbotea y parece que se me va a salir por la boca. Mis reflejos y mi intuición tienen baja cobertura, así que me resguardo detrás del saco, a la espera de que embista para salir disparada hacia la puerta por el lado contrario... Pero, entonces, David hace justo algo que no esperaba.

Pega una patada lateral a mi improvisado escudo protector de cuero, desplazándolo hacia la izquierda y, antes de que sea capaz de reaccionar, se abalanza sobre mí con todo su peso haciéndome desaparecer bajo su más de metro ochenta y cinco de firme anatomía. Mi cabeza choca contra el suelo provocando un ruido seco. Seguro que me sale un chicón de mil demonios.

La presión de su cuerpo, apenas me deja respirar. Jadeo por el esfuerzo, notando cómo mi pecho se infla y desinfla, encajando de un modo tan perfecto con el suyo, que solo nos falta escuchar un click que dé fe de nuestro impecable acoplamiento.

—¡Me estás aplastando! —me quejo.

—Estoy muy cómodo aquí arriba... —pronuncia satisfecho.

Me remuevo tratando de liberarme y él se sienta a horcajadas sobre mi cintura y me inmoviliza las muñecas. En una de ellas están las llaves, que agarro con fuerza.

—Mis invitados entran en mi casa cuando yo quiero y se van cuando yo diga —me informa altivo, versionando lo que le dije en su día, cuando nos conocimos y le eché de mi piso. Como cambian las tornas—. Suelta las llaves —me ordena—. Uno de los dos tendrá que ceder.

—¡No me da la gana!

—Eres tremendamente combativa —farfulla para sí mismo. Después me mira con malicia y en sus labios se dibuja una pérfida y maquiavélica sonrisa. Trago saliva—. Aún no sabes con quién te la estás jugando.

David comienza a hacerme cosquillas y yo me retuerzo con la sensación de que terminaré muriendo asfixiada por mi propia risa. Vuelvo a golpearme la cabeza en el suelo.

—¡Ay! —me quejo—. ¡Eres un bruto y juegas sucio! —le acuso con una mueca de dolor mientras me llevo la mano a la cabeza.

David frena en seco y me mira divertido.

—Lo siento, Blancanieves —se disculpa, dedicándome una mirada de angelito... del demonio—. Pero no sufras, la tienes demasiado dura para que sea algo grave. —Inmediatamente, estalla en una carcajada y yo quiero

venganza.

Trato de golpearle en el pecho, pero ataca de nuevo como si fuera un niño que no ha tenido suficiente y vuelvo a perder el control de mi cuerpo. El sonido de nuestra risa se escucha por encima de la respiración entrecortada de ambos que, por un instante, hemos olvidado que nos encontrábamos en mitad de un duelo de voluntades y que hace rato que las llaves no se encuentran en mis manos.

Soy consciente de ello cuando con un rápido movimiento, las coge y se las guarda en un bolsillo. Luego me guiña un ojo y se mantiene sentado sobre mi cintura con toda la tranquilidad del mundo mientras yo lo miro boquiabierta. Entonces coloca un dedo bajo mi barbilla y la empuja suavemente cerrando mi boca. La provocación que encierra su gesto hace que pase de morirme de la risa a querer matarlo de la rabia en un parpadeo de ámbar. Mi semáforo anuncia un rojo brillante y asesino.

—Devuélveme las llaves ahora mismo. Tú no eres quien para decidir cuándo puedo o no puedo marcharme —espeto tan furiosa que tengo que contenerme para no pegarle.

—Conmigo siempre vas a perder, Blancanieves —se pavonea con una sonrisa de suficiencia.

—¡Ni en tus mejores sueños!

Giro mi cuerpo con todas mis fuerzas y, como lo pillo con la guardia bajada, le hago caer al suelo. Me subo a su pecho y le bloqueo los brazos con las rodillas. David se deja. Estoy convencida de que podría sacudirme con un simple movimiento si quisiera, pero no lo hace. Me mira expectante; su expresión es la de un chico malo que se limita a esperar su turno casi con desidia. Un chico peligroso que me atrae demasiado y que, ahora, yace bajo mis piernas.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche? No es que peses demasiado, pero estás sentada sobre mis costillas —bromea, invitándome a cambiarme de sitio.

Le clavo la mirada, recelosa y vacilante, y él sonríe.

—Si me dejas respirar, prometo no resistirme.

En lugar de levantarme sin más, me arrastro hacia atrás y termino sobre su pelvis sin tener demasiado claro con qué propósito y cuál debería ser el siguiente paso de mi ya malograda estrategia. Mi respiración se queda enganchada cuando siento nuestras caderas presionarse de una forma casi imperceptible, pero suficiente para resultar devastadora. Mi termostato se desconfigura... el de las «altas esferas» desciende grados a favor del de los

«bajos fondos» que se dispara.

—Esta postura me gusta más —continúa desafiándome—. ¿Y ahora qué? Puedo sugerirte varias ideas, si no te llega la inspiración.

Su tono es de burla pero nuestros cuerpos van en serio. Nos hacemos los tontos, pero es difícil ignorar las señales y el calor que emana de ellos. No me muevo por miedo a abrir la caja de Pandora y que la explosión me pille sobre él antes de que pueda saltar del tren en marcha como si fuera un grano de maíz escapando de la sartén caliente.

Él trata de mostrarse natural pese a que sus pupilas dilatadas le delatan. Ahora mismo las brasas de carbón en sus ojos podrían provocar un código rojo en los bosques de media provincia.

—Guárdatelas —respondo con chulería como si lo tuviera todo controlado...—. De momento, en esta posición estoy perfecta. —Pero el traicionero tono de mi voz, convertido en un murmullo ahogado al final de la frase, da fe de que no estoy en las mejores condiciones para echarme un farol. Porque con cada movimiento, por leve que sea, nuestros cuerpos se rozan; él lo sabe y no hace nada por evitarlo; yo lo sé, y no me levanto. Soy consciente de lo que podemos desatar, de las ganas contenidas, y con todo, no me desplazo ni un ápice. El que calla otorga.

—Lo estarías mucho más desnuda —contraataca perverso. Y aunque sé que solo está pinchándome para tantearme, su voz se ha vuelto ligeramente ronca.

—Estoy bien así —repongo con fingida indiferencia, pero siento su mirada abrasadora sobre mi piel y noto que me arde allí donde sus ojos me recorren.

—Una pena... no sabes lo que te pierdes.

—Hablas como si estuvieras en disposición de garantizar el mejor polvo de la historia... —Incapaz de mantenerme con la boca cerrada, reacciono a su fanfarronería inclinándome sobre él para demostrarle que no me intimida—. No deberías prometer cosas que están fuera de tu control —le susurro al oído, antes de regresar a mi posición.

Apenas soy consciente del sutil e involuntario vaivén que han experimentado mis caderas hasta que observo su reacción.

Traga saliva y noto como su nuez se mueve arriba y abajo. No es lo único que noto. Su miembro parece haber cobrado vida y se pone casi firme bajo mis muslos. Me quedo paralizada. Mitad vergüenza, mitad ansias reprimidas a punto de hacerme estallar por los aires. Me gustaría poder levitar para evitar ese roce que alimenta mis fantasías, pero la gravedad, espoleada por mi instinto animal, me empuja hacia los confines del centro de la Tierra en el

sentido contrario. Siento su erección muy caliente y mi sexo hormiguea de anticipación, provocándome deliciosos latigazos de placer.

David interviene echando más leña al fuego.

—Entre tú y yo... —se interrumpe para poner énfasis a lo que sigue. Su tono desprovisto de burla me hace pensar que está muy seguro de lo que dice y que nos estamos adentrando en un terreno peligroso; comienzo a respirar con dificultad.—, lo sería, sin duda. —Puedo sentir sus ojos fijos en mí como el contacto con agua hirviendo. Su mirada está nublada de deseo cuando pone sus manos sobre mi cintura sin apenas moverse. Permanece estático. Solo aguardando. Esperando a que el semáforo cambie de color para cruzar la línea.

Abro la boca para decir algo, pero las palabras me esquivan con habilidad burlona. Creo que ya hemos estirado demasiado de la cuerda y mi determinación se encuentra a un gemido de romperse y sacudirme en la cara. Un movimiento en falso y no habrá vuelta atrás.

Necesito distanciarme o caeré en la tentación sin remedio.

No quiero parar esto.

Respiro profundo para expulsar todas las imágenes pervertidas que me están viniendo a la cabeza y que me sitúan al borde del precipicio.

Tengo que parar esto.

David se yergue y noto como su aliento me agita las pestañas. Me siento como el minuto que precede a un terremoto. Cierro los párpados dejando que su cercanía me envuelva como una marea. Todos mis sentidos quedan bloqueados y solo soy consciente del ardor que desprenden nuestros sexos y el aroma excitante que emana de su cuerpo; que me embriagan y consiguen que pierda cualquier atisbo de sensatez frente a él.

Inspiro con fuerza, el aire presiona en mis pulmones y una sensación de anhelo muy fuerte se expande por mis entrañas, incrementando mi inquietud. Cualquier otra emoción desaparece de mi mente. La rabia, el miedo, las dudas, toda mi lógica aplastante y los miles de obstáculos que había puesto entre los dos se esfuman. Solo nervios y ganas... Muchas ganas.

Imaginar la caricia lenta y delirante de su boca despierta cada una de mis terminaciones nerviosas y me arranca un jadeo quedo. Una corriente eléctrica me pega a su pelvis, se endurecen mis pezones, y el calor más intenso y abrumador se despierta en la parte baja de mi vientre. Le deseo, le deseo tanto que estoy a punto de gritarle que me bese y que no se detenga hasta consumirme por completo. Pero, entonces, sus palabras se hacen eco en mi

mente y un ápice de cordura me hace reaccionar a tiempo: «Después, nada. Nunca repito con la misma chica».

Como un flash desconcertante me doy cuenta de algo que me sorprende y me aterra a partes iguales.

No quiero volverme invisible para él.

No quiero desaparecer.

No quiero que él desaparezca.

—¡Por favor...! —suplico susurrante a escasos centímetros de sus labios, frenándole con las palmas de las manos—. No lo hagas.

David resuella profundamente. Lleva la cabeza hacia delante y nuestras frentes se tocan. Siento cada uno de los latidos de su corazón bajo la palma de mi mano. El mío me aporrea el pecho, desbocado y frenético mientras intento recobrar el control de mis sentidos.

—Dame una razón para no besarte porque, ahora mismo, estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para contenerme —alcanza a pronunciar con los ojos cerrados.

—Porque si lo haces, no habrá nadie con quien boxear cuando tú me hagas daño —confieso abatida, antes de levantarme para dirigirme a la puerta, muriéndome de ganas por que el aire fresco de la madrugada me haga olvidar lo que siento por él.

Empacho de orgullo, ayuno de besos

SÁBADO, 22 DE OCTUBRE DE 2016

Perdí ese beso tuyo por jugar al escondite con las ganas. Se extravió en el laberinto que la indecisión levantó entre tus labios y los míos, en el miedo a abrir una puerta que temía no poder volver a cerrar. Y cuando llegó hasta mí y resbaló cayendo al suelo, me incliné dudando si hacerle el boca a boca a tus intenciones... Entonces, tú insististe lanzándome otro más sin reparos, que tampoco pudo rozarme porque me encontró velando al primero que había muerto ante mis labios.

Publicado por A.C. en 06:28

Etiquetas: Caballero de hojalata

«ME ENFADO, LUEGO ESCRIBO»

No es necesario golpear para hacer daño. Una palabra duele. El silencio duele. Una traición duele. El desprecio duele. La indiferencia duele.
Anónimo.

—ALE—

Llevo toda la tarde pensando en lo ocurrido el viernes pasado y me sale humo de la cabeza. Ese día fue todo muy raro; Diego se saltó su regla de oro apareciendo en la consultoría y yo traspasé la línea no limitando mis emociones. No debí escribirle desde el coche en el estado en que me encontraba después de la discusión con mi padre; preguntarle si le importo fue estúpido e irracional. Tampoco podía saber que terminaría el día hundida en un aparcamiento, necesitando su apoyo más que nunca. No me lo dio. No sé qué esperaba... O, en realidad, sí lo sé. Lo que no entiendo es por qué me afecta tanto que no lo hiciera.

Su respuesta tuvo el efecto de un agujero negro absorbiéndolo todo a su paso, dejando mi amor propio magullado. Aunque fue más que eso... Dolió.

«¿Cómo puede haber llegado en tan poco tiempo a tener ese efecto sobre mí, si ni siquiera le conozco en persona?».

Desde esa noche no ha dado señales de vida y su silencio es tan desesperante que me sume en un estado de nervios que no es normal, haciendo que me sienta ridícula, completamente a su merced a la espera de una contestación que confirme que todo está bien.

Pero no lo está. Mi relación con él comienza a hacerme daño. ¿Y qué hago yo? ¿Me rindo y le mando a hacer puñetas? ¡No. Qué va! En lugar de eso, incapaz de aguantar más la incertidumbre, anoche le enví un *whatsapp* al que no se ha dignado a contestar.

Nunca antes había estado tanto tiempo sin hablarme... o bueno, más exactamente, nunca antes había esperado tanto tiempo a escribirle. Soy yo la

que le busca; Diego solo decide si contesta o me deja con las ganas varios días seguidos, como si disfrutara manteniendo la tensión hasta llevarme al límite. Sin duda, lo consigue; después de tantos meses mi cerebro no sabe qué hacer con las emociones que me provoca, y la ansiedad me embarga y se mezcla con esa necesidad permanente de él, que me hace sentir como si estuviera saciada cuando me presta atención y, a la vez, con un mono insaciable cuando me ignora; siempre con esa sensación desconcertante y dolorosa de no tener ni idea de por qué me siento así.

Necesito poner freno a esta situación.

Repaso los mensajes hasta llegar al chat de nuestro juego en el probador de la tienda de lencería. Releo el final. No sé lo que busco. Quizás, la razón que me haga entender su mutismo.

Ese día algo cambió. No comprendo realmente el motivo, solo recuerdo el *click*, la impresión de que algo se había roto y jamás volvería a ser lo de antes. Descubrí un nuevo tono en sus palabras y, a partir de ese instante ya no he vuelto a sentirme igual, como si el final estuviera a la vuelta de la esquina.

No me gusta sentirme así, siempre en la cuerda floja, siempre en desventaja. Volviendo a empezar de cero, una y otra vez, en cada ocasión que se aleja sin poder hacer nada al respecto. Solo esperar...

Su actitud errática e imprevisible me agota y, en ocasiones, no tengo fuerzas ni ganas de seguir justificando su frialdad. ¿En qué medida son sus miedos e inseguridades los que le hacen comportarse como alguien insensible? ¿Y si Paula está en lo cierto? ¿Y si en realidad se divierte jugando conmigo, mostrándome de cerca lo que ansío para incrementar mi angustia por no poder alcanzarlo?

Me meto en la ducha intranquila con la duda martilleándome en la cabeza. Mientras el agua caliente resbala por mi piel, el recuerdo de algunas de mis conversaciones con Diego, me obliga a abstraerme, tratando de encontrarle sentido a nuestra historia.

* * *

—*Cuatro meses atrás*—

<Alejandra> A veces me siento «desnuda» y me doy cuenta de que estoy en desventaja. Quizás algún día confíes en mí y también te «desnudes» para dejar de wasapear contigo en pelotas mientras tú sigues vestido.

<Diego> No estás en pelotas.

<Alejandra> Bueno, hay muchos niveles de desnudez, de la misma manera que hay muchos niveles de confianza. Somos palabras en una pantalla, yo escribo y tú me lees...

<Alejandra> Básicamente deberíamos hablar de BDSM, pero yo siempre tengo cosas que contarte, temas que me gustaría tratar contigo, preguntas que me muero por que respondas y, sin embargo, a veces escribo y borro, escribo y borro, hasta que la ventana se queda en blanco y no hay tema ni preguntas porque a menudo choco con las barreras de las limitaciones que impones; o está prohibido o, a lo mejor, si lo digo te molesta. Me incomoda esa camisa de fuerza... me recuerda de forma constante que no estamos en igualdad de condiciones.

<Alejandra> La confianza se gana, pero, aún así, me gustaría que confiaras en mí, no para que me cuentes tu vida si no te apetece, solo para que no te sientas amenazado y pueda expresarme sin temor a que malinterpretes lo que digo. La confianza no nos hará «más reales ni más cercanos», solo supondría más libertad.

<Diego> Alejandra, te tengo confianza. Eres libre de hablar. Yo libre de responder.

<Alejandra> Sé que soy libre de hablar, pero los mensajes sin respuesta no son comunicación.

* * *

—Tres meses atrás—

<Diego> No debería importarte lo que yo piense. La opinión de uno no es objetiva y muchas veces se aleja de la verdad. Necesitas la opinión de muchos para acercarte a ella.

<Alejandra> ¿Insinúas que me dejo influenciar por lo que me dices? Partes de prejuicios vacíos. Que valore tu opinión y te la pida, no quiere decir que yo no tenga la mía. No subestimes mi capacidad para tomar decisiones...

<Diego> Ya... Todos tenemos prejuicios que nos inducen a errores.

<Alejandra> Sueles formarte ideas equivocadas sobre mí porque das por sentado muchas cosas. La imagen que tienes de mí no se parece a como creo que soy. Aunque no importa... lo que pienses no invalida que la realidad sea otra.

<Diego> ¿La realidad es lo que tú percibes o crees? Ok. Intentaremos hacérselo saber a los mandatarios mundiales.

<Alejandra> Si no es lo que yo creo y, por extensión, es lo que crees tú, ¿he de concluir que debo basarme en tus opiniones y no en las mías para tomar decisiones? ¡Uy! Qué contradicción, ¿no?

<Diego> No. No he dicho que la realidad sea lo que yo diga o piense. En ningún momento he afirmado que yo solo vea «realidades». Solo te hago ver que lo que tú dices tampoco lo son y, por lo tanto, estaré más cerca de la realidad desde mis premisas, ya que son las que creo verdaderas.

<Alejandra> «Alejandra» no es más que un nombre, pero hay todo un mundo detrás que no cabe en una pantalla de móvil. Tú solo me ves «en diagonal» y aquí no puedo competir contra tus prejuicios ni pretendo... saldría perdiendo.

* * *

—*Dos meses atrás*—

<Alejandra> Lo que siento no se parece a nada que haya sentido antes...

<Diego> ¿Lo que sientes...?

<Alejandra> Sí. Me atraes y me das morbo, pero además me provocas otras muchas cosas.

<Diego> Explicáte.

<Alejandra> Te respeto, Diego, confío plenamente en ti, despiertas mi curiosidad y me estimula cómo piensas, cómo eres, pero, sobre todo, deseo convertirme algún día en algo más que una desconocida con la que hablas por un móvil... me gustaría que fuéramos amigos.

<Alejandra> Sé que «amistad» es una palabra grande y que aspirar a ello por WhatsApp es difícil, pero vale la pena intentarlo. Vale mucho la pena, porque tú, vales la pena.

<Diego> Gracias, Alejandra. Es el mejor de los cumplidos que puedes hacerme. Sexo es placer, sumisión también. Cuando quieres darme tu amistad, ya me estás ofreciendo algo más importante. No tengo muchos «amigos», pero cuando tiendo la mano es de verdad.

* * *

<Diego> Repito no quiero quedar. No porque seas tú, es simplemente «relax de mujeres».

<Alejandra> Me mareas. Si no quieres quedar, ¿por qué me dijiste ayer que te seducía un encuentro real?

<Diego> Me preguntaste si me atraía, no si quería. Ya te dije de inicio que nada de quedar.

<Alejandra> Entonces, te atrae, pero no quieres.

<Diego> No quiero intimar contigo si es lo que deseas y eso incluye quedar. No es por tu forma de ser o por tu físico. No es mi momento.

<Alejandra> Manual. Contigo necesito un manual de instrucciones. ¡No hay Dios que te entienda!

<Diego> Bien. No necesito que me entiendas. Eso no es curiosidad, es habilidad mental. Avanza y deja de releer.

* * *

No existe escala de grises para la indiferencia. Cuando alguien te ignora durante días, no tiene sentido disculparle por más que necesite hacerlo para seguir confiando en él y justificar mi propia idiotez.

¡Maldita sea! Estoy harta de la persona en la que me convierto cuando interactúo con Diego... tan solícita, tan confiada. Si es que a veces parezco tonta. En persona, jamás le dejaría que me tratara así.

«¿Por qué se lo permito?».

Porque me ha abierto las puertas de su mundo y no quiero salir de él. Ese es el problema. Me resisto a dejar pasar de largo la oportunidad de vivir lo que sea que podría enseñarme. Me he hecho adicta a esa posibilidad. Me he enganchado a aquello que me ofrece, inmersa en el trance y la excitación de haber descubierto por fin qué es lo que anhelo y lo que necesito para sentirme plena en áreas de mi vida en las que, hasta conocerle, me había sentido incompleta y vacía. Él sabe perfectamente que, ahora mismo, quiero esto más que nada.

Estoy cansada de pensar, harta de fustigarme con lo mismo una y otra vez, incapaz de llegar a ninguna conclusión porque con Diego todo es blanco y negro al mismo tiempo. Me encuentro en un callejón sin salida.

Enciendo el ordenador, enrabiada, para volcar en mi blog todo aquello

que me obliga a callar, amordazada por sus reglas de dominación y su tendencia al «escapismo». Ahora mismo me siento como una olla a presión, a tres frases de saltar por los aires y me trae sin cuidado si es un *dómine* o el mismísimo Diablo en persona; un hombre que no va de frente y no te permite expresarte porque no acepta las críticas demuestra que es un cobarde al que le faltan pelotas para ser hombre y para ser Amo. O escribo en algún sitio lo que pienso o reviento.

Mientras espero a que se abra la ventana del navegador, mi móvil vibra en la mesa advirtiéndome de la llegada de un nuevo mensaje. Compruebo quién me ha escrito... Es Diego contestando a mi mensaje de anoche. Mis músculos se tensan y el corazón comienza a bombear rápido, sumergiéndome en ese familiar estado de ansiedad que últimamente me atenaza el estómago cuando hablo con él. «¿Por qué me ayudas?», le pregunté.

<Diego> No respondo preguntas absurdas. Confío en ti y punto. ¿Qué más quieres?

Su contestación no me satisface y su hermetismo incrementa mi enojo, provocando que reaccione insolente y sin filtro alguno, dispuesta a resolver mis dudas de una vez.

<Alejandra> Saber qué quieres de mí.

<Diego> ¿Puedes dejar de perder el tiempo con paranoias y preguntas sin sentido? Si lo necesitas, házselas a otro.

<Alejandra> Deja de jugar conmigo, Diego.

<Diego> ¿Jugar? No estoy jugando. Solo he leído lo último porque me agota ver tus mensajes. Siempre las mismas preguntas. Siempre en busca de una nueva confirmación. Demuestras inseguridad.

<Alejandra> ¡Porque no las respondes o te contradices continuamente! ¡Eres tú quien se esconde tras la irrealidad del WhatsApp para controlarlo todo y desaparecer cuando no te interesa! No me hables de inseguridad. No tiene ningún mérito ganar un partido cuando es uno mismo el que impone las reglas a su antojo.

<Alejandra> «Confianza, sinceridad y respeto», ¿recuerdas? No respondas si no lo deseas, pero no me exijas aquello que eres incapaz de dar. Sé claro por una vez y deja de marear, así por lo menos, sabré cómo tengo que actuar contigo y no me haré ideas equivocadas.

<Diego> Tienes dos minutos. Puedes hacer una pregunta. Una sola y aguarda, no me martillees con mil ideas de golpe ni escribas parrafadas porque no voy a leerlas.

<Alejandra> Ya la hice y no me respondiste.

<Diego> Haz otra.

Contemplo la pantalla de mi móvil tensa y cabreada por su desdén. Quiero escribir, pero necesito pensar.

<Diego> El tiempo corre, Alejandra. ¿Y bien?

Puedo sentir la presión, el corazón latiendo desaforado en mi pecho... cada vez más rápido, cada vez más fuerte. Releo sus mensajes, incapaz de asimilar su indisimulada frialdad. Diego tiene sus puntos, aunque nunca había sido tan borde conmigo. Finalmente, tecleo empecinada en obtener lo que busco.

<Alejandra> Quiero conocerte en persona.

<Diego> No.

<Alejandra> Aquí solo leo. Solo sé lo que me transmiten tus palabras. Necesito comprobarlo por mí misma... Llámalo empirismo.

<Diego> Lo que se escribe o se piensa pertenece a un universo idealizado. Hay cosas que no se pueden ni necesitan prueba... se llama confianza.

<Alejandra> Pero yo necesito ver. Ver para creer.

<Diego> Es mejor no creer.

<Alejandra> Tengamos un encuentro y deja que sea yo quien elija si hacerlo o no, basándome en la realidad.

<Diego> No.

<Alejandra> Tu «censura» promueve la idealización...

<Diego> No es censura. Es normalidad. Que no lo veas es cosa tuya y de tu mente retorcida.

Sus descalificaciones me encienden y un cosquilleo frío asciende desde mi estómago hasta el pecho, haciéndome sentir perdida e impotente; no comprendo qué narices está pasando. Diego sabe perfectamente que llevo tiempo tras un encuentro real para aclarar mis ideas; que siento que el

WhatsApp no es suficiente. Replico sin amedrentarme lo más mínimo.

<Alejandra> ¿Eso piensas? ¿Mente retorcida por querer conocerte? Si esa es la conclusión a la que has llegado es que no me conoces una mierda.

<Diego> Mente retorcida por presionarme creyendo que eres capaz de conseguir un imposible. Eres tú quien no está entendiendo una mierda, Alejandra.

Llegados a este punto, la olla exprés estalla y escribo sin reservas todo aquello que, hasta el momento, no me había atrevido a preguntarle.

<Alejandra> ¿Te provoco más cosas además de morbo?

<Diego> ¿Qué quieres decir? ¿Sentimientos? No. ¿Por qué ha de ser algo más?

<Alejandra> Llevamos hablando casi seis meses. El morbo se queda en la superficie, rozando apenas la piel. Para mí no eres solo piel, también lo que hay detrás de tu nombre, lo que se esconde tras tus muros. Pensé que después de lo ocurrido en la oficina...

<Diego> Limita y controla lo que quieras. Pon las palabras que quieras. No siento nada. Simple. Fácil. Si quieres hablar, bien. Si no te apetece, bien. Y si quieres más, olvídate.

<Alejandra> ¿Ni siquiera amistad?

Diego permanece en línea, pero no contesta. Su silencio vaticina una respuesta que empezó a ser más que evidente desde hace rato. Al final, escribe y, aunque sus palabras no me sorprenden, igualmente las siento como si me hubieran disparado, dejándome totalmente rígida.

<Diego> Tú y yo solo hablamos. No hay más. No tengo «amigos». Me cansa hablar de mí. No «busco amigos» ni entablar nada. Desde un primer momento fui claro. Te he contado lo que querías saber sobre las relaciones D/s. He tratado de resolver tus dudas. He opinado objetivamente. Pero, nada más. Yo no gano nada, ni quiero nada.

A medida que leo, el eco de cada una de sus frases va llenando la habitación y se apodera de cuanto me rodea, acorralándome en un espacio cada vez más pequeño y con menos oxígeno, donde apenas puedo respirar.

Noto como me voy desinflando y las fuerzas me fallan; la impresión de ser totalmente invisible para él me hace daño, convirtiéndome en alguien emocionalmente frágil y derrotado.

<Alejandra> Pero, me estás ayudando a conocerme, ¿no?

<Diego> No, solo te leo. No soy tu Amo ni tu amigo.

Su afirmación me oprime el pecho, provocando la sensación de estar perdiendo lo poco que tengo con él, como arena fina que se desliza entre mis dedos, incapaz de retenerla.

<Alejandra> ¿Me estás diciendo que no me vas a ayudar más?

<Diego> ¿Ayudar? Si ayudarte es leer, opinar, sí. Si es darte tareas, no. Se confunden términos y no te das cuenta. Te empeñas en que «te haga mía» y no lo haré, Alejandra, entiéndelo.

<Alejandra> Eso no es cierto. Eres tú quién se empeña en creerlo.

<Diego> No discuto cosas que no me van a llevar a aprender nada. Si lo deseas, podemos seguir hablando. Un conector: «Hola, Diego. ¿Estás?» o algo así, y si los dos estamos, conversamos. Yo opinaré o lo que quieras, aunque nada personal. Tuyo, no mío. Pero hablar no es pasarlo mal. Si te vas a molestar, si vas a pasar malos ratos o hacérmelos pasar a mí, no tiene sentido continuar. La vida es para pasarlo bien.

Diego abandona el chat sin esperar mi réplica, dejándome en estado de shock y al límite, como si en pleno descenso en una montaña rusa desaparecieran los raíles y me precipitara al vacío, con el estómago en la garganta y la certeza de estar a punto de aplastarme contra el suelo. El corazón se me va a salir del pecho mientras noto como mi mente se bloquea, tratando de protegerme del torbellino de emociones negativas que me absorben como arenas movedizas.

33
¿POR QUÉ TE BUSCO?

*No existe una palabra más poderosa para activar el mecanismo del
deseo que un no.*

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

—¿Qué ocurre? —la voz preocupada de Paula me devuelve bruscamente a la realidad; ni siquiera la he escuchado entrar en la habitación.

Cuando me giro la tengo a mi lado, estudiándome con ojos pensativos. Incapaz de contestar, le extiendo mi mano como una zombi ofreciéndole mi móvil, porque ni yo misma lo sé. Paula acepta mi teléfono sorprendida, porque nunca le he dejado husmear en mis conversaciones.

Mientras desliza su dedo por la pantalla pasando los mensajes, contemplo como va cambiando su expresión, cada vez más contraída, hasta que suspira hondo y deja el aparato sobre la mesa sin pronunciar una palabra. Su silencio me pone nerviosa y me impaciento.

—Di algo.

Cuando alza la vista, me mira como si estuviera eligiendo con cuidado lo que va a decir a continuación; su cautela me provoca una sensación de incomodidad difícil de explicar porque Paula nunca ha necesitado ponderar sus opiniones y mucho menos conmigo.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—Diciéndome lo que piensas. Me siento tremendamente gilipollas.

—No creo que quieras escucharlo.

—Si te pregunto es porque quiero. Sé sincera como siempre y suéltalo sin más, lo estás deseando.

Inspira profundo de nuevo y exhala el aire despacio.

He de oírlo, aunque no me guste, o tal vez precisamente por eso, porque en

este instante necesito que su visión me abofetee y renueve el aire viciado de mis pensamientos para sacarme de este mal sueño.

Un reproche en sus ojos está a punto de salir a la luz.

—Pensaba que después de tu «investigación» tendrías claro que ese tío no es trigo limpio —se lamenta por fin—. Un Amo en condiciones no se comporta ni reacciona como lo hace él. Y esto te lo digo como sumisa... que algo de experiencia tengo al respecto —apunta indignada y mordaz—. *Doc* jamás me ha tratado de esa forma. Lo que está haciendo contigo tiene un nombre y te aseguro que no es el de «dominación». Tíos como este son los que le dan mala reputación al BDSM —escupe taxativa su insinuación como si fuera una obscenidad.

La observo en silencio con un nudo en el estómago. Expuesta y vulnerable frente a una versión de los hechos ligeramente distinta a la mía, que achaco a su aversión hacia Diego.

—No te embales, Paula, que te emocionas —salto de inmediato, alzando una mano a modo de advertencia—. Vale que no es la persona con más tacto de la faz de la tierra, pero ¿no crees que exageras? Aunque últimamente se esté comportando como un completo capullo, no siempre es tan borde... No sé qué mosca le ha picado.

—¡Ale, no me jodas! —me interrumpe furibunda—. ¡Me da igual si es el Dr. *Jeckyll* y Mr. *Hyde*! ¡Si no quiere nada contigo, que ponga fin a este «lo que sea»! —Su voz se eleva hasta convertirse en un grito agudo—. Cometiste el error de no marcar tus límites y dejar que tomara las riendas, cegada por tu necesidad de experimentar emociones fuertes, creyendo que él podría cubrir ese vacío sin sentirte amenazada, pero estás jugando con fuego y te vas a meter una hostia como un templo.

Las palabras de Paula me sacuden y me hacen daño porque parecen muy próximas a esa verdad que me niego a admitir; una realidad en la que también yo he pensado en algún instante de lucidez, pero que en su boca se me hace más cruda, tanto que duele mucho más.

—No estás siendo objetiva —le reprocho, con las manos apretadas en puños a los costados, negándome a darle la razón porque, ahora mismo, no quiero que confirme mis sospechas sino que disipe mis temores—. Para ti todo lo que haga es un sacrilegio porque le tienes una manía desproporcionada, pero Diego no es como lo pintas. No... Tiene que haber una explicación. —Sin embargo, mi voz muestra falta de convicción cuando vuelvo a hablar—. Me cuesta creer que actúe de ese modo por pura diversión. Tiene que haber

algo más... solo intenta protegerse.

—Tú sigue así, Ale —Paula entrecierra los ojos y frunce el ceño con profunda desaprobación—. Continúa haciendo de abogada del diablo defendiendo a un tío que no muestra ningún tipo de empatía ni benevolencia cuando prácticamente mendigas su atención y respeto. Si se tratara de cualquier otro, a estas alturas ya lo habrías enviado a donde se hundió el Titanic de una patada en el culo en lugar de intentar justificar que te trate con una indiferencia que raya en el desprecio. Con él te comportas de un modo distinto. Tú no te das cuenta, pero te hace parecer algo que no eres... una persona que solo existe cuando él lo permite, dependiente de respuestas que no te da y que tú exiges, embargada por la desesperación de entenderle y de aferrarte a algo. Porque no tienes nada. Esa de ahí —dice con una paciencia forzada señalando el móvil— no eres tú, Ale. Y él tampoco es el Amo que tú crees, porque esa persona solo existe en tu cabeza. ¿Realmente vale la pena?

Miro fijamente a mi mejor amiga intentando argumentar una respuesta, cualquier cosa para convencerla de que sí lo vale, pero es como si me hubiera pateado el estómago y las palabras no acuden a mis labios.

¿Qué podría decir? ¿Que sabiendo lo que es capaz de provocar en mí con simples juegos, no creo que experimentar una *doma* real con Diego pueda compararse con nada que haya vivido antes? ¿Que después de mostrarme un mundo que ni siquiera soñaba que existiera, deseo con todas mis fuerzas ser iniciada, pero solo con él?

No estaría siendo sincera del todo. No es lo único.

Mentiría si no admitiera que para mí nuestra relación va más allá del morbo y del placer. Que si todavía no me he rendido no es por el Amo o, por lo menos, no solo por él, sino por la curiosidad que me despierta la persona que hay detrás del Dominante. Es esa la faceta de sí mismo que creo que vale la pena descubrir.

Que Diego es exactamente lo que necesito en este momento. La pieza del puzle que me faltaba, en torno a la que he reorganizado mi universo sexual, creando la ilusión de que todo cuanto me muestra encaja de un modo perfecto. Me transmite seguridad y marca el camino en este viaje de búsqueda y experimentación hacia lo desconocido; confío en él y, aunque también pueda hacerme daño, sé que jamás me romperá el corazón porque es lo único que no le he entregado.

Aún así...

Mentiría si no dijera que, de un tiempo para acá, también resta y me

trastoca con su comportamiento impredecible; que me siento cada vez más impotente enjaulada en un espacio virtual en el que no puedo actuar como haría si lo tuviera delante, estando en igualdad de condiciones.

Que necesito conocerle en persona. Ese anhelado y revelador encuentro, que imagino como algo espectacular, y que podría, sin duda, aclarar si la química que hay entre nosotros existe realmente o es solo un espejismo que me está volviendo loca.

Si respondo tendría que confesarle a Paula y a mí misma que ya no sé si vale o no la pena, que hace tiempo que perdí el control de la situación, de mis sentimientos y de mis acciones y que necesito obtener respuestas, no por inseguridad o desesperación, sino por saber a qué atenerme antes de tomar una decisión definitiva con Diego.

—¿Qué quieres que te diga, Paula?

—La verdad.

Abro la boca para defenderme pero la sumisa que tengo delante me ataja con dureza y sin tregua.

—Crees que sois amigos. ¿«Amistad» es que un tío al que no has visto en tu puñetera vida se limite a contestar a cuatro *whatsapp* cuando le viene en gana? —reflexiona en voz alta con la mirada perdida en algún punto de la habitación—. ¿Qué ridícula teoría es esa, Ale? —regresa sus ojos a mí y me los clava inquisitiva—. ¿A quién en su sano juicio se le ocurriría llamar a eso amistad?

—Me entregó su confianza.

—¿Y? —bufa sin dar crédito por esa birria de argumento. Hasta yo misma soy consciente de estar aferrándome a un clavo ardiendo—. Confianza sin afecto, tampoco es amistad —sacude la cabeza, claramente exasperada.

—Diego ha estado ahí muchas veces cuando le he pedido consejo —continúo, defendiendo lo indefendible, casi por inercia.

—¿Y dónde estaba cuando le escribiste hecha una mierda después de cenar con tu padre? —pregunta asqueada—. Hasta donde yo sé, no fue él quien te consoló aquella noche.

—No, no lo fue —convengo resentida—, pero David dejó bien claro lo que quería y por qué lo hizo... y es evidente que él y yo no queremos lo mismo.

—No seas injusta. Ni siquiera yo he pisado su casa —le defiende categórica—. David es muy celoso de su intimidad. Te aseguro que jamás te habría llevado allí solo con la mera pretensión de darse un revolcón contigo.

Quizás en ese momento no lo admitiera, pero ha demostrado que, para el poco tiempo que os conocéis, le importas mucho más de lo que jamás le importarás a tu querido *Amigo Invisible* en un millón de años. Además, David va de frente con lo que quiere mientras el otro nunca te lo dirá de una forma clara porque no eres más que un pasatiempo para él.

Paula se queda un momento callada y me atraviesa con la mirada, exigiendo una justificación por mi parte. No digo nada. No tengo nada que decir, porque añadir a David a la ecuación lo complica todo y consumiría la poca energía que me queda, dejándome sin batería.

Su intocable colega es un universo aparte... en su caso, es todo él el que no tiene comparación con nada y, si algo tengo claro, es que es mejor no tratar de averiguar la razón, porque la atracción podría pasar a convertirse en una emoción mucho más compleja de manejar que no puedo permitirme. Debo protegerme, evitar cruzar esa frontera... David es exactamente lo que no necesito en este momento.

—Te voy a decir lo que piensa el *Príncipe de las Mareas* —prosigue, determinada a que abra los ojos a su realidad—. Está enfadado porque considera que le aprietas demasiado y le exiges más que su madre. Y tú no eres nadie para pedirle nada porque no jugáis en la misma liga. Así que, cuando se cansa de ti, es más que probable que se vaya a jugar con otra que no le presione tanto. ¿O acaso crees en serio que eres la única mujer con la que se relaciona y que hace meses que no tiene sexo como te dijo?

Absorbo sus palabras cada vez más bloqueada. Nunca me he hecho ilusiones pensando que Diego pudiera tener sentimientos por mí más allá de la amistad, pero la idea de no significar absolutamente nada para él me provoca una agria desazón difícil de ignorar.

En algún rincón de mi cerebro una vocecita se hace oír para decirme que ha llegado el momento de dejar de resistirme y aceptar la realidad.

—¿Por qué sigo ahí, Paula? ¿Por qué le busco? —pregunto derrotada.

—Porque sabe perfectamente lo que hace. Te da y te quita sin un patrón establecido para crear esa adicción intensa hacia él que ni siquiera tú puedes explicar. Y como a ti te pierde que te lo pongan difícil y no tienes ni idea de cuáles serán sus reacciones, la tensión constante y la excitación de conseguir algo que se supone que es casi imposible, hace que todavía te sientas más atraída hacia él y el reto que representa.

»Es como un pequeño lavado de cerebro; te amedrenta con su discurso desordenado y paradójico para mantenerte inmovilizada en un juego en el que

solo él conoce las reglas. Estás tan concentrada en entenderle que te olvidas de ti misma, totalmente sometida a sus deseos, porque ante la más mínima muestra de rebeldía o insinuación de que no está siendo honesto, amenaza con levantarse de la mesa y abandonar la partida. Tú no eres consciente de que te está forzando porque te encuentras atrapada en una tela de araña, anestesiada psicológicamente y a su merced, aferrada a la fábula que te ha contado sobre sí mismo y esa estupidez de que le necesitas para encontrarte a ti misma. ¡Y una mierda!

»El problema es que estáis entrando en una espiral negativa, cuyo resultado es una dominación nociva y tóxica de la que debes alejarte cuanto antes. La pregunta que tienes que hacerte es: ¿Realmente es él quien te atrae o tan solo la necesidad de descifrar su comportamiento y la naturaleza del juego que te ha propuesto? Piensa bien la respuesta y corre en dirección opuesta, ahora que todavía estás a tiempo.

«DONDE DIJE DIGO, DIGO DIEGO»

—Te tomas demasiado en serio —dijo, despacio—. Te das demasiada importancia. ¡Eso hay que cambiarlo! Te sientes de lo más importante, y eso te da pretexto para molestarte por todo. Eres tan importante que puedes marcharte así nomás si las cosas no salen a tu modo. Sin duda piensas que con eso demuestras tener carácter. ¡Eres débil y arrogante! (Juan Matus).

Carlos Castaneda. Viaje a Ixtlán.

—ALE—

En cuanto Paula abandona la habitación, agarro el móvil con la intención de averiguar si es cierta su teoría de que el supuesto «relax de mujeres» de Diego es un farol.

Pregunto sin rodeos. Escribo sin pensar.

<Alejandra> ¿Sigues sin sexo?

El Amo aparece en línea y el doble *tick* de mi pregunta se torna azul. No sé si contestará, pero permanezco inmóvil observando la pantalla, consciente de que su respuesta puede cambiarlo todo.

Después de lo que me parece una eternidad, veo que está escribiendo. Estoy a punto de confirmar si todos estos meses no han sido más que una grandísima mentira.

<Diego> No.

<Alejandra> ¿Tienes pareja?

<Diego> No.

<Alejandra> ¿Sumisa?

<Diego> Sí.

Se me funden los plomos.

«Cuando “pruebas el chocolate”, lo querrías comer siempre, aunque tu cabeza diga que no puede ser», recuerdo sus palabras de hace tan solo unas semanas y asumo que su auténtica naturaleza ganó la batalla interior, si bien desconozco a qué precio... o, quizás, un poco sí, porque en lo que respecta a mí, algo parece que se ha cobrado en todos estos meses, consumiendo una parte de mí misma que no creo poder recuperar.

Diego me abrió la puerta de un mundo nuevo y excitante para, luego, cerrármela en las narices sin ningún tipo de remordimiento.

No me escogió como dejó que pensara que haría.

Compruebo alarmada que duele más de la cuenta imaginarle con alguien que ocupa ese lugar que yo deseaba, alguien a quien «cuida» no sé desde hace cuánto tiempo, y que puede estar con él sin miedo a que se esfume mientras yo sigo chocando contra sus barreras, una y otra vez, sabiendo que jamás me ofrecerá nada de lo que le entrega a ella.

Los celos me consumen, pero, más que eso, me siento traicionada.

<Alejandra> ¿Desde cuándo?

<Diego> No voy a contestar más preguntas en ese sentido. Es algo que me guardo para mí.

<Alejandra> Este es uno de esos momentos en los que te buscaría porque necesito hablar contigo, solo que, en esta ocasión, sería para hacerlo sobre ti... pero de verdad. Poniendo las cartas sobre la mesa.

<Diego> No quiero hablar sobre mí, Alejandra.

<Alejandra> ¿Dónde quedó la confianza? ¿Tuve la tuya alguna vez?

<Diego> Confiar implica también saber cuándo no preguntar, cuándo no responder.

<Alejandra> Dijiste que nos veríamos si regresabas al mundo de la dominación... Me hiciste creer que cuando buscaras sumisa...

<Diego> ¿Yo te hice creer? No recuerdo haber jurado nada sobre la Biblia. De lo que sí me acuerdo perfectamente es de lo que tú prometiste y no has cumplido. Tienes una memoria muy selectiva, Alejandra.

<Alejandra> Eso no es cierto. No te escudes en mí para justificar tus contradicciones y tu falta de sinceridad conmigo.

<Diego> Es tu comportamiento el que no ha sido lineal. Las cosas han de seguir su curso de una manera ordenada, y tú te empeñas en mezclarlo todo, en

liarlo con tus constantes elucubraciones, con tu exasperante necesidad de atención y respuestas inmediatas. A veces, incluso, para reforzar cosas que sabes de sobra... Confío en ti, en tu instinto de mujer ávida de experiencias, no en tu raciocinio; has de dejarte llevar, abandonarte, entregarte, rendirte... y tu razón es demasiado combativa. Jamás te lo permitirá.

Diego abandona el chat, dejándome helada y sin capacidad de reaccionar. Noto como si estuviera a punto de quebrarme. Permanezco sentada con la mirada perdida en la pantalla, releyendo con perplejidad sus mensajes mientras la sangre comienza a irrigarme de nuevo el cerebro y a burbujearme en las venas. Si esto iba de descubrir mis límites, termino de rebasar un umbral... el de mi paciencia.

La indignación se apodera de mí gradualmente por el modo en que ha terminado humillándome, y casi puedo ver a mi ego cogiendo carrerilla.

¿Quién narices se ha creído que es para juzgarme de ese modo!?

¿Dónde quedó el respeto y su “no me gustan las medias verdades”? ¿Que no soy lineal? ¿Y eso lo afirma el *Maestro del Donde-dije-digo-digo-Diego*? ¿Un tío al que es imposible seguir porque opina una cosa un minuto para al siguiente hacer justo lo contrario se atreve a decirme que soy yo la que la lía todo? Alucino.

Me paso seis meses defendiéndole como una imbécil, tratando de entender su comportamiento y de no precipitarme a la hora de sacar conclusiones hasta que no me cuente su historia y ¿qué hace él? Me despacha con un apresurado psicoanálisis de todo a cien y desaparece dejándome con la palabra en la boca.

Si se piensa que así voy a callarme, me conoce mucho menos de lo que se imagina. Y mira por donde, en este aspecto, estamos exactamente igual; yo tampoco le conozco. No sé qué Diego es más real. Si ese cínico y endiosado que, en ocasiones, puede llegar a ser cruel y que se ha estado manifestando últimamente o la persona inestable e insegura que, a veces consigo vislumbrar a través de su gélida armadura y que parece empeñado en mantener a todos alejados para no incrementar la sensación de vulnerabilidad por aquello que se escapa a su dominio o su miedo a no estar a la altura.

Uno no se pone máscaras con un desconocido que le es indiferente y cuya opinión no le importa lo más mínimo. ¿Para qué habría de fingir conmigo? Pero, al mismo tiempo, el WhatsApp es el caldo de cultivo de una idealización. Él y yo no somos más que una fantasía recreada con retazos de

sombras, ciertas e imaginadas, que se mantienen sobre la cuerda floja de la ilusión virtual, la instantánea de una imagen de nosotros mismos parcial y congelada en el tiempo. ¿Se puede ser real siendo irreal?

No creo que jamás consiga averiguarlo.

Presiono el micrófono en el extremo derecho para grabar un mensaje de voz, deseando escupir todo lo que me he estado guardando y que, ahora mismo, me quema en la garganta; anhelando con todas mis fuerzas poner fin a la tensión permanente que me provoca mi relación con Diego y recuperar de una vez la libertad.

Paso ya de intentar arreglar las cosas, ¿para qué?, o mejor dicho, ¿arreglar qué? No puedes perder lo que jamás te ha pertenecido. Nada de lo que haga conseguirá taponar el pozo sin fondo de su insensibilidad; despertar algún tipo de afectividad hacia mí. Mejor que todo esto explote; no quiero pasarme el resto de mi existencia añorándole, extrañando un encuentro o teniendo orgasmos vacíos pensando en alguien que no existe y que tiene la odiosa capacidad de nublarne el juicio y conseguir hacerme dudar hasta de mí misma; detesto esta sensación de dependencia.

<Alejandra> Confianza, sinceridad y respeto. Ese fue el trato. Lo he intentado... He luchado incluso contra mí misma en ocasiones en las que me era imposible comprenderte o me has llevado al límite como si no te importara lo más mínimo cómo me haces sentir.

<Alejandra> Confianza es lo único a lo que puedo aspirar, la palabra que da nombre a mi relación contigo. «Confío en ti, ¿qué más quieres?», me dijiste en una ocasión cuando te pregunté lo que éramos. Pero ya no sé si eres sincero; si lo has sido en algún momento... Me pediste que te desnudara mi alma, quedando totalmente expuesta a la incertidumbre y al frío de tu silencio. Exigiste que creyera en ti, para luego impedirme el acceso a ese espacio íntimo y personal al que jamás permitirás que me acerque demasiado para no sentirte amenazado. Me mentiste. Y un hombre sin palabra es aun más invisible de lo que jamás seré yo para ti; no vale nada como persona. Eres incoherente, contradictorio y ambiguo... Pero hay algo en lo que no vas desencaminado, me estás volviendo loca.

<Alejandra> Seguir hablando, ¿para qué? ¿Acaso no sabes que tu desprecio duele? Si disfrutas con esta especie de tortura, eres tú y no yo, el que no está bien de la cabeza y, si no es deliberado, no eres más que un patético egocéntrico que no es consciente del daño que hace. ¿A qué estás

jugando, Diego? ¿Por qué me pides cosas que no quieres? ¿Por qué prometiste cosas que no cumples? La confianza se gana, pero tú nunca te «desvistes» cuando hablas conmigo.

Al despegar el pulgar de la pantalla, experimento una anestésica sensación de alivio, como si me hubiera sacado un peso de encima enviando ese audio.

Mi móvil no tarda demasiado en sonar para encontrarme con un enlace a Youtube. Jamás antes había recibido nada por parte de Diego que no fueran escuetos mensajes de texto y eso me sorprende.

Contrariada, pincho el *link* que me conduce a un video de 6,43 minutos, llamado «*Prepare to have your heart melted*», que parece tener la intención de derretir mi corazón, como apunta su título. Una secuencia de fragmentos de tiernas imágenes de animales de todo tipo, que voy pasando de forma rápida incapaz de extraer la razón que le ha motivado a mandármelo. Así hasta que llego al minuto 6,27. Mi corazón se encoge de golpe ante el sonido de un llanto desconsolado. Un cachorro enjaulado lucha angustiado por escapar de su cautiverio para ir al encuentro de un perro adulto que yace sin vida en el suelo. Pero, pese a su desesperación por liberarse, jamás conseguirá acercarse. Abandono Youtube con la desazón revolviendo mi estómago. Antes de que sea capaz de encontrar sentido a lo que termino de ver, el teléfono vibra en mi mano, sacándome de sopetón del trance.

<Diego> Hola, Alejandra. Solo lo ves desde «tu pedestal». Desde «Alejandra».

Escribo para responderle, pero Diego me ataja antes de darle a enviar.

<Diego> Calla. No escribas. Lee. Es mi turno.

<Diego> ¿Qué debo de pensar cuando voy de cabeza con un proyecto que tenía que entregar ayer y veo una conversación de WhatsApp con varios mensajes tuyos pendientes? Pues que mejor ignorarla, marcarla como leída y ya volveré a ella cuando pueda. ¿Qué debo hacer cuando me echan atrás el proyecto y no tengo ganas de hablar con nadie? Claro... hablar con Alejandra y su cruzada para conocerse a sí misma.

<Diego> No soy buena persona. Soy egoísta. Mi cabeza desestima información y, muchas de esas veces, eres tú y tu pedestal.

<Diego> Has hablado con más Amos. Ofrecete a uno, sométete y conócete, que es lo que quieres. A mí no me importas. No quiero ser nada ni nadie. Y creo que ya te he dado bastante de mí.

Mis ojos vagan perdidos entre sus mensajes con sabor a final.

Era lo que quería, ¿no? Dejar de sentirme esclava de sus reglas por una vez, y desquitarme sin tapujos, sabedora del riesgo de que todo se fuera a la mierda...

Así ha sido.

¿Por qué entonces no me siento tan bien como debería? ¿Por qué su frialdad desproporcionada me provoca una agria sensación en el estómago que me cuesta ignorar?

Me repito a mí misma que es mejor así, aferrándome con fuerza a la idea de que no le necesito para encontrarme a mí misma. Pero no funciona, porque cuando pienso en la posibilidad de que deje de hablarme de un modo definitivo, me atenaza el pánico, consciente de lo difícil que será sacarlo de mi cabeza si no llego a enfrentar a la persona de carne y hueso. Escribo a la desesperada, embargada por la irracionalidad, arrastrándome para enmendar el error.

<Alejandra> No estás siendo justo. Yo no tenía ni idea de ese proyecto. Nunca me cuentas nada. Por favor, hablemoslo. Por favor, perdóname.

<Diego> Déjalo, Alejandra. No tengo tiempo para esto. Yo no busco una guerra continua, sino una rendición. Te advertí de las consecuencias de tu actitud.

<Alejandra> ¿Me estás diciendo que esto se termina aquí? ¿Qué ya no quieres hablar más?

<Diego> Exacto.

Diego se desconecta sin más, haciéndome sentir terriblemente patética. Ridícula. Estúpida. Permanezco, rígida e inmóvil, con la vista clavada en su respuesta afilada como la hoja de una navaja detenida a centímetros de la yugular. Contengo la respiración como si pretendiera que las sílabas no me rozaran porque no me encuentro preparada para la brutal sacudida.

Incapaz de encajar lo que termina de ocurrir, me dejo caer sobre el colchón y me abandono al repentino cansancio que me domina; quiero quedarme dormida, no pensar.

Mi cerebro se congela, mis constantes se ralentizan y, de repente, una profunda sensación de sueño me embarga. Cierro los ojos y solo respiro... solo respiro. La mente en blanco. No hay nada. Vacío. Silencio. No quiero ser consciente de que cuando despierte, él ya no estará ahí nunca más.

35
¡AH! Y SANTA...

*Han dejado de engañarte, no de quererte. Y sufres como si hubieran
dejado de quererte.*

Antonio Porchia. Voces.

—ALE—

No sé qué hora es cuando abro los ojos y me remuevo en la cama. Todo lo ocurrido anoche regresa a mi mente de golpe y las palabras de Diego arremeten con fuerza contra mi pecho. Me hieren porque sé que el final le es indiferente, que nunca he existido para él...

Me provoca demasiadas cosas y muy diferentes, una especie de caos interior en el que todo gira de forma confusa alrededor de un espacio vacío en el que no consigo hacerlo encajar. Ahora tengo claro que jamás podré hacerlo y la idea me asusta.

Me aterra no conseguir apartarlo de mi memoria, que su recuerdo se quede pegado en las paredes de mi cerebro como un chicle a la suela de los zapatos, y me asalte de improviso cada tanto, enredándose con mi imaginación, mezclándose y confundiéndose con las fronteras de lo real para nunca desaparecer del todo...

«Por favor, hablemoslo. Por favor, perdóname», rememoro mis palabras de anoche. Mi cabeza las reproduce como un disco rayado rompiendo mi ego en mil pedazos.

Accedo al WhatsApp y confirmo la evidencia de que no hay ningún mensaje pendiente. Releo con cierto masoquismo la última parte de nuestra conversación, sintiéndome humillada por la soberbia y el desdén que contienen sus frases, pero, sobre todo, abochornada por la desesperación que transmiten las mías; patética y furiosa por haberme arrastrado suplicándole de ese modo, como un cachorro abandonado que espera anhelante, con las orejas

gachas, a que su amo vuelva a buscarle.

Como un perro, sí.

El final de su vídeo se cuela entre mis pensamientos y un escalofrío me recorre de arriba abajo, retorciendo el nudo en el estómago que permanece ahí desde anoche. El simbolismo me parece tan atroz que tengo que sacarlo de inmediato de mi cabeza por las sensaciones tan desagradables que me provoca. Me veo reflejada en su mensaje subliminal; la cruel advertencia. El cadáver de nuestra «relación» yaciendo en el suelo. La esperanza muerta de alcanzarle algún día... El llanto desconsolado de la sumisa iniciada, la desesperanza, la angustia... la jaula del WhatsApp impidiendo los movimientos. El castigo anunciado de su abandono tras meses poniéndome la miel en los labios, incrementando la ansiedad y el deseo.

Siento rabia e impotencia.

Las lágrimas contenidas a duras penas ruedan cálidas y silenciosas por las mejillas. Un dolor sordo y profundo las acompaña; se expande hasta llenarlo todo y alcanzar mi corazón, donde su roce escuece y no sé cómo sacarlo de dentro...

—Ale, ¿recuerdas si anoche llevaba el móvil cuando estuve aquí? No lo encuentro por ningún lado —Paula irrumpe en mi habitación como un tornado y su voz se apaga en cuanto me ve llorando. Se acerca asustada a mi cama, se sienta junto a mí y me abraza—. ¿Qué ha pasado, Ale? —pregunta inquieta mientras me acaricia el pelo suavemente.

Me vuelvo hacia ella, que está ansiosa por saber qué me sucede.

—Diego... —balbuceo entre sollozos, limpiándome el rostro humedecido con las palmas de las manos—. Yo no soy... una puñetera insensible... como él, ¿sabes?

Mi mejor amiga se aparta con cuidado para mirarme a los ojos, sin dejar que su reacción por la noticia aflore a su rostro. Se gira para alcanzar el dispensador de pañuelos de papel que hay sobre la mesita y yo inspiro profundo, tratando de calmarme para poder narrarle todo lo ocurrido anoche, después de que abandonara mi cuarto tras nuestra charla. Cuando termino, estalla en una carcajada sin molestarse esta vez en disimular su entusiasmo.

—¡Joder, Ale! Pagaría por haber visto su cara. Este se ha quedado con ganas de ponerte el culo como un semáforo.

Su comentario consigue hacerme sonreír. Tiene razón. Puede que me extralimitara expresándome de una manera tan libre y espontánea escribiéndole en caliente. Posiblemente debí mostrarme más solícita,

morderme la lengua como llevo haciendo todos estos meses y no ser tan ¿directa? ¿sincera? ¿clara? Seguramente... Pero no me dio la real gana.

—Solo le hice saber cómo me sentía —me definiendo, tensa, sin entender demasiado bien porque me estoy justificando o ante quién—. No creo que mis palabras fueran motivo suficiente para que se enfadara de ese modo.

—Si para mí está perfecto, Ale... pero no olvides que es un Dominante con un ego sobredimensionado. A mí nunca se me ocurriría provocar a *Doc* de esa manera. Apuntaste directamente a su amor propio y le diste de lleno en las pelotas.

—No fui más dura de lo que él estaba siendo conmigo.

—El *Príncipe de las Mareas* no estaba siendo «duro» contigo, Ale. Sus afirmaciones e indirectas eran claramente ofensivas, que es muy distinto —se apresura a corregirme—. Paranoica... parrafadas... preguntas absurdas... Insegura... Retorcida... Lianta... —recita el parte de descalificativos—. ¡Ah! Y santa —añade mordaz—. Se me olvidaba lo del pedestal. ¡Tú no eres nada de eso, joder! Pero necesita que tú lo creas para poder así reafirmar su poder sobre ti —subraya con una expresión reprobatoria que tengo bien claro a quién va dirigida—. Un Amo de verdad te da libertad para que seas tú misma, no te anula ni te degrada. Y por si aun no fuera suficiente, el muy cínico se atreve a insinuar que te crees mejor que él para hacerte sentir mal... —Paula pega un bufido asqueada—. Lo gracioso es que yo me atrevería a asegurar que lo hizo porque en el fondo teme que lo seas y eso le jode y mucho. Pero mira, en eso se equivoca. No eres mejor que él... sencillamente, no eres como él.

—En ese momento consiguió exactamente lo que se proponía. Hacerme sentir culpable por haberle recriminado su indiferencia cuando estaba metido en otras historias. Incluso ahora, después de la frialdad con que reaccionó, una parte de mí sigue creyendo que fui injusta y egoísta. ¿Por qué? ¿Por qué me duele tanto que se haya ido todo a la mierda? —inquiero confusa y abatida.

—Porque sabe qué decir, cómo y cuándo para conseguir que te sientas precisamente de esa manera. Bastaba con un par de mensajitos contándote lo de ese supuesto proyecto para evitar el melodrama, pero no lo hizo porque ese es su juego. Mantenerte en tensión y al límite. La perorata que te largó y el vídeo raro de los animalitos que usó como aperitivo de su patada en el culo, tenían el claro objetivo de advertirte, de la manera más retorcida, de que eras merecedora de un final doloroso por desafiarle. Esa forma de comportarse demuestra exactamente el tipo de persona que es.

Mi expresión se contrae al recordar de nuevo el vídeo de marras.

—Sé que duele y te costará sacártelo de tu cabeza... creías en él y ha traicionado tu confianza. Pero te aseguro que esto que ha ocurrido es lo mejor que te puede pasar. Detalles así son los que demuestran que tu naturaleza no es sumisa y que él no ha sabido valorar el regalo que le estabas haciendo. Una sumisa de verdad habría apechugado con sus silencios, se habría centrado en él, en cumplir sus órdenes para complacerle y, de ninguna de las maneras, habría cuestionado su autoridad echándole un pulso como hiciste anoche. Pero eres una persona pasional, con demasiado carácter como para dejarse dominar por cualquiera. Aún así, estabas dispuesta a someterte de forma voluntaria porque viste en él no sé qué cosa y pensaste que así te permitiría acercarte. Una combinación explosiva que todavía le da más valor a tu deseo de entregarte; tu sumisión es casi como un codiciado objeto de coleccionista. Debería haberse sentido afortunado y ¿cómo reacciona en lugar de eso? Comportándose como un auténtico gilipollas.

Paula me observa consciente de que no puede hacer nada y de que pese a sus advertencias y al hecho de compartir muchas de ellas, no está en su mano borrarlo de mi mente. Que solo yo puedo hacerlo.

—Ni se te ocurra volver a picar a esa puerta —me aconseja con dulzura—. A ese tío no le interesa la enciclopedia que le ofreces.

—La idea de no llegar a conocerle jamás... —expreso mis temores en voz alta—. Noto como la ansiedad crece en mi pecho. Llevaba meses soñando con...

—Ale, da gracias de que eso no llegara a ocurrir —me interrumpe tajante—. Esto no es nada comparado con el daño que podría haberte hecho si la relación hubiera trascendido los límites de lo virtual. Por desgracia en internet puedes encontrarte mucha gente como él, tipos narcisistas con una gran capacidad de manipulación que solo piensan en sí mismos sin importarles a quién se llevan por delante para alcanzar su objetivo. Dominantes que van a la caza de sumisas inexpertas o tías ingenuas como tú, a las que terminan consumiendo física y, sobre todo, psicológicamente, empleando sin escrúpulos el sadomasoquismo emocional como método de dominación. Esta lacra del mundo BDSM son los que alimentan los prejuicios contra nosotros.

«Manipulación...».

Es tan solo una palabra. Pero suficiente para abrirme los ojos e impulsarme a apartarme de él y del peligro que entraña.

—¿Has buscado tu móvil en la nevera? —cambio de tema de un modo radical, saturada y cansada de seguir dándole vueltas a este asunto—. La

última vez apareció sobre el paquete de yogures.

—Tengo el remedio exacto para que esta noche te olvides de todo.
—Ignora mi sugerencia y por el brillo travieso que adquieren sus ojos sé de antemano que está tramando algo.

Conozco a la perfección esa expresión... Mi mejor amiga está a punto de enredarme con uno de sus planes infalibles y tengo la certeza de que no aceptará un no por respuesta. Suspiro resignada.

—Esta noche te vienes conmigo a El Recreo —añade, abrazándome con fuerza—. Quiero que conozcas a alguien especial.

¿NO DEBERÍAS SER TÚ QUIÉN ESCUCHE MIS PROBLEMAS?

*La confianza se construye con coherencia.
Lincoln Chafee.*

—ALE—

Me dirijo a El Escaparate de deseos con unas ganas locas de largarme de aquí y pillar la cama. Paula se ha empeñado en presentarme a alguien que está convencida de que puede ayudarme a pasar página. No ha querido darme más detalles. Pero a mí lo que me apetece es regresar a casa, apagar el cerebro por unas horas y dejarme de conversaciones milagrosas que no creo que consigan sacarme a Diego de la cabeza. Para eso lo único que necesito es tiempo y comprender lo que ha pasado.

Me agacho a recoger mi bolso, que Sara guardó bajo la barra cuando llegamos hace una hora. Cuando me incorporo, no puedo evitar clavar mi mirada en un desconocido que se encuentra frente a mí, hablando por teléfono.

—Os he estado esperando media hora en el hotel... Sí claro, me fui cuando me llegó tu *whatsapp* con el cohete despegando... ¡Noooo, no me des detalles! —sonríe dejando ver una hilera de dientes blancos y perfectos—. Acepté ayudarte para que pudieras impresionar a ese «amigo» tuyo, pero es evidente que no te ha hecho ninguna falta... Echar el polvo del siglo no te dará puntos en psicología criminal, lo sabes, ¿no?... Imposible. Mañana regreso a Barcelona. Tengo una conferencia sobre el perverso narcisista a media tarde... ¿Ahora?... Y yo a ti, Amalia. Sabes que te adoro. Pero amor y sentido de la responsabilidad son cosas bien diferentes... Madurar consiste en hacerse cargo del resultado de nuestras acciones y, en tu caso, se traduce en que tendrás que recabar la información por tu cuenta para ese trabajo tuyo... ¡Por supuesto que no es lo mismo! Si las consecuencias no conllevaran cierto grado de

sacrificio, no tendría ninguna gracia... ¿De pronto eres una sobrina pelota? —su cara se ilumina y sonrío—. Contestaré a tres preguntas. Cuatro, si la respuesta no es larga... El resto búscalo en internet... Agradece lo que te dan, Amalia —le exige con cariño—. Dispara. Tienes diez minutos.

Le observo con curiosidad porque hay algo en él que me cautiva. Debe rondar los cuarenta, tiene un rostro pícaro de mirada transparente y facciones angulosas; pelo corto y castaño, con suaves ondas, una frente ancha y despejada y un cuerpo atlético, oculto bajo la chaqueta de su traje de marca. Su expresión es relajada y, lejos de mostrarse hostil, su tono es sereno y melodioso, como el de un profesor vocacional de primaria. Me fascina la gente que puede expresar su disconformidad sin que parezca que le has robado un riñón.

—Espera un segundo —se interrumpe mientras toma asiento y me hace un gesto para que me acerque. Tapa el auricular y eleva la voz para que su demanda no se pierda en la música ambiente—. Una copa de vino. Escoge el que tú quieras. —Vacilo un instante. Pero Sara está ocupada sirviendo en el otro extremo de la barra y finalmente, asiento—. «Cosificar», sí. Cuando te mira no ve a una persona, te percibe como algo instrumental, un medio para conseguir algo... Te manipulará para hacer contigo lo que quiera y satisfacer sus propias necesidades. Y si en el proceso resultas herida, no mostrará culpa ni arrepentimiento porque carecen de conciencia y porque sería absurdo empatizar con un microondas... —ironiza—. No trates de comprender su comportamiento. Ellos tampoco nos entienden y créeme que les trae sin cuidado. Son fríos e insensibles en el sentido literal de la palabra. Cero sentimientos... Simplemente no entienden qué es sentir y además no les importa. Cuando escuchan hablar de sentimientos es como si les hablara un marciano y les preguntara: «¿Tú vives sin sentir energía alfa? ¡Pues sí! ¿A mí qué falta me hace eso?». ¿Enamorarse? —suelta una sonora carcajada. Su risa es fresca y rebosa complicidad—. ¡Tú y tu romanticismo! Si te hace ilusión, se podría decir que lo hacen «a su manera», siguiendo códigos y valores propios que probablemente no encajarían con tu concepto del amor. Su afectividad es utilitaria, obsesiva y egoísta... Te lo dije antes. Te convertirías en su nuevo juguete. Y cuando no le seas útil a sus propósitos, se olvidará de ti como si jamás hubieras existido... Se terminó su tiempo señorita universitaria.... El lunes más... Sí, puedo seguir ayudándote con tu trabajo. Heredaste mi ingenio y mi inteligencia. Me siento responsable de cuidar del desarrollo de ambas cualidades. ¿Me estás llamando psicópata? —echa la

cabeza hacia atrás y ríe de nuevo—. Arrogante puede, pero en mi caso sé distinguir entre mi amante y un microondas... Yo también te quiero... El lunes, sí. Chao —cuelga y deja el móvil sobre el mostrador con sus ojos clavados en los míos, y los labios apretados como si estuviera saboreando la última sonrisa provocada por su sobrina.

No soy consciente de que le estoy mirando de forma descarada hasta que coge la enorme copa que he dejado frente a él y me hace un gesto amable para que la suelte porque todavía la estoy agarrando con mi mano.

—No pienso marcharme sin pagar —apunta con naturalidad.

—¿Puede alguien carecer de sentimientos, ser tan insensible como para no llegar a verte? —le asalto sin protocolos.

El desconocido me mira de arriba abajo con expresión indescifrable. Después observa el vino que escogí para él totalmente al azar, lo agita, lo huele y toma un sorbo. Entonces, habla.

—La falta de capacidad para sentir y el hermetismo emocional frente a lo que está fuera de uno mismo son rasgos comunes en muchos casos. Pero nadie puede «no verte». El problema en todo caso reside en qué ven cuando te miran.

De pronto, se interrumpe como si dejara algo importante por decir y me deja esperando impaciente a que continúe, con un mono insoportable de saber qué le sigue. Pero no dice nada. Despega la vista de mí, olvidándose por un instante de mi presencia y regresa la atención a su copa. Pega otro trago y posa sus profundos ojos celestes sobre mí. Su actitud me desconcierta y me pone nerviosa.

—¿Rioja?

Arrugo la nariz descolocada cuando compruebo que ha cambiado de tema. Si piensa que la conversación se termina aquí, no me conoce. Cojo la botella con fastidio para satisfacer su curiosidad y leo la etiqueta:

—Ribera del Duero —le aclaro con una sonrisa sardónica—. Es un Vega Sicilia —añado, disimulando apenas la ansiedad mientras mis preguntas se amontonan tras la compuerta de una conversación absurda sobre vinos.

—La verdad es que no entiendo de vinos...— lejos de parecer disculparse, yo diría que lo afirma con orgullo—. Está bueno. Has hecho una elección interesante. Seguramente, yo no habría escogido mejor.

—¿Se puede dejar de sentir deliberadamente? —insisto—. Es decir, ¿podrías llegar a reprimir tus emociones hasta el punto de olvidarte de ellas por completo con la intención de protegerte? ¿Esa situación sería irreversible

cuando se dilata en el tiempo o, en el fondo, aunque sea muy en el fondo, sigues sintiendo y tan solo es una especie de autoengaño que podría venirse abajo en cualquier momento? ¿Y esa pretensión de evitar el compromiso emocional conlleva dejar de empatizar como efecto secundario o lo de mirar hacia otro lado y convertirte en un soberano capullo sería de igual modo, algo intencionado?

El tipo pestaña, al tiempo que sacude levemente la cabeza y suelta una risotada que me hace sentir estúpida.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto molesta.

—¿No deberías ser tú quien escuche mis problemas y me dé consejos de manual de autoayuda y no al revés? —inquire divertido.

—Te he hecho una pregunta, no te estoy contando mis problemas.

—No. Has disparado unas cuantas que llevan implícita una conferencia de por lo menos dos horas sobre la insensibilidad emocional como mecanismo de defensa. Y sí, sí me estás contando tus problemas. Solo que has empezado por el índice de materias como una chica metódica. Pero lamento desilusionarte, el mal de amores no es mi especialidad...

—No es una historia de amor —me apresuro a intervenir para neutralizar sus prejuicios—. Ni siquiera sé si puede llegar a considerarse una «historia».

Él alza un dedo para hacerme callar y me mira con escepticismo.

—Soy psicólogo criminal. Lo mío son los psicópatas... ¿Acaso te interesan los psicópatas?

—¿Psicópatas? No —respondo tajante—. Yo lo que quiero...

—En ese caso no creo que pueda ayudarte —me corta rotundo.

—*Yo lo que quiero* —repito ignorándole— es que me hables de la insensibilidad emocional. Quiero entender.

Da otro sorbo a su vino y me observa intrigado.

—¿Entender qué?

—Entender a alguien.

Pone los ojos en blanco y parece calibrar los pros y contras de seguir con la conversación... y lo hace.

—Esto no te lo digo como psicólogo —pronuncia condescendiente mientras se inclina hacia mí como si estuviera a punto de desvelarme un secreto—. ¿No te has planteado que a lo mejor no eres su tipo? Que no quiera nada contigo no significa que sea insensible. Es que no le pones —y lo dice con tal naturalidad que necesito un segundo para reaccionar.

«¿Será gilipollas?!».

—No sé si soy su tipo, pero sí que no quiere nada conmigo —replico con una mezcla de indignación y perplejidad—. Lo dejó claro desde el principio. Aunque, también admitió que se sentía atraído y nuestros juegos sexuales podrían escandalizar a mi abuela. Yo diría que «algo sí le pongo» —enfático despechada, reprimiendo unas ganas locas de vaciarle la botella de vino en la cabeza—. Ya sé que no es el lugar ni el momento y que te he abordado de una manera un tanto brusca, pero no he podido evitar oír tu conversación telefónica de hace un rato y me gustaría conocer tu opinión. La profesional. La personal no me interesa lo más mínimo. Y *esto no te lo digo como camarera...*—le imito con retintín—. No curro aquí. Solo venía a por mi bolso. Soy profesora de Arte y *lo mío* es hacer preguntas.

—Mi elocuente impulsividad para vengar mi orgullo herido parece conmoverle tanto, que consigo captar su atención.

—Hagamos un trato —me sonrío y su expresión amigable hace que me relaje—. Terminas de servirme el vino. Mientras quede algo en mi copa, puedes preguntar. Piensa lo que vas a decir. El Vega Sicilia no durará eternamente.

—Podría pasarme la noche rellenando tu copa si de eso se trata —le desafío con complicidad.

—Por el precio de cada trago te saldría más a cuenta pedir cita en mi consulta. —me advierte burlón—. Además, borracho no te sería de gran ayuda.

—Me estás concediendo poco tiempo para satisfacer mi curiosidad.

—Tiempo. Es el mejor de los parámetros vitales y el que menos disfrutamos. «Poco tiempo» es más de lo que pensaba concederte hace unos minutos e implica saber aprovecharlo. Así que no divagues. Pregunta o comienza a contar tu historia. Me es indiferente por dónde empieces. Pero hazlo, porque yo continúo bebiendo.

—Le conocí en internet va a hacer medio año. Me dijo que era frío e insensible. Que no buscaba nada en particular. Que no quería «intimar». «Relax de mujeres», recalcó. Comenzamos a hablar y fue como desnudarse lentamente. No me preguntes por qué, porque todavía no he encontrado la respuesta a esa pregunta, pero aquella noche supe que podía contarle todos mis secretos.

—Curioso.

—¿Por?

—Yo soy irónico y me encanta dar mordiscos.

Le lanzo una mirada reprochándole que no me tome en serio y él sonríe, hace una leve inclinación de cabeza mientras alza su copa y pega otro trago.

—Cuando uno se pone etiquetas de inicio, no te está descubriendo cómo es, te está aventurando como será su futuro comportamiento. No es un simple «yo soy frío e insensible», sino más bien «voy a ser frío e insensible *contigo*. No digas luego que no te lo advertí». Si además marca los límites de su patio de recreo con frases como «no busco nada, no quiero intimar», está imponiéndote sus reglas y alzando una barrera para avisarte de que, a partir de ese instante, cómo te sientas será cosa tuya y cosa suya lo que le provoques. Algo así como un: «Acéptame u olvídate. Es lo que hay. No esperes otra cosa que no sea eso. No intentes cambiarme. No trates de entenderme. No quieras conocerme». Y está tranquilo porque ha hecho todo lo que tenía que hacer. Prevenirte. Por lo que no se sentirá responsable ni se arrepentirá de lo que pueda pasar. ¿Y aún así entraste en su juego?

Asimilo abrumada todo lo que termina de decir y me apresuro a contradecirle todavía perpleja.

—Haces que suene fatal y no estoy de acuerdo. Él y yo teníamos un trato. Ser claros y sinceros el uno con el otro. Si uno pide la verdad se arriesga a que no le guste, pero sigue siendo verdad. Y eso siempre es preferible a vivir engañado.

—Cierto. Pero si alguien se presenta de ese modo es la crónica anunciada de una historia que te hará daño.

—Daño hacen las mentiras, no que alguien diga que es frío e insensible o deje claro lo que no quiere. Y sé de lo que hablo. Estoy cansada de que gente en la que confiaba me mienta, por eso valoro la sinceridad. No espero ni quiero que nadie quede bien conmigo. Solo que me digan la verdad sea la que sea. Si duele o no, más o menos, en efecto es cosa mía. ¿Impuso sus reglas? Sí, y yo las acepté. Pero también habló de confianza, de respeto, dijo que sería sincero y creí en él.

—¿Y te compensa?

—No dudar de la palabra de alguien siempre compensa.

—Sentiste que te daba garantías.

—Sí. Además dijo que podía preguntarle lo que quisiera.

—Nadie responde a todas las preguntas. Todos nos guardamos cosas. ¿Te crees todo lo que te dicen?

—No. Todo lo que me dicen, no. Le creí a él.

—La gente miente, se pone máscaras, se inventa su vida. Especialmente, en

internet. Eres consciente de ello, ¿no?

—Tengo una amiga que últimamente lo repite muy a menudo.

—Entonces haz caso a esa amiga tuya. Y si no, ten presente una cosa. Los que son sinceros dicen la verdad; los que mienten dicen que son sinceros.

—Él no —le corrijo categórica, pese a no ser cierto—. Confío... confiaba en él —añado, vacilante.

No sé por qué defiendo a Diego, cuando al final su mutismo y sus contradicciones tuvieron el mismo efecto que grandes mentiras. El psicólogo parece percatarse de mi falta de convicción.

—Queda a tomar un café y que cumpla su parte del trato disipando tus dudas. Es con él con quien tienes que hablar, no conmigo.

—Lo del café es poco probable —admito con resignación—. No nos hemos visto nunca. No quería encuentros —aclaro con timidez, escudriñando su expresión—. Nuestra relación era exclusivamente virtual.

—No deberías entregar tu confianza a nadie a quien no puedas mirar a los ojos —sentencia tajante—. Y aún así, has de pensártelo dos veces y estar muy segura, antes de hacerlo.

Me mantengo callada incapaz de rebatir sus palabras. El silencio se dilata mientras el desconocido da otro sorbo a su copa bebiéndose el tiempo que me queda para hallar las respuestas que Diego nunca me dio. Cuando estoy a punto de hablar, una voz se adelanta, inmiscuyéndose en la conversación.

—Ella es Alejandra, la amiga de la que tanto te he hablando —Paula irrumpe a mi espalda y su familiaridad me desconcierta—. Me viene de perlas que estéis aquí los dos.

—¿Os conocéis? —inquiero, suspicaz.

—Narciso es un experto en psicópatas, perversos narcisistas y otras lindas criaturitas —aclaro, ignorando mi recelo—. Es la persona que quería presentarte. Llevo una eternidad deseando que tengáis una charla para que te hable del tema y te convenza de lo fácil que es cruzarse con uno de estos en internet —apunta con retintín.

—No empieces, Paula. Pirados hay en todas partes.

—En algunas más que otras —repone.

—Si hablar con un psicólogo criminalista era tu plan infalible para que pase página, creo que te equivocas —le reprocho molesta.

Narciso nos observa con atención, siguiendo nuestra conversación en silencio hasta que, finalmente, decide intervenir, instándola con su sutil sarcasmo a que me deje en paz.

—¿Te has planteado si esa actitud sobreprotectora y controladora pudiera ser un síntoma de que se está despertando en ti el instinto maternal? —inquire con malévola inocencia.

Paula le clava su mirada esmeralda y, por un instante, ambos se olvidan de mí, lo cual se agradece.

—No me psicoanalices. No se te da bien —se inclina hacia él y adopta un tono de complicidad.

—No claro, se me da mejor la repostería.

—Eso y otras cosas...—deja la aclaración en el aire mientras sonrío provocativa.

De repente, una intuición me asalta y el corazón me da un brinco. Narciso es... *Doc*. El tutor de su tesis de psicología. ¡¡El Amo!! Verles juntos y poder ponerle cara, por fin, se me hace extraño. El tono de su conversación y su actitud es relajada e íntima, al mismo tiempo. No puedo evitar sentir algo de envidia, no sé si sana, envidia a secas y sin anestesia. Diego no es así.

—La consulta no la he cerrado todavía —él me guiña un ojo, ella se da cuenta, se gira hacia mí y yo, que le leo el pensamiento, sacudo con disimulo la cabeza transmitiéndole un infructuoso «no lo digas».

—¿Le estabas hablando de tu *Fantas-Amo* a un desconocido? —curioseaba burlona y sin tapujos.

«¡Mierda!», la fulmino con la mirada, terriblemente incómoda.

La expresión del psicólogo cambia ligeramente y parece más intrigado que nunca.

—Paula, ¿no existe nada en este maravilloso club que reclame tu atención? —espeta serio y contundente—. Estás interrumpiendo una conversación que estaba llegando a su punto álgido.

—Cuando te pones en ese plan...

—¿Qué? —la desafía.

Ella inclina sutilmente la cabeza y se muerde el labio. Narciso mantiene el rostro imperturbable y le hace un gesto con la cabeza para que se marche. Lo que se han dicho con la mirada en lugar de con palabras, solo ellos lo saben. Aunque debe de complacerla en exceso, porque Paula me da un beso cariñoso en la mejilla y abandona la barra sin rechistar, dejando que un silencio embarazoso se encaje en el espacio que queda entre el psicólogo y yo.

Mi querida amiga ha desvelado en un minuto más intimidades de las que yo esperaba confesar antes de que su amante se terminase el vino. No me avergüenzo de ello, pero preferiría ser yo misma quién decidiera si desvela o

no según qué cosas y en qué momento. Le observo expectante y él levanta su copa para hacerme saber que está vacía. Por un segundo, dudo si con ese gesto me está informando de que la conversación ha finalizado.

—Ponme otro Alejandra. Yo tengo sed y tú necesitas más tiempo.

En cuanto le escucho, dejo escapar un suspiro de alivio que no le pasa desapercibido. Narciso sonrío al ver mi reacción.

—¿Otro Vega Sicilia? —inquiero incapaz de disimular mi entusiasmo por la prórroga.

Sacude la cabeza y su sonrisa se vuelve sagaz.

—Mejor sírveme un whisky. Es la bebida perfecta para seguir disfrutando de una conversación interesante.

Le echo una ojeada a las botellas y elijo una al tuntún.

—*Whisky Buchanan's Edición Especial Reserve 18 años* —le presento el envase con teatralidad, como si fuera un experto sumiller mostrando un vino prestigioso.

Asiente divertido.

—Excelente whisky... y caro —se ríe—. Satisfacer tu curiosidad me va a salir por un pico esta noche, señorita profesora.

—En parte has pedido este whisky para satisfacer la tuya, señor psicólogo criminalista —me defiende.

—Si eso piensas, no me defraudes y haz que valga la pena...

LOS PASTELES NO SON DE CHOCOLATE...

Si me limitara a dejar que tu marcha me escociera, dolería menos que permitir que la cortina de humo que ocultaba tu indiferencia se desvanezca... Si dejara que tu silencio me encogiera, sería menos duro que descubrir a través de las rendijas del recuerdo idealizado, el rostro de alguien para el que nunca llegué a existir del todo, para quien solo fui un fantasma que ni siquiera pudo desalojar el aire del espacio que le correspondía, que terminó asfixiándome con fuerza...

Alejandra Leiva. Monólogo en conserva.

—ALE—

—¿Eres una sumisa? —pregunta sin más.

—¿Te lo parezco?

—No puedo responder a esa pregunta. No te conozco.

—No sé si lo soy... tampoco yo puedo responder a la tuya —admito con sinceridad.

—Pero él, sí es un Amo.

—Sí... o no... cuando le conocí se había apartado de la dominación. ¿Cambia eso algo?

—¿Lo cambia para ti?

—No. Para mí siempre hemos sido él y yo, a secas.

—¿Estás segura de que para él también era así?

Pese a estar formulada como tal, sé que no es realmente una pregunta; que no espera de mis labios una respuesta que ya está escrita en mi rostro y que, aún hoy, sigue costándome reconocer.

—Suficiente. Prosigamos. Has estado hablando de ese tipo todo el tiempo en pasado...

Que no le dé mayor importancia al tema me descoloca pero, al mismo tiempo, me tranquiliza no tener que profundizar en mis improductivas

incursiones en el mundo de la dominación, ni admitir lo ingenua que fui al no darme cuenta de que Diego había cambiado sobre la marcha las reglas del juego sin contar conmigo.

—Hacía una semana que no contestaba a mis mensajes. Solo silencio... Anoche por fin respondió, más cortante de lo habitual, y discutimos.

—¿Conoces el motivo?

—Le hablé de sentimientos.

—¡Uy, uy, uy!

—¿Qué? —inquiero contrariada.

—Dímelo tú...

—Reaccionó de un modo que no esperaba. No fue solo lo que dijo, sino la manera en que lo hizo, su frialdad, su indiferencia, el desprecio que rezumaban sus palabras. Me quedé petrificada leyendo cada frase según aparecía en la pantalla. Apenas podía respirar. Cuando intenté replicarle desconectó, así, sin más, como si todo estuviera dicho o lo que quedara por decir fuera irrelevante. Así que en un arrebato le envié un mensaje en el que escupí todo lo que no le había podido decir hasta ese momento... Respondió furioso a mi provocación y ahí acabó todo; desapareció dejándome con la sensación de que él solo concedía una oportunidad y yo la había desperdiciado.

»En ese momento no dejé que me afectara. Pero esta mañana me encontré llorando... de rabia, de impotencia... no sé... me sentía mal. Todas las conversaciones que habíamos tenido, en las que me había apoyado y dado buenos consejos, el tiempo que me había dedicado, las preguntas que había respondido, no valen nada cuando comprendes que para él nunca significué nada. Eso duele, ¿sabes? Yo sí tengo sentimientos. ¡Joder, no esperaba que se hubiera enamorado de mí ni nada por el estilo! Solo pretendía algo de humanidad por su parte, algo parecido al aprecio. Pensaba que éramos amigos. No era necesario que me tratara de esa forma para hacerme saber que estaba equivocada.

Narciso observa mi expresión, alza ambas cejas y subtítulo su silencio con un «ya te lo dije».

—¿Quién eres tú para intentar cambiar a alguien que no te lo ha pedido? —pregunta con suavidad.

—¿Qué?! —me quedo mirándole con asombro con una desagradable sensación de vacío en el estómago—. Yo no pretendía cambiarle.

El tono recriminatorio de su pregunta hace que me ponga a la defensiva, pero antes de que pueda abrir la boca para protestar, prosigue con tono firme,

casi severo.

—Permitir determinados acercamientos desde un ángulo diferente al habitual, en este caso emocional, ya es permitir cambios. Y, por lo que me has contado, parece evidente que él no los busca ni los quiere. Te dijo explícitamente que no deseaba entablar ningún tipo de relación, que no quería significar nada para nadie. Eso suponía que tampoco nadie podía significar nada para él. ¿Dices que te sorprendió? —su mirada es tan penetrante que desvió la vista hacia la copa sobre la barra—. Te quedaste. Pudiste marcharte y escogiste quedarte. Él definió sus límites y tú te comprometiste a no sobrepasarlos. Si esperabas que te diera la razón, siento decirte que no la tienes.

La rotundidad de sus palabras es un proyectil en la línea de flotación de mi amor propio.

—Estás siendo excesivamente injusto —alzo la vista de golpe y la clavo en sus ojos azules—. No soy un trozo de madera. Solo le hice saber cómo me sentía.

—Estoy siendo realista. Él te dio lo que consideró oportuno y te negó el resto. Es su mundo y su decisión. En ocasiones, tendemos a buscar el fallo en los demás para no aceptar que somos nosotros los que estamos equivocados. Revisa vuestro pacto. Le pediste algo que él te había dicho expresamente que no podía o que no quería entregarte. Faltaste a tu palabra. Él no parece estar cumpliendo su parte del trato, pero tú tampoco.

—¡Yo nunca le di mi palabra de que no desearía que fuéramos amigos!

—Cierto. Se la diste de que aceptabas las reglas sobre las que se asentaría vuestra peculiar «relación». Lo que tú sintieras era cosa tuya. ¿U olvidaste esa parte?

—Dijo «no intimar». Eso suena a amor, a aventura, a rollo... ¡Jamás pensé que la amistad entrara en esa categoría! Pero, con su actitud de anoche, hizo que pareciera algo horrible. No era necesario. Hubiera bastado con no aceptarla.

—Posiblemente se sintió defraudado por que traspasaras la línea. La amistad puede llegar a ser incluso más «íntima» que una relación de pareja del tipo que sea. Implica un compromiso mayor, más sincero.

—¡Eso es absurdo! ¡No me vengas con tonterías! Hace meses que se la ofrecí y, en ese instante, pareció valorarlo. Si no la quería, debió explicarse mejor o tener más clara sus ideas —replico molesta, resistiéndome a darle la razón.

Sin embargo, su reflexión justificaría de un modo tan perfecto la reacción de Diego, que el hecho de que todo parezca adquirir sentido consigue hacerme dudar e incrementa la desazón.

—Además... —se interrumpe y su pausa repentina se me antoja tan teatral que sé que va a meter el dedo en la llaga—, la amistad no se pacta. No se concede. Surge sin más.

—No hagas eso —le reprocho con mala cara—. No simplifiques lo que digo hasta convertirlo en un disparate. Yo ya era amiga suya mucho antes de «pedírselo». Solo trataba de averiguar si él también lo era. Me equivoqué, eso es todo.

—Define amistad.

Cuando trato de hacerlo, siento que he de meditar la respuesta y tardo un instante en contestar.

—Amistad es libertad, verdad y silencio.

—Pues el suyo es muy elocuente. Escúchalo.

—Hay silencios que no puedo comprender.

—Sin embargo, terminas de incluirlo como uno de tus pilares de la amistad.

—El silencio al que me refería es bien diferente. Es complicidad, entenderse más allá de las palabras, estar ahí sin más. Algo que suma, que no duele. Ese otro del que tú hablas y que me cuesta entender, es el que finaliza de forma abrupta una conversación dejándola inacabada, el que ahoga la esperanza de encontrar una respuesta u ocupa el espacio de alguien que desaparece porque no quiere escuchar o no le importa lo más mínimo lo que tengas que decir. En ese caso resta, está lleno de indiferencia y crea agujeros en tu entendimiento que se colman de dudas, conjeturas, y tensiones sin resolver que se acumulan hasta volverse insoportables.

—Mentiras y silencios —enumera para sí mismo como si estuviera encajando las piezas de un puzle en algún lugar de su cabeza.

—Mi vida está llena de silencios que me han hecho sentir invisible, y algunos de ellos duelen tanto o más que las mentiras.

—Las palabras te dan seguridad —concluye como si subrayara una anotación a pie de página.

—¿Seguridad? No. Me proporcionan libertad. Me permiten saber en qué situación me encuentro o qué puedo esperar para actuar en consecuencia. Nada más allá. Ya ves lo que ocurre cuando se dan las cosas por sentado.

—Es poco probable que la gente te diga lo que está dispuesta a entregarte,

ni siquiera lo que quiere de ti.

—Pues yo sí lo hago. Tampoco quiero que ellos se confundan.

—¿Tu padre suele expresarte su afecto? ¿Te dice que te quiere?

—¿Te ha estado hablando Paula de mi padre? —inquiero con el ceño fruncido.

—No. Paula respeta tu intimidad... jamás me cuenta nada —me corrige en un velado tono protector y posesivo hacia ella—. La noche que cenaste con tu padre, yo estaba en Valencia y habíamos planeado pasar el fin de semana juntos. Cuando llegó al hotel se sentía culpable por no haber podido atender el teléfono durante la improvisada reunión que tuvo con su jefe y estaba muy preocupada porque no conseguía localizarte. Tú tenías el móvil apagado y tampoco estabas en casa porque ella fue a buscarte, antes de reunirse conmigo. No se relajó hasta que se le ocurrió llamar a David y este le dijo que ibais de camino a su ático. Solo sé que la relación con tu progenitor no es demasiado buena y que ese encuentro era decisivo —concluye disipando mi recelo.

Recordar aquella noche me remueve por dentro y me muerdo con fuerza el labio para distraer al dolor que todavía me provoca todo lo sucedido.

—Nunca me expresaba su cariño. —Satisfago su curiosidad, finalmente. Los ojos me escuecen y carraspeo antes de proseguir, para deshacer el nudo que, de repente, se ha formado en la garganta—. Lo más parecido a un «te quiero» era un «todavía me interesas».

Respiro hondo, calibrando las lágrimas retenidas y desvío la mirada hacia ninguna parte mientras lucho por evitar sentirme vulnerable. Narciso le da un trago a su whisky, dejándome unos segundos para purgar mis fantasmas.

—¿Cómo te hacía sentir eso?

—Prescindible.

—Te sientes herida —afirma concluyente.

—Sí. Pero es un dolor con el que he aprendido a vivir. No me recreo en él. Asumí mi situación hace tiempo, aunque Paula se empeñe en lo contrario —niego con la cabeza—. No me apetece hablar de mi padre ahora, no soporto que me tengan pena. Me hace pensar que, en efecto, existe algo que justifica esa compasión y no es así. Yo estoy bien.

—No es pena lo que me inspiras.

—¿Y qué es lo que te inspiro?

—Dijiste que «mi opinión personal no te interesaba lo más mínimo» —replica incisivo.

—Ahora digo que me gustaría conocerla.

—¿Estás buscando mi aprobación?

—¿Es lo que crees que hago?

—Contestar a una pregunta con otra no es una respuesta válida.

—Tan solo es curiosidad. Sé como soy —afirmo con una seguridad vacilante.

—Nadie sabe como es en realidad. Y, en tu caso, da la sensación de que todavía estás buscando tu lugar en el mundo.

—¿Es esa la imagen que proyecta? ¿La de una persona desubicada?

—¿Pretendes que te etiquete?

—Yo diría que ya lo has hecho.

—No creo en las etiquetas. No son buenas; distorsionan y, a menudo, provocan en las personas angustias innecesarias. Tan solo dije que estás en un proceso de búsqueda.

—¿Eso qué significa exactamente? ¿Que me ves insegura... frágil...? —pregunto, exigente.

—¿Quieres que juguemos a los cromos? —me interrumpe serio—. ¿Ver cuáles tienes y cuáles te faltan? Pareces más inteligente que todo eso. Los rótulos encorsetan y dificultan el cambio. Mejor valorar si te sientes bien contigo misma y decidir cambiar lo que no te gusta. Eso es lo que debería preocuparte averiguar. No cómo te veo yo, sin ni siquiera conocerte.

—«Los pasteles no son de chocolate o de no chocolate... La mezcla de ingredientes es lo que hace que el pastel te guste» —murmuro recordando algo que Diego me dijo en una ocasión y le echo un poco de menos.

—¿Qué?

—Nada, que tienes razón —convengo con tristeza—. Esta noche estás consiguiendo que me dé cuenta de muchas cosas.

—Tendrías que haberle contado tu historia porque, en parte, es lo que motivó que confiaras en él.

—Me hubiera gustado hacerlo, pero no éramos «amigos» hasta ese punto —repongo con ironía—. Se brindó a «ayudarme a conocerme» básicamente a través del placer; no quiso profundizar en mi historia personal. No le interesaba. Nunca indagó al respecto más allá de lo que yo espontáneamente le contaba de mi misma. Por alguna razón, sentía la necesidad de relatarle lo que me pasaba, lo que pensaba. Su opinión era valiosa para mí y era enriquecedor hablar con él —afirmo melancólica—. Tuvimos infinidad de conversaciones interesantes, de esas que te hacen pensar, de las que aprendes cosas. Me fascinaba su modo de ver la realidad.

En ese instante, David aparece de improviso y se inclina sobre mí buscando algo bajo la barra. Su inesperada aparición me distrae por completo, se disparan todas las alarmas de proximidad en mi cuerpo y me pongo roja como un tomate. No nos vemos desde la madrugada del boxeo y las palomitas. Paula me había jurado y perjurado que se había ido de cena de trabajo con el jefe y no aparecería en toda la velada. El silencio que sigue y la tensión que, de repente, se adueña del ambiente pone en alerta a Narciso, que clava su mirada en mí y, después, desvía sus ojos hacia un David, perfectamente consciente de mi deliberado mutismo cuando él apareció.

«Mato a Paula. La mato. La mato. La mato».

—Aún estoy esperando que me devuelvas mi ropa —me saluda con una complicidad que no le pasa desapercibida a mi interlocutor—. Buenas noches, Narciso —añade a continuación, extendiendo su mano al frente. Mi confesor le responde con un apretón amistoso sin dejar de observar nuestras reacciones—. Te aconsejo que no hagas planes para el primer fin de semana de diciembre y que vayas buscándote un buen disfraz —le sugiere misterioso, con una expresión maliciosa en el rostro. El psicólogo va a decir algo, pero David se le adelanta—. Mejor, te lo explica Paula. Está recogiendo sus cosas. Dame unos minutos para concretar unos detalles con ella y es toda tuya.

—Te la dejaste junto a la caja registradora —nos interrumpe Sara, que aparece junto a nosotros, entregándole una carpeta azul antes de regresar con premura al otro extremo de la barra para seguir preparando cócteles.

—Esta semana no sé dónde tengo la cabeza —David se reprende a sí mismo y me mira como si yo tuviera algo que ver, ajeno al escrutinio de nuestro espectador e incrementando mi incomodidad—. Estaré en el despacho el resto de la noche, por si te vuelve la voz y quieres hablar —susurra a mi oído, haciendo que me estremezca.

Después, abandona la barra sin esperar mi respuesta, dejándome en estado catatónico ante su inesperada invitación.

Sigo con la mirada a David hasta verle abandonar El Escaparate de deseos y, solo entonces, regreso a la realidad de golpe, expulsando el aire retenido en mis pulmones y consciente de que unos minutos con él a solas esta noche serían un suicidio. Cuando me giro hacia Narciso, me está observando tan fijamente que creo que me lee como si fuera un libro abierto. Pega un trago largo a su *whisky* y espera a que prosiga.

—Yo... —me apresuro a decir con una naturalidad forzada, tratando de evitar que me pregunte sobre lo que termina de presenciar—. Te estaba

diciendo que... —titubeo, completamente desorientada con el corazón todavía bombeando con fuerza contra mi pecho.

—Me estabas contando que el Amo era tu Tutor y te estaba iniciando —reconduce la conversación.

—No he dicho eso exactamente... pero sí. Yo chupaba banquillo mientras, por lo visto, él contaba con una titular que se la... —Dejo la frase inacabada y rectifico al observar como alza una ceja divertida—. Vamos, que anoche me enteré de que había finalizado su «retiro» y de que a mí me daba la teoría mientras otra hacía las prácticas.

—¿Esperabas ser la elegida a su regreso a la Mazmorra? —inquire, sin darme tregua.

—Qué ingenua, ¿verdad? —Narciso alza la comisura de sus labios y esboza una sonrisa condescendiente—. Me ofrece la poción mágica para disfrutar del lado más pasional y primitivo de una relación sin salir malherido, y lejos de controlar mis emociones, termino sintiendo más allá de lo permitido y salgo tan escaldada o más que con uno de esos rollos con un follamigo cualquiera. Menuda ironía.

—Salta a la vista que no fuiste una alumna aplicada —se burla.

—En el fondo me alegro de no haberme vuelto una insensible. Me gusta como soy.

—¿Crees que a él también le gustaba?

—Unos días más que otros —respondo con sarcasmo—. En vista del resultado, ahora diría que no le conozco en absoluto.

—¿Por qué piensas que hablaba contigo? ¿Qué crees que quería?

—La versión oficial: Nada. Eso fue lo que dijo. «No gano nada. No quiero nada» —cito a Diego, incómoda.

—Siempre existe una razón para hacer las cosas —insiste, aunque no es a mí a quién tiene que convencer de ello. Eso es precisamente lo que me he pasado meses defendiendo—. A veces, nos quedamos pegados a las palabras y no somos capaces de leer entre líneas. Pero, más allá de lo que te dijera, ¿cuál crees que era su intención verdadera?

—Pensaba que se sentía cómodo conmigo, que había complicidad... que empezábamos a ser amigos —termino con un hilo de voz, molesta conmigo misma por mi estupidez.

—Me queda claro que eso es lo que te hubiera gustado pero, ¿qué crees que pretendía en realidad, aquello que nunca llegó a decirte abiertamente?

Narciso me mira exigente, no acepta mis evasivas. Me rindo.

—Morbo. Me estaba usando en silencio. Solo veía en mí a una aspirante a sumisa y educarme debía proporcionarle algún tipo de placer mientras se pensaba su regreso a la dominación —escupo de forma atropellada como si las palabras escocieran en mi boca.

—¿Y a ti esa intención te va bien? ¿Te es comfortable?

—Me cuesta creer que hablara conmigo solo por eso.

—No pierdas el tiempo tratando de encontrarle sentido. Deja de preguntarte qué le hace ser tan frío al Señor *Témpano de Hielo* —me reprende con suavidad, bebiendo de su vaso—, no puedes pasarte la vida metida en su cabeza. Él no te ha pedido una evaluación psicológica. Te ofreció una relación con unas condiciones y si quieres la tomas y si no la dejas. Repito, ¿sus intenciones te hacen sentir a gusto?

—No. Esa parte me duele y hace que quiera pasar página.

—¿Qué te lo impide? ¿Por qué te engancha? El pegamento está en él y también en ti. El suyo con su pan se lo coma... El tuyo es el que importa.

—No lo sé. Reacciono a él por algún motivo que se escapa a mi entendimiento, aunque no quiera —confieso, impotente y agotada—. ¿No eres tú quien debería decírmelo? ¿Confirmar esa teoría de Paula de que es un monstruo del que debo alejarme? —apunto con sarcasmo.

Narciso saborea su *whisky* y me observa como quien descubre a través del ojo de una cerradura la intimidad que se esconde al otro lado. Y yo me siento vulnerable ante su atento y agudo escrutinio, pero no aparto la vista y le permito desnudar mi alma para que termine de armar ese rompecabezas sobre mí del que nacerán las respuestas que necesito, las que me permitan comprender a Diego... comprenderme.

—El motivo para pasar página debes ser tú misma, Alejandra. Tú no piensas que sea un monstruo —concluye terminando de vaciar la copa y dejándola sobre la barra—. Nada de lo que yo pueda decirte cambiaría esa opinión.

—Yo ya no sé lo que pienso; me siento como una veleta. Todo lo que tiene que ver con él está manchado de luces y sombras. No sé cómo explicarlo... Imagina que estás frente a un cuadro abstracto, algo difícil de clasificar y que te desconcierta, pero que consigue dejarte anclado al suelo, hipnotizado, sin saber exactamente lo que te atrae de él. Tosco e indescifrable, de trazos superpuestos, repleto de claroscuros. Una pintura que no entiendes, que te produce fascinación y rechazo, pero que es capaz de sacudirte, provocándote emociones desconocidas que te dejan temblando con el deseo irrefrenable de

seguir mirándola durante horas solo por el placer de intentar resolver el enigma... Así es como me siento.

El silencio que sigue a mi respuesta hace que parezca que se le han terminado las palabras. Al final, habla.

—Te has explicado a la perfección. Después de escucharte, me han entrado ganas de llevarme a casa a «tu amigo» para colgarlo de una pared del comedor —concluye tan solemnemente sarcástico que no sé si lo dice en serio o está bromeando—. Pero sigues sin responderme. Te lo preguntaré de otro modo. ¿Qué quieres tú?

—Recuperar mi libertad y dejar de sentir esta sensación de ansiedad permanente. Cerrar este capítulo como se merece, cara a cara, y poder así alejarme de esta fantasía.

—No son otros quienes te ponen las cadenas, sino tú misma —sentencia, contundente, como si pudiera ver en mi interior—. Te brillan tanto los ojos cuando hablas de él, que siento envidia de ese tipo. Pero ten cuidado, porque no le conoces y tu lealtad es casi como un salto al vacío irracional. Si yo me doy cuenta de ello, él lo sabe de sobra. Si te reclama, quiero que seas prudente... —me ordena protector mientras su expresión se torna sutilmente más autoritaria y segura—. No todo el mundo merece una fascinación como la tuya.

—De pronto, hablas como si me conocieras de toda la vida.

Narciso ha dejado de ser el psicólogo criminalista para dejarme entrever al Amo; un cambio sutil y apenas perceptible, como si, de repente, hubiera cortado la cuerda que sujetaba una careta y esta se hubiera desprendido. Reconozco que encontrarme frente a un auténtico Dominante, impone más de lo que jamás llegué a imaginar.

—Eres muy fácil de leer, Alejandra, como un libro abierto a merced de cualquiera y eso entraña un enorme peligro.

Cuando deja de hablar, un pequeño fragmento de silencio se queda suspendido entre nosotros, como una nubecilla cargada de lluvia y de un mal presentimiento.

CUIDADO CON LO QUE HACES

Yo no pido deseos a las estrellas. Si quiero algo lo persigo. Los sueños se construyen luchando, no mirando al cielo, esperando que otro los construya por ti.

David Hidalgo. Reflexiones escurridizas.

—DAVID—

—¡Todavía no me lo creo! —exclama una Paula jubilosa, conmovida por el regalo que nos ha hecho el jefe—. Debía de estar borracho el día que decidió reservarnos a cada uno una habitación *deluxe* «para exprimir al máximo las posibilidades que nos brinde el *cosplay*», como nos ha dicho. Ese hombre es un caso de estudio. En todo el tiempo que llevo currando en La Zona, no recuerdo que jamás haya sido tan espléndido con ninguno de nosotros.

—Los resultados de El Recreo han superado con creces todas sus expectativas. Salvador es un excéntrico, pero sabe perfectamente que desbancar a La Luna de los Becarios es un logro considerable que merece ser reconocido. El club barcelonés lleva años siendo la niña bonita de todos sus negocios.

—Pues la estúpida de la gerente no parece pensar lo mismo... Esa tía no ha encajado nada bien que la destronemos tan solo un mes después de la inauguración. Se ha comportado todo el almuerzo como si el mérito fuera íntegramente tuyo y yo solo fuera un florero que te «ayuda». ¡Uf! —bufa cabreada—. ¡Ni te imaginas cuánto he llegado a desear que se atragantara con una espina de merluza y cayera fulminada antes de que llegara el SAMUR.

—No es mala tía, simplemente le jode no ser el centro de las alabanzas.

—¡Venga ya! Una cosa es tener mal perder y otra ser idiota perdida.

—Ocupas el puesto que a su parecer debería haber sido para su gran amiga

del alma... ¡No esperarás que te llame para iros de compras este fin de semana!

—Si tanto le molesta que me escogieras en lugar de a Tina, que te pida a ti las explicaciones y que muestre un poco más de respeto por mi trabajo.

—No se atrevió en su momento y menos lo hará ahora, en vista de los resultados. Jamás encontraría argumentos suficientes para rebatir que tomé la decisión más acertada.

Paula suaviza el gesto y amaga una sonrisa, aunque no desiste en su empeño de desquitarse por el mal rato que, con su actitud, Mónica le ha hecho pasar durante la comida.

—Esa tía no tiene un buen fondo. Lo que yo te diga. Cuando el *Supremo* ha mencionado lo del viaje a Groenlandia, se le han salido los ojos de las órbitas de la rabia. Debería alegrarse por ti. Qué menos que Salvador te regale algo así con todas las horas que le echas. Joder, que desde que te puso al mando parece que vives entre La Zona y El Recreo. Y encima nos sale hoy con que te necesita para poner en marcha el nuevo proyecto de Barcelona. Ahí he sido yo la que casi se atraganta con el pescado. ¡No me toques las *filloas*^[vii]! Tú ya tienes un club que dirigir. Que mande a otro... o no, mira, mejor, que envíe a Tina y la deje allí para siempre. Seguro que Mónica estará encantada de tenerla cerca y yo más por perderla de vista —ironiza—. No sé... yo creo que no te paga lo suficiente para el nivel de dedicación que te exige.

—Ya descansaré más adelante.

—¿Yendo a la caza de una aurora boreal? Nunca te habría imaginado inmerso en un plan tan... ¿romántico? —hace una mueca burlona y yo le guiño un ojo—. Deduzco, pues, que el nombre del *pub* catalán es cosa tuya.

—No es definitivo, pero sí.

—¿Cuándo piensas escaparte a cumplir tu sueño?

—No lo sé —contesto tratando de eludir la respuesta porque no puedo decirle que no voy a usar ese billete. Necesito invertir el dineral que cuesta el viaje en algo mucho más importante en este momento y que he de negociar con Salvador.

Que Mónica esté en Valencia no es algo casual. Ella y yo nos jugamos mucho. Hace unos meses Salvador se ofreció a financiarnos un proyecto personal, pero dejó claro que solo podría hacerlo con uno de los dos.

Ayer nos reunió a ambos para comunicarnos su decisión y hacernos partícipes de sus planes. Dice que se siente incapaz de decantarse por ninguno porque sería como hacerle escoger entre uno de sus hijos, que es lo que nos

considera después de casi trece años trabajando para él, así que ha decidido echarlo a suertes. ¡Cómo le gusta a ese hombre jugar con nosotros!

Para obtener su respaldo económico nos ha propuesto una competición entre nuestros clubes a ver quien obtiene los mejores resultados en el primer semestre del 2017. No contento con eso, como antesala de la gran batalla, está organizando una gincana en la que nos jugaremos quince mil euros extra con los que sufragar el plan estratégico que diseñemos para alzarnos con la victoria. El lugar y la fecha definitiva es un tema que dejaremos zanjado durante mi estancia en Barcelona.

—De todas formas, todavía no sé qué narices pintaba esa tía en la reunión... —reflexiona con perspicacia.

—Mónica es parte implicada en el proyecto de La Aurora Boreal. Aunque el plan estratégico fuera idea mía, Salvador quiere que ultimemos juntos los detalles antes de su puesta en marcha. Cuando me puso al frente de La Zona nos vimos obligados a aparcarlo y, con más razón, con los preparativos para inaugurar El Recreo pero, ahora, considera que ha llegado el momento de retomarlo.

—No, si a la chica «implicada» se la ve un rato. Por las confianzas que se toma contigo, cualquiera diría que ella y tú habéis tenido algo más que encuentros profesionales...

—Lo dices como si fuera un pecado. También los he tenido contigo.

—Ni se te ocurra compararme con esa cretina —gruñe ofendida—. Aquello solo fue un calentón de borrachos que no ha vuelto a repetirse. A mí no se me caen las bragas cuando estamos juntos como a esa tía. Tú y yo somos amigos. Amigos de «los más mejores»... —matiza con entonación infantil.

Cuando Paula se pone en plan posesivo a marcar territorio, no puedo menos que observarla con una sonrisa tierna.

—Mónica y yo hemos sido rivales declarados desde que nos conocemos. Son ya muchos años comiéndonos marrones, juntos y por separado, para convertirnos en la mano derecha de Salvador. Él siempre se jacta de tener dos, en lugar de una y, además, jamás se ha cortado un pelo a la hora de incentivar la competencia entre nosotros. Competencia sana, eso sí. ¿Amistad? Mmmm. Respeto, creo que lo define mejor. Es una tía, inteligente y con carácter, que se ha ganado a pulso estar donde está y con la que siempre me ha resultado placentero y estimulante poder medirme. Pero nunca llegamos a cruzar esa línea tras la que se añade algo más íntimo y personal. No creímos conveniente mezclar las cosas —Paula alza una ceja burlona—. Hablo de sentimientos

—aclaro—. ¿Sexo? Sí. Hubo una época en la que no le hicimos ascos cuando nos apetecía. Estuvimos trabajando juntos en el proyecto de La Luna hace años. Las jornadas de curro eran interminables y apenas nos quedaba tiempo para desconectar y deshacernos de la tensión. Éramos un hombre y una mujer jóvenes que se atraían y que buscaban exactamente lo mismo: satisfacer una necesidad física y poder repetir con la misma persona sin complicaciones ni dramas sentimentales.

Era cómodo y funcionábamos bien en la cama. Pero hace ya demasiado de eso —le doy una explicación a la que no estoy obligado y le beso con cariño en la frente, validando a mi manera la amistad que nos une.

No soy fan de catalogar los sentimientos ni de ir poniéndole rótulos a las relaciones. Hace meses que Paula cruzó esa frontera que Mónica y yo dejamos bien delimitada y creo que es más que evidente, por mi comportamiento hacia ella, que es alguien importante que ha terminado por hacerse un hueco en mi vida.

—Pues tu querida colega parece estar pidiendo a gritos un «remember» de aquella época. No discuto que quiere que le «eches una mano» —preferiblemente las dos— pero no precisamente con el proyecto. Sinceramente, sigo sin comprender por qué narices tienes que marcharte a Barcelona tanto tiempo, pudiendo ayudarla desde aquí por videoconferencia. Si se cree tan especial y capacitada, ¡que se las apañe ella sola! La vida sigue y El Recreo no se dirige solo...

—Si Salvador ha decidido que puedes prescindir de mí los próximos quince días es porque confía plenamente en tu capacidad para llevar el club tú sola. ¿Quién se está menospreciando ahora?

Paula me escudriña con los ojos entrecerrados como si algo no le cuadrara.

—¿Qué me estás ocultando, David? —pregunta recelosa—. De pronto me siento como si me estuvierais sometiendo a algún tipo de prueba.

Y yo me siento como un cabrón por tener que ocultarle la verdadera razón de mi viaje. Salvador nos pidió la máxima discreción al respecto para evitar la rumorología. Si no gano la competición, lo más probable es que quiera ponerme al frente de La Aurora y tendré que abandonar Valencia de igual modo. Pero todavía es pronto para adelantar acontecimientos. Demasiadas cosas en el aire como para predecir dónde estaré dentro de unos meses hasta que no se decida la batalla.

Así que me salgo por peteneras adelantándole lo único que puedo, tratando

de no alarmarla. Mónica ha dejado caer su pretensión de postularse para la gerencia de El Recreo si no sale vencedora en la pugna por la financiación personal. De ser así, probablemente se las ingenie para designar a otro segundo de a bordo de su confianza para codirigir el club. Si, finalmente, yo gano y ella sigue con la idea de regresar a Valencia, lo importante es que se encuentre frente a un oponente fuerte capaz de competir por el puesto. Y pienso hacer todo cuanto esté en mi mano para que Paula reúna las condiciones necesarias que le permitan acabar ocupando mi lugar.

—Según cómo te vaya estos días sin mí, Salvador ha prometido pagarte un Curso en Gestión de Establecimientos Hosteleros, Turísticos y de Restauración para completar tu formación y poder promocionarte dentro de su imperio empresarial. El jefe también había previsto un regalo para ti, señorita Garrido. —Invento una coartada, consciente de que ella no aprobaría asistir a un máster sufragado a costa de mi viaje a Groenlandia.

—¿¡Cuándo pensabas contármelo!?! —pregunta emocionada—. ¿Cuánto tiempo? ¿Dónde?

—Trescientas horas. En Barcelona. Hay una parte on-line que podrás hacer desde aquí y una presencial para la que tendrás que desplazarte. El tiempo que pases allí posiblemente hagas de refuerzo en La Aurora, hasta que se designe el nuevo gerente y su segundo. Yo me encargaré de cubrirte aquí mientras estás estudiando.

—Tú ya haces suficientes horas —me reprocha con el ceño fruncido.

—De eso no te preocupes ahora. Limitate a darlo todo mientras yo esté fuera para que Salvador dé el visto bueno a la matrícula, y ya nos organizaremos con lo que venga después.

Se me queda mirando mientras una sonrisita se extiende en su rostro.

—¿Lo dudas? —inquire con complicidad.

—Yo... En absoluto —niego con la cabeza y le guiño un ojo, lo que hace que su sonrisa ilusionada resplandezca aún más. Si supiera cuánto la voy a echar de menos a mi lado.

—Esta noticia se merece celebrarlo. No te muevas de aquí; dame un segundo para besar en los morricos a Narciso y aprovecho para agenciarme una botella de cava con la que brindar por la noticia.

—¿El catalán está aquí? —inquiero sorprendido, alzando la mirada.

—Visita exprés —su rostro se ilumina inevitablemente, porque todo lo relacionado con el psicólogo hace que brille como una luciérnaga.

El efecto que tiene ese tío sobre ella es tan increíble, que no entiendo ese

tipo de relación rara que mantienen, cuando se ve a la legua que está colada hasta los huesos.

—¿Irás con él a la fiesta? —pregunto mientras busco desesperadamente algo que perdí de vista esta tarde—. ¿Tienes idea de dónde puse la carpeta azul con el pedido a proveedores?

—No sé si podrá. Le pilla en plena temporada de exámenes y no creo que pueda escaparse.

—Aprovecha esta noche para convencerle de que haga lo imposible —le animo con complicidad—. Si me ayudas a encontrar la dichosa carpeta, podrás marcharte a iniciar las *negociaciones* y a amortizar cada segundo de su tiempo antes de que regrese a Barcelona. Bueno, él y yo, ambos. Porque mañana mismo emprendo el viaje con Mónica.

Paula contrae el gesto de forma fugaz al escuchar el nombre de la que desconoce que es su futura contrincante, aunque este no tarda en mudar al de una niña traviesa que está a punto de cometer una trastada.

—Te la dejaste sobre la barra de El Escaparate. Pregúntale a Sara... A lo mejor tú también te llevas una grata sorpresa —insinúa maliciosa—. Vuelvo enseguida.

* * *

En cuanto me adentro en El Escaparate, el último comentario de mi querida colega adquiere significado. Noto su presencia incluso antes de encontrarla tras la barra charlando con Narciso y el pulso se me acelera como si fuera un adolescente inexperto ante un reencuentro inesperado.

Hace una semana que no nos vemos, desde que abandonara mi apartamento dejando un hueco en mi entendimiento y en cada espacio que llenó con su presencia. No debí llevarla a mi santuario. Nunca antes lo había hecho con nadie. Y ahora me sorprende pensando en ella cuando me muevo por la cocina o entreno en la sala de boxeo; detalles que son como flashes que no deberían estar ahí.

Esto es una locura, apenas la conozco. Es atractiva, pero no una tía despampanante de esas que te entran por los ojos y te despiertan la urgencia feroz de tirártelas sin necesidad de hablar demasiado. Me río al pensarlo. Precisamente si algo hace ella es hablar demasiado. Lo peor es que me gusta lo que dice; su actitud respondona y ese punto de rebeldía me excitan. Me divierte provocarla.

Debo encontrar el modo de que se convierta de nuevo en lo que nunca debió dejar de ser: un reto sin cara ni nombre ni los ojos más expresivos y bonitos del mundo.

39
¿ESO ES POR MÍ?

*No existe infidelidad más peligrosa que la espoleada por una imagen
recreada en tu cabeza.*

David Hidalgo. Reflexiones escurridizas.

—DAVID—

—Barcelona. Dos semanas más tarde—

Amanezco con la mirada fija en el techo de la habitación y el eco de su imagen resonando aún en mi cabeza, deseándola como jamás he deseado a nadie.

Blancanieves se ha colado en mis sueños, en los que me ha permitido hacerle de todo hasta que me he despertado, excitado e insatisfecho, porque mi necesidad de su cuerpo persiste pese a haberme pasado la noche follando.

Cierro los ojos tratando de revivir la tórrida fantasía, sin éxito. Tan solo queda la vaga y persistente sensación de insatisfacción... El reclamo de mi erección pidiéndome algo que no se encuentra en esta cama.

Respiro hondo. Bastaría con evocar alguno de esos episodios subidos de tono que ha protagonizado para correrme en la mano, pero no estoy solo.

Giro la cabeza hacia el otro lado y la espalda desnuda de mi acompañante invade mi visión. Tras aceptar su invitación a tomar la última copa en su casa, nos exprimimos las ganas durante horas antes de caer rendidos. No puedo quejarme. Estuvo bien.

Miro el reloj. Ya son las doce del medio día y apenas habré dormido unas horas. Deslizo mis dedos suavemente por su columna y ella ronronea melosa, con los ojos cerrados.

—Déjame dormir —suplica—. Un poco más...

—Tengo que irme.

—Lo de anoche estuvo increíble —entreabre uno de sus ojos y sonrío—. Deberíamos repetirlo más a menudo.

No digo nada. Sabe de sobra lo que pienso al respecto.

Ella me observa extrañada por mi repentino silencio.

—Relájate, David... No te estoy pidiendo que me lleves al altar. Solo un polvo de vez en cuando como en los viejos tiempos ahora que volvemos a trabajar juntos —aclara con naturalidad.

—Anoche me apeteció continuar con lo que empezamos durante la cena y lo he disfrutado tanto como tú, pero fui lo suficientemente claro respecto a mis condiciones, Mónica —respondo, tratando de no parecer borde.

Después de pasarnos todo el día currando para dejar rematado el acto de inauguración de La Aurora antes de mi partida, sugirió que fuéramos a cenar a modo de despedida. No llevaba intención de acostarme con ella, simplemente sucedió. Dedicó la velada a señalar un invitador sendero que se hundía entre sus piernas, y que yo recorrí sin oponer resistencia. Con Mónica siempre fue así. Algo de mutuo acuerdo que ocurría sin más y que durante un tiempo nos evitó tener que pasar por esa incómoda sensación que se experimenta tras compartir tu intimidad con alguien de quien solo deseas la satisfacción inmediata de un deseo apremiante. Nunca he sido de los que abrazan después del sexo casual. Me separo y me marcho deseando recuperar mi espacio y esa parte ínfima de mi mismo que terminas entregando al otro y pretendes que te devuelva antes de desaparecer por la puerta. En nuestro caso, que uno de los dos se largara al acabar no resultaba desagradable ni ofensivo. La vida seguía.

Con todo, anoche estaba agotado y me quedé. La confianza da asco.

—Vamos, David. No me malinterpretes. Sabes de sobra que no es un Príncipe Azul lo que yo necesito. Cada vez me da más pereza intentar encontrar quién me caliente el colchón y tú conoces de sobra mi cuerpo como para volverme loca cada vez que me follas, solo es eso. Hubo un tiempo en que lo pasamos bien.

—Muy bien, no lo niego. Pero eso ocurrió en una etapa de nuestra vida totalmente distinta. No es lo que busco en este momento.

Mónica me mira con tanta intensidad a los ojos que creo que vamos a empezar una discusión de esas que jamás tuvimos. Salgo de la cama a un paso de arrepentirme de haber venido y agarro mis pantalones, hechos un ovillo encima del sillón del dormitorio. Mientras me los pongo la oigo murmurar algo a mi espalda. Miro por encima de mi hombro y la encuentro observándome, medio recostada sobre una cadera y apoyada en un codo.

—¿Dónde vas? —inquire mientras me agacho a recoger mi camisa del suelo.

—Al hotel. Es tarde.

Aunque no la estoy mirando, siento sus ojos clavados en mi trasero. Encuentro un zapato debajo de un sofá y el otro junto a la cortina que oculta la ventana. Cuando me vuelvo, choco contra ella que aguarda desnuda detrás de mí.

—No voy a permitir que te vayas todavía —ronronea como un gato cerrándome el paso, deshaciendo parte de la tensión que en los últimos minutos se había instalado entre los dos—. Si esto es una despedida, hagamos que sea por todo lo alto. —Desliza de forma traviesa el índice por el centro de mi pecho hasta llegar más allá del ombligo donde comienza a jugar con el botón del vaquero.

—No soy de los que se quedan a desayunar, ya lo sabes. —La miro de arriba abajo recorriendo su cuerpo desnudo despacio y subo de nuevo hasta volver a sus ojos, llenos de lujuria.

—Ni yo de las que dan conversación después de una noche de sexo. Por eso nos compenetrábamos tan bien... —me provoca, arrebatándome los zapatos—. Te has vestido demasiado pronto. Se acerca la hora de comer y es precisamente en eso en lo que estoy pensando... Me he levantado con hambre —añade con expresión perversa, ahuecando la palma de su mano sobre mi paquete, por si no me habían quedado claras sus intenciones.

—Haz que valga la pena desnudarme de nuevo —la desafío, dejándome caer en el sillón.

Estoy delante de una mujer, desinhibida y exhibicionista, dispuesta a emplear todas sus armas para evitar que me vaya. No seré yo quien la detenga.

Mónica me conoce bien y no tarda en encontrar el modo de que la ropa me estorbe. Se mete el índice en la boca y lo humedece antes de deslizarlo juguetona por su abdomen. Su respiración se acelera y entrecierra los ojos cuando lo introduce en su interior ante mi atenta mirada, al tiempo que se acaricia el clítoris con la otra mano.

Me excita ver cómo se da placer. Mi polla se despierta mientras la observo. Una respuesta tan automática como salivar cuando piensas en un limón. La antesala de un mero desahogo fugaz puramente superficial, capaz de ocultar el vacío bajo la fina y frágil capa del sexo insustancial, aunque nunca lo llene del todo. Con eso me basta...

De repente, la imagen de Blancanieves se filtra en este encuentro guionizado y la figura de mi *aspirante* masturbándose se deshace para ser sustituida por la de ella. Un intenso deseo me recorre entero, resquebrajando a

su paso la coraza que me aísla de mí mismo. La sangre me bombeaba por todo el miembro, palpitando con fuerza.

Los gemidos de mi amante me arrancan de mi ensoñación, haciéndome regresar de golpe a la habitación. Enfoco la visión y la veo dejarse ir, convulsionándose con su primer orgasmo, con la mirada nublada por el éxtasis. Cuando Mónica se relaja, los ojos le brillan hambrientos y exigentes.

—¿Eso es por mí? —pregunta humedeciéndose el labio inferior, al observar el bulto más que evidente debajo de mis vaqueros.

Me muerdo la lengua para no herir sus sentimientos. No soy de los que necesitan fantasear con otras mientras se follan a alguien, me gusta estar en lo que estoy. Pero hoy no sé que carajo me pasa.

Ignorante y complacida se arrodilla frente a mí y separa mis muslos para acomodarse entre las piernas. Baja la cremallera despacio y libera mi sexo, duro y caliente, preparado para lo que viene a continuación. Su lengua recorre las venas de mi erección que lame con la urgencia con que uno sorbe los chorretones de un cucurucho derritiéndose al sol un día de verano.

Mónica es demasiado buena. Cierro los ojos cuando acude a mi encuentro y me engulle hasta la campanilla, volviéndome loco. Enredo mis manos en su pelo mientras me la chupa, controlando mi excitación para no correrme en su boca. La sensación es tan increíble que, por un instante, me abandono al placer que me proporciona su mamada. Ella gime y toma las riendas. Acelera el ritmo de las acometidas y me come con tal ansia que tengo que frenar de golpe y apartarla para no derramarme entre sus labios.

—Te quiero dentro de mí. No puedo más —jadea, apremiante, con sus ojos fijos en la vara enhiesta que todavía se encuentra entre sus manos.

Me deshago del pantalón y me coloco un preservativo bajo su atenta mirada. Su sonrisa lasciva me advierte de que se nos hará la hora del café en esta habitación.

—¡Fóllame, David! —ruega impaciente.

La atraigo hacia el sofá y se acomoda a horcajadas sobre mis caderas, dirigiendo mi pene hacia su entrada húmeda e hinchada. Me deslizo despacio hasta quedar sepultado en su interior, tan lento que ella gruñe y se arquea para encajarse conmigo; saboreando la sensación de una penetración absoluta, profunda y perfecta.

Entorna los ojos y comienza a balancearse a mi ritmo; nos retorremos al unísono con la respiración acompasada. Tengo toda la sangre concentrada en un único punto y, en este preciso momento, creo que no fue tan mala idea venir

hasta aquí. Sabe lo que hace y eso es lo único que importa en estos casos.

Follamos sin ni siquiera besarnos, de forma mecánica, buscando el disfrute del otro, pero conscientes de que la finalidad principal es satisfacer nuestra propia necesidad.

Observo su rostro extasiado cuando otra escena diferente estalla en mi cabeza y eclipsa mi visión, nublándome el juicio. De repente, las facciones de mi acompañante se deshacen y es Blancanieves quien se encuentra pegada a mi cuerpo; su boca, sus jadeos, su piel tibia y suave en contacto con la mía; el roce de sus muslos impactando de forma rítmica y constante contra mi pelvis; el bamboleo sensual de sus pechos en cada empujón mientras resbala sudorosa y apretada alrededor de mi sexo.

Se me acelera la respiración de manera audible y mi miembro se alarga y vibra, sediento de ella. Me entierro hasta el fondo, duro como el acero, llenando por completo todos sus rincones; chocando contra las paredes húmedas y ardientes, enajenado por el placer que me proporciona su recuerdo imaginario.

Mantengo un ritmo creciente obligando a Mónica a agarrarse a mis hombros para recibir los empujones, cada vez más frenéticos. Ella cabalga sobre mí y yo acudo a su encuentro tratando con cada embestida de expulsar de mi pensamiento a la verdadera causa de mi sobreexcitación, sin conseguirlo del todo. Está mojada y caliente y entro y salgo sin descanso. Más rápido, más fuerte, más rápido, más fuerte...

Noto las uñas de mi amante hundirse en mi piel. El deseo enardecido en mi mente, construyendo un orgasmo para alguien que no es ella. Porque es a Blancanieves a quien siento lubricándome, ajeno a los gemidos que se escuchan lejanos, como si no tuvieran nada que ver conmigo.

Mónica resuella y contrae la vagina, dejándome sin aliento, determinada a hacerme regresar a su lado. Lo consigue. Cada vez que intuye que mi mente no está al cien por cien con ella abofetea mis sentidos, interrumpiendo de golpe todo pensamiento que no sea abandonarme a su cuerpo.

Gruño advirtiéndole que estoy llegando hasta mi límite. Tengo la boca entreabierta y los brazos tensos, con los músculos hinchados, aferrados a sus caderas. La empujo contra mi pelvis y ella arquea las caderas para recibirme temblorosa.

—David —grita mi nombre cuando su cuerpo recibe las primeras vibraciones de placer.

Mi respiración se agita de repente hasta un ritmo errático al escucharla

dejarse ir. Muerde mi hombro con fuerza mientras se corre y me da vía libre para volverme loco. La embisto una vez más, duro y profundo. Cada una de las fibras nerviosas de mi ser se eriza, para después expandirse cuando el clímax me atraviesa de pies a cabeza y un orgasmo intenso e interminable sacude mi cuerpo de manera impetuosa. Cierro los ojos y un ronco y largo gemido sale de mi garganta.

Me desplomo sobre el respaldo del sofá empapado en sudor. Antes de abrir los ojos noto su ira sin ni siquiera mirarla. Tardo unos segundos en reaccionar. No es a ella a quien esperaba encontrar delante de mí y la observo confundido como si la viera por primera vez. En su expresión seria noto que algo no anda bien. Veo algo que no me gusta: reproche, indignación, ¿dolor?

—¿Quién es Alejandra? —Su pregunta me descoloca por completo—. Has gritado su nombre mientras te corrías dentro de mí... —aclara entre dientes, apartando su delicado cuerpo caliente del mío.

Mónica me escudriña exigiendo una explicación que no llega. Me está acusando de algo que considero tan miserable que, durante unos segundos, me quedo en silencio asimilando lo sucedido. El ruido alterado de nuestras respiraciones inunda la habitación ocupando el lugar de una respuesta que se me ha quedado atascada en la garganta. ¿Cómo aclarárselo si ni siquiera encuentro una justificación para mí mismo?

—Me encanta el sexo, David. Pero no hasta el punto de degradarlo convirtiéndome en una puñetera muñeca hinchable. No me lo merezco —añade al cabo de un rato, cuando se da cuenta de que no he abierto la boca, después de cubrirse con uno de sus caros picardías de seda.

La imito y me enfundo los bóxers después de deshacerme del condón.

—Mónica... —comienzo a hablar, sintiéndome tremendamente culpable por haberla herido—. Sabes que yo jamás... que no soy la clase de tío que... ¡Joder!, de verdad que lo siento.

Ninguna mujer se merece una falta de respeto de este tipo, mucho menos ella. Mónica estaba ahí para mí y yo no he conseguido estarlo para ella. Suspiro apesadumbrado abrochándome los pantalones.

Necesito que crea que no ha sido algo intencionado. Que nunca la usaría para saciarme pensando en otra, como si fuera un mero contenedor de placer del que servirse un plato caliente. Es como si Blancanieves se hubiera colado en mis pensamientos y me hubiera hecho perder la razón sin poder evitarlo.

—Lo sé. Sin embargo una disculpa no es suficiente. No espero que me dediques palabras de amor ni siquiera que almorcemos juntos cuando te

vistas... —me dice sentándose en el borde la cama. Aunque lo intente ocultar, percibo dolor en su mirada. La expresión de indignación y desprecio cuando me acerco a ella y me rechaza, termina de hundirme en la miseria—. Sabía dónde me metía liándome contigo... lo sabía hace años y lo supe anoche. Nunca maquillaste la realidad. Siempre has dejado claro lo que estabas dispuesto a dar y lo que esperabas a cambio y te has asegurado de que yo deseaba exactamente lo mismo antes de seguir adelante..., pero esto —me reprocha con dureza.

Ahora mismo me daría de hostias si con ello consiguiera hacerla encontrarse un poco mejor. En un abrir y cerrar de ojos he pasado a convertirme en el mayor hijo de puta que pisa la Tierra por algo que escapa totalmente a mi control.

—Es una chica con suerte, aun cuando terminas de echarle el mejor polvo de la historia sin que ella lo sepa —dice secamente—. El problema es que yo sí lo sé...

—Mónica...

—No... —me corta, chasqueando la lengua y meneando la cabeza—. No te molestes. Solo dime quién es. Me he ganado el derecho a satisfacer mi curiosidad, después de todo.

Aunque deseo hacerlo, no tengo ni idea de qué decirle para complacerla. Podría confesar que es alguien que últimamente me tiene obsesionado. Que pensar en ella y en todo lo que le haría parece haberse convertido en mi pasatiempo favorito.

Quizás debería contarle que es la «chica de mis sueños» porque solo allí, en mis sueños, nuestros cuerpos se encuentran del modo en que tantas veces he imaginado.

* * *

Debo encontrar una solución; lo de hoy ha sido inadmisibile —me reprocho a mí mismo, cabreado por lo ocurrido, mientras recojo la tarjeta de acceso a la habitación que me entrega el recepcionista del hotel—. Es la primera vez que me pasa. Esto se me está yendo de las manos. Yo no soy así. No funciono así. Parece haberme hechizado, haber lanzado sobre mí una red invisible en la que me enredo más con cada movimiento. He de pasar una noche con ella, solo eso me liberará. Después de haberme concedido el capricho, todo volverá a la normalidad de una vez por todas y podremos seguir a lo nuestro, ella por su

lado y yo por el mío. Estoy seguro...

El sonido del móvil interrumpe mis cavilaciones.

—Necesito que me hagas un favor. —El saludo directo y un tanto desesperado de uno de nuestros camareros me sorprende al otro lado de la línea entrando en la habitación.

—Confío en que sea algo de vida o muerte. He de hacer el *check-out* en media hora y ni siquiera tengo preparada la maleta —respondo secamente, pagando con él mi frustración.

—Me urge que me des tres días a cuenta de mis vacaciones.

—¡Candy, *carallo*, no me llames a mí para eso. Pídeselo a Paula que es la que tienes a mano —salto, molesto por su falta de criterio.

—Yo...

—Si no, espérate a mañana que ya habré vuelto y lo hablamos en el despacho tranquilamente —suavizo el tono—. Sin el calendario de eventos delante tampoco podría darte una respuesta. No recuerdo con exactitud todo lo que tenemos previsto para las próximas semanas.

—No —se apresura a corregirme nervioso—. Tiene que ser ahora. Necesito este finde... Ya sabes... Esta noche, el sábado y el domingo —puntualiza temeroso, con apenas un hilillo de voz.

—Cándido Quifet Mengual... mañana es el Remember de los 80' y se espera una afluencia considerable de gente —le recuerdo, por si acaso se ha olvidado de una fiesta que lleva programada desde el mes pasado.

—David, es mi aniversario —se justifica como si eso fuera razón suficiente para detener el curso de la historia—. Yo... Necesito... Te lo suplico —gimotea al tiempo que voy recogiendo mis cosas del baño.

—Has tenido tiempo de sobra para solicitarlo y concederme un margen para poder hacer algo. Con un día de antelación es prácticamente imposible que encuentre candidatos de confianza para cubrir la baja inesperada de un camarero.

—Dos.

—¿Qué?

—Bea está con la gripe y ha llamado hace un rato para hablar con Paula.

—Pues peor me lo pones.

—Lo sé —se disculpa con voz plañidera—. Pero es que mi novio y yo... Estamos atravesando un bache y se le ocurrió que podría reavivar la llama organizando una escapada romántica al lugar donde nos conocimos... y, jolines, lo ha conseguido. Me lo dijo anoche. Era una sorpresa. Por eso no he

podido decirte nada antes. Por favor, David. Lo tiene todo pagado. Ponte en mi lugar. Me he dado cuenta de que Izan es el amor de mi vida. Si él me deja, me muero.

—No, Candy. No sigas por ahí. No trates de ponerme entre la espada y la pared, que ya nos conocemos.

—Por favor, por favor. Paula y tú tenéis muchos contactos; seguro que podéis recurrir a alguien para salir del paso. Si vieras lo ilusionado que estaba mi chico... El futuro de mi relación de pareja, ahora mismo, está en tus manos. David, por favor, di que sí.

La vena melodramática de Candy me conmueve, pero, aún así, no puedo ayudarle. O puede que...

Una idea comienza a tomar forma en mi cabeza. Una idea descabellada, pero que podría dar resultado. Mi sonrisa se ensancha, radiante, como la de un niño pequeño, segundos antes de hacer al camarero el hombre más feliz de la Tierra. Me convengo a mí mismo de que es una emergencia; un caso de fuerza mayor y que no tengo alternativas.

—De acuerdo, —convengo, pasándome por el forro mis propias normas, que es algo que evito hacer a toda costa. Los gritos de júbilo al otro lado de la línea me traspasan el tímpano y casi puedo verle dando brincos de alegría como un enajenado—, pero intenta no cruzarte con Paula en las próximas setenta y dos horas y más te vale encontrarte en otro planeta cuando se lo comunique, porque a mí me mata, pero a ti te la corta por embaucador.

* * *

Paula irrumpe en el despacho y camina hacia mí con determinación. Cuando le llamé esta mañana para vernos, sabía que se iba a enfadar.

—Tú... —clava sus ojos en los míos con una mirada asesina y puedo sentir como empiezan a contraerse mis pelotas—. ¡¿Cómo se te ocurre darle tres días de vacaciones a Candy con Bea enferma y El Remember de los 80'?! —me asalta, encolerizada, al borde de un síncope.

—Este fin de semana es su aniversario y su novio le ha regalado una escapada a no se qué pueblo para celebrarlo —me defiende con una «cándida» sonrisa—. ¿Quiénes somos nosotros para echar por tierra su romanticismo?

—¿Te vas dos semanas a Barna y regresas idiota perdido? ¡No me vengas con estupideces, David! ¡Ahora nos faltan dos camareros en lugar de uno y tú

tienes la culpa! Espero que tengas un plan B o te advierto que, en breve, vas a echar en falta el bulto bajo tus pantalones...

—Es justo lo que iba a proponerte... Plan B de Blancanieves.

—¿Ale? —inquiérese descolocada—. ¿Se puede saber qué puñetas pinta Ale en todo esto?

—Necesitamos dos camareros. Tu amiga está disponible, no tiene un pelo de tonta y es mona. Seguro que sabe poner un par de copas...

—¡La madre que te parió! ¿No era más fácil invitarla a cenar y ahorrarnos el berenjenal a escasas horas del Remember?

—No creo que acepte una cena.

—Ni yo que acepte currar en la fiesta... ¿Cómo se te ocurre...? —camina nerviosa de un lado a otro del despacho, se detiene y me encara, dándome golpecitos en el pecho con el índice—. Voy a intentarlo, pero que sepas que no lo hago por ti. —Se aviéne a razones— Lo hago porque es la única persona de confianza que vamos a encontrar con tan poca antelación. Y que conste que nos sigue faltando un camarero.

—Por eso no te preocupes. Yo me pondré al frente de El Confesionario, mientras tú te ocupas de los VIP's...

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Ni idea. Será porque perdiste la inocencia hace mucho tiempo y te has vuelto una mal pensada —me burlo sin piedad.

—A saber lo que estás tramando. No me fío un pelo de ti... —replica, escudriñándome con los ojos entrecerrados.

—Haces bien, no deberías. Tú solo consigue que trabaje para nosotros esta noche y el resto déjalo en mis manos.

—Si lo hace me deberás una cena.

—No recuerdo haberte prometido nada a cambio.

—No... pero deduzco que, si eres tú quien la llama, las probabilidades de que nos salve el culo se reducirán drásticamente —me amenaza con suficiencia.

—OK. Tendrás tu cena.

—Una bien cara para mí y para Ale —matiza disfrutando de la situación. Asiento, sin dejarle ver que habría accedido a cualquier chantaje con tal de conseguir poder llevar a cabo mi plan—. Se me está antojando un sitio bien pomposo para resarcirme... —dice como para sí misma y, todavía con la sonrisa pintada en el rostro, saca su móvil del bolso y marca un número—. Ahora, te digo.

* * *

—*Noche del Remember de los 80'*—

—¡Por fin los astros se han conjugado para hacerme una mujer feliz! —la intervención de una Madonna popera, con un provocativo vestido de novia de encaje de estilo lencero, interrumpe mi conversación con una Paula transformada esta noche en una conseguida *Cindy Lauper*. Las dos la miramos para escuchar lo que tiene que decir—. Me he devanado los sesos para encontrar un reto que estuviera a tu altura. Algo divertido... —añade misteriosa, dirigiéndose a mí con un inquietante brillo en sus ojos, como si estuviera a punto de clavarme un arpón en las pelotas—. Este juego últimamente se ha vuelto soporífero.

Después de las cinco horas que me he chupado de coche, los últimos quince días de locos que me he pasado currando a destajo en Barcelona, la cagada con Mónica tras pasar la noche en su cama, y la bronca descomunal de Paula de esta mañana, solo me falta que me busquen las cosquillas cuando de lo único que tengo ganas en este instante, es de enfrentarme al reto que se encuentra tras la barra de El Confesionario.

—Sorpréndeme —la provoco, desganado, deseando terminar con este paripé cuanto antes.

Teo, ataviado con unas prendas fluorescentes en tonos lima, fucsia y verde que dañan la vista, de las que solo se salvan las *Clásicas Converse All Stars* negras, nos observa tenso y expectante.

—Eso. ¡Escúpelo de una vez, joder! —exclama con impaciencia evidente—. Que parece que vas a descubrirnos una nueva profecía de Nostradamus y tan solo es el estúpido reto del mes —gruñe desquiciado.

Su ex le taladra con una expresión de suficiencia, pero no dice nada. Regresa su atención a mi rostro y comienza a hablar.

—El reto al que tendrá que enfrentarse el *nominado* para ganar la *porrina especial* de Noviembre es... —pronuncia con teatralidad las palabras mágicas de nuestro ritual y esboza una pérfida sonrisa, antes de desvelar el enigma—. Tirarse a la amiguita de Paula antes de que nos abandones.

Si quieres saber más sobre la *Saga Secretos*, puedes encontrarme en Facebook.: <https://www.facebook.com/tecontaretodosmissecretos/>

[i] D/s o D/S: (Abreviatura) Siglas que hacen referencia a la relación de Dominación/sumisión o a los roles de Dominante/sumiso

[ii] Tommy Torres. (2008) *Pegadito*. Tarde o temprano. Nueva York, EE.UU.: Warner Music

[iii] En gallego: «Nunca te vendas, mi niño. Lo que consigas con tu esfuerzo no se lo deberás a nadie».

[iv] Ricardo Arjona con Gaby Moreno. (2012) *Fuiste tú*, Independiente. [Sencillo]. Metamorfosis y Warner Music Latina

[v] El licor más fuerte del mundo. Alcohol puro, destilado del sorgo, del arroz glutinoso o del trigo, de altísima graduación (40-60%) y extraño sabor para los occidentales, considerado la bebida nacional de China.

[vi] Ellos. (2010). *Cumpleaños feliz*. Cardiopatía severa [CD]. España: [PIAS] Spain.

[vii] Típico dulce gallego parecido a un crepe.